FACETAS DE LA UNIDAD

El Eneagrama de las Ideas Santas

A.H. Almaas

Título original: *Facets of Unity*

Traducción: Fernando Pardo

(Escaneado del libro publicado por la editorial La Libre de Marzo, S.L. -1ª edición de julio de 2002-. ISBN: 84-87403-59-X)

Índice

Agradecimientos 1
Prefacio de Oscar Ichazo 2
Introducción 4

Primera Parte: Perspectiva

Capítulo 1: Breve historia del Eneagrama 7
Capítulo 2: Perspectiva de las Ideas Santas 9
Capítulo 3: El Enfoque del Diamante y las Ideas Santas 12

Segunda Parte: Vivo amanecer y Confianza básica

Capítulo 4: Confianza básica 18
Capítulo 5: Vivo amanecer 25
Capítulo 6: El entorno de apoyo 27
Capítulo 7: La Amorosa Luz y la Bestia 33
Capítulo 8: El mundo real 36
Capítulo 9: Las Ideas Santas y la confianza básica 40

Tercera Parte: Trabajar con las Ideas Santas

Capítulo 10: Guía a las Ideas Santas 45
Capítulo 11: Verdad Santa 49
Capítulo 12: Santa Omnisciencia, Santa Transparencia 61
Capítulo 13: Santa Voluntad, Santa Libertad 70
Capítulo 14: Santa Perfección 84
Capítulo 15: Sabiduría Santa, Trabajo Santo, Plan Santo 96
Capítulo 16: Origen Santo 109
Capítulo 17: Amor Santo 120
Capítulo 18: Santa Fuerza, Santa Fe 134
Capítulo 19: Santa Armonía, Santa Ley, Santa Esperanza 146

Conclusión 164
Referencias 168

Dedicado con amor y gratitud a Claudio Naranjo que me inició en el trabajo espiritual, me introdujo en el conocimiento del Eneagrama, y, mediante su labor pionera de integración de la comprensión psicológica y de la práctica espiritual, inspiró mi interés en dicha dirección.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin la inestimable y dedicada labor de varias personas. Los editores, Sandra Maitri, Alia Johnson y Byron Brown, han conseguido, con su compromiso e inteligencia, convertir las transcripciones originales de las enseñanzas que impartí hace algunos años en un libro legible y accesible. Han proporcionado un servicio inapreciable por el que les estoy agradecido.

Quiero también dar las gracias a Sue Clarry por su importante colaboración en la edición original, Sheri Harms por su valiosa labor editorial, Byron Brown por su tarea organizativa y de planificación, y Sara Norwood Hurley, directora de producción de Diamond Books, por su infatigable compromiso y apoyo al proyecto y a todas las personas que han trabajado en él.

También quiero reconocer mi deuda con Claudio Naranjo, del que aprendí el conocimiento transmitido del Eneagrama, así como la que tengo con Oscar Ichazo, el origen de la transmisión de este conocimiento singular, que tuvo la gentileza de hacer un prefacio a la obra.

A.H. Almaas

Prefacio

A.H. Almaas presenta en este libro, escueto e inteligentemente escrito, otro estudio de la temática principal de su serie de investigaciones, a las que ha dado el adecuado nombre de Enfoque del Diamante, que consiste básicamente en un examen de la totalidad de la mente en un viaje hacia el estado trascendental de Mente Pura, también conocido como Mente de Diamante, particularmente en el *Sutra del Diamante*. También podemos hallarlo en el Sutra del Estrado del Sexto Patriarca, y el mismo análisis y descubrimiento puede encontrarse en la doctrina platónica, estoica y neoplatónica de la *anamnesis* o la "doctrina del recuerdo de la Ideas o Formas Eternas." La clave mística y trascendental de dicha doctrina es la de que conocemos prenatalmente las Ideas eternas y de que podemos redescubrirlas únicamente llevando la mente hacia atrás, hasta llegar a su origen natural, que es no-nacido y cuya cualidad suprema es la capacidad de reflejarse a sí misma en las Ideas eternas o Formas platónicas.

Almaas fue discípulo de Claudio Naranjo, quien estudió conmigo en 1969 en Santiago de Chile, y en 1970 en Arica, Chile. Naranjo es uno de los teóricos más destacados de nuestro tiempo y ha demostrado su capacidad, así como su enfoque erudito al que hay que añadir su integridad intelectual, al trasladar a sus discípulos una transmisión fiel de lo que yo enseñé, así como el hecho de hasta que punto mis enseñanzas implicaban una estructura que era lógica, metafísica y psicológica, y, en general, espiritual. Dicha estructura espiritual sostiene todo nuestro ciclo de experiencias, que constituyen el patrimonio de nuestra vida psíquica. En esa época, en 1969, solía presentar la estructura de la mente mediante una escala de siete niveles distintos, en los que cada uno de ellos producía un patrón de comportamiento que funcionaba en forma de engranajes intercomunicados, que desembocaba en un esquema orgánico en el que el nivel inferior estaba contenido en y explicaba el superior. Esto, evidentemente, es puro platonismo, pero, como es bien conocido por todos mis discípulos, la escala de siete niveles sólo constituye parte de una estructura mucho más amplia de mi teoría a la que doy el nombre codificado de Escarabajo, que constituye otra escala conteniendo diecisiete niveles distintos e interconectados. El contenido de esta escala mayor, así como la escala sintética de siete niveles, se ha desarrollado como parte integral de mi enfoque teórico, en el que cada nivel y su contenido forma parte de una estructura que explica la base de las cosas, según las leyes inherentes a la escala de siete niveles (la "Ley de Siete" tal como la encontramos en el Timeo de Platón, los Oráculos Caldeos y la Hermética). A causa de la interconexión de los niveles del Escarabajo, éstos tienen una interrelación e influencia directa que está descrita en la doctrina pitagórica del "sonido de los armónicos": Cuando suena un cierto tono, produce una reacción inmediata en las mismas notas de las demás escalas. Este esquema más amplio voy a presentarlo en un libro que estoy a punto de finalizar. Es preciso decir con claridad que la estructura de siete niveles es completa en sí misma y refleja la totalidad del sistema en forma condensada. La exigencia de presentar un esquema condensado, en 1969-1970, fue importante debido a la necesidad de que mis alumnos asimilaran el método de forma rápida y clara con el fin de ponerlo en práctica, puesto que toda la enseñanza debía ser comprendida en términos de una "filosofía viva" que no puede ser encarnada si no se practica. Un nivel de encarnación más profundo se produce mediante el proceso grupal, la enseñanza y el hecho de transmitir el método de análisis a los demás. Puesto que las enseñanzas están bien enraizadas en la lógica y la retórica, se explican con proposiciones directas y con claridad científica.

Siguiendo a Platón, los neoplatónicos condensaron la estructura de la psique en diez principios basados en los Números pitagóricos, que se interpretan como Principios Universales, y en mi sistema como las Diez Ideas Santas Divinas, constituyendo éstas la Unidad del pleroma del Uno. En Proclo los diez Números pitagóricos se analizan en su "Teología platónica," que constituye en realidad la teología suprema seminal de todas las teologías desde entonces hasta la actualidad. De igual modo debemos a Plotinio, que elaboró la "doctrina del Uno" de Platón, su "doctrina de la total trascendencia de la mente en su pura y absoluta trascendentalidad del Uno." También reconocemos su importantísima "doctrina de la

trinidad," en la que todas las monadas contienen en su interior una manifestación de su propia Unidad interna en forma de una tríada intercomunicada e interdependiente, y puesto que sólo existen monadas, toda realidad es una consecuencia del movimiento interior de una tríada (la "Ley de Tres" que encontramos en el Timeo de Platón, los Oráculos Caldeos y la Hermética). En mi sistema, la doctrina de la trinidad se analiza mediante términos lógicos a través de la lógica del espacio, el tiempo, y los ciclos, como propone la Trialéctica, lo que es fundamental para deducir los distintos niveles del sistema y su estructura.

Como he mencionado antes, Naranjo transmitió la estructura de siete niveles, tal como la propuse, a sus discípulos, e inmediatamente después de trabajar conmigo, prosiguió sus investigaciones, básicamente sobre la psicología del sistema mediante una perspectiva de la psicología gestalt, la psicología profunda y los principios cognitivos. Naranjo trabajó básicamente con el Eneagrama de las Pasiones que, evidentemente, es el nivel psicológico del sistema. Posteriormente Naranjo dio pie a excelentes visiones profundas y psicológicas sobre las pasiones y las fijaciones, así como su relación con la psique en su totalidad. De este modo creó una perspectiva totalmente válida para sus consiguientes investigaciones sobre los nueve tipos psicológicos o como los llamó Naranjo, de forma apropiada, los "Enea-Tipos." También ha investigado el sistema como teoría del conocimiento o epistemología. Ha dirigido sus investigaciones asimismo al punto de vista semántico del verdadero significado de los nombres de las Ideas Santas y apunta a una ontología basada en ellas. En realidad, mi propia explicación ontológica del problema del ser en sí y del ser que es inestable y está en constante devenir se establece sobre la exposición de las nueve Ideas Santas, que poseen el poder innato de transformar y transmutar todo nuestro ser mediante la meditación y la contemplación, o en el modo de la "vida teórica" o vida contemplativa y su realización en la Entelequia o la Fuerza Primordial tal como se encuentran en el Libro Lambda (XII) de la metafísica de Aristóteles. En mi sistema, el poder transformador de las Ideas Santas recibe el nombre técnico de Psico-catalizadores que funcionan del mismo modo que los simples elementos químicos conocidos como catalizadores, que producen mediante su presencia alteraciones químicas sin verse ellos mismos alterados. Las Ideas Santas deben visualizarse como nueve rayos proyectados por el Uno Divino y la Mente Santa, y cuando se presentan juntos, se produce el pleroma y se desvela y realiza su estado original, natural, no-nacido e inmortal. Lo que nos lleva directamente a la teología, la teogonía o el origen de lo Divino, y a la antropología filosófica que plantea la pregunta "¿Qué es el hombre?", que se responde con la proposición de que el hombre es completo en sí mismo sólo cuando está en un estado de iluminación y autorealización que puede alcanzarse trabajando con las Nueve Ideas Santas.

Ahora Almaas presenta en este libro un análisis ontológico de las Ideas Santas, investigando con su metodología del Enfoque del Diamante la búsqueda de respuestas más profundas, visualizaciones y panoramas acerca de las Ideas Santas. Mientas Naranjo veía el sistema desde la perspectiva de la psicología, Almaas crea, con la misma validez, este libro de investigación erudita desde la perspectiva de la ontología, con su aguda mirada puesta en no perder de vista la meta definitiva de que cada una de las Ideas Santas es, en realidad, un camino perfecto y directo hacia el reconocimiento y, lo que es más importante, hacia la anamnesis que incluye las tres partes metafísicas del autorecuerdo, el autodescubrimiento y la autorealización. Almaas, de un modo hábil y elegante presenta investigaciones válidas sobre el Eneagrama de las Nueve Ideas Santas con un enfoque de análisis y práctica que sin duda beneficiará y mejorará la comprensión de la naturaleza trascendental de las Ideas Santas. Este libro está claramente dirigido hacia una amplia audiencia que está mostrando un interés cada vez mayor por trabajar con el sistema de los eneagramas y, sin duda, los lectores de esta obra encontraran valores y conocimientos al verse expuestos a la guía de la interpretación hermenéutica y al sistema de investigación de Almaas que dirige a la experiencia existencial de las Ideas Santas Divinas.

Oscar Ichazo
Septiembre, 1998

Introducción

La mayoría de nosotros creemos que la realización espiritual es un asunto de ser más felices, más libres y más nobles, mientras retenemos los trazos básicos y las categorías de experiencia de nuestra visión familiar de la realidad. Dicha actitud subyace a la convicción popular de que el "trabajo de crecimiento," incluyendo el trabajo psicológico, puede conducir a la transformación espiritual. Dicha convicción refleja la falta de comprensión de que los paradigmas básicos de nuestra cosmovisión, que determina nuestra experiencia cotidiana, forman parte intrínseca de la red de la ignorancia que nos ata a la experiencia egóica.

Hasta que no experimentemos directamente la transformación espiritual, no entenderemos realmente que dicha transformación implica unos cambios tan radicales en nuestra experiencia de nosotros mismos y de nuestro mundo que no se trata simplemente de un asunto de convertirse en un individuo transformado; debemos reconocer, en su lugar, que la realidad que se alcanza es algo que no puede limitarse mediante nociones como "individuo" y "mundo." Los auténticos principios y categorías de experiencia que consideramos como verdades incontrovertibles se ven transformados. Aquello que experimenta una transformación radical es concretamente nuestra visión de lo que realmente existe, así como el modo de su existencia. Dicho de otro modo, la liberación espiritual es un asunto de la propia experiencia y percepción que se desplaza a otra dimensión de la existencia que tiene su propia perspectiva, y esta dimensión además se convierte en el centro y base de la experiencia.

Nuestro sentido del sí mismo se transforma cuando alcanza su naturaleza esencial, la presencia ontológica que es puro Ser. Ninguna medida de crecimiento psicológico es suficiente para conseguirlo, puesto que el ámbito psicológico, tal como se conoce en la experiencia ordinaria, constituye una experiencia distorsionada e incompleta de nuestra interioridad, puesto que no está en contacto con el Ser. La observación psicológica y el acto de procesar son algo necesario para el trabajo de transformación, pero si esta transformación debe convertirse en realmente espiritual, necesitamos acceso a las dimensiones del Ser.

Los seres humanos viven típicamente en un estado de desarrollo detenido en el que el ámbito psicológico gobierna nuestra consciencia. El alcanzar la plenitud de nuestro potencial implica proseguir con nuestro desarrollo, que conduce más allá de lo psicológico hasta alcanzar el ámbito del Ser o espíritu. Nuestra experiencia al recorrer esta senda muestra que la comprensión psicológica y la experiencia espiritual están tan enredadas e interconectadas que pueden considerarse de un modo más adecuado en forma de un continuo de ámbitos de la experiencia humana.

Con esta comprensión, he decidido publicar este libro, que constituye un estudio de los tipos del Eneagrama desde la perspectiva de las Ideas Santas. Dichas ideas son puntos de vista objetivos de la realidad; su realización libera de los puntos de vista ilusorios de la experiencia egóica y, por lo tanto, del ámbito de las fijaciones. Nuestro enfoque del Eneagrama de las Ideas Santas está enraizado en nuestra perspectiva y metodología del desarrollo espiritual, el Enfoque del Diamante.

Los recién llegados al trabajo de la transformación espiritual encontrarán en este libro una apertura mediante la cual percibir, y quizás experimentar, dominios que antes no les eran familiares. Los que ya hayan trabajado mucho consigo mismos, mediante el Eneagrama, y que hayan identificado los rasgos principales de su carácter psicológico, descubrirán que este trabajo proporciona un modo de comunicar con lo que hay debajo de esta estructura fija. Los que se hayan comprometido durante algún tiempo, de un modo auténtico, en el trabajo de transformación espiritual, y hayan tenido alguna experiencia profunda de su verdadera naturaleza, descubrirán un cuerpo de conocimientos que les permitirá un mayor acceso a las distintas dimensiones del Ser.

Dicho cuerpo de conocimientos es de más utilidad para los estudiantes que han trabajado a fondo la autoobservación y el estudio, y han experimentado muchas manifestaciones del Ser. En este libro, contemplaremos las fases de transición entre lo personal y la realización infinita del Ser. El nivel personal implica la realización del Ser como la esencia del alma individual; el otro nivel implica reconocer al Ser como la verdadera naturaleza del cosmos en

su totalidad. Dicha transición, por lo tanto, constituye el cambio de identidad desde lo personal a lo universal.

Este libro elabora nuestro punto de vista del cosmos, la verdad del ser humano, así como la relación entre ambos. Explora la vía espiritual en relación a Dios, el mundo y el alma: los tres elementos principales de cualquier enseñanza espiritual. El objetivo o punto de vista iluminado del cosmos puede elaborarse utilizando muchos sistemas o terminologías, como el sistema sufí de los nombres divinos o el sistema budista de las cualidades y familias de Buda. Trabajaré mediante este punto de vista utilizando el sistema del Eneagrama, en concreto el Eneagrama de las Ideas Santas.

PRIMERA PARTE

PERSPECTIVA

CAPÍTULO UNO

Breve historia del ENEAGRAMA

Para comprender lo que es el Eneagrama, es preciso saber algo sobre su historia. El símbolo de nueve puntas del Eneagrama apareció con claridad por primera vez en el Occidente moderno a través de las enseñanzas de G. I. Gurdjieff, un místico armenio, a principios del Siglo XX. Al parecer Gurdjieff lo aprendió de una escuela secreta de Oriente Medio, una escuela basada en una tradición espiritual que por lo menos tiene unos dos mil años. Por lo que sabemos, no enseñó el Eneagrama de las fijaciones de la personalidad, que constituye el Eneagrama más ampliamente conocido. El Eneagrama que se ha hecho popular en años recientes, proviene básicamente de Claudio Naranjo, maestro y psiquiatra chileno, que lo aprendió de Oscar Ichazo, un maestro espiritual sudamericano. No está claro qué partes de esta enseñanza del Eneagrama se originaron con Oscar Ichazo y cuáles fueron añadidas o elaboradas por Claudio Naranjo en el contexto de su amplio conocimiento de la psicología profunda. Naranjo, del que aprendimos el cuerpo de conocimiento asociado con el Eneagrama, lo relaciona con la escuela de Oriente Medio con la que estaba asociado Gurdjieff, pero afirmó con claridad que recibió el conocimiento básico del Eneagrama de Oscar Ichazo.

Según Naranjo, la idea de que el símbolo del Eneagrama encarna un mapa objetivo de la realidad en sus distintas manifestaciones y dimensiones se originó en esta antigua escuela. Utilizando el mapa del Eneagrama, podemos adquirir una comprensión detallada de cualquier dimensión de la experiencia. Dos categorías del Eneagrama se refieren a la experiencia interior, una atañe a la experiencia egóica (reflejando la ignorancia espiritual fundamental), en forma de los Eneagramas de las Fijaciones y las Pasiones, y la otra pertenece a la experiencia básica (que refleja la iluminación espiritual), como es el caso de los Eneagramas de las Virtudes y las Ideas Santas. No sólo existen conexiones internas entre cada Eneagrama, sino que también existen relaciones muy concretas entre los distintos Eneagramas.

En los últimos años han aparecido varios libros sobre el Eneagrama, que analizan, por regla general, el Eneagrama de las Fijaciones, o ego-tipos. Las ideas plasmadas en dichos libros derivan de las enseñanzas de Naranjo de principios de la década de los años setenta. La mayoría de dichas publicaciones presentan un Eneagrama fundamentalmente psicológico, y lo utilizan básicamente como método tipológico. Aunque el Eneagrama es muy útil como método para identificar y clarificar el funcionamiento psicológico, sus posibilidades son de mayor alcance que el que representa esta aplicación limitada.

Nuestro punto de vista sobre los usos más elevados del Eneagrama está de acuerdo con el de Ichazo y el de Naranjo. En su libro, Ennea-type Structures (Naranjo, 1990), Naranjo presenta el Eneagrama en forma de método para la autoobservación y el estudio, como parte de un trabajo de realización espiritual más amplio. Elabora el modo en que las características de la personalidad de los nueve ego-tipos (que Naranjo denomina "enea-tipos"[*]) son expresiones de pérdida de contacto con el Ser, nuestra naturaleza básica, y al hacerlo, muestra que el verdadero valor de dicho conocimiento estriba en ayudarnos a restablecer este contacto. Por ejemplo, al describir las Pasiones, el trasfondo emocional de cada enea-tipo, Naranjo afirma que "... surgen del fondo de confusión óntica; del hecho de que la pérdida de un sentido de mismidad sostiene un anhelo del ser que se manifiesta en la forma diferenciada de las nueve emociones del ego." (Naranjo, 1990, pág. 30). Este punto de vista sobre las pasiones fijas de los eneatipos, tal como se relacionan con la pérdida de contacto con el Ser, refleja la perspectiva del cuerpo de conocimiento transmitido sobre el Eneagrama, tal como se aprecia

[*] Un tipo eneagramático no solo se refiere a una fijación particular o a un conjunto concreto de patrones de comportamiento, sino también a la pasión asociada, el aspecto básico idealizado, la virtud, etc. Por dicha razón, creemos que "enea-tipo" constituye un término más útil que el tradicional de "ego-tipo" o "fijación" puesto que expresa dicha multidimensionalidad, y por lo tanto lo utilizaremos a lo largo de la obra.

en la comprensión de Ichazo de que: "cada persona desarrolla un estilo para compensar la falta, el vacío ontológico que se sitúa en el corazón del ego. Decimos que existen nueve estilos básicos o puntos de fijación del ego." (Bleibreu, 1982, pág. 13). Aunque este constituye también el punto de vista de Ichazo, el estudio de Naranjo representa la primera descripción publicada del modo en que cada uno de los tipos de caracteres se relaciona con la pérdida de contacto con el Ser. La obra de Naranjo, así como la de Helen Palmer, que conecta los tipos con formas de intuición, y las distinciones de Don Riso y Russ Hudson sobre la estructuración psicológica de los tipos (Palmer, 1988; Riso y Hudson, 1996), hace posible que podamos presentar este estudio de los Eneagramas superiores sin necesidad de proporcionar una enseñanza sobre el Eneagrama de los tipos de personalidad.

A medida que nuestro trabajo, el Enfoque del Diamante, se desarrollaba observamos que la propia autocomprensión podía organizarse de un modo sistemático y simple con la ayuda del Eneagrama. Lo que nos permitió comprender alguno de los Eneagramas de una forma nueva y a veces profunda, y también nos llevó a la formulación de nuevos Eneagramas. Nuestra comprensión del Eneagrama, por lo tanto, es el producto de la integración vivencial del cuerpo de conocimiento del Eneagrama tal como suele entenderse, aprendido básicamente de Naranjo, junto a nuestros propios descubrimientos.

La visión transmitida es la de que el conocimiento del Eneagrama es un conocimiento objetivo de la realidad. Hemos descubierto que ello es cierto. Consideramos que la objetividad del Eneagrama significa, entre otras cosas, que puede ser percibido directamente por cualquiera con la capacidad necesaria que investigue de modo eficaz sobre la naturaleza de la realidad. Puesto que es un modelo verdadero de la realidad, no podemos agotar su conocimiento. El conocimiento de la realidad es a la vez ilimitado e inagotable: cada enseñanza tiene un modo específico de describir la realidad y ninguna de estas formas agota todas las experiencias posibles. El Eneagrama constituye una estructura que facilita la revelación de la verdad sobre el Ser y sobre los seres humanos como parte de este Ser. Consideramos la presente obra como una nueva contribución al conocimiento del Eneagrama.

CAPÍTULO DOS

Perspectiva de las IDEAS SANTAS

Cada Idea Santa representa una percepción directa y concreta de la realidad como una característica específica o faceta de la clara percepción de lo que existe. Las nueve Ideas, por lo tanto, nos proporcionan una amplia visión de la realidad objetiva. El punto de vista transmitido por el Eneagrama es el de que cada fijación del enea-tipo constituye la expresión de una perspectiva mental limitada sobre la realidad, y de que cada una de las nueve perspectivas egóicas es el resultado directo de la pérdida o ausencia de percepción iluminada de una de las Ideas Santas. El Eneagrama de las Fijaciones refleja el punto de vista ilusorio, o punto de vista egóico, sobre la realidad, que expresa la pérdida de la visión iluminada, representada por el Eneagrama de las Ideas Santas.

La noción de que cada fijación es el resultado de la pérdida de una percepción incondicionada concreta del Ser implica que la liberación definitiva de esta fijación solo es posible mediante la experimentación vivencial de la correspondiente Idea Santa. Lo que se refleja en la definición de Naranjo de las Ideas Santas: "aspectos de la realidad que poseen la virtud de disolver la fijación individual o error cognitivo implícito." (Naranjo, 1990, pág. 1). La enseñanza de que las fijaciones surgen como consecuencia de la pérdida de las Ideas Santas va mucho más a fondo que la comprensión convencional psicodinámica que relaciona los patrones psicológicos con las experiencias formativas tempranas. Trabajar con el Eneagrama sólo a nivel psicológico nos deja trabados en dicho nivel psicológico. Trabajar con el Eneagrama como parte de un trabajo espiritual más amplio, sin embargo, conduce a una realización mucho más profunda de la verdad y, por lo tanto, a una liberación de los patrones de la personalidad que es literalmente inimaginable desde la perspectiva del ego.

Ichazo considera el trabajo del Eneagrama de las Ideas Santas como algo necesario para liberarse de las fijaciones. Denomina a las Ideas Santas los "psicocatalizadores" necesarios para el trabajo de la "psico-alquimia." Considera que el ego se desarrolla a causa de la pérdida de contacto con el Ser: "Cuando nos alejamos de nuestra perfección primordial, nuestra plenitud, o unidad con el mundo y Dios, creamos la ilusión de que necesitamos algo exterior a nosotros para nuestra plenitud. Esta dependencia de lo que es exterior, es lo que crea el ego del hombre." (Bleibreu, 1982, págs. 9-10).

Pérdida del Ser e Ideas Santas

Naranjo no examina, desde la perspectiva de las Ideas Santas, el punto de vista de que los enea-tipos reflejen la pérdida de contacto con el Ser. Su tratamiento de la relación entre los enea-tipos y la pérdida de contacto con el Ser se centra en el Eneagrama de las Pasiones, explicando cómo la pasión concreta que gobierna cada enea-tipo refleja y perpetua la pérdida de contacto con el Ser. Se trata de una enseñanza significativa y útil, y ya constituye un avance, en términos de orientación espiritual, sobre las publicaciones relacionadas con el Eneagrama que no acentúan la relación del ego con la pérdida de contacto con el Ser. Pero el análisis de Naranjo contempla la relación entre los enea-tipos y el Ser de un modo muy general. No muestra el porqué y el dónde se originan las diferencias entre los enea-tipos. Naranjo utiliza el concepto de Ser, o Esencia, de un modo muy general, sin hacer referencias a las diferentes formas objetivas de experimentarlos, como hace el Eneagrama de las Ideas Santas.

No tenemos consciencia de que se haya publicado ningún estudio que muestre los detalles de cómo y porqué los enea-tipos y sus fijaciones mentales se desarrollan de una forma que conecta los factores de desarrollo con la pérdida de las Ideas Santas. Somos conscientes de que Ichazo posee una comprensión o teoría sobre este proceso, pero no ha publicado nada al respecto, y sólo hemos podido atisbar algunos fragmentos limitados y generales, a partir de varias fuentes, con relación a su punto de vista.

En este libro exploramos cómo se pierde el contacto con el Ser, así como el modo en que se refleja en la pérdida de la perspectiva de las Ideas Santas. La premisa básica de este

estudio, es la visión transmitida, discutida anteriormente, de que las fijaciones son un reflejo de la pérdida de las Ideas Santas. Analizamos en detalle cada una de las Ideas Santas y cómo la pérdida de cada una de ellas conduce al desarrollo de la correspondiente fijación. Cada pérdida se manifiesta en forma del desarrollo de una ilusión particular, una visión incorrecta de la realidad, el núcleo de lo que Naranjo denomina un "error cognitivo implícito."

Una Idea Santa constituye una comprensión vivencial particular incondicionada, y por lo tanto objetiva, de la realidad. Por ejemplo, desde la perspectiva de una Idea Santa, la realidad se experimenta como unidad no-dual del Ser, y la pérdida o ausencia de esta Idea Santa conduce a la ilusión de la dualidad, que se manifiesta en la convicción de que definitivamente en la realidad existen objetos diferenciados. Existen nueve ilusiones específicas que reflejan la pérdida o ausencia de las nueve Ideas Santas. Dichas ilusiones funcionan como los principios primarios de la existencia egóica. Cada ilusión o error forma el núcleo de un complejo psicológico, que consideramos como el centro de esta fijación concreta.

La noción de complejos de C.G. Jung, cada uno de ellos una constelación psicológica con un arquetipo en su centro, es parecida a nuestra noción del núcleo de cada fijación. Su concepto lo expresa de forma sucinta el analista junguiano Nathan Schwartz-Salant: "Complejo: grupo de ideas o imágenes emocionalmente cargado." (Schwartz-Salant 1982, pág. 180). Las Ideas Santas pueden considerarse como el arquetipo en el centro de cada uno de los tipos. Jung, evidentemente, no analiza a las Ideas Santas como arquetipos, pero su definición de los arquetipos incluiría las Ideas Santas:

> ... el arquetipo representa el elemento auténtico del espíritu, pero un espíritu que no debe identificarse con el intelecto humano, puesto que constituye el *spiritus rector* de éste. El contenido esencial de toda mitología y religión y de todo ismo es arquetípico. (Jung, 1959a, pág. 76).

En otro lugar, Jung lo amplia,

> En *De Diversis quaestionibus LXXXIII* él [San Agustín] habla de "*ideae principales*" que no están formadas en sí mismas... pero están contenidas en la divina comprensión. El arquetipo constituye una paráfrasis explicatoria del eidos platónico. Para nuestros propósitos este término es útil y apropiado, puesto que nos dice que en lo que respecta a los contenidos del inconsciente colectivo estamos tratando con archaei o -diríamos- tipos primordiales, o sea, con imágenes universales que han existido desde tiempos remotos. (Jung, 1959b, págs. 4-5).

Ya sea que consideremos o no el núcleo de las fijaciones como complejos y las Ideas Santas como arquetipos, el núcleo de cada enea-tipo funciona como su constelación psicológica principal, formando el núcleo de la fijación. Las distintas características de cada enea-tipo constituyen simplemente las manifestaciones que nacen de un modo natural de estos complejos nucleares, constituidos por distintas autoimágenes, relaciones de objeto, defensas del ego, patrones psicológicos, formas de comportamiento y cognición, etc. Por lo tanto dichos núcleos determinan las características distintivas que separan cualitativamente cada enea-tipo de los demás[*]. Dicho de un modo más apropiado, las características de cada enea-tipo reflejan su núcleo interno, y las distintas características de los nueve tipos reflejan los distintos complejos de los núcleos. Puesto que el centro que define a cada núcleo es una ilusión particular que refleja de un modo único la pérdida de la Idea Santa particular, se hace

[*] Las características de la parte exterior de la fijación -su cáscara- pueden entenderse mejor explorando la influencia determinante de otro Eneagrama superior que utilizamos en el Enfoque del Diamante. Dicho Eneagrama refleja las Ideas Santas en el ámbito de los aspectos esenciales.

evidente que las Ideas Santas son en última instancia las responsables de las variaciones de los enea-tipos.

CAPÍTULO TRES

El Enfoque del Diamante y las IDEAS SANTAS

Como hemos señalado, la presente obra se desarrolla mediante la comprensión de las Ideas Santas tal como se ha desplegado en el contexto del desarrollo del Enfoque del Diamante. A su vez, la perspectiva de las Ideas Santas en realidad proporciona un contexto para comprender alguna de las bases que subyacen al método de trabajo interior que constituye el Enfoque del Diamante. El Enfoque del Diamante se desarrolló en un contexto que incluye la comprensión del Eneagrama como mapa de la realidad y como psicología sagrada.

La Realidad como Unidad

Las Ideas Santas constituyen un mapa de la visión de la realidad como unidad. Cada Idea Santa es una visión de la realidad que refleja una comprensión de la totalidad y unidad del mundo o universo, de los seres humanos, y del funcionamiento de la realidad. La comprensión de la unidad -la no-dualidad de los distintos elementos y dimensiones de la existencia y manifestación- es un elemento de la comprensión espiritual de toda tradición. Tanto las enseñanzas orientales como las occidentales, que incluyen un método de trabajo interior hacia la realización de la realidad, conducen de modo inevitable a la percepción de la no-separabilidad de los humanos y el mundo, del mundo físico y la consciencia, de lo divino y lo mundano. Muchas de estas enseñanzas comprenden que el sufrimiento humano nace de la ignorancia de dicha verdad, o sea, la separación o alienación de la consciencia de lo sagrado o real.

En el Enfoque del Diamante, encontramos distintas dimensiones del Ser que implican una percepción de la no-dualidad. Muchos buscadores que se aproximan a, o leen sobre, la comprensión de la unidad o no-separabilidad, asocian la idea de la unidad con cierta clase de homogeneidad. Por ejemplo, en un nivel de percepción el buscador ve directamente que toda manifestación se crea en un medio. En dicha percepción, el acento se pone en la consciencia de que todo está hecho de un algo, una substancia, y de que la discriminación de los distintos aspectos de la manifestación no forman parte de la experiencia. Esto es lo que llamamos *unidad*. Otro nivel que implica una percepción de la no-dualidad es el no-conceptual, o sea, la consciencia directa de la realidad más fundamental o anterior al pensamiento conceptual. En este caso, existe también un sentido de que hay "una cosa" que constituye toda la realidad; y desde esta perspectiva es evidente que no existen objetos separados. La realidad en este nivel puede aparecer como un "bloque" sólido que no puede ser separado ni siquiera conceptualmente.

Otro nivel de percepción que incluye la consciencia de la no-dualidad es lo que denominamos *unicidad*. En dicha percepción, la consciencia de la no-separabilidad es clara, pero dentro de este todo, la realidad unificada, está presente la discriminación. Vemos los distintos colores, formas y movimientos en el seno de la manifestación, y dichas diferencias aparecen como fronteras de separación. Es evidente que la totalidad del universo es una manifestación viva y armoniosa. La forma y el movimiento discriminados se contemplan como un suceso en el seno de un todo, no como el movimiento de formas separadas.

Una contribución particular al proceso de trabajo interior mediante la comprensión de las Ideas Santas lo constituye la idea de que los principios o leyes que gobiernan la manifestación pueden comprenderse, y de que dicha comprensión puede conducirnos a una realización de la unidad. Existe un orden específico y particular de todos los niveles de manifestación, y existe una continuidad entre lo que Ichazo denomina orden cósmico o leyes y todos los niveles de la realidad, incluyendo el físico y el psicológico. Las Ideas Santas se refieren a la comprensión objetiva de las relaciones del individuo con el todo mayor. Utilizamos el conocimiento del Enfoque del Diamante para desarrollar un punto de vista particular de cómo las Ideas Santas se relacionan con las fijaciones, explorando en el caso de cada enea-tipo los efectos específicos de la pérdida de contacto con la consciencia de la unidad. El perder contacto con

la unidad es perder el sentido de que uno forma parte del Ser, parte de la manifestación y del fluir del todo de la manifestación. Dicho de otro modo, la ilusión de separación del todo adopta nueve formas, que representan la pérdida de las nueve Ideas Santas.

Como se irá clarificando en el curso de la obra, el método del Enfoque del Diamante se basa desde su inicio en la perspectiva de la unidad, tal como la revela la Idea Santa. Al mismo tiempo, no se espera que el alumno en un principio comprenda o aprecie este punto de vista; por el contrario, los alumnos empiezan trabajando con las identificaciones actuales, egoicamente limitadas, en las que se encuentran. La confianza y apertura a las limitaciones del estado de ego sometido a la ilusión son algo consustancial con el método. Así, por ejemplo, una actitud básica que se alienta en la exploración que lleva a cabo el alumno de su carácter es la actitud de *permitir*, o sea, intentar adoptar una posición sin juicios y carente de control con respecto a todo aquello que se presente en su experiencia interior. Por lo tanto la perspectiva de la práctica refleja las Ideas Santas del Trabajo Santo y la Voluntad Santa. La comprensión del Trabajo Santo es la de que el ego sí mismo no sabe lo que se supone que debe suceder, y que sólo dirigiéndonos a lo que es verdadero en el momento presente podemos participar en el Trabajo Santo del todo. La comprensión de la Santa Voluntad es la de que la función de la totalidad de la realidad actúa en nuestro propio proceso de despliegue, y la vía más fácil es rendir el esfuerzo personal o voluntad a dicho funcionamiento. Otro modo en que se refleja la perspectiva de las Ideas Santas en el método del Enfoque del Diamante lo constituye la exploración sistemática de patrones particulares que gobiernan nuestro propio carácter egóico. Dicho método contrasta con otros que alientan al alumno a que medite directamente sobre la raíz del Ser o consciencia, ignorando, o poniendo a un lado, el contenido, que causa distracción, de los pensamientos y sentimientos, que se consideran relativamente irreales. El Enfoque del Diamante difiere, también, de los métodos que pretenden producir cambios específicos en una creencia particular o rasgo característico de los alumnos.

No es fácil apreciar la profundidad de que tanto nuestro funcionamiento cotidiano como nuestro esfuerzo por trabajar en pos de la realización de la verdad están gobernados por la ilusión de la existencia independiente del sí mismo. Este error o ilusión hace totalmente imposible la verdadera transformación de nuestra propia visión del sí mismo y del mundo, puesto que la raíz del sufrimiento del ego lo constituye está sensación de separación. El trabajar con la perspectiva de las Ideas Santas, así como con los temas específicos y dificultades que se plantean a partir de la pérdida de la unidad constituye una poderosa herramienta para dar pie a la posibilidad de la verdadera transformación, más allá de todo lo que pueda ser imaginable mediante el trabajo psicológico o de crecimiento.

Comprensión del desarrollo temprano

En el curso del análisis detallado de cada núcleo y de cómo éste es el resultado de la pérdida de contacto con la Idea Santa particular, también exploramos el modo en que las experiencias de la temprana infancia producen la pérdida. Los capítulos de la Segunda Parte se centran en las condiciones de la vida temprana que hacen que un individuo dé la espalda a, o se desconecte de, la dimensión del Ser. Exploraremos el trabajo de D.W. Winnicott sobre la influencia del temprano entorno sustentador sobre el desarrollo del sí mismo (Winnicott, 1965), y ampliaremos su comprensión para alcanzar la dimensión de la Esencia o Ser. Clarificaremos las manifestaciones del Ser -las dimensiones esenciales- que se necesitan en el temprano entorno del niño para sostener la experiencia del sí mismo o alma de modo que su desarrollo sea una "continuidad de ser," tal como Winnicott diría. Vemos como un entorno que carezca de dichas manifestaciones del Ser hace que el alma reaccione de modo que pierde contacto con su Mismidad, su núcleo y naturaleza esenciales. Un entorno de apoyo inadecuado conduce no sólo a la pérdida de contacto con el Ser en general, sino, más específicamente, a la pérdida de la Idea Santa propia de uno.

Forma parte de la teoría transmitida del Eneagrama el hecho de que cada persona nace con la capacidad de reconocer todas las Ideas Santas, pero que una de ellas es más sensible, fuerte o dominante. Es la que se ve más afectada por la insuficiencia de la experiencia temprana. Lo que significa que nuestro enea-tipo está determinado al nacer, y por lo tanto es

independiente de las circunstancias de nuestra vida temprana. Esto está destinado a ser una noción controvertida. No tenemos datos que lo confirmen o no, y, para nuestra comprensión, no tiene una gran importancia. Tendríamos la misma comprensión si afirmáramos que las experiencias tempranas determinan qué Idea Santa se ve más afectada. Esto plantearía otras cuestiones, como qué clase de entorno temprano conduce a la pérdida de una Idea Santa particular, pero dicha cuestión no es importante para este estudio.

La insuficiencia del temprano entorno sustentador no sólo lleva a la pérdida de contacto con el Ser, tal como se refleja en la pérdida de una Idea Santa particular, sino también a la pérdida de la *confianza básica*, que constituye una confianza innata, sin discusión y preverbal, en la realidad. Esta pérdida conduce a reacciones de desconfianza específicas, determinadas no sólo por la insuficiencia del entorno de apoyo, sino por la ilusión concreta que constituye el producto de la pérdida de la Idea Santa particular. La *ilusión específica*, la reacción específica de desconfianza, y el modo concreto en que el sí mismo experimenta la insuficiencia del entorno de apoyo (la *dificultad específica*, que de nuevo se ve cualitativamente determinada por la ilusión particular), conforman los elementos del núcleo de cada fijación particular. Estos tres elementos se desarrollan simultáneamente como consecuencia de la pérdida del Ser, que es el fruto, cuanto menos parcialmente, de la insuficiencia del temprano entorno sostenedor.

La Segunda Parte de este libro, *Vivo amanecer*, por lo tanto, analizará la confianza básica y el temprano entorno de apoyo, así como la manifestación específica del Ser relacionada con un entorno de apoyo adecuado. La Tercera Parte, constituye un análisis detallado de las Ideas Santas y el desarrollo de la fijaciones a medida que se pierden dichas Ideas.

Integración del Eneagrama con el Enfoque del Diamante

Existen unas pocas puntualizaciones que nos gustaría hacer sobre el cuerpo de conocimiento de los capítulos sobre las Ideas Santas. De entrada, nuestra comprensión no tiene la intención ser ortodoxa. No pretendemos que forme parte del conocimiento transmitido sobre el Eneagrama, ya provenga de Naranjo o de Ichazo, o de cualquier escuela esotérica de Oriente Medio. Empezamos con la premisa transmitida de que la pérdida de las Ideas Santas es responsable del desarrollo de las fijaciones, así como con los nombres de las Ideas Santas y sus definiciones a cargo de Ichazo, pero la comprensión detallada que proporcionamos de cada Idea Santa y de su relación con el correspondiente enea-tipo proviene de las enseñanzas y de la experiencia personal del autor. Como punto de referencia, cada capítulo se inicia con la definición de Ichazo tal como la presentó en el Instituto Arica en 1972. Nuestra comprensión de las Ideas Santas se inicia con dichas definiciones, pero posteriormente hemos desarrollado por nuestra cuenta nuestra comprensión de las Ideas, en ocasiones aproximándonos a su punto de vista pero en otras no. No afirmamos que nuestra perspectiva refleje los puntos de vista de Ichazo, puesto que no conocemos sus puntos de vista más allá de las definiciones. El conocimiento que proporcionamos de la pérdida del Ser y de la pérdida de contacto con las Ideas Santas se produce en relación al temprano entorno de apoyo, las subsiguientes *ilusiones específicas*, y los elementos que comprenden los nueve núcleos, siendo todos ellos frutos origínales de nuestra comprensión. Lo que no significa que no existan relatos similares o comparables en otros lugares, pero en el caso de que existan, no los conocemos.

Acentuamos este punto con el fin de clarificar el hecho de que la información de este libro refleja nuestra integración de partes del Eneagrama bajo nuestra perspectiva, el Enfoque del Diamante. En dicho enfoque, utilizamos teoría y conceptos de distintas escuelas psicológicas y espirituales, y las desarrollamos a medida que se relacionan con nuestra experiencia personal. Nuestra integración de elementos del conocimiento del Eneagrama en la perspectiva del Enfoque del Diamante es semejante, por ejemplo, a nuestra integración de la teoría de Margaret Mahler de la separación-individuación, que amplía su teoría para incluir el ámbito esencial, tal como se describe en nuestro libro, *The Pearl Beyond Price*, *Integration of Personality into Being: An Object Relations Approach* (Almaas, 1988). También es similar a nuestra integración de elementos de la sabiduría sufí de las *lataif*, las sutilezas internas, así como de las cinco consciencias de Buda en el budismo mahayana.

Al leer este libro es importante recordar que consideramos el Eneagrama desde una perspectiva particular que puede diferir de otras, incluso de las fuentes del conocimiento transmitido. La enseñanza Arica de Oscar Ichazo, en particular, considera el Eneagrama en el marco de la perspectiva de su propio sistema. Su formulación de su uso, su significado, así como sus relaciones con el tema más amplio del trabajo espiritual es consustancial con su perspectiva y parece muy distinta de la nuestra. Muchos de los libros escritos sobre el Eneagrama actualmente en circulación lo utilizan como un sistema de topología, y en el mejor de los casos como una herramienta para la observación psicológica y la elaboración. Helen Palmer se centra en utilizar el Eneagrama como herramienta para desarrollar la intuición, o sabiduría interior, mientras que Naranjo, parece considerarlo como herramienta para la observación psicológica y la elaboración como parte del trabajo espiritual de transformación. Los libros de Don Riso añaden muchos aspectos de discriminación en relación a los tipos del Eneagrama, así como sobre sus fuentes psicológicas y manifestaciones.

En nuestro trabajo de despliegue espiritual nosotros utilizamos el Eneagrama como un instrumento y un mapa en coyunturas específicas. Inicialmente, lo utilizamos como mapa psicológico que añade auto-observación y estudio. Los alumnos trabajan también con nuestra teoría de los agujeros (véase *Essence*, Almaas, 1986), que describe la pérdida de la Esencia y el subsiguiente desarrollo de la personalidad. A ello le sigue el trabajo de desvelar los aspectos esenciales. Las teorías de la psicología profunda de las relaciones de objeto, el narcisismo, etc, constituyen una parte importante de las herramientas utilizadas para acceder a distintas dimensiones esenciales. El Eneagrama es utilizado por lo tanto, en puntos particulares, como mapa de ciertos niveles de la realidad, con el fin de facilitar la transformación espiritual. Por ejemplo, el trabajo con las Pasiones y las Virtudes ayuda a los alumnos en el proceso de purificación del alma. El Eneagrama de las Ideas Santas es de la mayor utilidad en la coyuntura existente entre la realización personal y cósmica del Ser, como hemos mencionado con anterioridad.

Como sucede con otros conceptos de distintas escuelas, nuestro enfoque utiliza el Eneagrama con el propósito de un conocimiento directo y vivencial. No se utiliza únicamente para la observación psicológica y la tipología, no se usa únicamente para guiar a las distintas prácticas espirituales, sino específicamente para guiar y sostener una investigación abierta sobre la propia experiencia. Dicha guía y sostén de una investigación inteligente y abierta constituye el principal propósito del presente libro.

Liberarse de las fijaciones

Aunque es útil conocer y haber explorado el propio enea-tipo, ésta no constituye la orientación básica de este estudio. Nuestra orientación es la de que las nueve Ideas Santas constituyen representaciones de una realidad, y cada una de ellas ilumina una faceta distinta de su percepción directa. Las nueve ilusiones son principios inherentes a toda estructura egóica; subyacen la totalidad de la existencia egóica. La comprensión de las ilusiones inherentes en la propia experiencia no sólo es útil para penetrar en, y comprender, las propias fijaciones, si algo más importante, es útil para comprender los principios que conforman el fundamento de la experiencia egóica. Independientemente del propio eneatipo, es importante observar el conjunto de los nueve núcleos en la experiencia propia y penetrar de un modo vivencial en el conjunto de las nueve ilusiones que dan continuidad a nuestra experiencia egóica. Según nuestra experiencia, esto es más importante que reconocer la ilusión particular de uno, puesto que más a fondo penetramos en lo que determina nuestra experiencia, más principios universales, así como las barreras a realizarlos, se reconocen en su totalidad. En este punto, el enea-tipo particular de uno se vuelve más importante.

Las nueve ilusiones conforman la experiencia nublada y condicionada de nuestra existencia egóica, y, si vamos a trascender dicha existencia, todas deben ser reconocidas y vistas totalmente. El trabajo sobre nosotros mismos debe conducirnos a acceder al ámbito del Ser, puesto que es la alienación del Ser la causa fundamental que subyace a la experiencia egóica. Mientras que la elaboración psicológica constituye una parte necesaria del trabajo, ninguna medida de elaboración psicológica puede liberar al alma de la fijación del ego. En última instancia, debe emerger la Esencia y transformar la consciencia. Por dicha razón, el

trabajo con el Eneagrama de la dimensión egóica, como con el de las Fijaciones y las Pasiones, no puede completarse en su totalidad, excepto si penetramos en la ilusiones que los subyacen, y dichas ilusiones no pueden penetrarse, sino es mediante la experiencia directa de las Ideas Santas. Únicamente esta experiencia directa de la dimensión del Ser, y su integración de modo que ilumine las ilusiones *como* ilusiones en lugar de en forma de verdades incontrovertibles, puede liberar fundamentalmente al alma de sus fijaciones.

El entusiasmo inicial que experimentamos al aprender los Eneagramas de las Fijaciones y de las Pasiones, y la claridad que incorpora a la propia experiencia, no debe permitir que oscurezcamos el hecho de que liberarse de las Fijaciones y de las Pasiones no es un asunto fácil. No es suficiente ver los propios patrones psicológicos para liberarnos de ellos y, por lo tanto, no es posible verse en su totalidad y de un modo adecuado sin la presencia de la experiencia del Ser. Conocer el mapa del Eneagrama de las Fijaciones, independientemente de la profundidad y el detalle, no es suficiente para conseguir la transformación, y menos aún la liberación.

El trabajo en los núcleos y sus ilusiones básicas es difícil, y engañarse a sí mismo sobre su accesibilidad puede conducir a la frustración. Exige una gran experiencia, un cierto grado de transformación espiritual, y, probablemente, una guía adecuada. Se precisa la realización vivencial directa de las Ideas Santas, lo que no es una tarea fácil. No puede alcanzarse comprometiéndonos de forma pausada en algún tipo de vía que parezca cómoda y poco amenazadora para nuestra visión de la realidad. Un compromiso profundo, una total dedicación, y una apertura cada vez mayor en relación a lo que es posible son algunos de los ingredientes necesarios si la propia vía va a conducirnos a la transformación.

Afortunadamente, ello nos proporciona una valoración de la inmensidad de la tarea de la verdadera realización espiritual, sin la que cualquier noción de liberación es mera fantasía. Con esto en mente, esperamos que este libro contribuya, en alguna medida, a los esfuerzos de aquellos que están seriamente comprometidos en su transformación espiritual, y aquellos que apoyan la transformación de los demás.

SEGUNDA PARTE

VIVO AMANECER
Y
CONFIANZA BÁSICA

CAPÍTULO CUATRO

CONFIANZA BÁSICA

Iniciaremos nuestra exploración de las Ideas Santas investigando una condición particular u orientación del alma que constituye su base. La presencia o ausencia relativa de dicha condición en nuestra consciencia individual, o alma, tiene un efecto importante en nuestra orientación hacia el Ser o nuestro alejamiento de Él. Cuando dicho estado está presente, el desarrollo del alma se desplaza hacia el Ser; cuando está relativamente ausente, el alma se desarrolla más hacia el ego. El alma siempre desarrolla un ego y una identificación con él, debido a la naturaleza de la indefensión propia de la infancia, la encarnación física y el desarrollo conceptual (véase el Capítulo 22 de The Pearl Beyond Price, Almaas, 1988); sin embargo, el grado de fijación y plenitud de dicha identificación se verá muy influido por el grado en el que dicho estado está presente. Al comprenderlo, podemos entender la causa de que el desarrollo espiritual parezca relativamente fácil para algunas personas y más difícil para otras, así como la causa de que el desarrollo parezca producirse por si mismo en el caso de unas pocas personas pero no para la mayoría de éstas. El grado de presencia o ausencia de esta cualidad no explica completamente dichas diferencias en el desarrollo, pero constituye un fuerte determinante.

Para comprender la importancia de esta condición, debemos comprender que sucede en el proceso de la transformación espiritual. El ego constituye una estructura psíquica que se basa en creencias cristalizadas sobre lo que somos y sobre lo que es el mundo. Nos experimentamos a nosotros mismos y al mundo mediante el filtro de dicha estructura. El despertar espiritual implica conectar con estas dimensiones de la experiencia nubladas por la estructura del ego. En nuestro trabajo, el Enfoque del Diamante, este desarrollo constituye un proceso gradual de atravesar las distintas facetas de esta estructura del ego; creencias particulares e imágenes con las que nos hemos identificado y hemos tomado por verdaderas.

La importancia de la confianza básica

El primer paso de este proceso consistente en afrontar cualquier sector del ego tiene dos partes. La primera es ser consciente -percibiendo y experimentando realmente- de la particular creencia o identificación que constituye la estructura. La segunda es la disolución de dicha faceta de la estructura del ego. En el proceso de transformación, la última es la más difícil, puesto que significa soltar parte de nuestra identidad, y dicha entrega puede experimentarse como una disolución, una desintegración, una fragmentación, o una sensación de que nos estamos desmoronando. Dicha coyuntura puede ser muy dolorosa y aterradora puesto que la antigua sensación de nuestra identidad se está desmoronando y no sabemos que es -si es que es algo- lo que ocupará su lugar. Lo que te acompañaba, lo sentías como algo real, y ahora lo estás soltando y dirigiéndote a lo que parece un territorio desconocido y sin cartografiar. Tenemos la sensación de estar saltando a un abismo, lo que puede ser algo terrorífico.

Si este salto al abismo es fácil, nuestra transformación tenderá a producirse con facilidad. Pero si este soltar las antiguas identidades es difícil -muy doloroso o se ve excesivamente acompañado de miedo- tendremos la tendencia a aferrarnos a lo antiguo, manteniéndonos alineados con nuestro ego. Lo que marca la diferencia es la presencia de cierta clase de confianza que nosotros denominamos *confianza básica*. Se trata de una implícita confianza no verbalizada de que sucederá lo que es óptimo, la sensación de que pase lo que pase todo irá finalmente bien. Se trata de la confianza de que la realidad es buena en última instancia; de que la naturaleza, el universo y todo lo que existe son por su propia naturaleza buenos y de confianza; que lo que sucede es lo mejor que puede suceder. La confianza básica constituye una confianza no-conceptual en la bondad del universo, una confianza implícita y clara de que hay algo acerca del universo, de la naturaleza humana y de la vida que es inherentemente y fundamentalmente bueno, amoroso, y que nos desea lo mejor. Esta confianza innata y no formulada sobre la vida y la realidad se manifiesta como una disposición a saltar al abismo.

Cuando esta confianza es profunda, se manifiesta en el modo en que vivimos la vida; no necesariamente en lo que sentimos o en lo que pensamos. La confianza básica se experimenta como un sentido incuestionable de seguridad que es intrínseco al modo en que actuamos y vivimos. Cuando está muy presente, está confianza forma en tal medida parte de la estructura de nuestra alma que deja de ser algo en lo que pensamos; es preconceptual, preverbal, prediferenciación. Además, es tan básica que los acontecimientos y circunstancias de nuestra vida no pueden alterarla.

Por dicha razón, la confianza básica es distinta de nuestro sentido psicológico habitual de la confianza. Nuestra confianza ordinaria en las personas y situaciones está muy condicionada y es muy dependiente de la familiaridad y fiabilidad. Las experiencias dolorosas o las traiciones personales pueden alterar nuestra confianza en los elementos externos e internos de nuestra vida. Por lo tanto la confianza ordinaria tiene poco valor para penetrar en lo desconocido, puesto que dichos elementos siempre están sujetos al cambio.

La confianza básica, por otra parte, no es una confianza en algo, alguna persona, o alguna situación, y por lo tanto no se ve tan disminuida por las circunstancias de la vida. Por el contrario, nos proporciona una orientación implícita hacia todas las circunstancias que nos permite relajarnos y estar con ellas. Sentimos visceralmente que estamos y estaremos bien, incluso si los acontecimientos del momento nos defraudan o son dolorosos, o incluso totalmente desastrosos. En consecuencia, vivimos nuestra vida de tal forma que saltamos al abismo de un modo natural sin siquiera conceptualizar que estaremos bien, puesto que poseemos la sensación implícita de que el universo se ocupará de nosotros. Nuestra propia vida se convierte en un viaje espiritual, en el que sabemos que si paramos de intentarlo, dejamos de esforzarnos, dejamos de aferramos, dejamos de apegarnos a las personas, objetos y creencias, las cosas estarán bien e irán de la mejor de las maneras. Lo que no significa que soltar o permitir que se disuelvan las estructuras nos haga sentir necesariamente bien; no es en ello en lo que confiamos. Incluso si no nos sentimos bien, incluso si estamos asustados, de algún modo sabemos que esta disolución irá bien. La capacidad de aceptar la fase más problemática de la transformación espiritual -la disolución de las estructuras e identidades familiares- se produce a partir de este sentimiento innato de seguridad y salvaguarda.

La confianza básica es difícil de analizar puesto que hacerlo la vuelve explícita, mientras que es fundamentalmente implícita. Los que la poseen nunca piensan en ella, nunca la cuestionan, ni saben siquiera que exista tal cosa. Cuando ven a alguien que carece de ella, se preguntan por qué lo está pasando tan mal, por qué no sabe que las cosas irán bien. En aquellos que no han perdido nunca la confianza básica, existe inocencia. Sólo cuando la perdemos y la volvemos a desarrollar conscientemente, sabemos lo que significa carecer de ella.

La presencia o ausencia de la confianza básica

La confianza básica es la forma en que el alma sintoniza con una ley fundamental de la realidad, el hecho de que nuestro sentido de existir como una entidad separada y aislada es falso; que nuestra experiencia egóica de aislamiento e impotencia constituye una ilusión basada en la identificación con el mundo de la manifestación física. El saber que todos formamos parte de una realidad significa que nuestra verdadera naturaleza no se ve definida por la experiencia egótica o el cuerpo físico y no puede ser básicamente herida o destruida. Si el alma individual está en contacto con esta realidad de la no-separabilidad, entonces lo reflejará funcionando de un modo que exprese este conocimiento. Sin embargo, para alguien que ha perdido el contacto con la no-separabilidad, los actos de esta primera persona aparecerán confiados de un modo que puede parecer injustificable. Incluso a la mente consciente de la primera persona, sus propios actos le parecerían misteriosos si no estuviera en contacto con la experiencia de la no-separabilidad. Por dicha razón, sólo puede tener la sensación de que simplemente confía en que las cosas funcionarán, pero confía de un modo tan implícito que casi siente que lo sabe. Cuando la experiencia del alma es conscientemente la de ser un individuo separado, sólo puede experimentar el contacto con la no-separabilidad implícita como la sensación de benevolencia de la vida, en forma de confianza básica.

La mayoría de las personas no poseen mucha confianza básica; tienen la sensación de que está bien confiar en algunas situaciones pero no en otras. Para que confíen se han de dar ciertas condiciones. En este caso no se trata de una confianza inherente a la vida. Se trata de una confianza condicional. Cuando impera la confianza básica, afecta globalmente a la propia vida.

Cada uno de nosotros posee cierto grado de confianza básica; no es algo que podamos poseer o dejar de poseer. Sin ella, no podríamos funcionar. Su manifestación en la vida cotidiana es el modo en que confiamos en nuestro cuerpo basándonos en las leyes físicas de la naturaleza. Por ejemplo, excepto en el caso de que seamos ciegos, confiamos en que si nuestros ojos están abiertos, funcionaran y veremos. Se trata de una orientación tan básica que cuesta llamarla confianza; simplemente lo damos por hecho. Cuando por la noche nos vamos a dormir, damos por hecho que nos despertaremos al día siguiente. No tenemos necesidad de decirnos: "Confío en que está bien que me duerma"; simplemente cerramos los ojos y nos dormimos. Iniciar el trabajo de la transformación espiritual indica que poseemos una medida de la confianza básica que va más allá de la que tenemos en el funcionamiento de nuestro cuerpo y, en el proceso de hacer el Trabajo, esta confianza se hace más honda y se integra más.

La confianza básica nos proporciona la capacidad de entregarnos, la capacidad de soltar, la capacidad de saltar a lo desconocido. Con ella, no necesitamos garantías de que las cosas irán bien puesto que implícitamente sabemos que las cosas van a ir bien. No se trata de confiar en algo en particular, puesto que es preconceptual; es anterior a nuestras ideas diferenciadas sobre aquello en lo que confiamos. Por lo tanto la confianza básica va incluso más allá de confiar en Dios, puesto que tener la sensación de que confiamos en Dios significa que ya poseemos un concepto de Dios.

La presencia de la confianza básica indica que poseemos el sentido innato de que la vida es fundamentalmente benévola, y de que dicha benevolencia es independiente de nosotros y de nuestros actos. Tendremos dicha sensación en la medida en que nuestro enraizamiento en el universo no se haya visto trastornado. La presencia o ausencia relativa de la confianza básica constituye una cualidad visceral, a veces todo nuestro ser está enraizado o no lo está. La alteración de la confianza básica es un factor importante en el desarrollo del ego, puesto que la perspectiva del ego se opone diametralmente a la sensación de confianza básica. La perspectiva del ego nace de una falta de esta confianza. Se basa en la desconfianza, la paranoia, el miedo, así como en el convencimiento de que no vas a ser cuidado de un modo adecuado y de que el universo no está ahí para sostenerte y cuidarse de ti del modo que precisas. Este convencimiento hace que creas que debes comprometerte en toda clase de manipulaciones y juegos para poder satisfacer tus necesidades y hacer que las cosas funcionen.

Despliegue del alma

Ahora podemos ver cómo la presencia o ausencia de la confianza básica es crucial para el paso inicial en el proceso de la transformación de cualquier sector del ego. Dicho paso únicamente se completa soltando la estructura particular a la que nos hemos estado aferrando. La confianza básica nos proporciona la capacidad y la disponibilidad de soltar las imágenes, identificaciones, estructuras, creencias, ideas y conceptos; los restos del pasado que conforman el ego.

En este paso inicial está implícito el segundo: si somos capaces de entregarnos, entonces somos capaces de ser. Somos capaces de no intentar cambiar las cosas, ni manipularlas, ni tirar de ellas, ni empujarlas. Somos capaces de simplemente estar presentes, lo que en si mismo es una suerte de realización. Primero, por tanto, está la muerte de lo antiguo; luego está la realización del Ser. Si no poseemos la confianza básica, reaccionaremos ante lo que se presente de acuerdo a nuestros condicionamientos, y desearemos que nuestro proceso vaya de un modo u otro. No nos permitiremos estar simplemente presentes; estaremos tensos y rígidos. Por lo tanto precisamos de la confianza básica para permitir que el ego muera, y también para ser capaces de simplemente ser, sin reaccionar.

El tercer paso de transformación también requiere confianza básica. El tercer paso es permitir que las cosas se desarrollen espontánea y naturalmente del modo en que quieran hacerlo, sin intentar canalizarlas en la forma en que creamos que deben ir. Lo que significa no intentar determinar el curso de nuestro desarrollo o empujarlo de uno u otro modo. Por lo tanto si tenemos confianza básica en nuestro proceso, no sólo somos capaces de saltar al abismo, no sólo somos capaces de estar con todo lo que se presente, sino que también confiamos en que pase lo que pase estará bien. Lo que permite el despliegue natural de nuestra alma, abriéndonos a nuestra naturaleza interior.

Por lo tanto, si la confianza básica está presente, el alma soltará con mayor facilidad las antiguas estructuras, tendrá una mayor capacidad para dedicarse a simplemente ser, y tenderá a dejar que su proceso se despliegue sin interferencias, lo que conducirá de un modo natural hacia un desarrollo esencial. Sin confianza básica, la actitud del ego predominará y el alma carecerá de confianza implícita en su vida y en su proceso. El ego intentará tomar las riendas y manipular, empujando las cosas hacia un lado u otro, lo que producirá un mayor aislamiento y afianzamiento del ego.

La confianza básica es una condición inherente del alma. Nuestra alma posee confianza básica del mismo modo en que nuestros huesos poseen calcio. Tan fundamental y básica es en relación a la naturaleza del alma. Está más allá de lo no-conceptual; no es ni siquiera una experiencia. Más bien proporciona a nuestras experiencias una sensación de facilidad, de seguridad y salvaguarda, acompañado de un estado de libertad en la mente. Una falta de confianza básica es evidente en todas las inseguridades del ego. Al igual que todas las cualidades que implican una sensación de apoyo, la presencia de la cualidad que subyace a la confianza básica tiende a permanecer inconsciente o implícita hasta que sentimos su ausencia. Y puesto que las estructuras y actividades del ego están conectadas con la sensación de la falta de confianza, el foco de la personalidad se situará en esta falta, en el miedo, en preocuparse y planear, así como en tratar de compensar esta percibida falta de apoyo. Esta es la causa de que podamos decir que dicha cualidad es inherente al alma aunque al mismo tiempo la sensación de falta de apoyo predomine en nuestra experiencia consciente.

Cuanto más está presente la confianza básica, en mayor medida puede el proceso de realización y transformación proceder de un modo suave. Si carecemos de confianza básica, es importante que la desarrollemos. Desarrollo no significa construir alguna experiencia nueva del sí mismo. Significa experimentar los factores que trajeron consigo la profunda desconexión original de la realidad y, en particular, experimentar de forma repetida la verdad fundamental de la no-separabilidad hasta el punto en que el alma pueda morar de nuevo en el conocimiento de dicha verdad. Cada nueva experiencia de la verdad esencial hace más hondo el contacto del alma con su confianza básica.

Soltura y libertad en el vivir

En cierto sentido, la confianza básica es la piedra angular para el proceso del desarrollo espiritual, pero también afecta a la calidad del conjunto de nuestras vidas. Nos proporciona la sensación de que nuestras vidas evolucionan de un modo natural, progresando de unas formas, y en unas direcciones, que tal vez todavía no conozcamos o comprendamos pero sobre las que tenemos confianza de que irán bien. Si está presente la confianza básica, nuestras vidas se ven acompañadas de una sensación de libertad. Luego nace el deseo de saber a donde van las cosas, no por el ansia de controlar el despliegue, sino simplemente por curiosidad.

Cuando funcionamos a partir de la confianza básica, ésta está implícita en cómo vivimos, cómo interactuamos, cómo nos comportamos en el mundo y en cómo nos hacemos cargo de nuestra vida. Se trata de una cualidad fundamental de la vida humana, así como una necesidad para el trabajo de transformación. Podemos ver en qué medida está o no presente, al observar el modo en que vivimos nuestras vidas. La confianza básica se manifiesta a través de nuestros actos más que a través de nuestros pensamientos o sentimientos, puesto que se trata de un conocimiento visceral y el conocimiento visceral se muestra en los actos. Lo que lo convierte en un tipo de conocimiento que no solemos considerar conocimiento.

Para comprender la confianza básica en acción, hemos de distinguirla de la tendencia del ego hacia la inercia y la inactividad. Poseer confianza básica no implica que no actuemos. No

significa que si alguien nos apunta con una pistola, no hagamos nada para defendernos. Significa que confiamos en nuestro impulso de correr; confiamos en el funcionamiento de nuestra inteligencia intrínseca. Asimismo, confiar en que el universo se cuidará de nosotros no significa que nos pasemos el día en la cama. El universo se cuidará de nosotros haciendo que nos levantemos y nos ocupemos de nuestros asuntos. El universo se despliega de un modo óptimo, y parte de este despliegue se produce a través de nosotros y de nuestros actos.

Cuando poseemos mucha confianza básica, somos valientes y auténticos. Nos arriesgamos. No nos dormimos en el seno de nuestras capacidades. Nos comprometemos totalmente con nuestra vida, haciendo lo que consideramos apropiado, con la confianza de que funcionará. Si poseemos poca confianza básica, nos paralizan el miedo al fracaso y el miedo al rechazo. Si buscamos pareja, la confianza básica significa arriesgarse a hablar con alguien a quien nos sentimos atraídos. Tal vez estemos algo asustados, pero el miedo no es tan importante y actuamos de todos modos. Si nos rechaza ¿qué importa? Nos sentimos fuertes. Qué importa, en el mundo hay millones de personas. Pero sin confianza básica, el rechazo puede experimentarse como el fin del mundo. Nos sentimos desesperados. Por lo tanto, la confianza básica implica esperanza *real*, que analizaremos cuando lleguemos a la Idea Santa de la Santa Esperanza.

Cuando nuestra confianza básica se hace más profunda, alcanzamos una sensación interior de relajación que permite que nuestra alma se despliegue de un modo espontáneo y natural. La confianza afecta a nuestra mente de tal modo que empezamos a ver que cualquier cosa que suceda está bien, incluso si es dolorosa, y las cosas que habíamos considerado malas resultan no serlo. Hemos de tener un punto de vista distinto, poseyendo una visión más fundamental y verdadera del universo. Vemos que todo lo que existe en el mundo está bien tal cual y que todo lo que pase estará bien, que no sobra ni falta nada. Esta es la Idea de la Santa Perfección. Para ver esta verdad, hemos de confiar en el universo. Cuando existe una confianza básica profunda, percibimos el universo a través de las Ideas Santas. Si existe poca confianza básica, vemos el universo a través de una mente cerrada, mediante el filtro de la estructura fija del ego.

Sin sentir el sostén amoroso del universo, no podemos poseer confianza básica. ¿Cómo podemos soltar realmente y permitirnos ser, si no confiamos en que las cosas están fundamentalmente bien, que lo que suceda será apropiado? Si no poseemos dicha confianza, estamos constantemente asustados, tensos; luchando continuamente con la realidad, interna y externa. Por lo tanto hemos de reclamar nuestra confianza básica. Todo el trabajo sobre uno mismo es necesario a causa de que nuestra confianza básica no es completa. Si lo fuera, nos sentiríamos completamente relajados y creceríamos espontáneamente para convertirnos en lo que se supone deberíamos ser.

Puesto que nuestra confianza básica no es completa, luchamos, nos resistimos y nos debatimos; y luego necesitamos enseñanzas y prácticas para comprobar que nuestra lucha es baladí y en realidad constituye el problema. Todos queremos estar en paz con nosotros mismos, con nuestras vidas, con cualquier situación en que nos encontremos. No sabemos como hacerlo, por lo que siempre nos estamos debatiendo y luchando con nuestra realidad, intentando aportar algo de armonía y relajación, una cierta disminución de la preocupación y del miedo. Pero todo lo que tenemos que hacer es dejar de luchar con nosotros mismos y con la realidad. Cuando se dice que el sufrimiento cesa al alcanzar la realización o la iluminación, ello quiere decir que finaliza la lucha. La iluminación no es un asunto de no sentir dolor, sino de no luchar con él.

Confianza básica y realización

La confianza básica es sinónimo de estar realizado, de estar centrado, sin tensiones. Cuando hablamos de no luchar, queremos decir no luchar con uno mismo. Lo que no significa que no debamos esforzarnos. Si tenemos que cortar leña, cortamos leña, pero no vacilamos ni nos preguntamos si es lo adecuado o hacemos juicios sobre el modo en que llevamos a cabo la tarea. Simplemente cortamos leña. La mayoría de nosotros simplemente no podemos hacerlo al estar luchando con nosotros mismos. Cuando investigamos, comprobamos que estamos luchando con nosotros mismos porque no tenemos confianza. No confiamos en que si nos

relajamos, tendremos la capacidad, la inteligencia, la fuerza y la compasión necesarias para manejar nuestras vidas. No confiamos en que la realidad, tal cual, está básicamente bien y funcionará a nuestro favor y nos apoyará sin ninguna interferencia por nuestra parte. La confianza básica consiste en aprender que la vida es manejable; que podemos relajarnos en ella y simplemente dejarla ser. Constituye confiar en que el universo mismo nos apoya y en que tenemos los recursos internos para afrontar todo aquello que la vida nos presente.

Por lo tanto, la confianza básica significa confiar lo suficiente para dejar que la mente se detenga y esté interiormente en silencio, sabiendo que si hay algo que debamos conocer, el conocimiento se presentará. Significa confiar en que si necesitamos hacer algo, seremos capaces de hacerlo. Significa aceptar y confiar en el silencio, la serenidad y el no-Ser. Si no confiamos, no podemos dejar que nuestras mentes se silencien y no podemos permitirnos la serenidad. Pensamos que siempre debemos estar en marcha, siempre haciendo que algo suceda o no suceda, por lo que no damos descanso a nuestras mentes o a nuestros cuerpos. Creemos que si nuestras mentes están tranquilas, cuando necesitemos cierta información, no la encontraremos. Creemos que si nuestros cuerpos están serenos, cuando necesitemos actuar, no serán capaces de hacerlo.

Sin la confianza básica, no confiamos en nuestra naturaleza, ni en nuestros recursos internos ni en el universo que nos otorga el nacimiento y nos está siempre sosteniendo, proveyéndonos constantemente, y que seguirá proporcionándonos cualquier cosa que realmente necesitemos. Sin dicha confianza, no nos experimentamos como los hijos del universo que realmente somos. Nos experimentamos como seres abandonados, proscritos, dejados a nuestra suerte, y no sólo a nuestra merced, sino también con la creencia de que nuestras capacidades son insuficientes. Nos experimentamos a nosotros mismos como solitarios, aislados, separados, sin recibir sustento del universo, y al mismo tiempo, pequeños, incapaces, y carentes de lo que se precisa para sostenernos a nosotros mismos. Por lo tanto vivimos en un estado de constante temor. Se trata de la posición fundamental del ego.

Comprender de un modo vivencial la confianza básica y desarrollarla, el hecho de permitirnos entregarnos, soltarnos y relajarnos en lo que hay, no es fácil, debido a que nuestras mentes se han vuelto muy complicadas en nuestros intentos por manejar nuestra ignorancia y desconfianza. Nuestras mentes se han dividido en muchos fragmentos que están constantemente luchando con la realidad así como unos con otros. A causa de la complejidad y de la desarmonía de nuestras mentes, se necesita mucho trabajo, inteligencia y energía para atravesar el muro de complejidad y oscuridad, así como para descubrir cual es la auténtica verdad de la realidad. La realidad en sí misma es muy sencilla y directa, pero no podemos ver dicha sencillez, no podemos ver la normalidad de nuestro estado natural.

Veamos algunos ejemplos para comprender que queremos decir con simplicidad y complejidad. ¿Con qué frecuencia se da el caso de que nos sentimos hambrientos, comemos y estamos realmente en paz, sin tener ningún tipo de conflicto con nosotros mismos a causa de ello, sin preocuparnos de si es el momento adecuado de comer, si estamos comiendo mucho o poco, si estamos comiendo sólo porque nuestro estómago está vacío y queremos algo de comer? La mente complica la experiencia pensando acerca de ello, reflexionando sobre ello, juzgándolo, diciéndonos que no debemos comer ahora o que somos malos por comer lo que nos apetece. O estamos cansados, por ejemplo, y simplemente deseamos relajarnos y tal vez leer el diario o mirar un poco la televisión, pero ¿nos deja solos la mente? "¿Cómo puedo descansar cuando hay cosas sin hacer? ¿Qué pasa con nuestras responsabilidades? ¿Estoy o no perdiendo el tiempo? ¿Soy indulgente? Tenía que haber descansado antes; estoy cansado porque no me permito descansar."

Si nos observamos a nosotros mismos, veremos que siempre existe un continuo comentario en el interior. Una parte de nosotros siempre está criticando lo que hacemos, sentimos y pensamos, diciéndonos que estamos equivocados por lo que sentimos y pensamos, que no lo estamos haciendo bien y que no lo haremos nunca, somos básicamente una mala persona, no debemos actuar de este modo, debemos actuar de este otro modo, etc. ¿Qué problema hay en descansar cuando estamos cansados? ¿Qué problema hay en sentarnos, leer un libro, tomarnos una taza de té o ver la televisión sin hacer nada más? ¿Podemos hacerlo?

Cuando empezamos a trabajar con nosotros mismos, la situación todavía se complica más. Estamos sentados viendo la televisión, y empezamos a pensar: "No debería estar viendo la televisión, sino que tendría que estar meditando o leyendo algún libro sagrado, en lugar de perder el tiempo mirando este estúpido programa de televisión." Nos irritamos, criticando nuestro estado: "Debería ser más cósmico y no disfrutar de este absurdo culebrón."

Este es nuestro sufrimiento; este es nuestro dolor. No nos permitimos simplemente ser. Incluso cuando meditamos, es raro que solamente nos sentemos y nos dejemos ir. "¿Lo estoy haciendo bien? No pasa nada. Estoy perdiendo el tiempo." En muy pocas ocasiones simplemente nos sentamos y dejamos que suceda todo aquello que pasa. Esta es la sensación de discordancia que nace al carecer de confianza.

Si la confianza básica informa nuestra experiencia, nuestra psique está relajada. Nuestra alma está en paz consigo misma y con nuestra situación, descansando en la confianza clara de que el universo provee, que tenemos y recibiremos aquello que realmente necesitamos y que las cosas serán manejables. Si realmente poseemos dicha confianza, esta profunda relajación interna, es posible vivir nuestras vidas con amor, a partir de una valoración de la vida, con el gozo de lo que el universo nos proporciona, y con compasión y generosidad para con los demás y para con nosotros mismos. Sin ella, vivimos nuestras vidas a la defensiva, en conflicto con los demás y con nosotros mismos, lo que hace que nos volvamos egoístas. Descubrir nuestra confianza básica es volver a comunicar con nuestro estado natural del que nos hemos apartado. Cuando estamos impregnados de forma innata de la realidad, nuestra alma o consciencia es completamente transparente a la verdad de que nosotros y el universo somos uno, que estamos sostenidos por la realidad y de que dicha realidad es por naturaleza buena, y que lo que sucede es inevitablemente correcto puesto que surge de esta perfección inherente. Cuando lo comprendemos, se torna evidente la causa de que sea tan difícil relajarse y soltarse, y el hecho de que sea tan importante recuperar nuestra confianza básica.

CAPÍTULO CINCO

VIVO AMANECER

¿Qué determina el que un alma posea confianza básica? La confianza básica es el efecto en el alma de un aspecto particular o cualidad del Ser que conocemos como Vivo Amanecer. Lo llamamos así puesto que nuestra percepción es lo suficientemente sutil para apreciar visualmente y de un modo cinésico la substancia de la propia consciencia, y realmente parece un amanecer, y se siente como una consciencia viva. Se experimenta como algo sin límites, en el sentido de que no se ve limitado por nuestro cuerpo, sino que por el contrario se experimenta como aquello de que están hechas todas las cosas. Se trata de una sensación universal de presencia en el sentido de que lo penetra todo y está por doquier. El primer nivel de experiencia es percibir que está por doquier; el segundo nivel es ver que todas las cosas nacen de él; el nivel más profundo es saber que todo está hecho de él. En este nivel profundo, todo lo que existe en el universo se contempla como originado, bañado en, y constituido por, un Vivo Amanecer.

Dicha cualidad se conoce con diferentes nombres en distintas tradiciones espirituales. Se le llama amor divino, presencia consciente, amor universal, consciencia de Cristo o amor de Cristo. En la tradición hindú, se conoce como *satchitananda*, que expresa las cualidades vivenciales de este aspecto del Ser. *Sat* significa presencia o verdad, *chit* significa consciencia o darse cuenta, y *ananda* significa gozo, placer o amor. Estas tres cualidades constituyen la experiencia del Vivo Amanecer en cada uno de los tres centros. Cuando se experimenta a través de la mente, se experimenta como luz y consciencia. Cuando se experimenta a través del corazón, lo hace en forma de amor universal y sin limites. Cuando la experimentamos en el vientre, lo hacemos en forma de abarcadora presencia consciente. Cuando la experimentamos visceralmente, tenemos la sensación de ser sostenidos, contenidos y desplegados por una amorosa presencia y de que dicha presencia es lo que realmente existe en el mundo.

Las dimensiones ilimitadas del Ser

El Vivo Amanecer es la más accesible de las que nosotros denominamos dimensiones cósmicas ilimitadas. Las llamamos dimensiones en el sentido de que aunque cada una se experimenta como un medio, contiene en su seno todas las cualidades de nuestra Verdadera Naturaleza, los aspectos esenciales. El Vivo Amanecer es la primera de estas dimensiones universales o ilimitadas, lo que significa que es la entrada a la visión de que todo el universo está animado y es consciente, y está impregnado por una consciencia inteligente. En ocasiones se experimenta como una sensación de dicha, que en sufismo se conoce como *baraka*. Puesto que el Vivo Amanecer constituye una dimensión ilimitada, y al mismo tiempo la fuente de la confianza básica, funciona como el apropiado sostén para el alma en la transición desde la experiencia individual a la infinita unidad del Ser. Las dimensiones son infinitas y universales en el sentido de que la experiencia de la consciencia asociada con ellas no se ve limitada a la experiencia individual sino que, por el contrario, se contempla como la verdad sobre todas las cosas que impregna todo el universo. Las otras dimensiones ilimitadas se van acercando cada vez más, o son una diferenciación sutil, a aquello que llamamos Absoluto; la realidad definitiva, que constituye la dimensión más alejada de la consciencia humana ordinaria. Debido a su cercanía cada vez mayor al Absoluto, el resto de dimensiones infinitas son más difíciles de analizar y cuesta más relacionarse con ellas, mientras que el Vivo Amanecer es la dimensión ilimitada más accesible y más fácil de comprender para la consciencia humana. Las dimensiones ilimitadas son coemergentes e inseparables, y estructuran la unidad del Ser. La dimensión del Vivo Amanecer expresa la cualidad amorosa de la bondad, la abundancia y la belleza del Ser.

La idea del universo que se vuelve consciente y animado y es vivo e inteligente, proviene de una época muy temprana de la historia de la consciencia humana. Se trata de una de las ideas más antiguas y básicas de la religión, la espiritualidad y la filosofía. En la tradición hermética del antiguo Egipto, por ejemplo, el universo, o *cosmos*, como le llamaban, se

consideraba un ser vivo. Dicha noción fue desarrollada en las diversas tradiciones monoteístas que se originaron en Oriente Medio, y formó parte de la sabiduría helenística desde, por lo menos, tiempos de Pitágoras. Sólo a partir de la revolución científica de los últimos doscientos años hemos empezado a considerar el universo como algo fundamentalmente físico.

Podemos experimentar el Ser en cualquiera de sus infinitas dimensiones, revelando cada una de ellas un aspecto de su eterna verdad que nos proporciona una base necesaria para la experiencia y la vida. Por lo tanto la experiencia de esta consciencia viva al nivel del Vivo Amanecer es la de que el universo está impregnado de amor, *es* amor, y todo lo que contiene es una expresión de amor. Se trata de la experiencia del universo como una expresión de la bondad intrínseca o aspecto positivo. Para los seres humanos, bueno significa amoroso. Si alguien nos quiere bien o nos ve positivamente, decimos que a dicha persona le gustamos o nos ama, y por lo tanto a esta cualidad la llamamos amor. El universo se experimenta en este caso de un modo fundamentalmente amoroso, funcionando universalmente de tal forma que la vida se despliega de un modo positivo y personalmente de manera en que nos convertimos en más de lo que podemos ser; alcanzando la plenitud de nuestro destino.

Confianza básica y Vivo Amanecer

El Vivo Amanecer, esta tierna y amorosa presencia, se experimenta como el origen de todos los estados de consciencia, así como el origen de todas las cosas. Si esta amorosa presencia se contempla como la verdadera naturaleza de todo lo que existe, el universo se ve como benévolo, puesto que está hecho de benevolencia, y es, por lo tanto, algo en lo que podemos confiar. El alma se siente sostenida por el universo, cuidada de un modo amoroso y adecuado, apoyada, amada y alimentada.

Esta presencia consciente universal se experimenta no sólo como amorosa sino también en forma suave, dulce, blanda y delicada, proporcionándonos la sensación de que somos sostenidos por el universo mediante un abrazo amoroso. Si el universo en su conjunto, y todo lo que contiene, se ve impregnado, está compuesto, y es expresión de esta presencia amorosa fundamental, es natural que nos sintamos relajados y confiados, con la sensación de que seremos cuidados y de que las cosas irán bien.

La confianza básica está constituida por la confianza implícita en la realidad que resulta de experimentar esta cualidad, esta dimensión del Ser. Se trata de la confianza de que incluso si caemos, nos veremos apoyados. Si soltamos, las cosas irán bien. Si nos permitimos no saber, nos veremos guiados. Si no manipulamos, seremos cuidados del modo más apropiado para nosotros. Y, como hemos dicho, ello se manifiesta en el modo en que vivimos, el modo en que nos comportamos, el modo en que nos relacionamos con nuestras vidas y con el universo en general. Matiza nuestra relación con todas las cosas. Si realmente nos sentimos confiados, estamos relajados y todas nuestras energías fluyen; podemos volvernos muy creativos, podemos volvernos valientes, podemos iniciar cualquier clase de actividad, y podemos vivir plenamente. Existe entrega, relajación y una actitud libre sobre el ser y la vida, una sensación de que el modo en que son las cosas es adecuado y la forma en que progresaran estará bien. Lo que permite que las cosas se desarrollen de un modo apropiado para un ser humano, sin la interferencia de la mente, que realmente no sabe cómo se supone debemos desarrollarnos. Si nuestra confianza básica es profunda, confiamos en que nos desarrollaremos para ser lo que tenemos que ser, sin necesidad de tener que dirigir dicho desarrollo.

CAPÍTULO SEIS

El ENTORNO DE APOYO

Nos centraremos ahora en la primera barrera que nos impide experimentar plenamente la confianza básica: ¡queremos comprender qué es lo que hizo que se asustara tu Vivo Amanecer! Tal como hemos descrito en detalle en anteriores libros (*Essence, The Pearl Beyond Price, Diamond Heart Books 1, 2, 3*), cada cualidad diferenciada del Ser, o aspecto esencial, se desconecta de nuestra experiencia y se detiene en su desarrollo a medida que avanzamos a través de distintas fases y subfases evolutivas de la temprana infancia. Cualquier factor ambiental problemático en estas fases contribuye a los temas psicodinámicos relacionados con los aspectos particulares que predominan en cada fase. La calidad esencial de la Fuerza, por ejemplo, se pierde en mayor o menor medida en nuestra experiencia en relación a lo que sucedió durante el período en que nos separamos de la madre. Los asuntos relacionados con la fusión, asociados con el aspecto esencial de Amor de Fusión, se ven conformados en gran medida por lo que sucede en la fase simbiótica, cuando nos sentimos unidos con la madre. Por lo tanto los temas psicodinámicos relacionados con cualquier aspecto del Ser se ven determinados por lo que experimentamos durante el período de desarrollo asociado con ellos. Sin embargo, cuando se trata de la cualidad esencial del Vivo Amanecer, que proporciona confianza básica al alma, la situación es distinta. El tema específico asociado con dicha cualidad tiene más que ver con el recipiente global del conjunto de nuestro desarrollo infantil, más que con un período particular. Nuestra conexión con el Vivo Amanecer se ve afectada por el conjunto del fondo y trasfondo de todo el proceso de maduración y desarrollo.

La experiencia real del Vivo Amanecer puede ayudarnos a entender este fondo y los temas asociados con éste. Cuando somos conscientes de la cualidad del Vivo Amanecer, que da pie al sentimiento de confianza básica, la sensación es la de que todo está en orden de un modo intrínseco y profundo; no se trata de que no existan dificultades o dolor, sino de que las cosas son manejables. Tenemos la sensación de ser cuidados y sostenidos, tal como hemos dicho, y si esta experiencia se hace más profunda, tendremos la sensación de estar envueltos y confortados por una presencia suave, amorosa y delicada. Tenemos la sensación de que el entorno que nos rodea es suave, sustentador, protector y comprensivo. Lo podemos experimentar literalmente como la sensación de vernos sostenidos por una maravillosa luz amorosa. También podemos tener la sensación de que todas nuestras partes se sostienen juntas de modo que pueden crecer y desarrollarse hasta completar todas sus posibilidades.

Confianza básica y sostén

A partir de la experiencia directa del Vivo Amanecer, podemos ver que la situación de la infancia que contribuye a la sensación de confianza básica es lo que se conoce en la literatura psicológica como "el entorno de apoyo." El mayor responsable en relación con este concepto de entorno de apoyo o de sostén es D.W. Winnicott, una figura destacada de la escuela inglesa de relaciones objetales o de objeto. Lo que él denomina entorno de apoyo constituye el entorno que existe aproximadamente a lo largo del primer año de vida; el período de la infancia antes de que el niño empiece a desarrollar un sentido separado del sí mismo. En un principio, el entorno es el útero; posteriormente son los brazos que nos sostienen, el regazo de la madre, tal vez el padre y otras personas, el entorno de nuestra cuna, nuestra habitación, nuestra casa: la situación en su conjunto. Por lo tanto el "entorno de apoyo" significa en este caso la totalidad del entorno y la sensación general de éste a lo largo de los años formativos. La madre es básica para este entorno, pero no se limita a ella.

El niño puede experimentar el entorno como más o menos sustentador. Si el entorno es un buen entorno de apoyo, nos hace sentirnos cuidados, protegidos, comprendidos, amados y sostenidos de tal modo que nuestra consciencia -que en un principio es informe, fluida y cambiante- puede crecer de un modo espontáneo y natural por si misma. El alma es a este respecto como una semilla. Una semilla necesita un ambiente de apoyo particular con el fin de

desarrollarse en forma de árbol: el suelo apropiado, el agua suficiente, los nutrientes pertinentes, la cantidad adecuada de luz y sombra. Si no posee el ambiente de apoyo adecuado no crecerá de un modo firme y saludable, existiendo incluso la posibilidad de que no crezca.

Un buen entorno de apoyo, por lo tanto, es el entorno necesario para que crezca el alma humana, y ésta evolucione hacia aquello en lo que puede convertirse. Es preciso que nos proporcione una sensación de seguridad, la sensación de que nos cuidan y de que podemos contar con ello. Nuestra alma necesita un entorno consistente del que podamos depender, que sintonice con nuestras necesidades, y que también nos sustente de un modo empático con dichas necesidades. Se trata del entorno ideal para la evolución humana. Si el entorno proporciona una buena sensación de apoyo, experimentaremos la confianza básica. Cuando no se producen trastornos grandes y no hay frustraciones, o no existen problemas intensos sin resolver, no se genera inseguridad y conseguimos una sensación de bienestar fundamental. Experimentamos nuestro mundo como algo seguro, protegido y continuo, del que podemos depender de un modo amoroso, de forma que evolucionamos en el marco de una confianza fundamental en la realidad. Nos vemos apoyados en nuestro sentido de conexión con el universo, y nuestra confianza inherente en él se ve reforzada por un buen entorno de apoyo. Nuestra confianza en la realidad no se ve desafiada, por lo que esta posibilidad nunca llega a nuestra consciencia; el entorno de apoyo está integrado en nuestro sentido del mundo.

La confianza básica es inherente en el sentido en que si todas las cosas van bien con relación al entorno de apoyo, el niño ni siquiera piensa en la confianza. Citando a Winnicott:

> En estos aspectos del cuidado materno -en la variedad de apoyo- es axiomático que cuando las cosas vayan bien el niño no tenga medios de saber lo que se le está proporcionando de un modo adecuado, ni aquello que se le evita. Por otro lado, cuando las cosas no van bien, es cuando el niño se vuelve consciente, no del fracaso del cuidado materno, sino de los resultados, sean estos los que sean, del fracaso; o sea, el niño se vuelve consciente de estar reaccionando a alguna incidencia. (Winnicott, 1965, pág. 52).

Sólo cuando se produce alguna interferencia en el entorno de apoyo se empieza a experimentar la falta de confianza. Dicho de otro modo, antes de que las cosas den la sensación de que van mal, el niño no registra que las cosas van bien. Si se produce algún trastorno y luego finaliza, el niño se olvida de ello y vuelve a dar por hecho el entorno de apoyo. Sin embargo, si alguna carencia permanece constante o es intermitentemente consistente, el niño no dará por hecho el entorno de apoyo, se volverá aprensivo y empezará a perder la sensación de confianza básica en la realidad.

Sostén

La sensación de un entorno de apoyo constituye una experiencia global. Winnicott lo describe del modo siguiente:

> Apoyo: protege del agravio fisiológico. Se relaciona con la sensibilidad de la piel del niño: tacto, temperatura, sensibilidad auditiva, sensibilidad visual, sensibilidad a la caída (acción de la gravedad) y con la falta de conocimiento del niño sobre la existencia de otra cosa que no sea el sí mismo. Incluye toda la rutina de los cuidados a lo largo del día y de la noche, y no es igual para ningún niño, puesto que forma parte de éste, y no existen dos niños iguales. Sigue también los cambios sutiles, día a día, que atañen al crecimiento y desarrollo del niño, tanto físico como psicológico. (Winnicott, 1965, pág. 49).

El sostén físico es el ejemplo más evidente de entorno de apoyo. A los niños les gusta ser cogidos por la madre o el padre, pero deben ser cogidos del modo adecuado. Todo el mundo puede llevar un bebé, pero no todo el mundo puede coger un bebé de tal modo que el niño tenga la sensación de ser amado, de que comunicamos con él, de que es comprendido, de que

nos unimos con él, de que se sienta seguro y su cuerpo moldeado de esta forma. Tal como dice Winnicott:

> Hemos de señalar que las madres que pueden proporcionar un cuidado suficientemente bueno, lo harán mejor si se cuidan de sí mismas de modo que reconozcan la naturaleza básica de su tarea. Las madres que no posean en sí mismas el don del cuidado suficientemente bueno no pueden convertirse en suficientemente adecuadas mediante la mera instrucción.
> El sostén incluye especialmente el apoyo físico del niño, que constituye una forma de cariño. Tal vez sea el único modo en que una madre pueda demostrar su amor al niño. Existe quien puede sostener a un niño y quien no puede; éste último produce rápidamente en el niño una sensación de inseguridad, así como llantos de insatisfacción. (Winnicott, 1965, pág. 49).

Cuando un niño es cogido de un modo que es sustentador, se siente cogido de un modo similar a como era sostenido en el útero, y se produce una menor discontinuidad en su apoyo a lo largo de su vida en el seno materno y fuera de éste. Esta sensación de sostén no trastornará la sensación de confianza básica del niño, y el efecto será que el Vivo Amanecer -la dimensión amorosa y de sostén del Ser- seguirá siendo una parte intrínseca de su sentido de realidad. El apoyo se integra en las profundidades de su consciencia, y el resultado es una sensación de confianza básica en la realidad. La sensación de confianza básica del niño se iniciará en su relación con su madre y el entorno de apoyo, y luego se ampliará al mundo y a todo el universo. Lo que permitirá al niño crecer y desarrollarse hasta alcanzar todo su potencial.

Un buen entorno de apoyo no es únicamente un asunto de amor maternal y de sostén físico del niño; el clima emocional de la familia forma también parte del entorno de apoyo. Si existen tensiones entre los padres, por ejemplo, el niño lo sentirá y la sensación de apoyo se verá trastornada en alguna medida. La presencia o ausencia de hermanos y la combinación de dichas relaciones también afectan al entorno de apoyo, en la misma medida que las cualidades físicas reales del entorno. Ya sea caótico o deprimente, demasiado ruidoso o falto de estímulos para el niño, todo ello afecta a la cantidad de sostén que experimenta. Todo aquello que suceda a la familia en su conjunto le afectará. Si la familia pasa por un mal período económico y existe una sensación de temor y de inseguridad en los padres, ello no sólo afectará directamente la relación de los padres con el hijo, sino que creará también un entorno ansioso lleno de expectativas de dificultad o peligro. Si el niño crece en tiempos de guerra, el sostén se verá también comprometido. Los traumas físicos, como la enfermedad del niño, o el que enferme uno o ambos padres, puede experimentarse como una interferencia en la sensación de apoyo y, por lo tanto, en la sensación de confianza básica. El efecto de cualquier trastorno debe verse mitigado tratando de que el entorno sea por regla general sustentador.

El entorno de apoyo incluye lo psicológico, lo físico, lo emocional y lo espiritual; la totalidad del mundo en que vive el niño. En la medida en que el entorno sostiene las distintas manifestaciones del alma, ésta se siente apoyada por el entorno y, por lo tanto, intrínsecamente conectada con el universo. El alma puede experimentar entonces su Ser de un modo continuo, sin interferencias del entorno, y este sentido de Ser puede desarrollarse y madurar. El niño se siente como parte inherente del universo, como una expresión única de él.

Aunque su concepto de continuidad del ser es ligeramente distinto del nuestro, la comprensión de Winnicott está muy cercana:

> Con 'el cuidado que recibe de su madre' cada niño es capaz de tener una existencia personal y de este modo empezar a construir lo que podríamos denominar *continuidad del ser*. En base a dicha continuidad del ser el potencial heredado se desarrolla paulatinamente en un niño individual. Si el cuidado maternal no es lo suficientemente bueno entonces el niño realmente no llega a existir, puesto que no hay continuidad del ser; por el contrario, la

> personalidad se construye en base a las reacciones a las incidencias del entorno. (Winnicott, 1965, pág. 54).

El entorno de apoyo, por lo tanto, es básicamente importante para la continuidad del Ser del niño, para su sentido de mismidad. Dicha continuidad permite al niño desarrollarse como un ser humano maduro; es lo que llamamos proceso de *individuación*. Cuando el entorno no es lo suficientemente acogedor, no proporciona en la medida adecuada aquello que es necesario para el niño y se produce una interferencia en la continuidad del niño para ser sí mismo. Esta interferencia aparece como una desintegración real del sentido de Ser, y ello se manifiesta entonces como una reacción al trastorno del entorno. Tal como lo expresa Winnicott:

> Como resultado del éxito en los cuidados maternos se crea en el niño una continuidad del ser que conforma la base de la fuerza del ego; mientras que el resultado de cada fracaso en los cuidados maternos es la interrupción de la continuidad del ser a causa de las reacciones frente a las consecuencias de dicho fracaso, con la resultante debilidad del ego. Dichas interrupciones constituyen la aniquilación, y están evidentemente asociadas con un dolor de cualidad e intensidad psicóticas. En casos extremos el niño sólo existe en base a la continuidad de las reacciones a los trastornos del entorno y a sus recuperaciones a dichas reacciones. Lo que presenta un gran contraste con la continuidad del ser que constituye mi concepción de la fuerza del ego. (Winnicott, 1965, pág. 52).

La pérdida de apoyo

Cuando el niño no tiene el apoyo para ser sí mismo, reacciona intentando establecer o restablecer el entorno sustentador. Si los obstáculos prosiguen, el niño seguirá reaccionando en un intento de manejar la situación, intentando hacer que las cosas funcionen de modo que se sienta sostenido. La reacción como respuesta a los trastornos e interferencias en el entorno constituyen el intento del niño de conseguir aquello que necesita, de modo que pueda sobrevivir y desarrollarse. Si el apoyo no está presente o no es fiable, el niño intentará manipularse a sí mismo, a los padres, y/o al entorno para conseguirlo. El niño puede llegar a desarrollar muchos modos de agradar a sus padres, haciendo cosas por ellos, entreteniéndoles, u ocultando sus necesidades. Por otro lado, tal vez intente distraerlos de sus problemas, coja rabietas para llamar su atención, o se vuelva manipulador o incluso mentiroso con el fin de recuperar el apoyo.

Al tener que reaccionar a la pérdida del sostén, el niño deja simplemente de ser, y el despliegue natural y espontáneo del alma se ve trastornado. Si esta reactividad se torna predominante, el desarrollo del niño se basará en ella en lugar de en la continuidad del Ser. Si su desarrollo se basa en la reactividad a un entorno poco seguro, el niño evolucionará desconectado del Ser y, por lo tanto, su ego será lo que más se desarrolle. Si su evolución se despliega a partir de la continuidad del ser, la consciencia del niño permanecerá en cierta medida centrada en su naturaleza esencial, y su desarrollo será la maduración y expresión de dicha naturaleza.

Cuando menos sustentador sea el entorno, en mayor medida el desarrollo del niño se basará en dicha reactividad, que básicamente constituye un intento de manejar un entorno poco fiable. El niño desarrollará mecanismos para manejar un entorno poco fiable, y dichos mecanismos forman la base del sentido, en evolución, del sí mismo o ego. Este desarrollo de la consciencia del niño se basa, entonces, en la desconfianza, y por lo tanto la desconfianza forma parte de la base del desarrollo del ego. La consciencia del niño -su alma- interioriza el entorno en el que crece y luego proyecta este entorno de nuevo al mundo.

Desarrollo del ego y desconfianza básica

Existe por lo tanto en el ego una desconfianza implícita de la realidad. El fracaso del entorno de apoyo conduce a la ausencia de confianza básica, que entonces se convierte en desconexión del Ser, lo que lleva a la reactividad que constituye la actividad del ego. El Eneagrama cartografía los distintos modos que desarrolla el ego para afrontar la ausencia, las interferencias, las rupturas y discontinuidades del apoyo. La reacción para el Punto Uno es intentar hacer que se produzca el apoyo mejorándose a sí mismo. En el caso del Punto Dos, se trata de negar la necesidad de apoyo, aunque, sin embargo, manipula y seduce al entorno para que lo proporcione. En referencia al Punto Tres, se trata de negar su necesidad pero pretender: "Puedo hacerlo solo, se cómo puede ser la realidad y como voy a evolucionar y hacer que suceda." Para el Punto Cuatro, la pérdida o ausencia de sostén se contrarresta negando que exista una desconexión del Ser, mientras que al mismo tiempo se intenta hacer que el entorno sea sustentador tratando de controlarlo y controlándose a sí mismo. En el caso del Punto Cinco, la reacción es no afrontar la sensación real de pérdida y no sentir directamente las interferencias apartándonos y aislándonos; eludiendo la situación en su conjunto. Para el Punto Seis, la estrategia es estar más en contacto con el miedo y la desconfianza, poniéndose a la defensiva y mostrándose paranoico en relación al entorno. En el caso del Punto Siete, se trata de planificar como hacerlo bueno, y fantaseando como nos sentiríamos, en lugar de experimentar el dolor de la pérdida de apoyo. Para el Punto Ocho, se trata de enfadarse en relación a la pérdida de apoyo y luchar con el entorno para recuperarlo, intentar conseguir justicia, y vengarse del daño. En el caso del Punto Nueve, la reacción es intentar suavizar las cosas y actuar como si todo fuera bien, existiendo de un modo mecánico y carente de vida. Este es el modo en que se desarrollan los nueve enea-tipos: reaccionando a la pérdida de confianza básica.

En la medida en que el entorno proporciona un apoyo adecuado, el niño puede desarrollarse en un contexto de continuidad del ser que permite y apoya la individuación del alma; nuestra propia encarnación del Ser. Debido a que existen distintos grados de apoyo y de vulneración, y a causa de que ningún entorno de apoyo carece de fallos, normalmente desarrollamos un sí mismo real (esencial) y uno falso (egóico) en proporciones distintas. La confianza básica por regla general no suele faltar totalmente, pero no suele ser nunca completa. El poseer una confianza básica absoluta es estar totalmente realizado.

En mayor medida nos identificamos con el falso sí mismo, la personalidad, más nos identificamos con la ausencia de confianza básica. Con el fin de desarrollar la confianza básica, y por consiguiente un mayor contacto e identificación con el Ser, tenemos que experimentar la falta de apoyo como algo impreso en nuestra alma. Como en el caso de otros aspectos o dimensiones del Ser, en primer lugar hemos de trabajar con la resistencia a experimentar su ausencia o "agujero", y posteriormente, cuando experimentemos totalmente dicho agujero, se presentará la cualidad que falta. El efecto del agujero del Vivo Amanecer en la temprana infancia se experimenta de muchos modos a edad adulta. Emocionalmente se experimentará como la necesidad de apoyo y en forma de la sensación de que nada ni nadie nos sostiene. Debemos defendernos de la sensación de la necesidad misma no confiando en que nadie se ocupará de nosotros. Esta necesidad de sostén puede experimentarse como el deseo de ser cuidado, la necesidad de ser sostenidos físicamente, la necesidad de que alguien nos vea y nos apoye. Lo que puede conducir a la sensación física de que existe una suerte de vacío en el estómago que nos hace sentir como si estuviéramos suspendidos en un espacio frío e inhóspito. El vacío está acompañado de la sensación de que queremos ser sostenidos, pero nada ni nadie nos sostiene. Como hemos visto, el elemento básico del apoyo en la infancia fue el sostén y cuidado físico, pero la sensación de apoyo es también global, incluyendo la sensación de ser sostenido emocional y mentalmente. En última instancia, se trata de la sensación de que nuestra alma está siendo sostenida.

El permitirnos experimentar el agujero en el apoyo constituye un paso esencial para reclamar el contacto con las dimensiones sustentadoras del Ser, el Vivo Amanecer. Nuestra sensación de confianza básica se ve también aumentada cada vez que experimentamos que el entorno nos responde de un modo sustentador y cada vez que tenemos la sensación de vernos apoyados de uno u otro modo. En el proceso del trabajo espiritual, cada vez que vamos más

allá de nuestro sentido habitual de la realidad y de quienes somos -en cada ocasión que saltamos al abismo con la sensación de desintegración o fragmentación, y el miedo que les acompaña- y experimentamos la proximidad del Ser, proporcionándonos una sensación de apoyo, una sensación de alivio, de satisfacción, de sentido; nuestra confianza básica se ve reforzada. Cuantas más experiencias tengamos que incluyan el afrontar estados y recuerdos dolorosos, y su resolución, así como la posibilidad de comunicar con distintos aspectos de nuestra naturaleza fundamental, en mayor medida se creará una sensación de confianza. Cuanto más sostenida se vea el alma y más confianza básica desarrollemos, más nos desplegaremos. El proporcionar este apoyo a aquello que realmente somos constituye una de las funciones de las enseñanzas espirituales y de un maestro. Por lo tanto el conjunto del Trabajo en última instancia fomenta la confianza básica.

CAPÍTULO SIETE

La AMOROSA LUZ y la BESTIA

A medida que empezamos a experimentar el universo como amorosa inteligencia cuya función es sostenernos y apoyarnos de tal modo que nos desarrollemos y despleguemos con facilidad, y empecemos a sentir la confianza no conceptual y no verbal que surge de ello, es probable que se nos presente un tema psicodinámico particular. El tema es una barrera específica que nos impide experimentar el Vivo Amanecer, en particular al nivel de corazón, donde lo llamamos Amorosa Luz. La barrera es un tipo de resistencia que en ocasiones adopta la forma de un profundo escepticismo sobre la existencia de dicha inteligencia amorosa: "¡Me suena un poco a chorrada Nueva Era!" O tal vez adopte la forma de enojo: "Si existe una inteligencia de esta naturaleza ¿dónde ha estado durante toda mi vida? ¿dónde estaba cuando la necesitaba?"

Nuestra relación con Dios

Dichas reacciones son manifestaciones de incredulidad, desconfianza, falta de fe, paranoia, sospecha, sensación de traición, ira o incluso odio hacia dicha inteligencia. La clave está en nuestra relación con dicha inteligencia, que -si la concebimos de un modo teísta- constituye nuestra relación con Dios. Si nuestra mente está más impersonalmente orientada, lo consideraremos como nuestra reacción a cualquier inteligencia o presencia que impregne el universo; que básicamente es lo mismo que el concepto de Dios. Dichas reacciones contienen en su seno una historia de daño, frustración y una sensación de haber sido traicionados por Dios, y son universales en el sentido de que cualquiera que se identifique con un ego las experimenta de una u otra forma.

Como hemos dicho, la estructura del ego se basa en experiencias de la temprana infancia que dejan en el alma la impresión de una falta de apoyo, lo que conduce a la pérdida de contacto con las dimensiones amorosas y sustentadoras del Ser. Las continuas experiencias de dolor físico o emocional, así como los fallos o abandonos del entorno, conducen al alma a reaccionar, en un intento de conseguir el sostén. El alma se siente separada, sola, aislada, y tiene la sensación de que debe luchar por sí misma y ayudarse a sí misma con el fin de sobrevivir. Este es el modo en que se desarrollan las fijaciones.

La desconfianza que es consustancial con la perspectiva egóica se fundamenta en no experimentar la bondad del universo. A partir de esta falta de confianza surge lo que denominamos la Bestia, la parte del ego que no sólo está frustrada y enfadada, sino que también odia lo que es bueno y positivo. Cuando experimentamos la Bestia, si existe algo de amor, lo odiamos y queremos destruirlo. "¿Dónde estaba?" "¿Dónde se encontraba cuando me hacia falta?" o "Se supone que Dios es pleno amor, misericordia y compasión, pero si esto es verdad ¿por qué sufro tanto y el mundo es tan confuso?" Esta parte del ego posee la consciencia de un niño y no puede racionalizar estas cosas como haría un adulto, consolándose y dándose explicaciones a sí mismo de que "Dios me está poniendo a prueba." Aunque un niño tal vez no lo conceptualice, el pensamiento es algo parecido a: "Si Dios no está cuando realmente lo necesito, Dios no es bueno. Si permanezco abierto y vulnerable, volveré a fracasar de nuevo, por lo tanto ¿de qué me sirve? No lo quiero; lo odio. No hace más que crearme problemas; confío en Él y soy dañado. Es mejor que dependa sólo de mi y me olvide de Él. No volveré a confiar."

Nuestra relación con Dios es profunda e inconsciente. No es lo que nuestra mente consciente nos dice que es o deba ser; se trata de cómo experimentemos visceralmente a Dios. Excepto en el caso de que lo hayamos elaborado, todo el mundo siente odio hacia Dios o el universo, sea cual sea el modo en que lo concibamos. Todos hemos sufrido, nos hemos sentido dolidos o abandonados y nos hemos hecho preguntas enfadados con Dios: ¿dónde estaba la ayuda, dónde estaba el apoyo, dónde estaba el sostén, dónde estaba el amor, dónde estaba la bendición? Estos sentimientos están ocultos en muchas personas, tras su sentido de

sí mismos, en forma de temor a Dios o creencia en Dios. Para dichas personas, la lealtad a Dios a menudo oculta más odio hacia Dios que en el caso de los no creyentes, puesto que tienen más razones para estar enfadados con Él. "Creo en Ti, se que estás ahí ¿Dónde estás? ¿Cuidándote de otros?" Estos sentimientos hay que llevarlos hasta la consciencia y elaborarlos antes de que podamos experimentar de un modo consistente esta amorosa presencia como fuerza en nuestras vidas. Hacerlo, significa dejar a un lado lo que nos dijo la iglesia sobre como debían ser nuestras relaciones con Dios, lo que se nos dijo en la mezquita o en el templo, con el fin de descubrir realmente lo que nuestra alma cree y siente, en sus profundidades, sobre esta inteligencia que llamamos Dios.

El tema de la Bestia nace cuando el Vivo Amanecer se experimenta en el corazón como una cualidad de la luz que es amorosa y sustentadora. La Amorosa Luz es lo que algunos denominan consciencia de Cristo: amor y luz universal, infinita e incondicional. A medida que nace la Amorosa Luz y empieza a afectar a la actividad del ego, lo que hace en particular es borrar la esperanza egóica. El amor es acción en el ahora, mientras que la esperanza se pone en el futuro. Por lo tanto, a medida que nace el amor, afecta a la esperanza egóica, y más abandonamos la esperanza, más cesa la actividad del ego. La Amorosa Luz nace a resultas de considerar la esperanza como parte básica de la actividad del ego. Sin embargo, la Amorosa Luz provoca la Bestia, la estructura de odio que se origina como reacción a la pérdida de este amor de Cristo. La Bestia se experimenta como una resistencia y una oposición a la Amorosa Luz. No es extraño que la Bestia o el demonio sea un personaje estelar en muchos relatos mitológicos.

El odio y la Bestia

En realidad, cuando experimentamos la Bestia, tal vez nos experimentemos también como una suerte de demonio, con cuernos, ojos rojos, rabo etc. Mucha gente experimenta en realidad esta estructura de un modo explícito. Te da la sensación de que te hayan salido cuernos y rabo, y estás lleno de furia y odio. Sólo quieres destruir.

Expresar tu odio es, evidentemente, algo destructivo. Pero mucha gente cree que simplemente sentir el odio es destructivo. Sentir el odio puede llevar a algunas personas a expresarlo físicamente y volverse destructivas, algo que debe eludirse. Pero la mayoría de las personas -excepto que tengan dificultades en saber cual es el comportamiento adecuado- tienden a resistirse a expresar el odio incluso aunque empiecen a experimentar directamente la Bestia.

Es difícil saber porqué nace la experiencia específica del demonio. Creo que la imagen del demonio que vemos en los libros proviene de la experiencia real de odio. No se trata de que tengas una imagen del demonio sólo porque la hayas visto en algún sitio. La imagen proviene de una experiencia original, aunque es difícil decir lo que hace que la experiencia original adopte una forma concreta.

Tal vez tenga que ver con los patrones de tensión del cuerpo, o el flujo de energía del organismo en dicho estado. Pero parece ser una imagen arquetípica.

La Bestia es un asunto muy específico relacionado con la cualidad esencial del Poder. El Poder esencial del alma se ve atrapado y distorsionado por el odio y el orgullo de la estructura de la Bestia. Cuando damos rienda suelta al negro odio es cuando sentimos que nos convertimos en el demonio; un gigantesco y poderoso demonio negro con un inmenso orgullo y un odio destructivo. Podemos sobrevolar la ciudad, observándola y riéndonos. Nos podemos sentir colmados de un odio poderoso, destructivo, frío, sereno y calculado. Podemos experimentar la insignificancia absoluta de todo lo que vemos. Permitir que surja esta estructura energética, y comprender sus orígenes, ilumina hondos temas sobre la desconexión entre el alma y el amor.

Si somos capaces de sentir el odio sin resistirnos o expresarlo, el odio se transformará en el Poder esencial. Dicho Poder puede atravesar la ilusión que mantiene en su sitio a la reacción del ego y puede permitir al alma serenarse lo suficiente para que la cualidad del amor pueda afectar su estado y percepción. Esta estructura de la Bestia se conecta con otra estructura primitiva del alma que nace de la frustración del amor así como de la temprana dimensión nutricia; a dicha estructura la llamamos el Chacal y tiene que ver con la

experiencia de la fusión negativa (Véase el Capítulo 20 de *The Pearl Beyond Price*, Almaas, 1988). El estado de Chacal es una sensación más de corte animal, en la que la cualidad del alma sufre profundamente una ardiente frustración y agresividad. Cuando ello sucede, experimentamos la negatividad real del alma que aparece en parte como respuesta a la frustración y también como respuesta a verse fusionado con la madre en la fase simbiótica cuando ella estaba en un estado negativo. Estas estructuras de negatividad se iluminan cuando el efecto profundamente relajante y de apertura de la Amorosa Luz acaricia el alma. De este modo, podemos ver y comprender las estructuras, aunque no es fácil elaborarlas debido a sus raíces tan primitivas y tempranas.

Otra razón de que se presente la necesidad de afrontar el odio de un modo natural cuando trabajamos con la cualidad del Vivo Amanecer (o Amorosa Luz) es el hecho de que observemos tanta frustración y sufrimiento en quienes nos rodean y normalmente no percibamos la compasión y el amor divino de un modo directo, que se supone debería estar ahí. En particular, si vivimos en una tradición teísta, se nos ha dicho que Dios es misericordioso y bueno, y que nos ayudará. Pero, en la mayor parte de nuestras vidas, desde que éramos niños, siempre había dolor y sufrimiento. ¿Dónde estaba el amor de Dios? Según la percepción del niño, no vemos interferir a Dios de modo alguno puesto que, como niños, creemos que Dios es una cierta clase de persona que nos ayudará. Pero no vemos aparecer a nadie de esta clase que elimine nuestro sufrimiento. Por lo que nos sentimos decepcionados y dolidos por Dios, y entonces, evidentemente, experimentamos odio y enemistad hacia Él. Dicho enojo se dirige hacia la Amorosa Luz al vernos decepcionados en su seno. Ello no ayuda. Nos sentimos abandonados por Dios.

Los temas de la negatividad, reacción, odio y, en particular, las estructuras demoníacas que estamos analizando, la mayoría de las veces se ven descuidadas en las vías espirituales que ponen el énfasis en el amor. Nuestra experiencia en el Enfoque del Diamante es la de que cuando dichas estructuras no se ocultan o rechazan, sino que se iluminan y comprenden, la verdad real de la naturaleza amorosa del universo se vuelve accesible y puede integrarse en la experiencia del alma en curso.

CAPÍTULO OCHO

El MUNDO REAL

A medida que se desarrolla el ego, toma forma una autoimagen asociada con un sentido de identidad. Esta sensación de sí mismo se forma en relación a, y en conjunción con, nuestras imágenes interiorizadas de nuestros padres -de la gente más importante de nuestras vidas- y nuestra imagen del mundo. Nos conocemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea mediante las representaciones internas (Véase *The Pearl Beyond Price*, Almaas, 1988, para un análisis detallado de este proceso). En aquellos que viven en culturas teístas, también se desarrolla una representación interna de Dios. A medida que nos encontramos el concepto de Dios, desarrollamos una idea de quien es Dios, así como una relación con dicha idea, que incluye nuestras auto-representaciones en relación a Dios. Por lo tanto formamos una representación de Dios, una auto-representación, y una relación entre las dos. En lenguaje psicológico, se trata de nuestra "relación de objeto" con Dios.

La representación de Dios

Nuestra imagen inconsciente de Dios determina el modo en que nos relacionamos con la inteligencia del universo, lo que está más allá de nosotros como individuos y más allá de nuestros padres como individuos. Por lo tanto, en cierta medida, esta imagen inconsciente de Dios afecta nuestro sentido del mundo, que constituye la totalidad del entorno de apoyo. Para tener una relación correcta con lo que realmente existe, con la Inteligencia que está más allá de toda apariencia, debemos rasgar los velos que oscurecen nuestra visión de ella. Uno de estos velos está constituido por nuestras imágenes proyectadas, y la principal es nuestra representación inconsciente de Dios. Desde el principio, Dios suele presentársenos como cualquier cosa que se cuide y preocupe por nosotros y por todo el universo, por lo tanto nuestra sensación de confianza básica y de apoyo están íntimamente conectadas con nuestra idea de Dios. La imagen que nos hemos formado de Él determina el grado de nuestra confianza básica. Más amorosa y sustentadora es nuestra imagen, más capaces somos de relajarnos, con el convencimiento de que se ocuparan de nosotros. Menos posee nuestra imagen de Él dichas cualidades, más asustados estamos, creyendo que debemos luchar, que debemos ser buenos o en cierto modo distintos, y que hemos de manipular a los demás y manipularnos a nosotros mismos para conseguir lo que necesitamos.

Nuestra representación de Dios es una amalgama formada por nuestras tempranas experiencias con nuestra madre, nuestra experiencia con nuestro padre, lo que nuestra cultura dice sobre Dios, lo que se nos enseña si vamos a la iglesia o al templo, lo que oímos sobre Dios en la escuela, en la televisión, y en otros lugares, y las imágenes que vemos relacionadas con Dios o la religión. Nuestra relación con Dios se ve especialmente afectada por nuestra relación con nuestros padres, puesto que en un principio para nosotros eran dioses, en el sentido de que se ocupaban y se hacían cargo de nuestra vida. Desde nuestra perspectiva de niños pequeños, nuestros padres parecían omnipotentes y omniscientes. También, debido a que en los primeros meses de la infancia nuestro sentido del sí mismo estaba fundido con la madre y todavía morábamos en gran parte en el Ser, nuestro sentido de madre contenía muchos aspectos de la experiencia del Ser. El conjunto de dichas experiencias con nuestra madre y nuestro padre, así como cualquier idea religiosa con la que entramos en contacto forma nuestra imagen inconsciente de Dios. En las culturas teístas, la imagen de Dios suele ser antropomórfica, adoptando características humanas y sobre-humanas; pero incluso si nuestros padres son ateos o budistas, probablemente nos formemos una imagen de Dios.

No nos estamos referiendo a nuestras experiencias directas de Dios, sino más bien a lo que nuestra mente piensa de Dios. Mucha gente, en particular quienes se ponen a hacer el Trabajo, tuvieron experiencias infantiles que posteriormente comprenden que eran experiencias directas de Dios. Dichas experiencias, en su mayoría, no afectan a nuestras creencias sobre la inteligencia que llamamos Dios, ni lo hace lo que nos dice nuestra mente racional consciente sobre Él. Lo que guardamos en nuestra consciencia, y aquello en lo que

creemos emocionalmente a fondo, es el concepto sobre Él, que luego proyectamos sobre la fuerza universal objetiva existente.

Dualidad de Dios y el Mundo

Dirigiremos ahora nuestra atención al otro aspecto del universo: el mundo. El mundo, nosotros y Dios no constituimos cosas distintas, pero mentalmente nos convertimos en algo separado, unos de otros, a medida que crecemos y nos desarrollamos. Como acompañamiento a nuestra pérdida de la verdadera conexión e innata unidad con la realidad en la infancia, se forman en nuestras mentes muchas clases de divisiones, dualidades y fisuras. En una cultura básicamente cristiana como la nuestra, una de las divisiones principales la constituye la separación de Dios del mundo. Existe el reino de los cielos y existe la tierra. Existe lo espiritual y existe lo físico.

Por lo tanto cuando nos embarcamos en la vía espiritual, inconscientemente creemos que nos dirigimos al cielo. Creemos que la vía es un asunto de dirigirnos a un universo espiritual que de algún modo parece separado de la realidad física, del aquí y ahora, del mundo en que vivimos. Esta profunda fisura está implícita en la cultura occidental, y las religiones occidentales en realidad la sostienen. Todas las religiones teístas contemplan fundamentalmente las cosas a través de esta dicotomía. Existe Dios y existe el mundo físico. Sus formulaciones religiosas se basan en ello, y sólo cuando nos acercamos a los elementos místicos de dichas tradiciones religiosas podemos ver esta fisura.

Esta brecha en la que el cielo y la tierra constituyen dos cosas distintas no es un fallo de la cultura Occidental sino más bien un reflejo de una característica del mismo desarrollo del ego: su pérdida de contacto con la realidad. A medida que evolucionamos, inevitablemente el entorno fracasa a la hora de apoyarnos totalmente. El elemento espiritual -nuestra naturaleza esencial- pocas veces se ve apoyado totalmente o incluso parcialmente, mientras que nuestra naturaleza física, nuestras mentes y nuestras emociones reciben mucho más apoyo. Puesto que gradualmente perdemos contacto con aquello que no se ve sostenido, lo espiritual va desapareciendo de nuestra consciencia y se fragmenta. Mientras que por naturaleza somos un espíritu manifestándose en un cuerpo, a medida que nuestro ego se desarrolla, nos cegamos a dicha realidad. Es parecido a volverse daltónico, viendo sólo una parte del espectro. Vemos el mundo físico pero no vemos el componente fundamental o espiritual de éste. Podemos denominar a este ver y experimentar únicamente una parte de lo que somos y de lo que nos rodea *ceguera esencial*.

Si contemplamos todo el espectro de lo que existe, vemos las cosas como son, pero si parte de nuestra visión está bloqueada, si poseemos esta ceguera, sólo vemos una parte de lo que existe, pero asumimos que lo que vemos es todo lo que hay. Por lo tanto cuando poseemos esta ceguera esencial, el mundo es para nosotros sólo físico, y asumimos que si existe una realidad espiritual, está en otra parte. Esta creencia se ve apoyada por nuestra representación de Dios, puesto que, excepto en contadas excepciones, Dios se considera como algo separado del mundo. Esta es una de las cosas que trastornan nuestra confianza básica y en algunos casos la destruyen. ¿Cómo podemos tener confianza básica, si no vemos la verdadera realidad de este mundo, cuando lo que vemos es un mundo físico de acontecimientos caóticos y sin sentido, cuando no vemos su naturaleza espiritual, cuando no vemos lo que le proporciona bondad, lo que le otorga perfección, lo que le da sentido? Vemos un mundo vacío, un mundo desprovisto de Dios, un mundo desprovisto de Ser, un mundo desprovisto de amor, un mundo desprovisto de consciencia, y consideramos que así es como es. ¿Cómo podemos confiar? Creemos de forma natural que el mundo no nos dará lo que necesitamos, y que si queremos sobrevivir se trata de algo que está en nuestras manos. Pero debido a que no vemos la dimensión espiritual tampoco en nosotros -en realidad nuestro ego se forma a partir de esta sensación de falta- no vemos que en realidad poseemos la capacidad de cuidarnos de nosotros mismos. Esta sensación de deficiencia es la manifestación psicológica de nuestra falta de contacto con nuestras profundidades espirituales.

Tal como hemos visto, nuestra imagen de Dios se ve determinada por nuestro entorno más temprano, desarrollándose a partir de nuestras relaciones con nuestros padres, con otras personas significativas de nuestra temprana infancia y aquello que aprendemos de los amigos,

la iglesia, la escuela y otras influencias. Todo ello se sintetizó en una imagen de Dios, junto a nuestras relaciones con dicha imagen. Por lo tanto nuestra relación con Dios refleja nuestra relación con nuestro entorno temprano.

La representación del mundo

Lo mismo sucede con el mundo. El modo en que lo vemos constituye un reflejo de nuestro entorno primitivo, y lo vemos muy acorde a como experimentamos este entorno en un principio. Del mismo modo en que nos hemos hecho una representación de Dios, formamos una representación del mundo, que por regla general se conoce como *mundo representacional*. Y del mismo modo que desarrollamos una imagen de quienes somos, que es ciega a la esencia, y por lo tanto incompleta, lo mismo sucede con nuestra representación interna del mundo. En realidad, nuestra imagen de nosotros mismos está estrechamente relacionada con nuestra imagen del mundo, puesto que se forman a partir de nuestra experiencia de nosotros mismos en nuestro temprano entorno de la infancia. Nos vemos a nosotros mismos y al mundo a través de estas imágenes que se formaron hace muchos años, y por lo tanto nos experimentamos a nosotros mismos y al mundo según las imágenes de nuestra infancia.

Esto está relacionado con el bien conocido fenómeno psicológico de la transferencia, en el que proyectamos imágenes de personas de nuestra temprana infancia en personas de nuestra vida actual. Inconscientemente vemos a esta persona como madre y a aquella como padre, con la imagen correspondiente de nosotros mismos en relación a ellos, recreando estas tempranas relaciones. Del mismo modo, proyectamos una imagen del mundo en las experiencias actuales que tenemos de él, basada en nuestra experiencia temprana. Esta representación del mundo constituye una síntesis de muchas imágenes. Se basa principalmente en nuestras tempranas experiencias con nuestra madre, puesto que constituía la figura básica de este entorno, pero también incluye la totalidad del entorno que experimentamos como niños. A causa de nuestra ceguera esencial, nuestra representación del mundo es casi inevitablemente la de un mundo desprovisto de profundidad, desprovisto de consciencia, desprovisto de presencia, desprovisto de Dios, desprovisto de verdad. Se trata de una cascara vacía, una proyección del pecho vacío de la madre.

Mientras veamos el mundo como separado de Dios o desprovisto de Esencia, no podemos reconocer, experimentar o encarnar nuestra naturaleza esencial de un modo permanente. No somos algo separado del mundo -la sensación de separación constituye únicamente un constructo mental- y por lo tanto es imposible reconocer nuestra naturaleza fundamental sin ver la de los demás. Cuando atravesamos dicha dicotomía, cuando percibimos más allá de nuestra representación del mundo, comprobamos que el mundo físico posee una realidad semejante a nuestra naturaleza esencial en el sentido de su presencia y consciencia, y percibimos este mundo como perfecto y bueno. Vemos, dicho de otro modo, que el mundo físico está constituido de consciencia y presencia amorosa, y dicho reconocimiento forma la base de la sensación de confianza básica.

El mundo como teofanía

Existen muchos sabores en esta percepción. Lo podemos experimentar como el cielo y la tierra convirtiéndose en uno, hacer descender el reino de los cielos a la tierra, contemplar el mundo como una manifestación del amor de Dios, el mundo como manifestación de Dios mismo, o el mundo como existencia verdadera. Lo que es común a todas estas variedades de la experiencia es ver que el mundo, la gente, la realidad física, los actos y los fenómenos son todo ello manifestaciones de una naturaleza amorosa. Se trata de la percepción de que la naturaleza intrínseca de todas las cosas es una cualidad amorosa y consciente, ya hablemos de objetos físicos, seres humanos, actos de seres humanos, o fenómenos físicos. Todos se contemplan como manifestaciones de esta amorosa presencia consciente. Si realmente lo vemos, ya estamos en el cielo. Miremos donde miremos, existe armonía, belleza y amor. Independientemente de que algo parezca feo, su intrínseca cualidad amorosa trasciende toda apariencia.

Se trata de la experiencia mística más fundamental. En contraste con otras experiencias espirituales, tales como la experiencia interna de la Esencia o la sensación de la gracia descendiendo hacia nosotros, la experiencia mística constituye el reconocimiento y experiencia de que todo, sin excluir nada, es una presencia amorosa consciente. Esta consciencia puede experimentarse en diferentes niveles y dimensiones en forma de otras cualidades esenciales, pero su característica básica es la viveza, la realidad, la verdad y la profundidad.

Cuando tenemos esta experiencia mística de ver la naturaleza amorosa del universo, vemos que lo que aportaría paz al mundo no es la política. Vemos que no hay modo de aportar auténtica armonía al mundo excepto viendo la armonía que ya hay en él. Vemos que la armonía externa debe ser una expresión de la armonía interna; si no es así, nunca se manifestará puesto que nuestra visión del mundo seguirá siendo una proyección de las ilusiones internas de separación y conflicto. Fundamentalmente, todo el mundo tiene esta proyección y se encuentra incómodo con ella, intentando cambiarla o mejorarla, luchando con ella dentro de su mente, haciendo pequeños cambios aquí y allá, pero básicamente sin resolverla. Si reconocemos realmente la naturaleza interior de la realidad -que es amorosa, que es gozosa, que es abundante- viviremos a partir de este reconocimiento y actuaremos de modo que podamos llevar a los demás a dicho reconocimiento.

Esta es la causa de que los maestros espirituales no suelan implicarse en reformas sociales. No están en contra de ellas, pero reconocen que no resolverán los problemas del mundo, puesto que dichos problemas se basan en distorsiones cognitivas. Esta es la causa de que algunos budistas hagan el voto de posponer la iluminación personal hasta que la alcancen todos los seres humanos. Si todos los seres humanos alcanzan la iluminación, ello significará verdadera paz y armonía en todos los lugares de la tierra. Desde el punto de vista de la vía cabalística y sufí, el trabajar con uno mismo no es una cuestión de liberarse de uno mismo, más bien es un asunto de ayudar a Dios a vivir, de ayudar a Dios a manifestarse en el mundo. Otras tradiciones consideran el trabajo con uno mismo como algo que lleva a la disminución del sufrimiento de Dios; puesto que Dios es el mundo, su sufrimiento es Su sufrimiento. Más conscientes somos de que la naturaleza del mundo es armonía y amor, en menor medida se generará sufrimiento general y en mayor medida Dios vivirá conscientemente a través de cada uno. Cuando lo vemos, comprobamos que los enfoques teístas y budistas trabajan en el mismo sentido: ya hablemos de iluminación de todos los seres o de Dios existiendo conscientemente a través de todos los seres sensibles, estamos hablando de todos los ojos del universo contemplando la misma armonía.

A medida que vamos comprendiendo las cuestiones y barreras que hemos descrito como algo que existe dentro de nosotros mismos, y trabajamos con ellas, una a una, éstas van paulatinamente difuminándose. Entonces las imágenes exteriores, las creencias exteriores, la estructura externa, toda la concha exterior del mundo tal como lo experimentamos se disuelve suave y sutilmente en una sustentadora presencia maravillosamente dulce y esponjosa. Más nos sentimos apoyados de esta forma por el universo, más podremos relajarnos interiormente y una parte mayor de nuestra naturaleza fundamental podrá impregnar nuestra experiencia.

CAPÍTULO NUEVE

Las IDEAS SANTAS y la CONFIANZA BÁSICA

Podemos hablar ahora del Eneagrama de las Ideas Santas en relación al tema de la confianza básica. Las nueve Ideas pueden comprenderse como modos diferenciados de ver, que hacen posible la confianza básica; nueve modos distintos de percibir la base fundamental y la realidad del amor. La confianza básica, como hemos dicho, es no-conceptual. Las Ideas Santas están en el ámbito conceptual, lo suficientemente discriminadas para que podamos expresar la confianza básica mediante el lenguaje. Otro modo de expresarlo es decir que las Ideas Santas son nueve percepciones distintas de los puntos de vista de Dios, si hablamos de un modo teísta, o de nuestra naturaleza fundamental, si no hablamos teísticamente. Constituyen perspectivas claras de la mente iluminada, formas universales de experimentar la realidad en el sentido de que no cambian, puesto que constituyen la percepción de lo que objetivamente es.

La mente iluminada

La perspectiva de las Ideas Santas es el punto de vista que surge cuando existe libertad de cualquier posición fija. Es lo que queremos decir cuando hablamos de liberación e iluminación. La iluminación no se contempla como una experiencia específica, sino por el contrario como una experiencia y comprensión de cómo son las cosas. Lo que incluye la confianza básica, o sea, la condición del alma cuando está en contacto con el Ser en sus distintas dimensiones, incluyendo la cualidad del Vivo Amanecer. La visión de la mente iluminada tampoco implica estar en un estado particular; por el contrario, es lo que se percibe cuando estamos libres de la necesidad de estar en ningún estado particular. Se trata de la perspectiva de lo que a veces se denomina la "condición natural"; el modo en que aparece la realidad antes de que el ego nuble nuestra percepción.

Las Ideas Santas, por lo tanto, constituyen nueve facetas distintas del punto de vista iluminado sobre la realidad, nueve percepciones distintas y explícitas que pueden ser discriminadas cuando predomina la confianza básica. Las fijaciones descritas en el Eneagrama de la Personalidad son nueve facetas distintas de los puntos de vista distorsionados del ego. Cuando trabajamos con el Eneagrama, no se trata de ver lo que hemos perdido en nuestra consciencia, como hacemos en la teoría de los agujeros, sino de ver cómo nuestra consciencia se ve retorcida de tal modo que la realidad aparece de una forma concreta. Nuestra fijación no es la estructura de nuestro ego, por lo tanto no estamos observando una estructura psíquica particular. Por el contrario, nos estamos centrando en un giro concreto poseído por todo el ego, una distorsión particular que afecta a todas sus partes. Todo nuestro ego se ve retorcido de un cierto modo que afecta a sus estructuras internas, proporcionándoles una sensación particular, un sabor particular, un estilo particular, que matiza y filtra la totalidad de nuestras experiencias. El punto de vista distorsionado del ego tuerce el estado de consciencia del alma de un modo que le proporciona una cierta postura, un cierto aspecto que afecta a la totalidad de la consciencia, proporcionando a la identidad del ego su particular apoyo y sabor.

Al estudiar cada una de las Ideas Santas y la fijación que les acompaña, expondremos el giro básico, el punto de vista distorsionado primario que hace que nuestra alma siga siendo estructurada por el ego en lugar de morar en su condición natural. El ego ha afectado al alma hasta tal punto que ésta se ha alejado tanto de su condición natural que ha creado todo un aspecto, toda una vida y todo un universo ilusorios.

La realidad objetiva

Comprender realmente las Ideas Santas es observar la realidad con unos ojos despejados, experimentar, vivir y actuar sin distorsiones. Experimentar de este modo no distorsionado, significa comprender lo que representa ser un ser humano, y lo que son la vida y el universo. Significa descubrir cual es la condición natural de un ser humano que vive una vida en este mundo. Significa descubrir cómo podemos vivir en una condición natural sin siquiera pensar

acerca de nuestro estado, o sobre si estamos o no iluminados. Es ver la realidad tal como es objetivamente: una realidad independiente de nuestra experiencia de ella.

Existe un relato sufí en el que tres ciegos palpan un elefante sin poder verlo. Cada uno de ellos dictamina lo que es el elefante basándose en la parte que palpa. Al igual que en este relato, nuestras experiencias pueden constituir atisbos de distintas partes de la realidad objetiva, o pueden ser distorsiones de ella. Las distintas experiencias que tengamos pueden llevarnos a creer que comprendemos el elefante, cuando, en realidad, sólo estamos tocando su trompa, su rodilla o su cola, haciendo deducciones sobre su totalidad. La realidad objetiva es la totalidad del elefante, no las distintas experiencias que tengamos de éste. Nuestras experiencias no oscurecidas de la realidad corroboran el punto de vista de la realidad objetiva, siendo el punto de vista el factor integrador, la base para todas estas experiencias.

El fruto de la vía es la capacidad de vivir en la realidad objetiva. Con la comprensión del punto de vista de la realidad objetiva, podemos discriminar el modo en que cada una de nuestras experiencias constituye un reflejo de dicha realidad, una distorsión de ésta, o una aproximación a ésta. No podemos atrapar completamente el punto de vista en su totalidad hasta que un individuo llega a una profunda realización de éste, lo que no nos impide intentar comprender cual es este punto de vista. Dicho intento nos ayuda a orientar nuestro trabajo sobre nosotros mismos puesto que nuestra comprensión de lo que es la realidad determina nuestra aproximación, minuto a minuto y día a día, a nuestra consciencia. En realidad, la metodología y práctica reales de las distintas vías espirituales están determinadas por la comprensión de la realidad fruto de la que surgen. Puesto que el punto de vista de cualquier enseñanza auténtica es una clarificación de la realidad, las distintas enseñanzas son semejantes; sus diferencias se ven determinadas por el punto de vista particular sobre la realidad que cada vía acentúa. Cuando nos comprometemos con una vía, hemos de comprender el punto de vista de dicha enseñanza para ser capaces de comprometernos totalmente con su trabajo; alinearnos con dicha vía y tener la actitud correcta sobre su práctica en nuestra vida. Comprender el punto de vista iluminado tal como lo revelan las Ideas Santas nos ayuda a ver la base de la metodología específica del Enfoque del Diamante: el despliegue de la consciencia mediante una comprensión clara y precisa de ésta. Dicha comprensión también nos revelará un modo de vida que apoya este modo de trabajar con uno mismo.

Las Ideas Santas, son, por lo tanto, puntos de vista objetivos sobre la realidad, una realidad vista mediante los ojos de nuestra condición natural. Las denominamos Ideas puesto que constituyen perspectivas del centro despierto de la cabeza, el centro intelectual superior. Hay nueve perspectivas distintas de la realidad contempladas sin el filtro subjetivo del ego y dichos puntos de vista son sólo posibles si la confianza básica está profundamente integrada en nuestra alma. Desde una perspectiva monoteísta, comprender las Ideas Santas significa percibir a Dios de un modo particular, percibir las cosas desde la perspectiva de Dios, o percibir las cosas desde el punto de vista del alma en relación a Dios, dependiendo de la Idea Santa con la que estemos trabajando.

Diferenciaciones de la confianza básica en las Ideas Santas

Pasaremos a analizar brevemente cada una de las Ideas Santas, centrándonos concretamente en su relación con la confianza básica. Exploraremos cada una en profundidad en la Parte tercera. Empezaremos con la Idea Santa del Punto Ocho, la Verdad Santa. Cuando domina la confianza básica, el centro de la cabeza se abre y percibimos el *hecho* de la realidad. Comprobamos que el universo en su totalidad -todos sus niveles incluido el físico- existe de un modo fundamental y que dicha existencia es la verdadera realidad. Comprobamos que toda la existencia constituye la manifestación de Dios, el Ser Divino, la Verdadera Naturaleza; sea cual sea el nombre que queramos darle. Por lo tanto la Verdad Santa es la percepción de que Dios existe como la totalidad de la existencia -que es lo que existe y la existencia de lo que existe- y de que Dios no es algo separado del universo. Cuando la consciencia básica esta plenamente integrada, nos damos cuenta de que todo se ve impregnado por la presencia viva o consciencia que denominamos Vivo Amanecer o Amorosa Luz. También puede llamarse Dios, amor, consciencia, presencia o Ser. Esta percepción de la existencia constituye la perspectiva de la Idea Santa.

Le sigue la Idea del Punto Nueve, Amor Santo. Se trata de la percepción y de la comprensión de que esta verdadera realidad constituye la existencia del amor, es amor y su acción es amorosa. Otro modo de expresarlo es decir que el universo funciona de acuerdo a leyes benevolentes. Visto desde la perspectiva del Amor Santo, todo el universo se ve impregnado, sostenido, creado y constituido por una consciencia amorosa. Por lo tanto en el Punto Nueve se percibe la naturaleza de la dimensión del Vivo Amanecer del Ser.

Cuando la confianza básica predomina en el alma, no sólo percibimos la existencia fundamental del universo como una presencia cuya naturaleza es inherentemente amorosa, sino que también vemos que es perfecta. Se trata de la perspectiva de la Santa Perfección, la Idea Santa del Punto Uno. No sólo se contempla su existencia como perfecta, no sólo se ven en ella todas las cosas como adecuadas, sino que todo lo que sucede también está bien. El ser se considera como algo que posee corrección y su modo de funcionar se ve también como correcto. Por lo tanto la presencia de confianza básica hace posible no sólo aceptar lo que hay, sino que es también una sensación de percepción de lo que es.

La Santa Voluntad, la Idea del Punto Dos, constituye la percepción de que suceda lo que suceda, ello es el funcionamiento de esta consciencia verdadera. A partir de esta percepción sigue una aceptación de lo que sucede, una aceptación de la voluntad del universo, que conduce a la Santa Libertad, otro nombre para este punto de la Idea Santa. Si estamos en contacto con la presencia del Ser, impregnados por el Vivo Amanecer, vemos todo lo que sucede como su funcionamiento, por lo que tiene sentido entregarse a lo que pasa. Sabemos que todo lo que pase estará bien, y al no resistirnos, logramos una sensación de libertad, una sensación de fluir. Por lo tanto la Santa Libertad tiene que ver con la relación del alma con la realidad.

La Idea Santa del Punto Tres es la Santa Esperanza, Santa Ley o Santa Armonía. La Santa Esperanza está constituida por la percepción de que debido a que lo que pasa constituye el funcionamiento de una realidad benévola, las cosas van de un modo natural en la dirección correcta. Existe confianza en que el despliegue natural del universo funciona según leyes inherentemente optimizadoras, y por lo tanto las cosas evolucionan correctamente; en consecuencia, no tenemos que ocuparnos directamente de las cosas para que estas ocurran. Existe una esperanza implícita, en lugar de una esperanza de que sucederán las cosas correctas.

El Santo Origen es la Idea Santa del Punto Cuatro. Se trata de la percepción de que nosotros como almas individuales, así como todo lo que existe, provenimos de y formamos parte de la amorosa presencia del Ser. El Ser es nuestro origen, nuestra substancia, nuestra naturaleza. Desde esta perspectiva, vemos que en la confianza básica hay implícito un sentido de conexión con nuestra Fuente.

La Santa Omnisciencia, a veces conocida como Santa Transparencia, la Idea Santa del Punto Cinco, tiene que ver de nuevo con la relación del alma con la realidad. La omnisciencia significa conocerlo todo, por lo tanto la perspectiva es la de que en presencia de la confianza básica, el alma conoce la realidad, pero la conoce específicamente como una unidad. Se trata de la percepción, la realización y la comprensión de que todo lo que existe está intercomunicado y crea una sola cosa. Las fronteras experimentadas por el ego en última instancia no son reales, en consecuencia la separación y el aislamiento son ilusiones. El punto de vista de la Santa Omnisciencia constituye la percepción de que no podemos realmente separarnos puesto que todos somos una misma cosa, y cualquier sensación de límites entre nosotros y cualquier cosa que exista en el universo no es definitiva. La Omnisciencia es el modo en que Dios conoce las cosas: como totalidad, como algo sin separaciones. Desde esta perspectiva, vemos lo que ve Dios: Todo es uno.

La Idea siguiente, la del Punto Seis, es la Santa Fe o Santa Fuerza. Nos dice que la fe o la confianza en que la realidad y Dios aparecerán, nos apoyaran, y estarán ahí básicamente para nosotros, está implícita en la confianza básica. La Santa Fe es la Idea más próxima a la confianza básica misma; se trata de una percepción diferenciada de la confianza básica. Como hemos dicho, la confianza básica no está lo suficientemente diferenciada como para ser un sentimiento o una idea; cuando se vuelve explícita, la denominamos Santa Fe.

La Santa Sabiduría, el Santo Trabajo o Santo Plan es la Idea del Punto Siete. Cuando existe confianza básica en la realidad, no sólo percibimos que las cosas van bien tal como van y lo que sucede es óptimo, sino que también tenemos un sentido de cómo se despliegan las cosas. Tenemos un sentido de lo que significa la evolución de un ser humano hacia la plenitud, y de aquello a lo que se parece la evolución espontánea y natural del alma humana. El Santo Plan, por consiguiente, es el plan de Dios -la percepción de la dirección del despliegue del alma cuando está en contacto con el Ser- el sello de aquello en lo que va a convertirse un ser humano. Desde la perspectiva del Santo Plan, vemos que el universo funciona de tal modo que los seres humanos pueden volverse completos. Un ser humano se vuelve completo cuando Dios se replica totalmente en dicha vida humana, cuando el macrocosmos se replica en el microcosmos. Esto es lo que expresan algunas tradiciones espirituales cuando dicen que el hombre se convierte en la imagen de Dios.

El Santo Trabajo constituye la evolución real, el proceso de dicho despliegue en si mismo. El Trabajo Santo es el trabajo de Dios, que constituye el despliegue de la consciencia del alma en la percepción de todo el universo así como cualquier esfuerzo que hagamos en dicha dirección. Por tanto el Trabajo forma parte del Santo Trabajo, y lo que hacemos en él es alinear nuestras almas con el Santo Plan mediante la presencia. La acción en el presente en realidad es Trabajo Santo, y dicha acción hace evolucionar y desarrollar el alma según las leyes naturales de su despliegue, según el Santo Plan de cómo se desarrolla un ser humano.

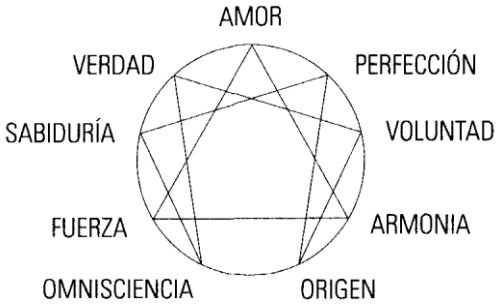
La confianza básica y las fijaciones

Tal como hemos visto, la confianza básica está tanto implícita en las nueve Ideas como es engendrada por ellas. Las Ideas Santas, por otro lado, son las perspectivas diferenciadas sobre el universo, sobre la realidad, sobre nosotros mismos y la vida, que están presentes cuando la confianza básica está bien establecida. En el lenguaje del conocimiento transmitido por el Eneagrama, cuando el centro del estómago se abre y conecta con el centro de la tierra, la cabeza se abre al cielo entre las estrellas y entonces percibimos el mundo a través de las nueve Ideas. Aunque percibimos el mundo a través de todas ellas, cada individuo percibe el mundo de forma más acusada mediante la Idea Santa asociada con su eneatipo. Cada uno de los eneatipos, con sus puntos de vista fijos sobre la realidad, se configura alrededor de la ausencia de la Idea Santa asociada. Podemos decir que la perspectiva mental fija de cada eneatipo es simplemente un punto ciego, y la ceguera específica constituye la falta de percepción de la Idea Santa para dicho tipo. Por consiguiente, cada punto ciego de la fijación lo constituye la ausencia de confianza básica, causada por la desconexión del fundamento básico del Vivo Amanecer, experimentado de un modo diferenciado. Por lo tanto la pérdida de confianza básica la experimenta cada fijación de un modo inseparable con la pérdida de una de las Ideas Santas.

Nuestras fijaciones, por lo tanto, se deben a una falla o distorsión del modo en que se percibe la realidad. Según las enseñanzas transmitidas por el Eneagrama, este punto de vista incorrecto se corregirá si comprendemos y experimentamos la realidad mediante la perspectiva no distorsionada de la Idea Santa asociada con nuestro eneatipo. Esta es probablemente la causa de que las Ideas Santas sean denominadas por Ichazo "psico-catalizadores"; catalizan el proceso de transformación del alma desde la identificación con el ego a la identificación con el Ser y con quién y qué somos. Esta es una modalidad del proceso de transformación. Desde la perspectiva del Enfoque del Diamante, sin embargo, vemos que la confianza básica necesita ser restablecida mediante el contacto con la cualidad del Vivo Amanecer y, a resultas de ello, experimentaremos espontáneamente las Ideas Santas, y por lo tanto, veremos objetivamente la realidad. Hemos visto que a medida que trabajamos con los temas psicodinámicos alrededor de la confianza básica, empezamos a percibir, de un modo natural, la Idea Santa de nuestra fijación. A medida que vamos entendiendo las Ideas Santas, aprendemos a experimentar la realidad y a vivir en ella, con sus cualidades esenciales y sus infinitas dimensiones. La confianza básica abre el centro intelectual superior, permitiéndonos la visión de las Ideas Santas, que nos liberan de las ilusiones del ego y nos ayudan a establecer nuestra consciencia en la unidad del Ser.

TERCERA PARTE

TRABAJAR CON LAS IDEAS SANTAS



Guía a las IDEAS SANTAS

En la parte tercera de este libro, trabajaremos en comprender, del modo más objetivo posible, como es la realidad. Lo que significa enfrentar los puntos de vista básicos, fundamentales y universales, así como las creencias erróneas sobre como son las cosas. Tal como hemos dicho, no es un asunto de afrontar una falta en uno mismo, sino por el contrario exponer la propia ilusión. Una ilusión es algo que consideramos verdad pero que no lo es. Se trata de un giro de nuestra mente que distorsiona nuestras percepciones. Su resolución no constituye un estado particular de consciencia, sino, por el contrario, una visión correcta de la realidad mediante la que se experimentan todos los estados. Por lo tanto trabajar a través de esta distorsión perceptiva es un asunto de cambiar nuestra mente, cambiar nuestra perspectiva, cambiar nuestra filosofía acerca de la realidad, la vida y nosotros mismos.

Evidentemente, no es cosa fácil, y encontraremos mucha resistencia por el camino a medida que dicha comprensión se vuelve vivencial y no únicamente intelectual. La mayoría de las personas no quieren cambiar sus mentes. Estarán dispuestas a experimentar estados emocionales difíciles, siempre que encierren la promesa de algún estado maravilloso al final del túnel. Pero cambiar realmente nuestra estructura mental tal vez no parezca algo tan deseable.

Puesto que las Ideas Santas son modos diferenciados de ver lo que es, son conceptuales y por lo tanto están relacionadas con el centro intelectual superior. Entenderlas a nivel vivencial es abrir el centro de la cabeza. La perspectiva de las Ideas Santas con la que vamos a trabajar es la visión de la realidad que surge cuando se abre, se activa y se pone en funcionamiento el centro de la cabeza. Cuando este centro está cerrado, nuestra perspectiva de la realidad se filtra a través de las nueve ilusiones y fijaciones. El saborear qué aspecto tiene objetivamente la realidad se enfrenta a las ilusiones de un modo sistemático. Cada una de las ilusiones constituye una creencia muy específica y profunda sobre uno mismo y la realidad, que cristaliza en una convicción, que es incorrecta de un modo específico. Por consiguiente nuestro trabajo con los eneatipos no es un asunto de ir a los detalles de cómo opera cada uno de ellos, sino más bien de ver cómo sus núcleos constituyen el resultado de las ilusiones básicas sobre la realidad, que pueden ser corregidas comprendiendo y percibiendo realmente la correspondiente Idea Santa.

Ilusiones del ego

El ver realmente las nueve Ideas Santas de una forma adecuada, nos permite objetividad sobre lo que hay, y por lo tanto revela de modo automático las ilusiones o errores. A nivel vivencial, las ilusiones constituyen ciertas manifestaciones de la personalidad que no parecen cambiar, independientemente de lo que hayamos trabajado con ellas, independientemente de las veces que nos hayamos planteado los temas que incluyen. Por ejemplo, podemos creer que hay algo malo en nosotros. Dicha creencia puede aliviarse por la presencia de cualquier aspecto esencial puesto que no es el resultado de una falta interna de contacto con el Ser. Es, por el contrario, una ilusión o error que es fruto de no entender la Idea Santa de la Perfección, y

mientras no lo comprendamos -el hecho de que somos, por nuestra propia naturaleza, correctos- esta sensación de error permanecerá. No se trata de algún aspecto de la Verdadera Naturaleza de nuestro ser que no llega a la consciencia; lo que ocurre es que se produce una distorsión particular, un giro específico en el modo en que pensamos, en cómo nos percibimos a nosotros mismos y a la realidad, que precisa enderezarse.

Nuestra mirada, por consiguiente, no se orienta hacia ningún estado particular de consciencia, sino que se dirige a corregir nuestros puntos de vista ilusorios. Nos estamos dirigiendo a nuestra visión de la realidad fundamental en su conjunto: a nuestra comprensión y percepción de ella. La cualidad del Vivo Amanecer está constituida por la gracia o bendición necesarias para dicho proceso, pero no constituye el resultado. El resultado es el soltar o abandonar una posición cognitiva fija sobre la realidad.

El Eneagrama es un mapa o esquema que nos ayuda a comprender la realidad y a sintonizarnos con ella. Es como un prisma, que separa nueve perspectivas objetivas distintas sobre la realidad con sus nueve correspondientes perspectivas ilusorias. Las nueve ilusiones de los eneatipos son sencillamente distintos modos de expresar el mismo punto de vista distorsionado sobre la realidad; el de la parte estructurada del alma, el ego. Aunque nuestra fijación particular proporciona al conjunto de nuestra experiencia un sabor específico, no podemos tener una ilusión y carecer de las otras puesto que están entrelazadas y constituyen simplemente nueve modos distintos de expresar lo mismo. En el sistema del Eneagrama, el ego se simboliza como un dragón de nueve cabezas, lo que significa que aunque cada una de las fijaciones constituye un error o ilusión específica, cada una forma parte de la misma criatura.

Estudiaremos por lo tanto los detalles específicos de cada una de las Ideas Santas. Exploraremos que significado tiene cada una de ellas, cual es la experiencia perceptual que tenemos de éstas, y que ilusión es el resultado de carecer de ellas. Iremos al núcleo, a las profundidades de cada una de estas ilusiones o errores, a cada una de estas cabezas del dragón, que constituye el giro del alma a partir del que florece el conjunto del eneatipo. Cada una de estas convicciones nucleares sobre la realidad representa lo opuesto a su correspondiente Idea Santa, y por lo tanto constituye una idea no santa, una idea viciada. Las ilusiones conducen a alienarnos de la realidad, alejándonos de la armonía y de la riqueza implícitas en el Ser.

Comprobaremos como esta pérdida de cada Idea Santa conduce a una ilusión particular sobre la realidad, aunque dicho error o ilusión no revela el núcleo vivencial de cada eneatipo. Es más parecido a una semilla, en cierto sentido, de cada fijación, en el hecho de que se trata de una idea distorsionada sobre la realidad, algo mental, una convicción. La convicción implica a la Idea Santa perdida, pero no explica totalmente como se forma el eneatipo.

Núcleos de fijación

La formación real está constituida por un patrón específico que siguen todos los eneatipos. Para comprenderlo, hemos de volver a nuestra comprensión de la confianza básica, el modo en que se relaciona con el entorno de apoyo, cómo se relaciona el entorno de apoyo con el Vivo Amanecer, y cómo la realidad objetiva se manifiesta, de forma diferenciada, en las Ideas Santas. Hemos comprobado que la sensación de apoyo en el entorno permite la integración de, y el contacto ininterrumpido con, el Vivo Amanecer en el alma, y que cuando dicha dimensión forma parte de la propia experiencia, nace el sentido de confianza básica no conceptual y no verbal. Cuando experimentamos dicha confianza conceptualmente, ésta manifiesta la perspectiva de las Ideas Santas.

La pérdida de la sensación de apoyo conducirá a la pérdida de contacto con el Vivo Amanecer, lo que desembocará en una sensación de deficiencia concreta para cada eneatipo. La ausencia de apoyo se experimenta de un cierto modo que se ve determinado por la Idea Santa particular que se ha perdido, y luego se experimenta como un estado específico, doloroso, deficiente y difícil que conocemos como *dificultad específica* para dicho eneatipo. La *ilusión específica*, el punto de vista distorsionado de la realidad fruto de la pérdida de la Idea Santa particular de cada eneatipo, conforma la sensación específica de deficiencia. Esta sensación de deficiencia constituye, por así decir, la encarnación de dicha formulación

conceptual. La ilusión conforma también el modo en que cada eneatipo reacciona a su *dificultad específica*. Ya hemos visto como la ausencia de apoyo conduce a la falta de confianza, que a su vez hace que el alma reaccione en lugar de seguir con su despliegue espontáneo, y cada eneatipo tiene un modo particular de responder a su honda y dolorosa sensación de deficiencia. Lo que conocemos como *reacción específica* de cada eneatipo. A partir de la interacción de la *dificultad específica* y el modo en que se le responde, que constituye la *reacción específica*, se forma el núcleo de cada eneatipo. A partir de dicho núcleo nacen todos los patrones emocionales y de comportamiento asociados con dicho tipo.

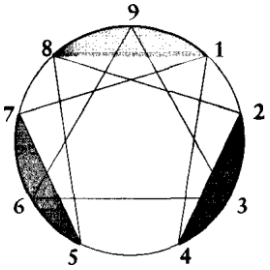
En la Segunda parte hemos analizado cómo las Ideas Santas constituyen la confianza básica hecha explícita. La encarnación de la confianza básica es de mayor importancia que la comprensión de las Ideas Santas, puesto que trasciende nuestra percepción de lo que es o no es la realidad. Las Ideas Santas son como nueve umbrales a la confianza básica, puesto que, si se comprenden, ello permite abrir el centro de la cabeza. El Vivo Amanecer desciende hasta el cuerpo y a medida que alcanza el estómago, se integra con el centro del estómago en forma de confianza fundamental en la realidad. Aunque el trabajo con las Ideas Santas es un modo de desarrollar la confianza básica, desde otra perspectiva las Ideas Santas constituyen confianza básica que madura en el proceso de desarrollo y crecimiento humano.

Las tres esquinas del Eneagrama

El Eneagrama se ha dividido tradicionalmente en tres esquinas, cada una formada por uno de los puntos que forman el triángulo interno (Puntos Nueve, Seis y Tres) y los dos puntos de cada lado. Esta división ayuda a esclarecer las Ideas Santas. Las Ideas Santas de la esquina superior, formadas por los Puntos Ocho, Nueve y Uno, corresponden a las perspectivas objetivas sobre la totalidad de la realidad: el cosmos en su conjunto. Son la comprensión de la realidad en términos de su totalidad. Dicho de otro modo, si utilizamos la terminología teísta, es la comprensión de aquello que es Dios. Desde una perspectiva no teísta es comprender lo que constituye la total plenitud. Estas tres Ideas son las más importantes para la confianza básica. La Verdad Santa, el Amor Santo y la Perfección Santa son los tres modos que, combinados, nos dicen como es la realidad en su plenitud, ya sea que llamemos a la totalidad Dios, Ser Divino, Mente Divina o Unicidad.

VISIÓN DE LA TOTALIDAD DE LA REALIDAD

VISIÓN DE LA HUMANIDAD EN RELACIÓN CON LA REALIDAD



VISIÓN DEL FUNCIONAMIENTO EN RELACIÓN CON LA REALIDAD

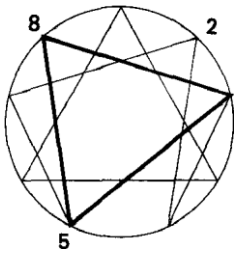
Las Ideas de la esquina formada por los Puntos Cinco, Seis y Siete son puntos de vista del ser humano desde la perspectiva de la totalidad: el modo en que se refleja dicha realidad en el alma humana, qué relación real tiene el ser humano con su realidad en su conjunto, y cómo la totalidad de la realidad aparece en la persona individual. Dicho de otro modo, estas Ideas explican cómo dicha realidad se manifiesta en forma de ser humano. Las Ideas de la esquina superior son independientes del ser humano, mientras que las de la esquina Seis son las

perspectivas objetivas o despiertas de esta realidad total tal como se refleja en un ser humano. Cuando nos experimentamos a través de las Ideas Santas de la esquina superior, nos experimentamos como Dios, no como ser humano. Cuando nos experimentamos a través de las Ideas de la esquina Seis, nos experimentamos como un ser humano que constituye un reflejo de la realidad global.

Esta comprensión de lo que es la realidad total, y de lo que es un ser humano desde la perspectiva de esta realidad total, nos proporciona una comprensión de lo que representa hacer, lo que es vivir; que es a lo que se refieren las Ideas Santas de la esquina formada por los Puntos Dos, Tres y Cuatro. Son puntos de vista del funcionamiento en relación a dichas perspectivas, y nos proporcionan una verdadera comprensión de lo que significa actuar. Se dirigen al modo en que se produce el hacer y el funcionar, quién lo hace y cómo se hace. Esta esquina nos proporciona una comprensión de lo que es el vivir desde una perspectiva no egóica, y de este modo nos ayuda a poner las prácticas espirituales en perspectiva. Debido a que dichas Ideas nos muestran lo que es realmente el vivir y el funcionar, así como se producen, si las comprendemos, sabremos en que dirección nos conduce una práctica particular así como también si nos llevará a lo que es real.

Podemos estudiar cada una de estas esquinas por separado, pero para facilitar la comprensión de las Ideas, las dividiremos de otro modo. Construiremos tres triángulos, cada uno de ellos formado por una Idea Santa de cada una de las esquinas, representando por consiguiente una visión del universo, una correspondiente visión del hombre y una visión del funcionamiento. Los tres triángulos se componen de (1) Puntos Ocho, Cinco y Dos: Santa Verdad, Santa Omnisciencia y Santa Voluntad, (2) Puntos Uno, Siete y Cuatro: Santa Perfección, Santa Sabiduría y Santo Origen, y (3) Puntos Nueve, Seis y Tres: Santo Amor, Santa Fuerza y Santa Armonía.

CAPÍTULO ONCE



Punto Ocho: VERDAD SANTA

> La consciencia de que el cosmos objetivamente existe en este momento; de que su existencia es su propia definición, y de que prosigue, lo comprenda o no un individuo; y de que el individuo experimenta la verdad de la Realidad de un modo más completo cuando ve cada momento de un modo fresco, sin preconcepciones sobre lo que debe suceder.
>
> -Ichazo, 1972

La Idea Santa para el eneatipo Ocho es la Verdad Santa. Se refiere a la unidad de la existencia, e incluye y va más allá de la Esencia y del Absoluto. Para comprender qué es la Santa Verdad, necesitamos primero investigar qué es la verdad.

Verdad

El primer tipo o nivel de verdad que nos encontramos es lo que llamamos verdad relativa. La verdad relativa es el hecho de lo que sucede, y la llamamos "relativa" puesto que es específica de la persona, la situación y el momento en que tiene lugar la experiencia; lo que significa que está constantemente cambiando. Por ejemplo la verdad relativa en este momento es la de que estás sentado leyendo este libro, y hace un rato era que estabas haciendo otra cosa. La verdad relativa depende de la situación, y nos explica lo que está sucediendo ahora. Dichas verdades son las más evidentes, y constituyen los puntos de partida para contactar con un profundo nivel de verdad.

Si investigamos más a fondo en la verdad relativa de una situación, descubriremos que las bases psicodinámicas y existenciales de ésta empiezan a revelarse a sí mismas. Luego, en cierto momento, podemos empezar a experimentar lo que denominamos la *verdad esencial*, que constituye la presencia de la Esencia misma. Pongamos, por ejemplo, que estamos fantaseando sobre comer un poco de helado de crema. La verdad relativa es que esto es lo que está pasando por nuestra mente. Si investigamos en nuestro deseo por el helado de crema, podemos darnos cuenta de que nos estamos sintiendo solos, y que ello nos da una sensación de pérdida de un tipo de contacto particular. Entonces, mientras estamos con ello, vemos que estamos deseando cierta clase de amor que nos recuerda a nuestra madre. Nos damos cuenta de que el amor de nuestra madre sabe a helado de crema. Lo que nos puede llevar a experimentar una cualidad de amor que es dulce y suave, y que nos hace sentir cuidados y queridos. A medida que conectamos con dicha cualidad de amor, estamos en contacto con el aspecto vivencial real que hace tiempo identificábamos con nuestra madre. Este nivel de verdad de la situación es la verdad esencial. Dicha verdad es una cualidad de amor que está presente en nosotros, pero que sólo se experimenta a un nivel relativo como un deseo por helado de crema.

A este nivel esencial, los hechos de nuestra situación adquieren un sentido, riqueza y profundidad, puesto que nos acomodan en el ámbito de lo que realmente existe, más allá de la superficie de las cosas. Una verdad esencial no es un pensamiento, una idea, una reacción, o una acción; su característica más importante es la de que se trata de una presencia ontológica; posee una existencia substantiva. Aunque la verdad relativa de una situación puede conducirnos a la verdad esencial de ésta, el nivel esencial no depende de la situación. Es auto-

existente; se trata de su propio ámbito que existe de modo independiente de quien somos y de lo que hacemos.

La verdad esencial nos ayuda a entender lo que está sucediendo realmente y lo que existe bajo la apariencia de las cosas. Una fantasía de comer helado de crema es simplemente una imagen en nuestra mente, e incluso el helado de crema desaparece o cambia de forma tras ser comido. El amor que puede evocar o reflejar, sin embargo, tiene una existencia intrínseca y sin cambios, aunque nuestra consciencia de éste puede ir y venir. Existe como una presencia que es sustantiva y real; posee energía, afecto y potencia.

Si seguimos persiguiendo la verdad de la situación, la verdad esencial seguirá expandiéndose y revelará dimensiones cada vez más profundas del Ser hasta que, en cierto momento, conectamos con las dimensiones sin forma del Ser. Cuando nos encontramos la Esencia por primera vez, la experimentamos en la dimensión de la forma, contenida dentro de nosotros; dicho de otro modo: "Hay amor en mi corazón, voluntad en mi estómago, claridad en mi cabeza," etc. A un nivel más profundo, la presencia de la Esencia se expande y pierde sus límites, y realizamos aquello que es realmente ilimitado. Este es el inicio de la experimentación de la falta de forma de las dimensiones ilimitadas. La primera dimensión ilimitada que solemos encontrarnos, como hemos analizado en la Segunda Parte, es la del Vivo Amanecer: un amor que no sólo está en nuestro interior, sino por doquier; impregnándolo todo, penetrando todos los límites.

Por consiguiente hemos pasado de lo que está sucediendo a lo que realmente existe en nuestro interior, y a partir de ahí a lo que realmente existe más allá de nuestro cuerpo; lo que existe en todo el cosmos. En las dimensiones ilimitadas, la Esencia sigue teniendo la cualidad de ser una presencia, una plenitud, y una riqueza. A medida que nuestra experiencia se vuelve más profunda, las dimensiones ilimitadas van revelándose con mayor hondura, una tras otra, a medida que penetramos con mayor profundidad en los conceptos que hay dentro de nuestra mente; y dichas dimensiones nos conducirán finalmente a la verdad más profunda: la verdad absoluta. Esta dimensión del Absoluto esta más allá de todo concepto, incluyendo los de existencia o no-existencia.

No se trata de que exista una dimensión sin forma e ilimitada que impregne todo o sea la esencia de todas las cosas, puesto que verlo de este modo crea una dicotomía que no existe. No se trata de que exista yo y exista mi naturaleza esencial. Las dimensiones sin forma aportan otra clase de percepción, que es la del Ser sin forma, sin límites, la existencia real, una presencia substancial que no se ve contenida por límite alguno. Cuando experimentamos la presencia pura, traslúcida, autoexistente y sin límites, vemos que no es sólo la naturaleza fundamental de la Esencia en sí misma, sino también de todo lo que existe. Existe en todo, y todo existe en ella. Vemos que el universo en última instancia es puro Ser, y que este puro Ser no sólo nos sostiene, nos anima, y constituye nuestra naturaleza, sino que, en un registro más fundamental, nos constituye. Es totalmente inseparable de lo que somos. Por lo tanto no sólo impregna y llena el universo, sino que es el universo. Esta comprensión de que no existe un universo separado de este Ser puro, ilimitado y autoexistente constituye un nivel más completo de verdad.

La percepción de que el Ser constituye la totalidad de todas las cosas es lo que por regla general se conoce como experiencia mística. Antes de esto, debemos tener experiencias espirituales, pero cuando experimentamos la unicidad y unidad de la existencia, estamos en el nivel místico. En la dimensión del Vivo Amanecer, experimentamos que todo está hecho de amor. Cuando miramos a nuestro alrededor, todo parecerá, por ejemplo, hecho de una substancia semejante a un suave diamante rosado, y nos veremos colmados de maravilla, belleza y dulzura.

Por lo tanto la experiencia de lo ilimitado, que surge a medida que avanzamos en las dimensiones sin forma, se convierte en el nivel más profundo de verdad que podamos percibir. En el nivel de lo *Supremo* (la dimensión de la Pura Presencia o Puro Ser), por ejemplo, nos damos cuenta de que todo es Ser traslúcido. Comprobamos que no se trata de que el Ser traslúcido esté en todo o que todo exista en él, sino que todo es lo traslúcido. Esta dentro de las cosas, fuera de las cosas, y entre ellas. No hay lugar que no sea Ser traslúcido.

En este nivel de lo Supremo, no hay separación entre lo que denominamos apariencia y realidad, la forma y el significado. Son una sola cosa; existe una unidad.

La percepción de esta unidad nace simplemente intentando comprender la verdad de la situación. No se trata de generar una experiencia particular, simplemente de abrir nuestros ojos a lo que hay. Cuando experimentamos este nivel de verdad, no sólo percibimos esta inherente unidad, sino que también el hecho de que mientras permanecemos en la dimensión ilimitada, se revela otra más profunda. Las dimensiones del Ser sin forma se revelan a sí mismas hasta que llegamos al origen y fuente de todas las dimensiones, el Absoluto. De entrada, podemos experimentar el Absoluto como origen de todas las cosas, pero a medida que nuestra experiencia madura, nos damos cuenta de que todo es el Absoluto; no hay separación. La plena experiencia del Absoluto es la de que no hay nada *excepto* el Absoluto. Del mismo modo que hemos visto que el amor lo constituye todo en la dimensión del Vivo Amanecer, y el Ser lo constituye todo en el nivel de lo Supremo, ahora vemos que el Absoluto lo constituye todo. Por lo tanto nuestra comprensión de la naturaleza de la realidad se hace más honda, se hace cada vez más misteriosa y no conceptual, hasta que llega a esta dimensión del Absoluto en la que la naturaleza de la realidad se revela a sí misma como profundo misterio.

Unidad exhaustiva

Sin embargo, ninguno de los niveles de verdad que hemos estado describiendo es aquello a lo que se refiere la Idea Santa de la Verdad Santa. La Verdad Santa es la percepción de que todos estos niveles son realmente una cosa, de que todas las dimensiones constituyen un estado completo de unidad. Dicho de otro modo, todas las dimensiones de la realidad son totalmente inseparables unas de otras, y son la misma cosa. Se trata de la percepción de que no existe ninguna dualidad; ya sea horizontalmente (entre objetos) o verticalmente (entre dimensiones). Por consiguiente, aunque experimentemos ir avanzando progresivamente hacia dimensiones cada vez más profundas de la realidad, a medida que nuestra investigación se vuelve cada vez más sutil, la Santa Verdad es la percepción de que todas estas dimensiones existen simultáneamente. Todas ellas son facetas de la misma realidad, por lo que la sensación de jerarquía es en última instancia ilusoria.

Para comprender el modo en que todas las dimensiones existen como una unidad, pongamos el ejemplo del cuerpo físico. A nivel de verdad relativa, de entrada vemos la aparición del cuerpo: vemos su forma, reconocemos sus miembros, el rostro, la expresión. Penetrando más allá de la superficie, nos damos cuenta de que hay músculos, huesos, órganos, venas, etc. Este nivel correspondería a la verdad esencial. Si investigamos en la naturaleza de estos componentes internos, veremos que están hechos de moléculas. Dichas moléculas se revelan a si mismas como compuestas de átomos que, a su vez, están constituidos por partículas sub-atómicas. Dichos niveles corresponderían a las verdades progresivas de las dimensiones sin forma. Si investigamos incluso más a fondo, descubrimos que son el espacio definitivo, que corresponde al nivel Absoluto, ¿están las partículas sub-atómicas o los órganos separados de la forma externa del cuerpo? No. Todas estas dimensiones están presentes y se imbrican las unas con las otras. No podemos eliminar un nivel y dejar los otros. Aunque el Absoluto es la realidad definitiva que permanece inalterada si eliminas todo lo demás, todos los niveles de realidad existen como totalidad en todo momento. Forman una unidad.

La Santa Verdad, por consiguiente, niega la dualidad. Nos muestra que no existe una existencia discreta o separada. Sin embargo, sabemos que para la consciencia del sí mismo-ego, la sensación de separación es fundamental. Por lo tanto la Santa Verdad desafía y en última instancia disuelve la sensación de separación del ego.

Mientras que experimentamos la sensación de unidad cuando experimentamos cualquiera de las dimensiones sin forma, la percepción es la de la unidad de las dimensiones mismas. Los budistas lo llaman "total plenitud," mientras que los sufíes lo llaman el "estado que todo lo abarca," o el "Ser Divino," y el nombre que lo abarca es *Allah*. Allah, por lo tanto, no se refiere a ninguna dimensión o estado particular, sino que se refiere a todo lo que existe -en cualquier momento, en todos los niveles y en toda dimensión- como una unidad. Por lo tanto,

podemos llamar a la percepción de la Santa Verdad, verdad objetiva, realidad, el universo en su totalidad. Ser Divino, unidad de la existencia, o total plenitud.

La definición de Óscar Ichazo de la Santa Verdad es: "La consciencia de que el cosmos objetivamente existe *en este momento*; de que su existencia es su propia definición, y de que prosigue, lo comprenda o no un individuo; y de que el individuo experimenta la verdad de la Realidad de un modo más completo cuando ve cada momento de un modo fresco, sin preconcepciones sobre lo que debe suceder."

Desmenucemos esto y veamos lo que podemos comprender. "La consciencia de que el cosmos objetivamente existe *en este momento.*" Nos está diciendo que la totalidad de todo lo que existe, en todos sus niveles (que es lo que quiere decir cuando utiliza la palabra *cosmos*), es el ahora de la experiencia y que dicha totalidad existe objetivamente. Es "su propia definición," lo que significa que no depende de nuestra opinión sobre ella; y "prosigue, lo comprenda o no un individuo," que quiere decir que existe realmente la comprendamos o no. Para experimentar plenamente la realidad, debemos considerar "cada momento de un modo fresco, sin preconcepciones sobre lo que debe suceder," que quiere decir que si estamos totalmente abiertos y no filtramos la experiencia del momento mediante nuestra subjetividad, veremos esta unidad como existiendo en este preciso momento, y este *ahora* no se refiere al tiempo, sino a la existencia inmediatamente capturada del universo mismo.

Por consiguiente, todo lo que es concebible y vivenciable existe en este preciso instante como uno. Las dimensiones sin forma, los estados esenciales y la realidad física no están separadas las unas de las otras, los objetos físicos no están separados los unos de los otros; no existe división en lugar alguno; únicamente completa unidad. El concepto alquímico para ello lo constituye la idea de macrocosmos, la totalidad del universo.

La visión Sufí de esta Idea Santa se expresa en el siguiente poema de Shabistari, de *El Jardín Secreto*:

> Él cuya gran alma nunca se ve asaltada por la duda
> Sabe con seguridad que sólo hay una
> Existencia absoluta. Decir "Soy el Señor"
> Sólo pertenece a Dios: su personalidad
> No está contigo; ocultos el capricho y el pensamiento.
> La gloria de Dios no puede ser compartida por nadie; por lo tanto
> Yo, tú, y nosotros no somos, pues todo es uno.
> La persona y la existencia se unen en uno,
> Puesto que la unidad no admite discrepancia.
> Quien se libera del sí mismo, cuando obtiene
> Esta libertad, resuena a través del eco de su alma
> "Realmente soy Dios," y en la eternidad
> Su oposición abrumada, y entonces
> El peregrino y su camino no son más que uno.
> Concordia y encarnación surgen de la discrepancia,
> Pero la unidad nace de la peregrinación.
> Por lo que el orden de la naturaleza nace de la existencia,
> No es Dios su esclavo, ni el hombre se convierte en su Dios.
> Concordia y unión aquí no puede haber,
> Puesto que ver dos en uno es el núcleo del error.
> El creador y los seres creados son
> Como un sueño, no es lo que parece ser.
> ...
> ¿Qué es este átomo mayor que el todo?
> ...
> Existe un átomo mayor que el todo-
> Existencia; pues he aquí que el universo
> Es, pero este universo en sí mismo es *ser*.
> El *ser* es múltiple en su forma externa,

pero en su ser, existe una unidad interior.
(Shabistari, 1969, págs 48, 71).

Shabistari nos está diciendo que para comprender y experimentar esta unidad, hemos de experimentar el Ser. Es únicamente en el Ser donde podemos percibir la unidad. Si observamos la realidad desde una perspectiva egóica, no vemos unidad sino discordia, oposición y dualidad. Pero si experimentamos el Ser y permitimos que nos guíe, nos conducirá a las dimensiones sin forma y a la experiencia de que las cosas no existen separadas las unas de las otras. En este nivel, vemos que la separación no es definitivamente real, y aunque los objetos puedan parecer diferenciados, en realidad todos los objetos constituyen una sola cosa.

Dicha comprensión se expresa desde una perspectiva budista en el siguiente párrafo del lama tibetano Longchenpa. Esta sacado de su texto sobre el *mantrayana tantra*, que está escrito desde el estado de la misma unidad, como si se expresara a sí misma. Comprobaremos que el lenguaje es muy semejante al de algunos enfoques teístas.

Toda experiencia y forma de vida no pueden probar que existen independientemente de ser una presencia ante tu mente, tal como un sueño lúcido.

Todo lo que hay me tiene a mí -creatividad universal, pura y total presencia- como su raíz.
El modo en que aparecen las cosas es mi ser.
El modo en que surgen las cosas es mi manifestación.
Los sonidos y las palabras que oímos son mis mensajes expresados en palabras y sonidos.
Todas las capacidades, formas y consciencia prístina de los budas;
Los cuerpos de los seres sensibles, sus hábitos, etc;
Todo entorno y sus habitantes, formas de vida, y experiencias;
Son el estado primordial de pura y total presencia.
(Longchenpa, 1987, pág. 32).

El hecho de no darnos cuenta de que todo lo que podemos concebir no es otra cosa que la manifestación de nuestra propia mente es lo que en budismo se conoce como *samsara*. Samsara, el estado ilusorio, se considera bajo el punto de vista de Longchenpa como el hecho de no reconocer la unidad de lo que es. Lo que viene a continuación es otra sección de *Tu eres los ojos del mundo*, en la que se describe la doctrina no-dual del *Dzogchen*, o plenitud total:

[Puesto que mi creatividad está más allá de la afirmación y de la negación,]
Determino todos los acontecimientos y sentidos.
Puesto que no existe objeto alguno que no sea yo,
Estás más allá de la perspectiva o de la meditación.
Puesto que no existe protección distinta a mi,
Estás más allá de actividad carismática que deba buscarse.
Puesto que no hay otro estado que yo,
Estás más allá de las fases a cultivar.
Puesto que en mí desde el principio no hay obstáculos,
Estás más allá de todo obstáculo; sólo existe la autogenerada consciencia prístina.
Puesto que soy la realidad misma, no-nacida,
Estás más allá de los conceptos de realidad; la sutil realidad simplemente es.
Puesto que no hay lugar a donde ir fuera de mi,
Uno está más allá de las sendas a recorrer.
[Puesto que todos los Budas, seres sensibles, apariencias, existencias, entornos, habitantes]
Surgen del estado de pura y total presencia por antonomasia,
Uno está más allá de la dualidad.

A causa de que la autogeneración de la consciencia prístina ya está establecida,
Uno está más allá de justificarla; la transmisión de esta gran enseñanza proporciona una entrada directa a la comprensión.
Puesto que todo fenómeno no existe fuera de mi,
Uno está más allá de la dualidad; lo formo todo.
(Longchenpa, 1987, pág. 35).

Por consiguiente, según la Idea de la Santa Verdad, la realidad, cuando se ve de un modo objetivo, carece de divisiones. Existe, está ahora y es no-dual. No existo yo, ni tu, ni otro, ni universo separado de Dios; ni universo separado del Vacío; ni tu y Esencia, ni personalidad y Esencia, ni cuerpo físico y alma; todas estas distinciones son ilusiones y en última instancia no son reales. Sólo existe una cosa, y ni siquiera puede llamarse "una" puesto que si la llamas una, la estás comparando a dos, y no se trata de una en contraste con dos. Es no-dual, una existencia indivisible, no importa como lo mires o lo que pienses al respecto. Aunque las distintas enseñanzas pueden subrayar diferentes cualidades de esta unidad, si la vemos desde la perspectiva del amor o de la consciencia, por ejemplo, afirmaremos que lo fundamental para la realidad es el *hecho* de la unidad. Toda religión afirma este sentido de la globalidad de la realidad. Otro modo de decirlo es que Dios está por doquier y es omnipresente. La Santa Verdad es la forma en que la enseñanza del Eneagrama de las Ideas Santas expresa esta comprensión.

Hemos de recordar que la naturaleza del conjunto de la realidad no se expresa únicamente mediante la Santa Verdad. Se ve descrita por las tres Ideas Santas de la parte superior del Eneagrama. Si experimentamos realmente la unidad de todas las cosas, reconoceremos también la cualidad amorosa inherente de dicha unidad. La existencia del Amor Santo constituye la existencia de una cualidad amorosa, suave y positiva. Platón se refería a la realidad definitiva como *el Dios*, indicando de este modo que percibía su positividad intrínseca. Analizaremos esto con mayor detalle en el capítulo de la Idea Santa para el eneatipo Nueve. Si experimentamos la unidad descrita por la Idea Santa, experimentaremos también que es fundamentalmente correcta, su Santa perfección. Comprobaremos que todo lo que sucede es perfecto a causa de que todo sucede tal cual debe suceder. Veremos la belleza y armonía de todo lo que pase, porque es lo que es; se trata de la verdad del momento vista sin la interferencia de la perspectiva del ego. Algo que ampliaremos en el capítulo de la Idea Santa para el eneatipo Uno. Estas tres Ideas Santas están intercomunicadas, y juntas describen la naturaleza de la realidad.

En algunas tradiciones existe un debate sobre qué es la realidad definitiva: ¿Es el Absoluto, o es el estado de total plenitud? Las tradiciones sufíes y cabalísticas adoptan el punto de vista de que el Absoluto es la realidad definitiva. Las tradiciones indias están divididas, mientras los vedantas consideran al Absoluto como lo definitivo, algunas vías yóguicas consideran definitiva a la plenitud total. Los budistas no están de acuerdo: la tradición theravada cree que el Absoluto es lo definitivo, mientras que los budistas tibetanos están divididos. La secta Nyngmapa cree que el estado de total plenitud es lo definitivo, mientras que los Gelugpa creen que lo definitivo es el Absoluto.*

Según mi punto de vista no hay necesidad de decidir, puesto que la libertad no tiene nada que ver con el estado que experimentamos o tomamos como definitivo. Por lo que la cuestión es en mayor medida un asunto de cómo definimos la "verdad definitiva." Si definimos la verdad definitiva como lo que queda cuando puede eliminarse todo aquello que puede ser eliminado, estamos describiendo el Absoluto. Se trata del estado más desprovisto de cualquier

* Cuando menciono otras tradiciones religiosas o espirituales y sus puntos de vista, no digo que mi comprensión de ellas sea autorizada. Me estoy refiriendo a sus descripciones de las distintas fases y comprensiones a la luz de mi propia experiencia, explicando su conocimiento a través de mi propia comprensión. Alguien de una tradición concreta puede decir que significan algo ligeramente distinto y que estoy interpretando mal lo que quieren decir. Al referirme a una tradición concreta, no la estoy aprobando, o siquiera mostrando mi acuerdo con sus premisas. Existen diferencias entre el Enfoque del Diamante y otras tradiciones, aunque también existen muchas semejanzas en su perspectiva. Simplemente estoy utilizando el ejemplo de otras tradiciones con el fin de facilitar la comprensión de las cosas que son difíciles de explicar mediante palabras.

creación o concepto, de la realidad reducida a su mínima expresión. Si definimos la verdad definitiva como el estado real que se experimenta si no hay manipulación o conceptualización de nuestra experiencia, lo reconocemos como el estado de total plenitud, puesto que en él no hay dualidad presente. El estado de total plenitud lo abarca todo, existiendo lo manifestado y lo no manifestado en la no-dualidad. Todo está presente, incluyendo el Absoluto, que se contempla como naturaleza interior.

En cualquier caso, la percepción de la unidad de toda existencia -Santa Verdad- es la misma. Se trata de la percepción de que no hay divisiones y no existe dualidad entre las cosas, de que todo es un Ser, una existencia. Se trata de la realidad más allá de la realidad egóica, verdadera existencia independiente de la mente personal. Lo incluye todo sin separación alguna, y no importa la llamemos Dios, la Mente Una, el estado de Buda, el Tao, o el Ser Divino.

La comprensión más importante de la Santa Verdad es la de que la realidad física y la existencia verdadera no están separadas. La realidad física está hecha de objetos que pueden ser discriminados. Si percibimos el mundo exclusivamente a través de los sentidos físicos, sólo percibimos objetos diferenciados, como personas, árboles, animales, rocas, nubes, océanos, tierra. Si sólo experimentamos este nivel, que constituye la base de la perspectiva egóica, el universo que vemos es dualístico. Pero si nuestra percepción no se ve nublada por nuestras creencias, nuestra percepción interior se desbloquea, y el universo adopta un aspecto distinto. Si nuestras capacidades perceptivas son claras, nos damos cuenta de que existen otras dimensiones además de la realidad física, como el amor, el Ser y la consciencia. En este nivel de percepción comprobamos que sólo hay una existencia, un medio homogéneo. Dicho medio abarca la realidad física, que constituye una realización particular de éste. Los objetos se contemplan como objetos, pero no son diferenciados; son más parecidos a olas en la superficie del océano, carentes de existencia sin el conjunto del océano. Por lo tanto existe diferenciación, pero no divisiones definitivas.

Realidad física y no-dualidad

Sorprendentemente, esta percepción de la unidad hace que la realidad física en sí misma parezca más concreta, en lugar de menos. Parece más tridimensional, produciendo una mayor sensación de profundidad. Por regla general, cuando experimentamos el estado de Unidad, la realidad física se contempla como la superficie, con las dimensiones ilimitadas como fondo, en las profundidades. Pero cuando las dimensiones ilimitadas se perciben impregnando lo físico, aumenta la tridimensionalidad. Todo se recorta, parece más real, más presente y, en cierto sentido, más sí mismo.

En la experiencia de la no-dualidad, no se trata de que la realidad física sea un sueño que emana de ella; dicha percepción seguiría siendo dualista. Cuando vemos a través de la dualidad, la realidad física se ve impregnada por la dimensión esencial, y las dos se convierten en una. Lo que proporciona a lo físico más realidad, más substancia, más existencia, más significado, más profundidad y mayor dimensionalidad. Cuando miramos a la gente, ésta parece más substancial, e incluso sus cuerpos parecen, en cierto modo, más físicos. Cada persona y objeto posee una concreción y una definición que los hace aparecer como más nítidos, más presentes y más completos, puesto que nuestra experiencia de ellos incluye la profundidad de la verdadera existencia. Cuando todo se percibe como el Absoluto, cada átomo, cada forma, posee su profundidad. El Absoluto no sólo subyace a todas las cosas, sino que penetra toda manifestación. Según sea la dimensión que estemos experimentando, todo lo que percibimos adquiere la profundidad y belleza de dicha dimensión.

La realidad en sí misma se contempla como la belleza y la gracia de dicha dimensión. Por lo tanto, la totalidad del universo es el Absoluto o lo Supremo, por ejemplo, que se manifiesta como belleza. Nuestro cuerpo, nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, por consiguiente, no están separados de la verdad, sino que son una parte y parcela de ella. Son la verdad en sí misma. Y la verdad está en cada átomo, en cada pensamiento, en cada sensación; por todas partes. Por consiguiente, no es nuestra naturaleza interna; no es *nada más* que la verdad.

En la no-dualidad, la unificación es completa. Es algo distinto a nuestras experiencias iniciales de la realidad esencial en la que estamos nosotros y nuestro cuerpo, y tenemos la sensación de que la esencia está en nuestro interior. Para comprender la diferencia, supongamos que el estado de Esencia que estamos experimentando es la *Perla*, la *Esencia Personal*. En este caso, tenemos la sensación de que una perla llena nuestro estómago o todo nuestro cuerpo. Ahora, imaginémonos que en lugar de que esta perla llene nuestro estómago o nuestro cuerpo, cada uno de nuestros átomos está hecho de esta perla. La sensación de cada átomo como perla sigue siendo física, pero se experimenta como la plenitud de la existencia en forma de perla. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de unidad. Lo físico y lo esencial se convierten en uno. No se trata de que lo físico sea llenado por lo esencial, sino más bien que lo físico es lo esencial. Del mismo modo que nuestros músculos están compuestos de átomos, la totalidad de nuestro cuerpo esta compuesta de Ser.

Cuando esta sensación de unificación es completa y no hay dualidad en nuestra experiencia, la realidad física en sí misma se experimenta como la realidad definitiva. Entonces, el conjunto de la realidad física, incluyendo todos sus objetos y todas sus manifestaciones, se considera como la realidad bella, substancial y fundamental. No está separada de ella, no surge de ella, no está llena de ella: es ella. La gracia no es algo que le suceda a la realidad física; la realidad física, en sí misma, es la gracia, es la belleza, es Dios. Esto es lo que los budistas denominan Gran Sello, el *Mahamudra*, en el que todo lo que sentimos y vemos se unifica con la verdadera naturaleza. Se trata de la unidad de las apariencias y del vacío. Este es un modo de comprender lo que quiero decir por unidad sin dualidad. No existe separación alguna, división alguna, ni distancia entre la superficie y las profundidades; en realidad no hay superficie ni profundidades. No hay dentro ni fuera. Son lo mismo. La unidad es la interpenetración completa, la mezcla completa de lo interior y lo exterior. Se convierte todo en una cualidad, todo es lo mismo.

El experimentar esta unidad nos muestra que la vida es bella. Antes de esto, cuando tenemos la experiencia de pasar del estado de lo físico o de la personalidad al estado de lo esencial o de las dimensiones ilimitadas, se produce la sensación de que la vida es un problema. La mejor opción parece ser abandonar la vida, y podemos llegar a anhelar desaparecer o morir. Desde la perspectiva de la unidad, no existe algo como morir, o renacer. No existe algo como la muerte del ego, ni tampoco nada como la iluminación, puesto que ya somos la unidad. Esta es la situación, siempre y en todo lugar, antes de desarrollar un ego, cuando se disuelve, y después de que se disuelva. Todas estas partes son la unidad misma, y por lo tanto no vamos a ninguna parte.

Esta es la causa de que Longchenpa indicara, en el poema citado anteriormente, que no hay vía que seguir, ningún estado que alcanzar, ni técnica a utilizar. Todo lo que necesitamos es reconocer que el estado de total plenitud es el estado de que todo está bien en este momento. Si no interferimos con las cosas ni las manipulamos, y las dejamos estar tal cual, experimentaremos este estado de unidad, que en ocasiones se conoce como *estado natural* puesto que deja que las cosas sean como naturalmente son. Esto es la realidad, esto es la iluminación, esto es Dios. No tenemos que cambiar nada o estar en otro lugar diferente a donde estamos. Incluso si estamos experimentando sufrimiento, este sufrimiento en sí mismo es la realidad, y no tenemos que hacer absolutamente nada al respecto.

Esta comprensión explica porqué la realidad se denomina también Santa Perfección, la Idea Santa del eneatipo Uno. La Santa Perfección significa que todo es perfecto en todo momento, porque nunca hay nada o ninguna experiencia que no sea la realidad de la Santa Verdad. Incluso cuando tenemos la experiencia de estar separados de la realidad, esto sigue siendo la realidad. Por lo tanto, desde esta perspectiva, una persona no tiene que hacer nada: no hay necesidad de practicar, ni de comprendernos a nosotros mismos, no tenemos necesidad de trabajar con nosotros, puesto que todo, incluidos nosotros mismos, estamos ya en un estado de unidad.

Es desde esta perspectiva que algunas enseñanzas, incluyendo las enseñanzas budistas de Maha Ati, dicen que no es necesario practicar: no tenemos que meditar, sentarnos en postura alguna, o visualizar ninguna deidad. La única práctica es relajarse, puesto que ya estás ahí y no hay que hacer nada. Por lo tanto, en dicha tradición, cuando nos percatamos de cualquier

manifestación egóica, simplemente nos relajamos. Si estamos más avanzados, ni siquiera necesitamos relajarnos, puesto que ya estamos en el estado de unidad, por lo que relajarse o no relajarse es indiferente.

Se trata del fundamento de la práctica del Dzogchen, que enseña la secta Nyingmapa de budismo tibetano. Se trata de una tradición que trabaja únicamente en lo no-dual, y se dice que es para personas que poseen una capacidad superior. La idea es que el estado de unidad, el estado natural, no es algo que deba alcanzarse; es el estado que existe en todo momento. Si creemos que hay algo que alcanzar, estamos creando una dualidad, puesto que implícitamente estamos diciendo que existe un estado natural y un estado no natural. Desde la perspectiva del Dzogchen, el estado natural es siempre el estado que está sucediendo; simplemente, no siempre lo reconocemos como tal. Incluso cuando no somos conscientes de él, estamos en él. La única diferencia es que cuando hay reconocimiento, de repente vemos la profundidad, la concreción, la realidad, la belleza, la armonía y la gracia de cómo las cosas realmente son. Vemos que las cosas son ya perfectas, y esta es la causa de que Gran Perfección sea otro nombre para la plenitud total.

La perfección de la realidad incluye incluso lo que denominamos imperfección desde la perspectiva egóica. La realidad es una perfección que no puede volverse imperfecta. En el lenguaje del Eneagrama, se trata de la Idea de la Santa Perfección. En el momento en que vemos que no existe nada excepto Dios, reconocemos que todo es perfecto en todo momento y en todos los puntos del espacio. Si Dios es todo lo que existe ¿cómo puede haber imperfección? Cuando nos desagradan algunas manifestaciones y queremos que las cosas sean distintas, ello significa que no nos hemos rendido a la Santa Voluntad. Tenemos nuestros propios prejuicios e ideas de cómo deberían ser las cosas, y estas pueden formar la base de nuestra propia religión personal.

La Idea de la Santa Verdad es la de que nada está excluido. No se excluye al ego, no se excluye al pensamiento, no se excluye la resistencia, no se excluye la neurosis y tampoco se excluye el ámbito físico. Lo que se debe a que sólo existe el Uno, por lo que no hay otro. Evidentemente, donde hay uno y no hay otro, "uno" no se utiliza en el sentido matemático. Pitágoras enseñaba que los números empezaban con el tres: Uno es Dios, dos es el Logos, y tres es el principio de la creación. Puesto que la realidad es uno y no hay otro ¿cómo podría existir dualidad? Por consiguiente, cada vez que experimentemos una nueva dimensión del Ser, nos damos cuenta de que es parte del Uno, que incluye a todos los números, por lo que el dos, que es fruto de la nueva dimensión, se incluye. Es difícil de conceptualizar, puesto que este Uno constituye una existencia infinita. Al no tener límites y abarcar el espacio infinito, no podemos concebirlo como el uno matemático. Cuando marcamos un área de espacio físico y a continuación otra ¿podemos afirmar que hay más de un espacio? Ambos son subconjuntos de, y están incluidos en, el espacio que todo lo abarca.

El estado de unidad, el experimentar que todo forma uno, aparece en todas las dimensiones ilimitadas. La sensación de éste se hace cada vez más honda, hasta que experimentamos que todas las dimensiones están unificadas. Se trata de un logro progresivo y no se produce de golpe. Podemos, por ejemplo, experimentar la unidad de las dimensiones del Vivo Amanecer y de lo Supremo, en cuyo caso la experiencia de la unidad tendrá la transparencia y claridad de lo Supremo, así como el tono amarillento y blanquecino, junto a la sensación de delicado amor y gracia, del Vivo Amanecer. O bien la sensación de unidad se puede experimentar entre las dimensiones de lo Innominado (No-conceptual) y de lo Supremo. Pero la experiencia de la total unidad es un logro mucho más difícil.

Por regla general, la mayoría de las personas experimentan inicialmente la unidad mientras experimentan una de las dimensiones sin forma en sí mismas. Por consiguiente, si experimentamos el estado de unidad sólo al nivel de Vivo Amanecer, se producirá la sensación de que todo es amor; si lo experimentamos al nivel de lo Supremo, tendremos la sensación de que todo es puro Ser, pura presencia. Insistamos en que no se trata de la experiencia de que todo está hecho de amor o Ser, que constituye la experiencia de dichas dimensiones impregnadas todavía por la dualidad; sino de que todo el universo es Vivo Amanecer o es lo Supremo. Es el estado de unificación.

En cualquier caso, el nivel en el que experimentamos la unidad no es importante para la Idea de la Santa Verdad. Lo más importante acerca del estado de unificación es que no hay dos. La consciencia egóica se basa, por su naturaleza, en la división. Si no hay dualidad en nuestra percepción, el ego es no-existente. El estudio de las Ideas Santas no es el estudio de los bloques constituyentes del ego; estos se clarifican cuando exploramos los aspectos esenciales y las dimensiones sin forma. Ahora, estamos estudiando los principios que sostienen juntos a los bloques constituyentes del ego.

Dualidad

Por consiguiente, en este estudio del Eneagrama de las Ideas Santas, el primer principio con el que nos encontramos y que mantiene unido al ego es la creencia en la dualidad. Se trata de uno de los principios más profundos y sutiles, sin los que el ego no podría existir y funcionar del modo en que lo hace. Nace a resultas de la pérdida de percepción de la Santa Verdad. Cuando se pierde una percepción directa sobre la realidad, que es equivalente a decir cuando perdemos en nuestra experiencia una de las Ideas Santas, lo que surge no es un estado particular, sino por el contrario una idea distorsionada, errónea y equivocada sobre la realidad, que denominamos *ilusión*. Dicho de otra forma, la pérdida de cada Idea Santa conduce a una *ilusión específica* asociada con este punto en el Eneagrama. Por lo que una de las propiedades fundamentales de la realidad, tal como la describe la Santa Verdad, es la no-dualidad. Cuando no percibimos la unicidad de la realidad, surge la ilusión de la dualidad. Dicha ilusión es la percepción de que las diferencias y separaciones que existen entre las cosas son definitivas y que se trata del verdadero estado de las cosas.

A causa del modo en que funciona la mente, la pérdida de una Idea conduce a una idea ilusoria sobre la realidad. No podemos carecer de un principio de realidad, puesto que la mente no puede funcionar sin uno. Por consiguiente, si no existe una percepción de la unidad fundamental de toda la existencia, se produce la percepción de la dualidad. Si existe dualidad, hay pérdida de unidad. La pérdida de unidad es la perdida de la condición del estado natural de total plenitud. Básicamente, es la pérdida de la Consciencia de Dios.

La creencia en la dualidad permanecerá mientras no haya comprensión de la Santa Verdad. El ego por su propia naturaleza supone la dualidad: la creencia de que quien soy es en última instancia algo separado y diferenciado, y la de que el resto de las manifestaciones también están separadas y son diferenciadas. El resultado se refleja en divisiones en nuestras mentes entre la verdad definitiva y el mundo, el espíritu y la materia, la Verdad Absoluta y la verdad relativa, Dios y el universo, Dios y yo mismo, tu y yo, ego y Esencia. Esta creencia en la división como algo definitivo constituye una convicción tan enraizada en el alma que es una de las últimas cosas que siquiera nos pasa por la cabeza considerar, y menos aún darnos cuenta de ello.

Incluso tras viajar durante mucho tiempo por la vía espiritual, no podemos concebir que constituya una suposición sobre la realidad en lugar de la realidad. Pensamos: "Este es el modo en que es la realidad, todo el mundo lo sabe. Mis padres lo creen, mis maestros lo creen, los científicos escriben libros sobre cómo las cosas, en última instancia, son divisibles, y todo parece funcionar según dicho conocimiento." Esta convicción está tan consolidada que se ha convertido en un principio organizador para las mismas partículas de nuestra alma. A semejanza de cómo un imán ordena partículas de metal, dicha convicción ordena nuestras almas para que ni siquiera podamos imaginar que las cosas puedan ser de otro modo. Siempre estamos, metafóricamente hablando, señalando al norte, y por esto pensamos que es realmente así. Soltar el imán significaría darnos cuenta de que dicha orientación no es la realidad, y de que las cosas son en verdad más fluidas de lo que creemos.

La sensación de dualidad, por lo tanto, nace a causa de la pérdida de la Santa Verdad; y la Santa Verdad, como hemos comentado antes, posee las cualidades de bondad, de visión positiva y de ser amados. En la Santa Verdad, la multiplicidad es unidad a todos los niveles, y todas las cosas y cada uno de nosotros es santo. La palabra *santo* no se utiliza en el lenguaje del Eneagrama en el habitual sentido dualista: lo opuesto a malo, lo mundano o lo humano. Santo significa objetivo, el modo en que son realmente las cosas más allá de la nube de la experiencia egóica. Por lo tanto, en este caso, *santo* significa verdad objetiva. Cuando

experimentamos el estado de Verdad Santa, todo se vacía y se llena con una sensación de maravilla, belleza y gracia. Se produce una sensación de santidad de la experiencia, y quienes viven en dicho estado en las tradiciones espirituales son llamados "santos".

Pecado Original

Por consiguiente, la experiencia de dualidad está impregnada por la pérdida de dicha santidad, belleza y armonía, y por lo tanto, posee un matiz negativo. Dicha pérdida se experimentará como la sensación de que hay algo fundamentalmente equivocado. La sensación más cercana a ésta es la de "pecado original." Sabemos que ha sucedido algo terrible, pero no sabemos exactamente de que se trata; no sabemos que es la pérdida de nuestro estado natural. El término Dzogchen en tibetano significa literalmente el estado natural del individuo humano, la condición en que todo es totalmente tal como debería ser, y esto es lo que hemos perdido. Lo que desemboca en un estado muy profundo de algo que llamamos "pecado." Se experimenta como una desconexión, una pérdida, una caída desde la gracia; dejamos de vivir en la Santa Verdad.

Sentimos que lo más verdadero y precioso se ha perdido y ha sido destruido, y que hay que culpar a alguien o a algo. Mediante el filtro de la ilusión de la dualidad, una cosa se percibe como opuesta a otra, y una parte es culpable. Se ha perdido la verdad perfecta y amorosa y alguien ha cometido un crimen o un pecado, y debe ser hallado y castigado. Se trata de la posición del eneatipo Ocho, que ha sido denominado Ego Venganza. En última instancia nos culpamos a nosotros mismos por ya no ser divinos, y posteriormente dicha culpa se proyecta en los demás con el fin de protegernos del odio a nosotros mismos que se produciría.

Cuando los niños experimentan que algo anda mal, tienden a culparse a sí mismos. Independientemente de cual sea la falta, la cualidad de sentimiento de culpa del ego lleva al niño a hacerse responsable. Incluso cuando los niños sufren abusos sexuales o físicos, siempre creen que es culpa de ellos. Desde la perspectiva del Eneagrama de las Ideas Santas, la profundidad del sentimiento de culpa no depende de lo que realmente suceda, sino de la ausencia de la percepción de la Santa Verdad. Por consiguiente, universalmente los niños se culpan a sí mismos por la pérdida de su sensación de ser divinos, por su caída del estado de gracia. El resultado es una angustia profunda y un sentimiento de culpa que se convierte en la fuente primaria sobre la que se acumulan posteriores culpas.

En el instante en que situamos la culpa en nosotros mismos o en los demás, no sólo estamos experimentando la pérdida de la preciosidad del estado de unidad, sino que también estamos reafirmando el sentido de dualidad; de que hay yo y otro. La culpa, por tanto, ya sea de uno mismo o de otro, indica que el ego está funcionando ya en el seno de la ilusión de la dualidad. Si estamos en contacto con la unidad inherente de toda existencia, si todo es uno, la culpa sencillamente carece de sentido.

Autoculpa

En última instancia, toda autoculpa se resume en culparse a uno mismo por no estar iluminado. Universalmente existe en toda estructura del ego un núcleo en el que uno se siente culpable por no ser un Ser realizado. La culpa, como hemos visto, tiene que ver con el hecho de que (en términos cristianos) nos han expulsado del paraíso; pero no culpamos a Dios por ello; nos culpamos a nosotros mismos. Más avanzamos en la comprensión del sentimiento de culpa, más nos damos cuenta de que nos sentimos culpables por no ser reales. Lo que es particularmente importante cuando realizamos el aspecto esencial del *Punto*, la *Identidad Esencial* (véase *The Point of Existence*, Almaas 1996). Nos damos cuenta de que hemos cargado con un profundo sentimiento de culpa por haber perdido el contacto con nuestra verdadera naturaleza. Nace una sensación de gran traición, no sólo porque nuestros padres no ven nuestra naturaleza real, sino porque hemos dejado de verla. Hemos abandonado lo que es real en nosotros; nos hemos abandonado a nosotros mismos. Cada eneatipo experimentará dicha culpa de un modo ligeramente distinto, tal como se filtra a través de las lentes de la

ilusión específica de cada uno de nosotros, pero dicha culpa y autoculpa por la pérdida de contacto con el Ser es universal a toda experiencia egóica.

La Biblia nos dice que Adán y Eva fueron expulsados del Jardín del Paraíso por comer la fruta prohibida. Desde esta perspectiva, podemos ver que el fruto es la experiencia de la dualidad, el primer alejamiento del estado de unidad, la primera división. Por lo tanto al no estar en un estado de total plenitud, nos sentimos mal y nos sentimos culpables, y tenemos una actitud de castigarnos y odiarnos a nosotros mismos. Algo que se proyecta y que intentamos remediar vengándonos. Se trata de la constelación o complejo que resulta de la pérdida de la Santa Verdad.

La venganza constituye realmente el intento del ego de recuperar el estado original de unidad. Se trata de un modo de desembarazarnos de la culpa y del dolor mediante una tortuosa línea de razonamiento parecida a la siguiente: alguien nos hace daño y el dolor implica la perdida del sentido de unidad. Contraatacamos dañándola del mismo modo, con la creencia que hacerlo nos permitirá eludir nuestro propio dolor y restaurar el sentido de unidad. Esta es la razón que se oculta tras la frase bíblica: "Ojo por ojo, diente por diente."

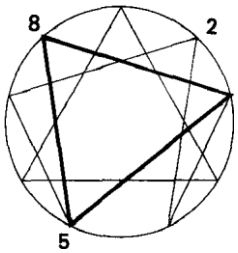
Las nueve ilusiones que surgen de la pérdida de las nueve Ideas Santas son las semillas alrededor de las que el núcleo de los nueve eneatipos se desarrolla, y aunque cada una es más dominante para las estructuras del ego de dicho tipo, las nueve están presentes en todas las estructuras del ego. Las ilusiones, por consiguiente, forman los nueve principios inherentes a todas las estructuras del ego y a las vidas conformadas por éste. Hemos comprobado cómo la pérdida de la Santa Verdad conduce a la ilusión de la dualidad, y cómo a partir de esta pérdida de verdadera realidad -este estado de "caída"- se da nacimiento al doloroso sentido de maldad, culpa y pecado original. La auto-culpa sigue al hecho de no ser divino, que se convierte en autocastigo y en el intento de venganza. Esta constelación forma el núcleo, la constelación psicológica principal relacionada con este punto del Eneagrama, a partir del cual se desarrolla el conjunto del eneatipo.

Las Ideas Santas constituyen distintas formas de percepción del alma en un estado totalmente abierto y transparente, o sea, el alma en contacto con el Vivo Amanecer. La pérdida de este estado de apertura y de totalidad -ya sea el resultado de la identificación egóica normal con un sentido del sí mismo separado o de la contracción que nos aleja del contacto con la experiencia implicada en el hecho de reaccionar a una sensación de la pérdida de apoyo- da inevitablemente como resultado la pérdida de la sensación de unidad, conexión, perfección, amor, fluir, etc.

La *constelación nuclear* es realmente un proceso unificado que posee tres facetas: 1) Como vimos en la Primera Parte, la pérdida de una Idea constituye el mismo proceso que la pérdida de la sensación de apoyo en el entorno y la pérdida de la confianza básica. Por consiguiente, la pérdida de la Santa Verdad conduce a la *ilusión específica* de la dualidad. 2) La pérdida de adecuación del entorno de apoyo desemboca en un estado egóico doloroso que denominamos la *dificultad específica*. En este caso, la pérdida de apoyo, filtrada a través de la ilusión de dualidad, desemboca en la *dificultad específica* de una sensación de maldad, culpa y pecaminosidad fundamental. 3) La pérdida de confianza básica, filtrada por la ilusión, desemboca en lo que llamamos la *reacción específica* de cada punto, y del mismo modo que la pérdida de la sensación de apoyo resulta en la pérdida de confianza básica, la *reacción específica* es un intento de manejar la *dificultad específica*. En este caso, es la reacción de autoculpa que, como hemos visto, se basa en la sensación de dualidad y oposición, y que en última instancia florece en un intento de venganza que es característico del enea-tipo Ocho.

La Santa Verdad lo incluye todo -hasta la culpa y la autoculpa. Lo abarca todo, sino no sería santa. La creencia en que algunas manifestaciones son santas y otras no, o de que algunas personas son elegidas por Dios y otras no, no constituye la Santa Verdad. La Santa Verdad elige a todas las personas: son su vida. Por ello se dice: "Lo buscado se convierte en el buscador." La Santa Verdad en sí misma se manifiesta en forma de buscador en pos de la Santa Verdad. Por lo tanto, el viaje es un asunto del buscador encontrando lo que buscaba. Cuando sabemos esto, nos damos cuenta de que no hay necesidad de buscar.

CAPÍTULO DOCE



Punto Cinco: SANTA OMNISCIENCIA, SANTA TRANSPARENCIA

> La consciencia de que debido a que cada individuo esta íntimamente conectado con todo el cosmos mediante el funcionamiento de las leyes objetivas en el seno de sus cuerpos, de que no existe separación o alienación excepto en forma de alucinación mental. Puesto que las leyes cósmicas gobiernan todos los aspectos de nosotros mismos, no hay posibilidad de esconderse del Cosmos, o de eludir los resultados de los procesos naturales. Cuando lo comprendemos, estamos totalmente en paz con nuestro pasado.
>
> -Ichazo, 1972

En el anterior capítulo sobre la Santa Verdad, hemos explorado una de las tres Ideas Santas que clarifican la naturaleza fundamental del universo cuando lo vemos de forma objetiva, o sea, sin filtros subjetivos. Hemos visto que el cosmos constituye un universo vivo en el que todos los niveles y dimensiones forman una unidad, y que esta unidad viva es la verdad definitiva de la existencia. El modo en que esta visión universal de la realidad se refleja en la experiencia humana se describe mediante la siguiente Idea Santa que analizaremos, la Santa Omnisciencia, que en ocasiones se denomina también Santa Transparencia.

Nuestra comprensión de esta Idea Santa se expande en la citada definición de Ichazo. La Santa Omnisciencia es la Mente Universal, que constituye la multiplicidad de la existencia en el seno de la unidad descrita por la Santa Verdad. La Mente Universal incluye todo lo que existe en sus distintas manifestaciones, con todos sus colores, la riqueza y la continua transformación de la realidad. Puede denominarse también Conocimiento de Dios, puesto que lo que Dios "conoce" es el conjunto del universo en toda su multiplicidad. Podemos decir que la Santa Omnisciencia es la misma percepción de la Santa Verdad, con diferente énfasis. En la Santa Verdad, el énfasis está en la unidad del universo; todo posee el "mismo sabor," como dicen los budistas tibetanos. En la Santa Omnisciencia, el acento se pone en la diferenciación y la discriminación *en el seno* de la unidad. En este caso el acento se pone en las distintas partes, en toda la variedad y multiplicidad, que en su conjunto comprenden el todo unitivo. Percibir la realidad a través de la faceta de la Santa Omnisciencia es como mirar una alfombra persa, pero centrándonos en los distintos dibujos que contiene.

Unidad en la multiplicidad

Por consiguiente en la percepción de la Santa Omnisciencia el acento se pone en la *diferenciación* de la unidad de todo lo que existe, en los distintos aspectos y dimensiones de la existencia; pero dicha diversidad no niega el hecho de la unidad. Mientras que la Santa Verdad es lo mismo que ver nuestro cuerpo como una unidad, la Santa Omnisciencia es ver que nuestro cuerpo tiene brazos, piernas, rostro, órganos internos, etc; ninguno de los cuales está separado del todo. Dicha percepción es un tipo de experiencia distinta; es observar la misma realidad desde un ángulo distinto; considerar la totalidad de la realidad como una trama multicolor.

Podemos decir que la Santa Verdad es la experiencia de la unidad, mientras que la Santa Omnisciencia es la experiencia de la unicidad; la sensación de que todo está interconectado y de que no está separado, de que todo conforma la realidad única del universo vivo. En este

caso, vemos que todas las estrellas, los planetas, las montañas, los ríos, los animales y las personas forman parte de él, sin tener que aislarlas del contexto de la unidad, la Santa Verdad.

La diferencia entre estas dos experiencias de la naturaleza de la realidad se expresa en la tradición sufí mediante dos nombres distintos de Dios: *Abad*, la naturaleza interna, y *Wahid*, la naturaleza externa de la unidad de la existencia. La experiencia de la unidad inherente de la realidad es percibir su naturaleza interior, mientras que la experiencia de su multiplicidad es percibir su naturaleza exterior. En la misma tradición, la unidad se contempla como naturaleza de Dios, y la unicidad de las apariencias como el rostro de Dios. La Santa Omnisciencia se refiere a cómo aparecen las cosas, el "rostro" del universo, y es también lo que se quiere expresar con la *Mente Universal* (Véase capítulo 16, *Diamond Heart Book 4*, Almaas, 1997).

El otro nombre de esta Idea Santa, Santa Transparencia, se refiere a la unicidad contemplada desde el punto de vista del individuo. En lugar de observar la naturaleza de la realidad desde un punto de vista "aéreo", que correspondería al de la Santa Verdad, lo contemplamos desde un ventajoso punto de vista humano. Se trata de la comprensión de nuestro lugar como seres humanos dentro de la unidad de la existencia, y desde esta perspectiva, vemos que cada uno de nosotros constituye una parte inseparable del todo, cada una de las células del cuerpo cósmico, cada uno es parte del "cuerpo" de Dios, inseparable de la realidad objetiva. El ser humano, por consiguiente, es visto como una de las diferenciaciones de la Mente Universal.

En la experiencia de la Santa Transparencia, podemos ver que somos una parte inseparable del todo puesto que nuestros límites son transparentes. Vemos que somos un individuo y una persona, pero no estamos separados de la unidad de todo el universo. Somos tan inseparables del universo como lo son los ojos del rostro. Y, al igual que los ojos, vemos que no poseemos una existencia separada del resto del cuerpo del universo. Como seres humanos, sabemos que somos una parte inseparable de Dios, una particularización de la realidad objetiva, como si se tratara de una extensión de la Santa Verdad. Nos experimentamos a nosotros mismos como individuos, distintos de otras cosas, con una consciencia localizada en cierto lugar, pero también nos experimentamos a nosotros mismos en forma continua con todo lo demás.

Por consiguiente, la experiencia de transparencia es experimentarnos a nosotros mismos como parte de la totalidad, sostenidos por ella y no existiendo aparte de ella. Comprobamos que no podemos tener una existencia separada de la unidad, y que en cierto sentido la unidad tampoco existiría sin nosotros. No sólo nos experimentamos a nosotros mismos como algo inseparable de la unidad, sino que nos experimentamos a nosotros mismos *como* una extensión de la unidad. En la experiencia de la Santa Transparencia, somos un ser humano continuo con la unidad, así como una particularización, una individualización, una personalización de dicha unidad. Por consiguiente, en cierto sentido, nos estamos experimentando como hijos o hijas de Dios. En este caso, la experiencia es la de que no sólo provenimos de la unidad de Dios, sino que nunca lo dejamos. Cualquier sensación de que no formamos parte de la unidad de la realidad es una ilusión, una alucinación mental. El protoplasma del universo forma un continuo con nuestro protoplasma, poseemos una membrana celular a nuestro alrededor pero formamos parte de un protoplasma, una fuerza vital.

La percepción de la realidad expresada por la Santa Verdad y la Santa Omnisciencia en muchas tradiciones espirituales no se acentúa o siquiera articula. Puesto que en el Enfoque del Diamante nuestra vía implica transformar la vida ordinaria en una vida de descubrimiento espiritual, estas Ideas Santas son muy importantes. Nos ayudan a comprender cómo es posible ser un individuo único que al mismo tiempo es inseparable de la totalidad del universo, haciendo posible la realización de lo que denominamos la Esencia Personal, o la Perla (Véase *The Pearl Beyond Price*, Almaas, 1988, para una profunda exploración interior de la Esencia Personal.) Dicha realización constituye la encarnación personal completa del Ser, o el Ser manifestándose mediante la vida de un individuo. Es convertirse en un ser humano completo, que constituye un órgano mediante el que el universo puede experimentarse plenamente.

Ojos del universo

Debemos considerar el universo como un ser vivo que, mediante sus diferenciaciones y desarrollos, hace evolucionar formas de vida cada vez más sofisticadas que son capaces de niveles cada vez más globales y sutiles de experiencia. Cada forma es una manifestación de este ser, y de este modo, cada una le proporciona diferentes experiencias de sí mismo. Por consiguiente, cada forma de vida es un modo en que este ser vivo, el universo, se experimenta a sí mismo. Una ameba constituye un vehículo para cierta experiencia de sí mismo, como lo son un ave o un ser humano. Pero los seres humanos, al ser distintos de otras formas de vida, también proporcionan al universo un modo de reflejarse a sí mismo. Y un ser humano completo es un modo en que el universo se experimenta totalmente a sí mismo. Conocer la verdad de la Santa Omnisciencia es saber que somos los ojos del universo. Cuando lo comprendemos, sabemos que nuestro trabajo (como nos dirá la Idea Santa del eneatipo Siete, Santo Trabajo) es convertir a dicho ojo en totalmente trasparente y totalmente abierto para poder proporcionar al universo una experiencia de sí mismo en toda su dimensionalidad, en toda su variedad, con todos sus colores y sabores.

Cada una de las tradiciones espirituales tiene una historia distinta para explicar porqué estamos aquí. Algunas dicen que lo no manifestado manifiesta el universo por compasión, por amor, o incluso por juego. No proclamamos conocer el propósito de la vida humana. En realidad, admitimos la posibilidad de que no sea factible saber porqué estamos aquí. Todo lo que realmente sabemos es que lo no manifiesto manifiesta el universo; algo que sabemos por nuestra propia experiencia, que proporciona la percepción de los seres humanos en tanto como individuos y en tanto que órganos de experiencia del universo en su conjunto. Vivencialmente, el sentido es que el conjunto del universo constituye el fondo y somos como una ventana mediante la que éste ve.

Dicha percepción clarifica nuestra comprensión de lo que nos motiva para llevar a cabo el trabajo de transformación espiritual. Desde este punto de vista privilegiado, vemos que no se trata de liberarnos de nuestro sufrimiento, sino de convertirnos en una clara ventana para el universo. Ahora bien, convertirse en dicha ventana tiene como fruto liberarnos a nosotros mismos, pero si lo interpretamos de este modo, nos volvemos individuos centrados y aislados que estamos trabajando con el fin de volvernos libres. Luego todo el marco conceptual mediante el que sostenemos el Trabajo queda conformado por la perspectiva egóica y afianzada en esta posición subjetiva. Por lo tanto, nuestra consciencia sigue enraizada en el ego y no podemos liberarnos de ella. El despliegue espiritual significa percibir y experimentar objetivamente, y el principio objetivo que nos falta es el de la Santa Transparencia.

El hacer el Trabajo *uno mismo* bloquea nuestro despliegue. Hacer el Trabajo con el fin de ser una ventana cada vez más nítida para el universo es ser desinteresado; entonces hacemos el Trabajo desde la humildad, desde el amor, y desde el hecho de poner al sí mismo (nuestro ego) a un lado. En este caso nuestro despliegue se producirá más fácil y espontáneamente. No se trata de pensar que nosotros, como individuos separados, vayamos a ayudar a Dios de este modo; esto simplemente sería un modo sutil de expresar nuestra sensación de separación. Es un asunto de reconocer nuestra verdadera posición en relación a Dios, nuestra verdadera función como ser humano, nuestra verdadera conexión con el universo, que es ser una célula de su cuerpo. El reorientar nuestro enfoque al Trabajo no significa que debamos intentar controlar nuestra motivación (de cualquier modo algo imposible), o criticarnos cuando vemos que nos estamos centrando en nosotros mimos. Por el contrario, significa que cada vez que nos damos cuenta de que estamos funcionando con motivos egoístas intentemos identificar la barrera que interfiere con una visión objetiva de las cosas.

Existencia separada

Hemos visto que la Santa Omnisciencia o Santa Transparencia es la visión del ser humano que corresponde, o es fruto, de la visión de la realidad descrita por la Santa Verdad. Desde el privilegiado punto de la Santa Omnisciencia, vemos que como seres humanos somos manifestaciones inseparables de la Santa Verdad. Cuando este modo objetivo de experimentarnos a nosotros mismos y a la realidad se pierde, nace la ilusión específica

particular de este punto en el Eneagrama: el convencimiento de que somos una entidad separada, que existimos por cuenta propia, separados de los demás y del universo, separados de Dios, separados de todo.

Hemos visto que objetivamente no existe algo como un sí mismo separado; por lo tanto cuando nos experimentamos como algo separado, nos engañamos. La verdadera realidad es la de que no estamos separados, pero el convencimiento de lo contrario es tan fuerte que nos experimentamos constantemente como entes separados. La creencia determina totalmente nuestra experiencia. El sentido de ser como una fortaleza, con muros impenetrables rodeándonos, que nos separan de lo demás, constituye nuestra experiencia real.

En este caso la ilusión no es la de que seamos un individuo, sino la de ser un individuo *aislado*, con límites que nos separan de todo lo demás. Esta ilusión está en el corazón del eneatipo Cinco, y la llave exacta que puede abrirla es la Santa Omnisciencia y la Santa Transparencia. Si creemos que somos un individuo separado, nuestra visión está nublada por la subjetividad puesto que nos estamos manteniendo a nosotros mismos separados de Dios, lo que no es posible. Sólo hay una existencia, y es Dios, la Verdad Santa, la realidad objetiva, el cosmos viviente, el universo -llamémoslo como queramos- por lo que aferrarse al convencimiento de estar separado es equivalente a crear dos universos, el nuestro y el resto del cosmos. A partir de ahí, tenemos una relación con el resto del universo y por lo tanto creamos el constructo mental de esta fundamental relación de objeto. Por "relación de objeto," queremos decir la construcción en la mente de un concepto de uno mismo en relación al concepto de otro o del mundo. Desde la perspectiva de la Santa Verdad, comprobamos que no existen objetos diferenciados; desde la perspectiva de la Santa Omnisciencia vemos que no hay un sí mismo separado. Por consiguiente, mediante estas dos perspectivas podemos comprobar que ambos cabos de una relación de objeto -sí mismo y otro- dejan de experimentarse como reales.

Cuando vemos que este es el modo en que son las cosas, en este momento puede plantearse la cuestión de si existe algo parecido a la independencia. Existe algo como la independencia, la autonomía y la singularidad, pero no para un sí mismo separado. A medida que experimentemos con una mayor objetividad, comprobaremos que la verdadera independencia es ser independiente de la mente que nos separa del universo. La verdadera independencia, pues, es independizarse de la falsedad. Cuando creemos que ser independientes significa no depender de los demás o no necesitar esto u aquello, es la evidencia de que estamos viendo a través de las lentes subjetivas del ego. En realidad, todos somos dependientes unos de otros y del mundo que nos rodea. Todo el mundo afecta a todo el mundo puesto que nuestras vidas están entrelazadas. Pero en realidad, nuestra independencia es mucho más profunda. No sólo dependemos unos de otros, sino que somos realmente inseparables los unos de los otros, puesto que estamos hechos de la misma substancia.

Puesto que las decisiones que tomamos sobre como vivir nuestras vidas se basan en lo que creemos acerca de la naturaleza de la realidad, cuanto más objetiva sea nuestra comprensión, más acertadas serán nuestras decisiones. Del mismo modo, nuestra comprensión de la práctica espiritual esta determinada por el modo en que comprendemos que nuestros límites son porosos y que estamos en contacto directo con todas las cosas al mismo tiempo. Sin una comprensión experimental de la Santa Transparencia, trabajaremos con nosotros mismos como si fuéramos realmente individuos separados, lo que impedirá nuestro progreso. La verdad de nuestra interconexión es algo básico para la metodología del Enfoque del Diamante, pero no está restringido a nuestro trabajo; se trata de un principio reconocido en la mayoría de las tradiciones espirituales.

La pérdida de la Santa Omnisciencia, por consiguiente, es la pérdida de percepción de nuestra interconexión y lo que nace a partir de esta pérdida de convicción es el hecho de que somos entidades separadas. Esta convicción se basa en asumir que los límites de nuestros cuerpos definen los límites de nuestra consciencia, o alma. Se trata de uno de los principios más fundamentales del ego. El ego es en primera instancia un cuerpo-ego, en el sentido de que las auto-fronteras que se forman en nuestra consciencia durante la infancia se basan en la experiencia sensorial de nuestros cuerpos como distintos de otros objetos. (Para más detalles sobre este punto, véase Mahler, 1975, pág. 46). La ilusión consiste en utilizar estos límites del

cuerpo para definir y limitar nuestro sentido de quién y qué somos. A nivel físico, es cierto que cada uno de nosotros tiene límites físicos y que este cuerpo está separado de este otro cuerpo, pero a nivel de consciencia estos límites son porosos. Las fronteras de nuestros cuerpos no definen dónde acabamos nosotros y dónde comienzan otros, aunque si poseemos esta convicción lo sentiremos así. Cuando reconozcamos que dicha experiencia es un error o ilusión, veremos que los límites del ego, que hemos utilizado para definirnos a nosotros mismos, son simplemente constructos mentales. Nos damos cuenta de que nos hemos aferrado a una imagen de nuestros cuerpos con el fin de definirnos a nosotros mismos como entidades.

Aunque dichas fronteras del ego forman la base de nuestra sensación de separación, el hecho de creer que somos entidades separadas va más allá. El alma, cuando es estructurada por el ego, adopta la forma del cuerpo en nuestra consciencia, seamos o no conscientes de ello. Cuando no es estructurada por el ego, podemos experimentar el alma como si tuviera una forma plástica y gelatinosa, pero seguimos experimentándola como una entidad separada, algo que en realidad no es. Es más preciso hablar de *corriente del alma* o *flujo del alma* que llamarle un alma, puesto que esto le hace parecer una entidad separada. Es más semejante a una ola que se forma con el movimiento constante de las corrientes, inseparable del océano del que nace.

La ola forma parte del océano, pero se distingue del océano. Cuando somos una ola, es verdad que no somos todo el océano, pero tampoco estamos separados del océano. Sin el océano las olas no existirían. Podemos decir que un ego es alguien que cree que puede ser una ola sin un océano, ¡imaginaros el problema que tendríamos manteniendo esto! La sensación dominante sería la de que no hay apoyo. ¡Estaríamos siempre tratando de mantenernos a flote! Esta es exactamente nuestra situación sin la perspectiva de la Santa Omnisciencia.

Normalmente, no experimentamos la verdadera naturaleza de nuestras almas puesto que nos hemos definido en relación a los límites de nuestros cuerpos. Hemos considerado que estos límites definen nuestra identidad, creyendo que dichos límites físicos constituyen un aspecto fundamental e intrínseco de quienes somos cuando, de hecho, constituyen el aspecto más superficial de quienes somos. Dicha convicción de que la frontera del cuerpo nos define, en realidad solidifica la sensación de separación creando una capa o tensión de superficie en la piel. Cuando experimentamos realmente la frontera del cuerpo, lo hacemos como tensión en la periferia del cuerpo.

No es que los límites del cuerpo no existan; si este fuera el caso, no existiría diferenciación, ni color, ni acción. Existen, pero no como muros separadores; vistos desde la faceta de la Santa Omnisciencia, existen como contornos distintivos, que articulan muchos sabores, texturas y colores distintos, sin oscurecer la subyacente naturaleza de todo como Uno. Es como si pusiéramos distintos colores para teñir en un fluido; muchos colores van dando vueltas, pero sigue tratándose del mismo fluido. Un modo de expresarlo es decir que los límites definen una diferencia, pero no una separación. Por consiguiente, yo soy distinto de ti, pero no estoy separado de ti; las personas son distintas las unas de las otras, pero no están separadas las unas de las otras. La existencia de límites o fronteras, por lo tanto, no niega la unidad de fondo. Las fronteras son las características del concepto objetivo de formas noéticas; importantes a nivel de creación y existencia. Los límites y las formas que definen, podríamos decir que son características de los pensamientos de Dios. Por esto llamamos al universo una mente.

Para el ego, separación significa límites permeables, o aislamiento, pero la separación real es algo bastante distinto. La separación real significa particularización a partir de la unidad o, en el caso de los seres humanos, individuación. Significa reconocer que nuestra verdadera naturaleza no está determinada por las influencias externas. A un nivel profundamente inconsciente implica separarnos de nuestra madre, separarnos en el sentido de que lo que creemos ser no está determinado por ella. No significa aislarnos a nosotros mismos, sino por el contrario reconocer nuestra unicidad e individuación.

Esta montaña no es lo mismo que *aquella* montaña. Están separadas en el sentido de que cada una es única, pero están conectadas en el sentido en que ambas forman parte de la tierra. No hay una cosa como una montaña que exista por su cuenta. El ego quiere creer que existe una montaña separada de la tierra, puesto que no se siente conectado con la tierra. Poseer

verdadera separación significa que si somos una montaña, nos damos cuenta de que somos una montaña particular y no esta otra montaña que hay allá, y aunque poseemos cualidades únicas de las que carece la otra montaña, no estamos totalmente separados y aislados de ella.

Desde el punto de vista del ego, es difícil comprender que los límites sean ideas o conceptos. Esta visión profunda se produce cuando experimentamos el espacio a un nivel no conceptual. Se trata de una comprensión distinta a considerar que los conceptos son límites, lo que constituye una percepción más accesible. Desde la perspectiva de la Santa Omnisciencia, comprobamos que la compasión y la perseverancia, por ejemplo, son distintas cualidades del Ser, pero ambas son, sin embargo. Ser: una sola cosa. Podemos decir que son conceptos de Dios, pensamientos en la mente de Dios que parecen diferentes pero que surgen a partir de una sola fuente. Esta es la causa de que consideremos toda diferenciación que sea fruto del Absoluto como conceptos universales, pensamientos en la mente de Dios. (Para una discusión más amplia de los conceptos universales, o formas noéticas, véase *Diamond Heart Book 4*, Almaas, 1997.)

Sin diferenciación, no existiría experiencia, ni conocimiento, ni acción, ni vida, ni universo, únicamente el Absoluto no manifiesto. Esta es la causa de que la comprensión de los límites de la naturaleza sea significativa en términos de comprensión de la realidad. Alguien que experimenta sólo la Santa Verdad, sólo la unidad sin diferenciaciones -sin siquiera poseer los conceptos de experiencia, unidad o diferenciaciones- para todo propósito práctico deja de estar vivo. Dicha persona estaría en una especie de coma, un *coma divino*. Cuando alcanzamos la verdadera esencia de la verdad, esta realidad definitiva está en coma en el sentido de que no se conoce a sí misma. Es inconsciente puesto que carece de límites y distinciones. La diferenciación ha desaparecido totalmente, por lo que deja de haber diferencias. Por consiguiente, no hay nada que ver, nada que experimentar. Es lo que lo hace el Absoluto no manifiesto.

Si nos experimentamos a nosotros mismos exclusivamente como el Absoluto sin conceptos, no podemos funcionar en el mundo. Si estamos en meditación profunda, podemos hundirnos en ella, pero no podemos ir por ahí de este modo puesto que no seríamos capaces de discriminar, por ejemplo, un camión que se cruzara en nuestro camino. Un camión no es nada más que contornos y límites distintivos: ¡la Mente Universal dirigiéndose hacia nosotros con una cierta densidad y a cierta velocidad! Por consiguiente es importante percibir la Verdad Santa puesto que constituye la naturaleza definitiva de la realidad, pero es importante también conocer la Santa Omnisciencia, puesto que sin ella, no habría vida, ni nadie para conocer la Santa Verdad.

Morar en la Santa Omnisciencia es una condición muy bella en la que retenemos nuestra humanidad sin perder nuestra divinidad. La totalidad del universo vivo está presente en forma de apoyo, suelo y naturaleza interior, pero seguimos siendo una persona, funcionando y viviendo la vida de un ser humano. No hay sensación de separación, por lo que no es como si nosotros, como seres humanos, y la unidad fuéramos dos cosas que se ponen juntas. Es más parecido a una clase de *unidad dual*[*]. En el sentido de que no estamos coexistiendo con la unidad, pero formamos parte de ella, somos una extensión de ella, sin perder nuestra sensación de ser un ser humano. Se produce una sensación de amar y disfrutar del vivo universo y de la unidad, y al amarlo, nos estamos amando a nosotros mismos, puesto que somos una parte inseparable de él.

Aislamiento y retraimiento

Como hemos visto, cuando esta sensación de omnisciencia y transparencia está ausente, se produce una percepción distorsionada, la ilusión de ser una entidad separada. Esta ilusión de

---

* La unidad dual es un término psicológico que se utiliza para describir el estado que creemos experimenta un niño durante la fase simbiótica de su desarrollo (desde aproximadamente los dos meses hasta el sexto mes). Da la impresión de que se produzca la sensación de que madre e hijo formen parte de un sistema cerrado; dos entidades que forman parte la una de la otra y compartan una frontera común, del mismo modo que nuestra cabeza esta relacionada con nuestra pierna. "Desde el segundo mes en adelante, una tenue consciencia del objeto que satisface las necesidades señala el inicio de la fase de simbiosis normal, en la que el niño se comporta y funciona como si él y su madre fueran un sistema omnipotente: una unidad dual con una frontera común." (Mahler, 1975, pág. 44).

separación es la semilla del eneatipo y da pie a su núcleo vivencial. Para los de este eneatipo, la *dificultad específica* que resulta de la pérdida de la sensación de apoyo es experimentarse a uno mismo como pequeño, aislado, separado, vacío y empobrecido; se trata de un estado de aislamiento deficiente. Esta sensación de sentirse aislado, solo y abandonado, a causa de la pérdida de apoyo es fruto de la creencia en la separación, la *ilusión específica* del eneatipo Cinco.

La *reacción específica* en respuesta a esta dolorosa sensación de aislamiento deficiente es retirarse, en un intento por ocultarse de la realidad. Si nos sentimos pequeños, deficientes y aislados, ello significa que nos sentimos inadecuados para manejar la realidad, por lo que la reacción de este eneatipo es intentar eludir enfrentarse con la realidad, ocultarse de ella, intentar separarse, alejarse, escapar de ella, cortar el contacto; fundamentalmente no estar en contacto con cualquier cosa que realmente se presente. Dicha reacción vuelve a implicar la ilusión de separación, puesto que tenemos que creer que somos un individuo separado para creernos que podemos ocultarnos o alejarnos de la realidad. De lo que más deseamos alejarnos es del estado de deficiencia en sí mismo. Cuando nos alejamos y no nos permitimos experimentarlo, este comportamiento se generaliza y acabamos eludiendo todas las cosas en un intento por escapar a la visión o la experiencia de cualquier dificultad, dolor o daño. Esta reacción, en el complejo de personalidad del eneatipo Cinco, va en aumento, con su característico alejamiento y muerte emocional, así como la disociación de la mente del cuerpo. Por consiguiente el núcleo de este eneatipo lo constituye un estado de pobreza junto a la defensa esquizoide de retirada y alejamiento.

Esta constelación es uno de los principios del ego, parte de su estructura interna y de su lógica; no tenemos que ser un eneatipo Cinco para experimentarlo. Tal como hemos dicho todos poseemos el conjunto de los eneatipos en nuestro seno puesto que constituyen las nueve manifestaciones diferenciadas del ego, aunque uno de los tipos estará más acentuado en cada uno de nosotros.

Tal como hemos analizado en la Primera Parte, la cualidad del Vivo Amanecer funciona como un disolvente, deshaciendo todas las fronteras. Por dicha razón, en nuestro trabajo, constituye la energía específica requerida para trabajar con las Ideas Santas. El aspecto del espacio borra las fronteras, mientras que el Vivo Amanecer las disuelve en él. En presencia del Vivo Amanecer, las fronteras pierden su opacidad, su rigidez, su cualidad divisoria, y se convierten en meros contornos. La sensación de separación se disuelve mediante el amor, y todos, así como cada cosa se ven como amor, una manifestación de un océano de amor. Cuando tenemos dicha experiencia, comprendemos lo que significa la Santa Omnisciencia.

Entonces podemos comprender también objetivamente lo que significa ser un ser humano: se trata de ser una extensión de la verdad objetiva. Reconocemos que, como seres humanos, constituimos órganos de percepción para el universo, y que dicha Idea Santa explica el lugar de los humanos en relación al universo viviente. Por medio de nosotros, el universo se experimenta o conoce plenamente a sí mismo, no sólo física, emocional o mentalmente, sino también en todas las dimensiones espirituales.

El tema de la extensión

Reconocernos el modo en que un órgano de percepción y una extensión del universo vivo aportan en ocasiones un tema concreto -más pronunciado en unas personas que en otras- que se relaciona con sensaciones sobre ser una extensión de algo. Experimentarnos como ser una extensión del universo puede no resultar atractivo para nuestro ego, en particular si por regla general tenemos la necesidad de ser el centro de atención. Nuestra reacción puede ser algo similar a: "¡Un minuto! No soy una extensión de *nadie*. Soy yo mismo, existo como yo mismo, o sea que ¡no me hables de estas tonterías acerca de ser una extensión! Simplemente el que hablemos de Dios no cambia la cosa. Si alguien va a ser una extensión de cualquier otro, ¡*Yo soy* quien posee la extensión!" Si siempre has sido el jefe, el pensamiento de no poseer el control y de no dar ordenes puede ser detestable.

Si, por otro lado, nuestra personalidad se ha basado en ser una extensión de nuestra madre o de nuestro padre, y no hemos trabajado totalmente esta identidad, seguramente ésta surgirá cuando afrontemos esta cuestión de la transparencia. Podemos darnos cuenta de que hemos

estado operando como una extensión, y de que esto ha sido básico para lo que hemos pensado que somos. Podemos ver que nos convertimos en todo aquello que quería nuestra madre: que nuestra función es una extensión de sus expectativas, sus ideas y su carácter. Tal vez haya deseado inconscientemente que seamos su corazón, su sentido de sí mismo, o incluso su falo, y nosotros nos hayamos comportado como si fuéramos su extensión. Nuestro sentido de identidad se basa en esta relación. Esto es lo que significa ser una extensión: nuestra existencia depende de este otro y por consiguiente, en este caso, no poseemos una existencia separada de nuestra madre. Somos simplemente un reflejo del objeto, por lo que separarnos de nuestra imagen interna de ella significaría perder nuestra identidad.

Ante esto podemos tener distintas reacciones. Cuando comprobamos que hemos actuado como una extensión, podemos reaccionar a la experiencia de transparencia como si fuera un estado realmente indeseable: "Soy mi propia persona y no quiero ser nunca más la extensión de nadie: ¡basta!" Evidentemente, esta reacción bloqueará el funcionamiento de la Santa Omnisciencia. Por otro lado, comprobaremos que sin la identidad de ser la extensión de alguien, tendremos la sensación de que no sabemos quien somos. Por lo tanto, seguiremos apegados a ser una extensión, por lo que cuando oigamos hablar sobre la transparencia, nuestra respuesta inconsciente será: "Dios mío. No tengo que cambiar nada. Puedo seguir como soy; simplemente proyectaré la imagen de mi madre en el universo y seré la extensión de Dios." Esto, evidentemente, no es Santa Omnisciencia. Es seguir identificándonos con una relación de objeto que se originó con nuestra madre, en la que somos una imagen o un constructo mental que constituye la extensión de otra imagen: la de nuestra madre. Lo que es muy distinto del sentimiento vivencial real de ser nosotros mismos parte integral e inseparable del todo, cuya naturaleza es la misma que la nuestra. La semejanza, y lo que pone en marcha el asunto, es la sensación de dependencia, inherente tanto en la relación de objeto como en la experiencia de la Santa Transparencia. Nuestra existencia depende del todo -o sea de la realidad- y a la personalidad tal vez no le guste este estado de cosas.

Podemos identificarnos con cualquiera de los lados de esta relación de objeto, que se denomina la extensión de la relación de objeto, ya sea como extensión de alguien, o como la persona básica de una o más extensiones de uno mismo. En cualquier caso, nos estamos experimentando como un constructo mental en relación al constructo de otro. Esta relación de objeto es una relación narcisista (que tiene que ver con nuestra identidad), por lo que perderla se experimenta como pérdida de apoyo. Ello se debe a que, independientemente de con que extremo de la relación de objeto nos identifiquemos, la identificación sostiene la identidad del ego. Al experimentarnos como una extensión del universo podemos tener la sensación de estar perdiéndonos, puesto que los limites que habíamos tomado como definición de nosotros mismos desaparecen en dicha experiencia. O bien si nos hemos identificado como una extensión, podemos tener la sensación de que nos estamos perdiendo al experimentarnos como seres básicos pero también interconectados.

Al igual que en el caso de otras proyecciones narcisistas, la extensión de la relación de objeto es una forma de transferencia de fusión en la que, aunque no somos lo mismo, tú formas parte de mi, o yo soy parte de ti. Estamos ligeramente diferenciados, pero no totalmente separados. Lo que se hace evidente si estamos acostumbrados a ser la figura central en dicha relación de objeto, y nuestra extensión no hace las cosas del modo que queremos que se hagan. Nos podemos sentir muy heridos y carentes de apoyo, como si parte de nuestro cuerpo no hubiera respondido del modo deseado. Esta forma de sentirnos heridos es lo que llamamos *herida narcisista*, que significa que nuestro sentido de nosotros mismos, en cierto modo, se ve atacado.

La cuestión de la extensión de la relación de objeto hace muy difícil experimentar e integrar la Idea Santa de la Transparencia. A resultas de ello, o bien nos resistimos a la experiencia o nos apegamos a ser una extensión de un modo que sigue apoyando la personalidad. La Santa Transparencia significa experimentar las cosas sin nuestra mente personal. En ese caso, como individuos, nos convertimos en una extensión del universo, una extensión de la Santa Verdad. Y no como un constructo mental, no con una imagen en nuestra mente de que somos una extensión del universo. Es únicamente como parte de la extensión de

la relación de objeto cuando tenemos una imagen de nosotros mismos como un lado u otro de una relación de fusión.

Una vez elaboramos la necesidad de ser el centro, el ser una extensión del universo se experimenta como un gran alivio. La necesidad de ser el centro de la extensión de la relación de objeto es una ardua tarea, puesto que nos consideramos como Dios. En la pura experiencia de la unión directa con el universo vivo, sabes que estas totalmente apoyado, eres completamente amado, estás totalmente sostenido y eres tomado totalmente como ser humano. La consciencia viva del universo está por encima de nosotros, rodeándonos y dentro de nosotros, y sabemos que formamos parte de ella. Lo que nos aporta una maravillosa sensación de relajación y de gozo. A medida que vemos que no sólo necesitamos que exista y nos sostenga el universo vivo, sino que sin nosotros este universo vivo estaría ciego, surge una sensación de inmenso mérito y valor. No somos prescindibles.

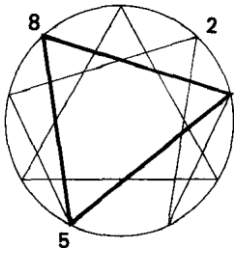
La Santa Omnisciencia o Transparencia no es simplemente un asunto de percibir débilmente que somos parte de algo mayor que nosotros. Este es sólo el inicio de la experiencia. La experiencia plena es la de la totalidad del universo como presencia viva de la que formamos parte; somos una consciencia consciente de la totalidad; no sólo nos sentimos parte del todo, sino que también experimentamos este todo. Somos conscientes del todo del mismo modo que una ola es consciente de la totalidad del océano así como de las otras olas que también forman parte de él. Si experimentamos que formamos parte de algo mayor, pero todavía no somos conscientes del todo mayor, y no experimentamos a los demás también como parte de esta totalidad, ello indica que sigue existiendo cierta opacidad en la experiencia y que nuestros límites no son totalmente transparentes.

No debemos esperar que una vez experimentemos la Santa Omnisciencia la tendremos siempre. Además no habrá dos experiencias de ella iguales, puesto que cada experiencia depende de la dimensión desde la que la experimentemos. Por ejemplo, podemos experimentarnos como parte de todas las cosas y percibir que todo es puro amor; o podemos experimentarnos como parte de todas las cosas y percibir que todo es puro Ser; o podemos experimentarnos a nosotros mismos como una célula, como un continuo con todo lo que nos rodea. Todas ellas constituyen experiencias de la Santa Transparencia, experimentadas desde distintas dimensiones.

Las Ideas Santas no son exactamente estados de consciencia; son ciertos modos de experimentar la realidad. Por lo tanto podemos experimentar un estado esencial concreto, y al mismo tiempo podemos experimentar o no la transparencia. No podemos, sin embargo, experimentar la transparencia sin experimentar alguna cualidad del Ser, puesto que si no estamos experimentando el Ser estamos experimentando el ego, y las Ideas Santas no son accesibles en el ámbito egóico.

A medida que nos instalamos en esta Idea Santa y nos apreciamos como olas únicas e individuales en el vasto océano, nuestra necesidad de límites separados empieza a relajarse. Esta sabiduría discriminatoria transforma nuestras percepciones. Cada persona, cada objeto y cada apariencia se vuelve más real y substancial mientras sigue implícitamente siendo parte del todo mayor. Nos experimentamos como una persona única e individualizada que al mismo tiempo forma parte inseparable de la estructura del universo vivo. Los límites entre las personas y los objetos dejan de limitar, desconectar y aislar. Por el contrario, realzan la realidad de la existencia, revelando la belleza, la riqueza y la singularidad de cada persona y de cada existencia. Todo destaca con nítidos relieves. Nuestra sensación de nosotros mismos es más individuada, pero sin este sentido de definición que nos desconecta del resto de la existencia. En este caso, el primer plano de la realidad diferenciada está en el punto de mira, frente a un trasfondo de Santa Verdad.

CAPÍTULO TRECE



Punto Dos: SANTA VOLUNTAD, SANTA LIBERTAD

> El darnos cuenta de que la Realidad, moviéndose en una dirección y según leyes naturales fijas, fluye con cierta fuerza. El modo más fácil de manejar dicha fuerza es desplazarse con ella. Esta es la verdadera Libertad.
>
> -Ichazo, 1972

Si la realidad es la unidad de todo lo que existe, constituyendo una cualidad esencial del Ser que está viva y es autoexistente (Santa Verdad), y si, como seres humanos, somos partes y expresiones inseparables de esta cualidad del Ser (Santa Omnisciencia), se plantea la siguiente pregunta: ¿Qué significa esto en términos del modo en que vivimos, practicamos y trabajamos con nosotros mismos? El tercer punto del triángulo que hemos estado analizando se refiere a esta cuestión. La Idea Santa del eneatipo Dos tiene dos nombres: Santa Voluntad y Santa Libertad. Cada nombre representa a la Idea Santa vista desde diferentes puntos de vista. Desde la perspectiva del universo, esta Idea es Santa Voluntad; desde la perspectiva del ser humano, se trata de la Santa Libertad.

Como hemos visto en nuestra exploración de la Santa Verdad, la verdad tiene distintos niveles y sutilezas en lo que hace referencia a la comprensión, y más nos desplegamos, más se expande nuestro sentido de verdad. Vemos que cada vez abarca más, o mejor dicho, que nuestra comprensión abarca más y más verdad, hasta que finalmente vemos la totalidad que describe la Santa Verdad. La Santa Verdad, tal como hemos dicho, no constituye la realización de una verdad específica; es simplemente percibir la realidad tal cual es. Si percibimos la realidad tal cual es, o sea objetivamente, la percepción, la consciencia y la comprensión resultantes son que todo es verdad y que la verdad es la existencia del universo. Desde la perspectiva de la Santa Verdad, sólo, existe la verdad; no hay nada más. Cuando vemos que sólo existe la verdad, la percepción y la experiencia no son las habituales. En este estado, experimentamos la unidad, la unicidad, la intercomunicación y un estado de unidad armónica de todo el cosmos en la que cada uno y todas las cosas, en todo nivel, constituye un todo homogéneo. Por consiguiente cuando afirmamos que la verdad es todo, estamos describiendo la percepción desde un profundo estado de consciencia en el que todo se contempla desprovisto de las proyecciones de la personalidad, y por lo tanto constituye una unidad que es imperceptible para el alma conformada por el ego.

Si la Santa Verdad representa que el universo existe como Ser unificado, como existencia intrínsecamente indivisa y no dual ¿qué significa vivir de acuerdo a la verdad? ¿Cuál es el alcance de esta comprensión con referencia a nuestras acciones? ¿Qué significa funcionar y hacer? Se trata realmente de cuestiones sobre el cambio, y exigen una comprensión de la Santa Voluntad.

Cambio cósmico

La definición de Ichazo de la Santa Voluntad es: "El darnos cuenta de que la Realidad, moviéndose en una dirección y según leyes naturales fijas, fluye con cierta fuerza. El modo más fácil de manejar dicha fuerza es desplazarse con ella. Esta es la verdadera Libertad." Por "leyes naturales fijas", comprendemos que Ichazo quiere decir que existen patrones en el modo en que suceden las cosas. Por ejemplo, si reaccionamos a nuestra experiencia, nos desconectamos de nuestro Ser. Llevamos esta comprensión un poco más lejos, diciendo que si

realmente nos rendimos a la Santa Voluntad, nos daremos cuenta de que realmente formamos parte de esta fuerza del flujo de la realidad. No es, por tanto, un asunto de fluir *con* ella, sino más bien de darse cuenta de que no hay separación, de que todo es un despliegue único. Comprobamos también que el despliegue no son sólo los cambios en el universo, como la salida y la puesta del sol, la lluvia que va y viene o la gente desplazándose de un lado a otro. El despliegue es algo más profundo que esto; la misma existencia de la tierra forma parte del despliegue y parte de la creatividad de la realidad. Comprobamos que nuestra existencia es parte de la creatividad. No se trata de que haya pequeños cambios en el seno de un universo estático, sino de que el mismo universo actúa cambiando todo.

Pongamos que es mediodía y tenemos el sol por encima de nosotros, y que horas más tarde se producirá el ocaso y el cielo empezará a oscurecerse. Nuestro universo habrá cambiado, en el curso del tiempo, de un estado a otro, del día a la noche. Si nos rascamos la cabeza, el universo que experimentamos también ha cambiado de un estado a otro, pero en este caso decimos que hemos actuado. Si hemos comprendido la Santa Transparencia, y sabemos que no estamos separados de las estrellas ¿por qué llamamos a los movimientos de la posición relativa del sol y de las estrellas "cambio", mientras llamamos "acto" al hecho de rascarnos la cabeza? No podemos hacer dicha distinción excepto que creamos que el universo es un objeto inanimado lleno de objetos inanimados, y que nosotros, los seres humanos, somos cosas vivas, que poseemos voluntad propia y capacidad para hacer esto o lo otro.

Desde la perspectiva de la Santa Verdad, el universo es un organismo de infinitos niveles. Por lo tanto, lo que llamamos "acción" no es otra cosa que los cambios y la transformación que este organismo experimenta. Por lo tanto, si percibimos y experimentamos la totalidad del universo como una Existencia viva, el hecho de rascarnos la cabeza y la órbita de la tierra alrededor del sol, constituyen, ambas, manifestaciones del universo transformando su apariencia. Lo que significa que mover la mano, tener un pensamiento, hablarle a alguien, tocar a alguien, caminar hacia alguien y conducir un coche, son acontecimientos de la misma clase que la explosión de las estrellas, las galaxias que se alejan las unas de las otras, la lluvia y un huracán que destruye un pueblo.

Todo lo que ocurre, sucede en forma de funcionamiento unificado. Lo llamamos "funcionamiento" porque pensamos en términos de hacer. Por ejemplo, cuando unificamos nuestros actos, decimos: "Estoy haciendo esto, estoy haciendo aquello", señalando nuestro punto de vista subjetivo. Sin embargo, si unos extraterrestres observaran la tierra desde el punto de vista privilegiado de sus naves espaciales, su visión de nosotros tal vez sería distinta. Supongamos que no tienen cuerpos como los nuestros y no se comportan o funcionan como nosotros. Al observarnos, no supondrían necesariamente que estamos haciendo esto o aquello; podrían pensar: "Este punto de este planeta se mueve de esta forma, y este otro punto de esta otra forma." Podrían considerar que la tierra constituye un organismo que contiene cosas que serpentean sobre ella, o que las personas son pelos sobre la superficie del planeta. Si dichos seres fueran tan grandes como la tierra, les pareceríamos muy pequeños e insignificantes. Pero desde nuestro punto de vista subjetivo, mediante nuestra creencia en nuestro sentido de un sí mismo separado, pensamos: "Estoy haciendo esto y aquello, y el movimiento de las estrellas no tiene nada que ver conmigo." Si comprendemos la Santa Verdad, ésta constituye un corolario necesario de que nuestros actos no están separados del movimiento de las estrellas. La única barrera que nos impide percibirlo es emocional y conceptual: nuestro apego a la creencia en nuestro sí mismo separado. Si creemos que estamos definitivamente separados, nuestros actos y nuestro funcionamiento parecen independientes del resto del universo.

La percepción de que todos los cambios que se producen en el universo están unificados en un funcionamiento armonioso, interconectado e interrelacionado no es todavía la de la Santa Voluntad, sino la de la Santa Ley, la Idea Santa del eneatipo Tres, que debemos comprender con el fin de que la Santa Voluntad sea inteligible. En las tradiciones teístas, esta Ley se llama creación, puesto que, en cierto sentido, es una continua creación del universo. Si nuestro punto de vista es religioso en lugar de místico, creemos que todo está dirigido y creado por Dios. Pero mediante la experiencia real de la Santa Verdad, el punto de vista objetivo es el de que todo lo que sucede está interconectado, al no existir objetos separados,

todo lo que sucede son cambios en la apariencia de un medio; por lo tanto, todo funcionamiento es simple transformación en presencia de la Santa Verdad.

Acción cósmica

Debido a que lo que sucede representa el funcionamiento del organismo que constituye el universo, no existe azar en los cambios que se producen en su seno. Los acontecimientos pueden aparecer fortuitos a nuestro punto de vista subjetivo, pero desde una perspectiva objetiva, vemos operar una inteligencia inherente, que mueve las cosas en una dirección concreta. Como se afirma que dijo Albert Einstein: "Dios no juega a los dados con el universo." Lo que significa que el universo no funciona de un modo mecánico; se trata de una consciencia viva y presente, por lo que su funcionamiento es un despliegue orgánico. Percibir que el funcionamiento del universo tiene un impulso particular, y se desplaza en una dirección concreta con una fuerza e inteligencia particulares, es el significado de la Santa Voluntad. Dicho de otro modo, vemos que existe una voluntad unificada en el funcionamiento total del universo.

Algo que está implícito en esta percepción es considerar todos los cambios del universo como un funcionamiento, un hacer. Lo que significa que el movimiento de una estrella es acción y no simplemente cambio; es la acción de la Santa Verdad. Existen distintos modos de experimentarlo. Si nuestra consciencia lo experimenta desde dentro de la Santa Verdad, o sea que experimentamos quienes somos como Dios, la experiencia es: "Muevo las estrellas, hago explotar la energía del sol, hago todo esto." Nuestra existencia diferenciada no es lo que existe, en nuestra experiencia de la Santa Verdad, en el primer plano; lo que se acentúa es la unidad, por lo que contemplamos el funcionamiento desde la perspectiva de dicha unidad. Si no hay sentido de identidad, no hay "Yo" en la experiencia; entonces en lugar de experimentarla desde la perspectiva de Dios, existe simplemente la existencia del universo a la que se ve como "haciendo" todo esto, moviéndolo todo. El primer modo de experimentar las cosas es teístico, que es el modo en que se contemplan las cosas en las tradiciones que se centran en la realización de Dios. Meher Baba es un ejemplo de esta perspectiva cuando dice: "Lo hago todo." El segundo no es teístico; la tradición budista acentúa la experiencia de que no hay un "Yo" básico, ni Dios ni nada. Ambas son experiencias de la Santa Voluntad desde distintos puntos de vista. Podemos decir que Dios o el universo, según sea nuestra orientación, elige lo que sucede. La tierra dando vueltas alrededor del sol, así como todo lo que experimentamos en este preciso instante, constituye la acción del universo.

Si todo lo que sucede es una transformación de la Santa Verdad, todo lo que sucede es un acto de la Santa Verdad. Lo que significa que todas las cosas -todo cambio, experiencia y proceso- constituyen la acción de la Santa Verdad, que nace de esta Santa Voluntad. Por consiguiente, la Santa Voluntad del universo o Dios es todo lo que sucede en cualquier instante.

Así que la Santa Voluntad no es algo misterioso, pero realmente muy pocas personas la conocen directamente. Se trata de una percepción muy sutil y profunda del modo de operar de la Santa Verdad. Al mismo tiempo, lo podemos experimentar como todo lo que sucede en cualquier instante, ya sea una supernova que explota o nuestro superego que nos ataca. Todo ello es la Santa Voluntad.

Libertad y entrega

La Santa Libertad, el otro aspecto de esta Idea Santa, representa comprender el funcionamiento o la voluntad desde la perspectiva de la Santa Transparencia. La Santa Transparencia, analizada en el capítulo anterior, constituye la percepción de que existimos como seres humanos absolutamente inseparables del todo. Por consiguiente, nuestro funcionamiento y nuestros actos son inseparables del funcionamiento del todo, y están en completa armonía con dicho funcionamiento. Somos, en cierto sentido, co-creadores, participantes en la expresión de la Santa Voluntad. Lo que llamamos Santa Libertad es la experiencia de la Santa Voluntad actuando a través de nosotros. La Santa Libertad, por consiguiente, significa que nuestros actos no están separados de los actos del universo, por lo

que nuestra voluntad no está separada de la voluntad del universo. No existe, por consiguiente, conflicto alguno entre nuestra voluntad y la voluntad del universo; nuestra voluntad no se contradice con la del universo o está en desarmonía con ella.

Del mismo modo que la Santa Transparencia está enraizada en la Santa Omnisciencia, la Santa Libertad está enraizada en la Santa Voluntad. La Santa Libertad es básicamente experimentar la Santa Voluntad desde la perspectiva de ser un ser humano, lo que concretamente quiere decir que no tenemos una voluntad separada. Del mismo modo que vimos en la Santa Transparencia que no existíamos como una entidad separada, en la Santa Libertad, vemos que nuestra voluntad no existe como una voluntad separada. Cuando reconocemos que nuestra voluntad forma parte de la voluntad del todo, somos libres. Estar en total armonía y completamente fundidos con la Santa Voluntad es algo liberador. No existe oposición a lo que sucede, sino que, por el contrario, una completa bienvenida, puesto que nuestra voluntad y la del universo son una. Se trata del sentido de "Mi voluntad es Tu voluntad." Estamos completamente en armonía con la voluntad de Dios, totalmente entregados a él.

Se cuenta una historia sobre la santa sufí, Rabia, que ilustra esta comprensión. Antes de morir, tres de sus seguidores sufíes la fueron a ver para tratar algunos de los aspectos más sutiles de sus enseñanzas. La cuestión que estaban ponderando era: ¿Cuál es el modo mejor y más objetivo de responder al castigo de Dios? El primero dijo: "Ser paciente con ello", a lo que Rabia contestó: "Aquí huelo a ego." El segundo dijo: "Aceptarlo totalmente", y Rabia respondió: "Mejor, pero no es todavía suficiente." El tercer sufí dijo: "Deleitarse con él", a lo que Rabia respondió: "Mejor, pero Dios no estaría satisfecho con esto." Por lo que le preguntaron como lo consideraba ella, y dijo: "Donde existe desarmonía, no la veo, porque veo a Dios." Lo que Rabia quería decir es que hay un completo olvido del castigo puesto que estamos viendo la Santa Verdad. Por lo que, veamos lo que veamos o experimentemos, incluso el castigo, ello es la Santa Verdad. La Santa Verdad lo es todo, incluido todo lo que sucede -lo que llamamos bien, lo que llamamos mal, lo que es doloroso o placentero para nosotros- todo forma parte de la Santa Verdad.

En el momento en que decimos no nos gusta esto o aquello, nos separamos de ello y nos oponemos al universo. Este es el inicio de la fijación asociada con el eneatipo Dos. Sin embargo, cuando no hay oposición a lo que existe, hay entrega a la Santa Voluntad, lo que significa libertad. El budismo y el taoísmo poseen la perspectiva de que la libertad no tiene elección, lo que constituye la realización de que no hay elección. Nosotros, los individuos separados, no tenemos elección sobre lo que sucede. Incluso la elección de rendirnos indica que existe una traza de separación, puesto que incluso entregarse es una acción de la Santa Voluntad. No es una acción nuestra; se trata de intervención divina; lo que quiere decir que, nos pase lo que nos pase en cualquier momento, no es un acto que nos ataña. Cuando nos experimentamos a nosotros mismos como un sí mismo separado, nos experimentamos como actores, que estamos funcionando. En el momento en que trascendemos esta perspectiva, nos damos cuenta de que durante todo este tiempo creíamos que hacíamos que sucedieran las cosas, mientras que, en realidad, las cosas se hacían.

Cuando nos damos cuenta de que somos inseparables del resto, parte de dicha experiencia lo constituye la percepción de que la acción se produce de un modo espontáneo, surgiendo de la totalidad. No solemos experimentarlo porque nos seguimos experimentando como individuos separados, de modo que no podemos ver la Santa Verdad y por tanto no podemos ver la Santa Voluntad. Lo que hace difícil incluso concebir que la acción surja de este modo. Cuando este es el caso, necesitamos practicar la entrega a lo que está sucediendo, la práctica de *estar* totalmente con ello, sin decir ni si ni no a lo que está pasando. Para comprender realmente lo que es la acción, el mejor lugar para empezar es nuestra experiencia interior. Ni la aceptamos ni la rechazamos; ni la alejamos, ni nos apegamos a ella. Es lo que ha sucedido y punto. No adoptamos posición alguna, no sostenemos ninguna actitud al respecto. Puesto que no lo estamos haciendo suceder y no es nuestra elección, la mejor aproximación a nuestra vida interior es no tratar de cambiarlo. El ego está siempre intentando cambiar las cosas, y si observamos nuestra experiencia interior, comprobaremos que estamos constantemente agitados, intentando transformar una cosa en otra. Intentamos relajarnos, intentamos pacificar

nuestra mente, intentamos sentirnos mejor o sentirnos peor. Estamos siempre interfiriendo, intentando que suceda algo distinto a lo que sucede. Lo que únicamente podemos hacer si creemos que tenemos nuestro mundo separado y logramos que las cosas sucedan en él del modo en que deseamos, mientras que, realmente, no tenemos elección alguna. Estamos vivos hoy no porque queramos estarlo, sino porque quiere el universo. Si hoy experimentamos ira, es porque lo elige el universo. Si hoy experimentamos amor, es también porque lo decide el universo.

Esta "elección" por parte del universo no es equivalente a la predestinación. La predestinación supone que existe algún plan trazado, en algún lugar, en el que todo lo que va a suceder ya ha sido determinado. Estamos hablando aquí de un universo que es inteligente y creativo; lo que va a suceder en el instante siguiente no puede haber sido planeado porque surgirá de este instante, en lugar de a partir de algún plan escrito en el momento de la creación. Por lo tanto desde esta perspectiva no existe predestinación, pero tampoco existe libre albedrío.

Todo lo que sucede es totalmente espontáneo. En términos no teístas todo se hace por la voluntad del todo, o en términos teístas, mediante la voluntad de Dios. Pero cuando la mayoría de la gente piensa en la voluntad de Dios, lo conciben como si Él fuera un ser humano que posee ideas sobre lo que va a pasar, como si tuviera un plano y fuera a hacer todas las cosas conforme a éste. Se trata de una idea muy limitada de Dios. ¡Tal vez Dios sea tan inteligente que puede crear el universo de instante en instante sin plano alguno!

Lo que no quiere decir que no haya un hilo que recorra todo lo que sucede. El hilo es precisamente lo que pasa ahora, dónde estamos en este momento, y cómo se despliega este momento. A medida que comprendemos el estado que tenemos en este momento, y lo seguimos, a medida que se despliega, estamos siguiendo nuestro hilo. Este es el Trabajo Santo, la Idea Santa del eneatipo Siete.

Por lo que las cosas se despliegan según la Santa Ley de un modo que no es fortuito, pero que tampoco está determinado. Cuando comprendemos la inteligencia del universo, comprendemos el modo en que ésta es posible. Dicha inteligencia, que denominamos el aspecto esencial de la *Brillantez*, no necesita basarse en el pasado con el fin de actuar. Dicha inteligencia es tan brillante que puede responder inmediata y espontáneamente, del modo más óptimo posible, sin tener que referirse a lo sucedido en el pasado. Si no creemos que Dios puede hacer esto, ello indica que nuestra imagen de Dios se basa en nuestro propio ego, que sólo puede actuar basándose en lo que ha sucedido en el pasado. Es como decir que Dios está tan condicionado como nosotros, aunque en realidad Dios es lo que hay dentro y alrededor nuestro y que es totalmente incondicionado.

Si consideramos el universo como Dios, pensamos en él no sólo como algo consciente, sino también como alguna clase de inteligencia pura. Lo que significa que sus actos no son mecánicos y arbitrarios, sino completamente espontáneos y libres. El universo se manifiesta en cada instante de un modo totalmente espontáneo, y dicha acción espontánea es un acto de inteligencia, un acto de creatividad. Por lo que el modo mejor de abrirnos nosotros mismos a esta realización es acompañarla. Para volvernos libres, hemos de aprender a entregarnos, acompañar a lo que suceda. Es la base metodológica más importante para nuestro trabajo: estamos con lo que hay y permitimos su despliegue. La única actividad necesaria es comprender lo bastante nuestra situación para darnos cuenta de que creemos que estamos escogiendo lo que sucede, cuando en realidad no lo estamos haciendo.

El siguiente fragmento de un poema de Longchenpa describe la visión Dzogchen de la acción y de la práctica, dicho de otro modo, expresa cómo vivir la propia vida:

> Permite que todo lo que hagas o aparezca
> Simplemente permanezca en su estado natural, sin premeditación.
> Esta es la verdadera libertad.
> También,
> El modo de vivir según yo, la inteligencia creativa,
> Satisface todos los propósitos permitiendo que todo se produzca sin esfuerzos.
> Puesto que todas las cosas se incluyen dentro de esta realidad interior,

No hay nada que aceptar o rechazar.
Eliminados el miedo y la esperanza, se trasciende la ansiedad.
Cualquiera que reconozca la creatividad en funcionamiento
En el estado de igualdad en la que los tres tiempos son no-nacidos,
Está totalmente más allá de la comprensión o no comprensión verbal.
Se trata de la enseñanza de la no aceptación ni rechazo.
(Longchenpa, 1987, pág. 46)

Longchenpa denomina "creatividad" al acto que nosotros denominamos Santa Voluntad, y el "estado de igualdad" es el estado de Santa Verdad. El Dzogchen, el más elevado yana de la escuela Nyingmapa del budismo Vajrayana, constituye la práctica de la autoliberación; lo que significa que todo se contempla siempre como liberándose a sí mismo. Puesto que todas las cosas son una función de la Santa Verdad, no tenemos que hacer nada para liberarnos a nosotros mismos; sólo debemos ver que todas las cosas ya son libres. Por lo que, en el Dzogchen, la postura fundamental frente a la realidad es la de no-interferencia.

En el Enfoque del Diamante, esta actitud de no-interferencia conduce a lo que llamamos libertad *no-conceptual*, que significa no esforzarse por alcanzar nada; ni siquiera el estado definitivo de la Santa Verdad. Por consiguiente, nuestra práctica es cultivar la orientación de no interferir con lo que se presente, interior o exteriormente; simplemente dejar ser a lo que hay.

Para ilustrarlo, pongamos que estamos enfadados. Si rechazamos nuestro enfado, al juzgar que no es la verdad definitiva, estamos reforzando la perspectiva egóica imponiendo nuestra voluntad separatista sobre lo que se está presentando. Preferir un sentimiento por encima de otro, decidir que lo que ocurre no es correcto y debería ser distinto, incluso desear alcanzar la iluminación en lugar de estar donde estamos en este momento, señala una identificación con el ego que nos mantiene prisioneros de nuestras ideas sobre como son las cosas. Si, por el contrario, reconocemos que la ira es el modo en que se manifiesta en este momento la Santa Verdad, la aceptaremos y no intentaremos cambiarla. Esta es la práctica que nace de la comprensión de la Santa Voluntad, y nos conducirá a la comprensión de la Santa Libertad. Comprobaremos que la libertad no está determinada por el estado en que estemos, por el contrario, es una total entrega a cualquier estado en el que estemos. Sólo entonces podremos ser realmente libres, porque entonces todo lo que suceda estará bien. Pero si creemos que la libertad significa estar en cierto estado, entonces en el instante en que no estemos en este estado, creeremos que el universo se está manifestando de un modo incorrecto, puesto que lo que se presenta no es lo que consideramos debería suceder, y perderemos nuestra libertad.

El rendirse a la Santa Voluntad es libertad, puesto que no estamos estableciendo preferencias, condiciones o pega alguna sobre la realidad. Todo lo que suceda nos ira bien. Este grado de entrega debe producirse en todo nivel. No puede tratarse de una entrega superficial basada en una idea de lo que es espiritualmente correcto. No podemos simplemente decirnos a nosotros mismos: "Me entrego a esto", mientras en nuestros corazones deseamos que suceda otra cosa, y por lo tanto estamos rechazando nuestra experiencia actual. La verdadera entrega significa no buscar ni esforzarse. Significa fluir totalmente con el despliegue de la realidad, "seguir la corriente", como solíamos decir en la década de los sesenta. Significa entregarse a la voluntad de Dios, al fluir de la Mente Universal. Todo lo que Él quiera será bienvenido sin resistencia alguna, sin juicios y sin preferencias.

Por consiguiente, la comprensión de las Ideas Santas de la acción, desde la perspectiva del triángulo de Ideas con el que estamos trabajando, es que la realidad se manifiesta según su propia direccionalidad inherente, su propia elección, su propia voluntad. Cada uno de nosotros forma parte de dicha voluntad; nuestra existencia forma parte de este despliegue. Entregarse totalmente a ello significa aceptar la realidad incondicionalmente, incluyendo nuestros propios estados y nuestros propios actos. Lo que no equivale a la resignación; significa la aceptación así como una respuesta a partir de esta aceptación. Responder de un modo apropiado a cualquier situación en la que nos encontremos, o adoptar lo que en budismo se

denomina "acción correcta", exige una aceptación total de cualquier situación. Por lo tanto, por utilizar nuestro ejemplo anterior, si se nos viene un camión encima, la acción iluminada no es ni dejar que te alcance ni enfadarse porque el conductor del camión te está poniendo en peligro ¡sino apartarnos! Este quitarse de en medio, sin embargo, no implica rechazar la situación o tener una reacción emocional.

El aprender a discriminar entre las reacciones del ego y la respuesta apropiada a lo que la vida nos depara constituye un proceso sutil y complejo. La práctica Dzogchen es ir con todo lo que pase, sin siquiera tratar de comprenderlo. Lo que es apropiado para quien mora en la Santa Verdad. Pero el resto de los mortales tenemos que sopesar y comprender nuestras respuestas para determinar si la base de nuestros actos es una reacción o una entrega desinteresada. Si reaccionamos, no nos estamos entregando a la Santa Voluntad, sino a la voluntad del ego. Entregarse a la Santa Voluntad no significa comprarnos un coche que no nos podemos permitir o tomarse un chocolate cada vez que nos venga en gana. Por lo que una comprensión de nuestros motivos y del nivel de realidad en el que estamos enraizados es algo necesario para una acción apropiada. Si nos sentimos inseparablemente comunicados con la totalidad del universo, nuestros actos serán muy distintos de cuando nos consideremos aislados y autogenerados.

Puesto que inicialmente es difícil discriminar la orientación desde la que nuestros actos se llevan a cabo, es importante concentrase en rendirse a todo lo que se presente internamente. Al inicio del trabajo con nosotros mismos, nuestras experiencias internas no están libres de juicios y preferencias, así como tampoco nuestros actos. Cuando liberemos nuestra experiencia interior, comprenderemos la Santa Verdad y a partir de dicha comprensión percibiremos la Santa Voluntad y experimentaremos la Santa Libertad. A partir de ahí, nuestros actos fluirán de nuestra comprensión; dejarán de ser reacciones y se convertirán en respuestas espontáneas. Pero incluso aunque nuestros actos sean inicialmente reacciones, siguen siendo actos de la Santa Voluntad, por lo tanto aunque no tengamos que confiar en ellas o regodearnos con ellas, tampoco debemos rechazarlas. Se trata de una discriminación sutil y engañosa.

El comprender la Santa Voluntad nos proporciona una base fundamental para la práctica espiritual. Nos muestra que alinearnos con la verdad definitiva consiste primero en reconocer cómo estamos interfiriendo con nuestra realidad, cómo nos ponemos en medio, cómo creemos que somos individuos separados con nuestra propia voluntad. En lugar de orientarnos a conseguir un cierto estado de consciencia, una práctica que tenga sentido debe estar orientada hacia la libertad de *desear* ciertos estados. La verdadera libertad no es la realización de cierta dimensión: la verdadera liberación es liberarnos de toda dimensión. Es la libertad de aceptar totalmente cualquier cosa que el universo manifieste a través nuestro. Si se manifiesta a través nuestro en forma de amor, o como el Absoluto, así es como se manifiesta. Si se manifiesta en forma de ira o miedo, así es como se manifiesta el universo. Como individuos, nuestra tarea no es elegir lo que sucede, sino acatar al hecho extremo de reconocer que ni siquiera es *posible* elegir. Lo que constituye totalmente lo contrario de la posición del ego.

Por lo tanto desde la perspectiva de la Santa Libertad, vivir de acuerdo a la verdad significa rendirse totalmente a lo que la realidad nos traiga. Si somos capaces de hacerlo, con el tiempo comprobaremos que no se trata de *nosotros* rindiéndonos a lo que sucede, sino de que el universo también lo hace. A la hora de aprender a aceptar totalmente cualquier cosa que esté pasando, hemos de pasar por esta transición. Lo que significa no hacer juicios de nuestra experiencia de nada de lo que suceda en el universo y, con el tiempo, significa no tener preferencias. Llegamos realmente á un lugar en el que no preferimos al Absoluto sobre nuestra identidad corporal. Si existe una preferencia, sigue habiendo separación.

Por consiguiente estamos viendo que todo lo que pasa es la expresión de la Santa Voluntad, lo que significa que es responsable de la transformación de la Santa Verdad. Recordemos que la Santa Verdad se está transformando constantemente; no está nunca en una condición estática. En el instante en que movemos nuestra mano, sabemos que el universo no es estático; en el momento que oímos un sonido, sabemos que el universo cambia. Por consiguiente la Idea de la Santa Verdad consiste en ver la existencia del universo; la Idea de la Santa Voluntad es no sólo ver la existencia del universo, sino que está siempre en un estado

de despliegue que experimentamos como cambio, movimiento y acción. Desde esta perspectiva, vemos que la libertad es una entrega completa al despliegue del universo, así como una total armonía con éste. Esta es la Idea de la Santa Libertad: nuestra voluntad y la voluntad del universo se han fusionado y unificado totalmente, por lo que no hay desacuerdo interior. Una parte no intenta cambiar a la otra. Existe una total unificación interior.

Voluntad separada

Puesto que la Santa Libertad es entregarse a lo que estemos experimentando, entonces juzgarlo o intentar cambiarlo indica que no existe entrega a la Santa Voluntad. Pero si juzgamos nuestra falta de entrega, ello indica una posterior falta de entrega a la Santa Voluntad. La entrega no exige ciertas condiciones. En cualquier instante, existe la posibilidad de dejar totalmente de intentar controlar las cosas y permitir ser al universo, en lugar de creer que podemos y debemos arreglarlo. El orgullo egóico es la creencia de que poseemos nuestra propia voluntad, podemos tener nuestras maneras y cambiar las cosas del universo. Es la creencia de: "Lo voy a hacer a mi modo; voy a hacer que las cosas sean como quiero." Este orgullo se manifiesta en el cuerpo en forma de constricción de la fontanela, en la parte superior de la cabeza, que bloquea el Vivo Amanecer, y por lo tanto, bloquea toda la perspectiva de la Santa Voluntad.

La ilusión específica que surge a causa de la pérdida de la Santa Voluntad constituye la convicción de que existen cosas como entidades separadas que tienen su propia voluntad; se trata de la ilusión de que existe un yo separado que puede hacer que las cosas vayan como queremos. Hemos visto que la ilusión asociada con la Santa Transparencia es la de que tenemos un sí mismo separado, y en esta caso la ilusión es que este sí mismo separado posee una voluntad y la posibilidad de elegir independiente del resto del universo. No estamos diciendo que carecemos de libre albedrío, sino que no lo poseemos separado del todo. Queremos ir a nuestro modo en lugar de ver que el universo tiene el suyo, que se manifiesta a través nuestro. Hemos visto que la mejor aproximación es entregarse al universo, realizándonos de este modo. Entonces nos convertimos en lo que realmente somos, puesto que somos todo aquello que el universo esté desplegando en nuestra consciencia en cualquier momento.

El párrafo siguiente se refiere a qué hacer cuando vemos que nos estamos considerando una entidad separada, e integra el conjunto del triángulo con el que estamos trabajando:

> Conoce que el estado de presencia pura y total es un vasto espacio sin centro
> ni límites.
> Es el mismo en todo lugar sin aceptación o rechazo.
> [Esta es la Santa Verdad.]
> Fusiona la naturaleza de la mente y sus patrones condicionados en la no-
> dualidad
> [Esta es la Santa Omnisciencia.]
> A causa de que las entidades, ya se conciban subjetivamente o se
> experimenten directamente,
> [cuando creemos que somos una entidad separada o estamos experimentando
> algo o alguien como separado]
> Están presentes como adornos de nuestro propio estado de ser.
> [Esta es la Santa Transparencia.]
> No las aceptes ni las rechaces.
> (Longchenpa, 1987, pág. 42)
> [Comentarios del autor en corchetes.]

Dicho de otro modo, incluso cuando creemos que somos un sí mismo separado y estamos experimentando entidades discretas, reconozcamos que todo sigue siendo la Santa Verdad, por lo que ni la aceptemos ni la rechacemos. Si aceptamos o rechazamos cualquier parte de nuestra experiencia, incluso aquello que es ilusorio, nos estamos identificando con la creencia

de que somos una entidad separada. Se trata de una enseñanza muy sutil en la que el modo en que uno practica afecta a aquello que cree, y lo que uno cree afecta al modo en que practica.

Pasemos ahora a centrarnos de un modo más concreto en la ilusión que surge a causa de la pérdida de la Santa Libertad. Hemos visto que en la Santa Libertad, existe una completa entrega a nuestra experiencia, sin vacilación ni consideración ni incluso un concepto de rendirnos a ella. Lo que sucede es lo que sucede, punto. Lo que incluye a todos nuestros actos, nuestras sensaciones y sentimientos, nuestros pensamientos y nuestros estados internos. Si no es así, se produce la ilusión de que poseemos una voluntad separada y de que podemos tener nuestros propios modos, distintos a lo que está sucediendo. Es uno de los principios del ego: el de que poseemos una voluntad separada y que tenemos elección. Incluso cuando creemos que no tenemos esperanza y no podemos hacer las cosas, existe la creencia implícita de que si no fuera por nuestra desesperanza, podríamos tener nuestro modo de hacer. Desde esta perspectiva egóica, parece evidente que debemos manipular las cosas, tanto externa como internamente. Lo que externamente se manifiesta como la manipulación de otras personas para que se adapten a como creemos que deben ser, según nosotros, e internamente en forma de la constante evaluación de nuestra experiencia para comprobar si es "correcta" o no, e intentar cambiarla si no casa con nuestras ideas de cómo suponemos que debería ser. "¿En que estado estoy? ¡Oh, no, estoy reaccionando -esto no es bueno- sólo tendría que ser! Ahora soy. Bien, bien. Debo estabilizarlo", etc, como si estuviera en nuestra mano hacer que nuestro estado fuera este o el otro. Si contemplamos nuestra experiencia, comprobaremos esta constante actividad. En el instante en que nos identificamos con nuestro ego, nos liamos en esta actividad de intentar sentirnos mejor, no asustados, infelices o vacíos. Todas las defensas del ego se basan en este principio de cambiar nuestra experiencia para conformarla del modo en que creemos debería ser.

Por lo tanto se produce una constante manipulación interna, que expresa la ilusión de que tenemos una voluntad separada y de que podemos hacer que las cosas sean del modo que queramos, lo que significa separarse de la Santa Voluntad. Hemos perdido nuestra libertad, puesto que la verdadera libertad significa libertad del contenido de lo que estamos experimentando. Siempre que nos experimentemos como una entidad separada, o como la Santa Verdad, o como transparencia, o como una madre frustrada o como un hombre de negocios estresado, o lo que sea, esto es lo que el universo está creando en este momento. Se trata de magia pura, por consiguiente, quienes somos para decirle a Dios: "No me gusta lo que estoy experimentando. ¿Por qué no lo cambias?" Entregar realmente nuestra voluntad significa tener confianza básica en el universo, Dios o la realidad, y vemos como la falta de confianza básica crea la ilusión de este eneatipo.

Si nos identificamos con nuestro ego, peleamos constantemente con nuestra experiencia. Luchamos incluso cuando dormimos y soñamos. La Santa Libertad significa el fin de la lucha.

El tema de conseguir ir a nuestro aire, es, para la personalidad, un asunto importante, y el pensamiento de rendirnos a la voluntad de Dios puede darnos la sensación de que implica el abandonar nuestra propia voluntad. Sin embargo, si somos sinceros, confiamos en nosotros mismos, y permanecemos con nuestra experiencia, sin intentar cambiarla de modo alguno, descubrimos que ir a nuestro aire es realmente un asunto de rendirnos a nuestra verdad interior. Nuestro camino sigue el hilo de nuestra propia experiencia. No se trata de elegir o de no elegir, nuestro camino nos viene dado. Es la vía por la que circulamos, el paisaje que atravesamos. Descubrimos que es un gran alivio no tener la sensación de que el territorio que estamos atravesando debiera ser distinto al que exactamente es.

Inconscientemente confundimos el rendirnos a la voluntad de Dios -que realmente es simplemente aceptar lo que hay- con capitular frente a nuestros padres. "Escúchame. Haz lo que te digo", exigen. Cuando pensamos en rendirnos a la voluntad de Dios, solemos considerarlo una capitulación a una fuerza mayor, en lugar de rendirnos simplemente a lo que sucede. Por consiguiente, toda la pérdida de autonomía y el orgullo herido que experimentamos de niños se reactiva. Es el único modo en que el ego puede comprender lo que significa la entrega: "Dios me ha dicho haz esto y esto, por lo tanto lo hago". Lo que proviene de una identificación con la creencia -normalmente inconsciente e instalada muy

profundamente en nuestra alma- de que somos niños que recibimos ordenes de nuestros padres.

A medida que el ego se mide con la realidad, su proceso, de entrada, es decidir si lo que sucede es correcto o no. La creencia de que un juicio de esta naturaleza pueda llevarse a cabo indica la ausencia de la Santa Perfección. Si el ego decide que algo anda mal con la realidad, a ello le sigue la idea de que podemos hacer algo al respecto, lo que indica ausencia de Santa Voluntad. El movimiento del ego constituye un intento sin fin de seguir su propio camino, de intentar sentirse mejor, de intentar experimentar esto y lo otro. Pero no podemos cambiar lo que hay, por lo tanto esta actividad del ego únicamente nos aporta sufrimiento y nos hace sentir atrapados y llenos de frustración. La frustración se produce cuando deseamos algo y no lo conseguimos, cuando intentamos imponer nuestra voluntad sobre la realidad poniéndonos a contracorriente del despliegue del universo.

La entrega no es resignación. Es muy importante distinguir entre ambos. La resignación significa que admitimos que no podemos ir a nuestro aire. Nos tomamos por un sí mismo separado con una voluntad separada que está siendo frustrada por la realidad. Lo que es muy distinto de la verdadera entrega, que nunca es ni aceptación ni rechazo, sino el dejar de separar nuestra propia voluntad de la realidad. Aprender a entregarnos significa poner al descubierto nuestra voluntad; la creencia de que poseemos una voluntad separada de la realidad y de que podemos ir a nuestro aire.

Verdadera Voluntad

Nuestra comprensión de lo que es la voluntad cambia a medida que progresa nuestro trabajo. De entrada, lo que consideramos voluntad lo constituye el esfuerzo y empuje del ego en su intento de hacer que nosotros, los demás y la misma realidad se plieguen a cómo creemos deberían ser. En nuestro sistema de trabajo lo llamamos *falsa voluntad*, y cuando lo investigamos plenamente y empezamos a dejar de identificarnos con ello, sale a la luz una sensación de falta que se ve acompañada de una sensación de castración. Sentimos que nos falta algo, que no somos aptos, que no tenemos apoyo interno o la capacidad de perseverar. Esta dolorosa sensación de deficiencia se manifiesta a menudo como una sensación real de vacío en el lugar en que sabemos están nuestros genitales, y puede dar la impresión de que están desprovistos de sensaciones a medida que trabajamos a través de este "agujero" o sensación de ausencia.* Todas ellas son señales de que hemos perdido el contacto con la cualidad esencial de la *Voluntad*, de la que la falsa voluntad es un facsímil, un intento por parte de la personalidad de recrear lo que cree que ha perdido.

A medida que permanecemos con dicho agujero, empieza a presentarse en la consciencia la Voluntad esencial, y, en un principio, se experimenta como una sensación de determinación -"quiero hacer esto"- así como una sensación de confianza. A medida que lo vamos experimentando, comprobaremos que lo que previamente habíamos llamado "voluntad" a nivel de personalidad es algo muy distinto de la Voluntad esencial. A nivel esencial, se experimenta como una sensación de apoyo interno que proporciona la capacidad de perseverar sin esfuerzo puesto que confiamos en nuestra capacidad de hacerlo. El esfuerzo, la característica de la falsa voluntad, en este nivel pierde su sentido, puesto que descubrimos que la voluntad real significa "seguir la corriente" del propio Ser. Si sigue habiendo esfuerzo, significa que seguimos identificados, en cierta medida, con la personalidad. Por consiguiente la Voluntad esencial es una tenacidad sin esfuerzo a la hora de hacer lo que tengamos a mano, que es el resultado de una sensación de confianza y apoyo interior.

Cuando experimentamos por primera vez la Voluntad personal real, en oposición a la voluntariedad de la personalidad, comprobamos que posee esta sensación de no esfuerzo. Implica acción pero no intento. Cuando lo experimentamos, empezamos a tener el

---

* Siempre que vivencialmente estemos separados de un aspecto esencial, se manifestará la sensación de un agujero, tanto a nivel físico como psicológico. Físicamente, se producirá la sensación real de un vacío o vacuidad en la parte concreta del cuerpo asociada con dicho aspecto. Psicológicamente, la sensación de un agujero se manifestará como sensación de deficiencia, como si nos faltara una parte del alma. Por dicha razón, en el Enfoque del Diamante hablamos de agujeros de los distintos aspectos esenciales.

conocimiento íntimo de que la Voluntad esencial no significa elegir o controlar cualquier situación en la que estemos. Al sentirnos sostenidos por el universo, estando en contacto con el Ser, no tenemos que intentar hacer que sucedan las cosas de un modo premeditado, y de este modo nuestros actos están desprovistos de esfuerzo y son espontáneos.

Experimentar esta sensación de falta de esfuerzo indica que tenemos la verdadera entrega y que está presente la Voluntad esencial. Como hemos dicho, realizar la Voluntad requiere práctica de estar presentes con todo lo que suceda sin rechazarlo, sin aceptarlo, sin apegarnos o sin tener preferencias. Dicha práctica constituye la base del Enfoque del Diamante. El Enfoque del Diamante es básicamente un asunto de acompañar el despliegue del universo mientras se manifiesta en nuestra experiencia del momento presente. Del mismo modo que el universo se despliega -en el sentido de que el tiempo cambia, se producen terremotos, se pone el sol y la luna se eleva sobre el horizonte- el universo también se está desplegando en nuestro interior. Si estamos con, y nos entregamos a, nuestro proceso interno, se desplegará del mismo modo.

Sin embargo, cuando está conformado por el ego, nuestro proceso interno fluye de un modo muy limitado que se ve constreñido y se hace conformar con nuestras creencias condicionadas sobre lo que es aceptable para la experiencia. Nuestra vida interior sigue entonces las vías rígidas y predecibles de los eneatipos, y nos vemos atrapados en nuestras propias realidades virtuales. Sólo estando presentes con lo que se manifiesta dentro de nosotros, sin los juicios y las manipulaciones internas resultantes, podemos hablar de verdadero despliegue. En ese caso, nuestra experiencia deja de ser una recreación previsible de territorios familiares, y se convierte realmente en una exploración y en una aventura que nos lleva a las profundidades así como a dimensiones de la realidad que cada vez revelan más la riqueza y profundidad de lo que hay.

La aceptación que estamos discutiendo no es un asunto de decir: "De acuerdo, puedo permitir que pase esto." No se trata de ser alguien que adopta una postura positiva relativa a algo. Tal vez sería más adecuado llamarle no-rechazo, aunque se trata de la falta de reacción *alguna* a lo que estamos experimentando, ya sea una reacción positiva o negativa. Es simplemente dejar que las cosas sean exactamente como son, sin ninguna impresión interna de sí mismo que posea una u otra sensación sobre ellas. Se trata de no entrometerse en la obra de Dios, por usar una terminología religiosa. Planteándolo de otro modo, es rendirse al fluir de la existencia, con su propio movimiento inexorable, su dirección y su fuerza. Cuando decimos no e intentamos luchar con ella, lo único que hacemos es frustrarnos.

Una buena analogía a la entrega sin esfuerzo que estamos analizando es pasarse años practicando movimientos con el palo de golf, y alcanzar el día en que lo conseguimos sin esfuerzo alguno. Del mismo modo, en un principio, hemos de hacer un gran esfuerzo para estar presentes: nos hemos de acordar continuamente de sentir nuestro cuerpo y acordarnos de nosotros mismos. Más trabajamos en ello, más fácil se vuelve, hasta que alcanzamos un punto en que el recuerdo viene por si solo. Por lo tanto hay un lugar para el esfuerzo, y cuanto más profundicemos en nuestra práctica, menos esfuerzo necesitaremos.

Castración y obstinación

Ya hemos analizado la ilusión de poseer una voluntad personal separada que surge de la pérdida de las Ideas de la Santa Voluntad y la Santa Libertad. Exploremos ahora como nace la fijación a partir de esta *ilusión específica*, que crea el núcleo del eneatipo Dos. Si revisamos el proceso, de entrada, la sensación de apoyo y la confianza básica consiguiente están presentes en la consciencia, lo que es equivalente a la presencia de la Idea Santa. La pérdida de apoyo es también pérdida de confianza y pérdida de la Idea, tal como hemos visto, y conduce a la *dificultad específica*, mientras que la pérdida de confianza conduce a la *reacción específica* a dicha dificultad.

La *dificultad específica* y la *reacción específica* para cada punto del Eneagrama se determinan mediante la ilusión que nace de la pérdida de esta Idea Santa. La pérdida de apoyo se interpreta vivencialmente mediante el filtro de la ilusión, por lo tanto para el eneatipo Dos, no conseguir lo que se necesita del entorno (la pérdida de apoyo) se experimenta como no conseguir imponer nuestro modo o manera. La creencia implícita de que existe un yo

separado que puede tener su propio modo crea esta sensación, y el estado emocional que le acompaña es el de castración humillante. Este estado constituye la *dificultad específica* del eneatipo Dos. A causa de la creencia de que podemos hacer que las cosas vayan del modo que queremos, la pérdida de apoyo se experimenta como un enorme golpe a nuestro orgullo, una bofetada humillante en el rostro que nos baja los humos. Esta creencia de que es posible tener una voluntad separada del resto del universo constituye el orgullo del ego, y cuando éste se desinfla se experimenta como castración, como si nos hubieran quitado la fuerza y la vitalidad, como si lo que somos no fuera eficaz, poderoso o suficientemente bueno.

Ante a la pérdida de la sensación de apoyo, desaparece nuestra confianza básica en el universo. Tenemos la sensación de que el universo está en contra de nosotros, o por lo menos no con nosotros, y de este modo surge la *reacción específica* de enfrentarnos tozudamente a lo que hay. La *reacción específica*, para este eneatipo, por consiguiente, es la de la acción premeditada. Esta postura, que caracteriza al eneatipo Dos, está llena de orgullo y tozudez, a partir de la que afirmamos: "Voy a ir a mi manera." Las personas de este eneatipo son muy tozudas; para ellos es muy importante que las cosas vayan a su manera y que lo que hagan sea importante, pues sino es así se sienten castrados y humillados. La falsa voluntad está muy cristalizada, y se produce una tozuda resistencia al hecho de tener la sensación de que no podemos poseer nuestro camino, porque dicha sensación nos haría sentirnos castrados. Por lo tanto, en lugar de experimentar que cualquier cosa que suceda es lo que está pasando, si las cosas no suceden del modo que creemos o deseamos que deberían hacerlo, tenemos la sensación de que nuestra voluntad es ineficaz y de que no ha funcionado. Esta reacción de obstinación frente a la sensación de castración humillante contiene, de un modo implícito, no sólo la creencia de que tenemos una voluntad separada y podemos escoger y determinar lo que sucede, sino también la de que sabemos como deberían ir las cosas.

Esta constelación total de la sensación de deficiencia (la *dificultad específica* de la castración humillante) y la reacción a ella (la *reacción específica* del acto obstinado) forman el núcleo de este eneatipo. A partir de este núcleo nacen todas las manifestaciones características de manipulación, seducción e influencia física, emocional y mental.

Al comprender este eneatipo, podemos comprobar como nuestro ego es una imitación del universo. El ego, en este punto, está diciendo básicamente: "Soy la verdad, existo como yo mismo, independiente de todo, y puedo hacer lo que quiero." Sólo Dios puede decir esto, pero el sí mismo egóico está afirmándolo implícitamente de un modo constante. El ego, por lo tanto, ocupa el lugar de Dios, y esta es la vanidad egóica que exploraremos cuando analicemos el eneatipo Tres.

Cuando le dejamos ser, todo es bello. Vemos que todas las cosas están bien, tal como son. Esto es lo que significa la Santa Perfección, la Idea del eneatipo Uno. En realidad, siempre es así, pero no lo vemos puesto que nuestra obstinación distorsiona nuestra percepción. Lo que vemos está creado por nosotros; se trata de la realidad vista a través del filtro de nuestras distorsiones. Cuando no existe este filtro, vemos las mismas cosas que antes: vemos a la misma gente, los mismos lugares, las mismas situaciones; pero nuestra percepción cambia de modo que podemos ver la belleza de su existencia. Esto refleja lo que hemos examinado en la Primera Parte: el modo en que las fijaciones de los eneatipos no son estructuras del ego, sino por el contrario, nueve giros diferentes del alma, distorsiones en los sistemas perceptivos de la propia consciencia.

Hemos explorado la ilusión de poseer una voluntad separada que puede escoger, y la *dificultad específica* de la castración humillante, así como la *reacción específica* de la obstinación. Hemos visto que dicha constelación forma el núcleo de este eneatipo, y una importante manifestación de éste -fruto directo de la falta de confianza básica- lo constituye el convencimiento de que el universo y/u otras personas están en contra, o se interponen en el camino de nuestra libertad. A partir de este convencimiento nace la creencia de que debemos ser obstinados e intentar que las cosas vayan a nuestro modo con el fin de conseguir o proteger nuestra libertad. Esta es la tendencia básica del ego, sea cual sea el eneagrama, y está fuertemente afianzada a pesar del hecho de que desde fuera de este giro perceptivo podemos ver que evidentemente no podemos conseguir nuestra libertad enfrentándonos obstinadamente

a lo que hay; simplemente nos afianzamos en la lucha por liberarnos, lo que en ninguna medida es libertad.

Práctica espiritual

El impacto de la tendencia básica del ego en la práctica espiritual es la frecuente creencia inconsciente de que trabajar con nosotros mismos significa hacer que suceda algo -conseguir cierto estado o un cambio particular en nosotros- en lugar de considerar la práctica espiritual como una cuestión de entrega, de no interponerse en el camino. Lo que también significa que una verdadera práctica espiritual que definitivamente nos proporcionará la transformación es aquella que implica una entrega de nuestra propia voluntad, prejuicios, preferencias, elecciones y rechazos. Hemos visto que el orgullo del ego es la creencia en que podemos escoger lo que surge en nuestra consciencia, y que esto es básicamente una expresión de la falta de confianza en que la Santa Verdad actúa y funciona como Santa Voluntad. En términos religiosos, se trata de una falta de fe en la acción de la gracia.

Para el ego, la libertad significa ser capaz de hacer lo que deseamos cuando queramos. Debido a que a menudo ello no es posible, acabamos viendo el universo como algo que nos constriñe y que limita nuestra libertad. Pero desde la perspectiva de la Santa Libertad, la libertad es desear todo aquello que quiera el universo. Cuando nos alineamos con el universo, lo que queremos y lo que sucede son lo mismo. Esta es la verdadera libertad. Esta es la causa de que la Idea de la Santa Libertad sea fundamental en la metodología del Enfoque del Diamante, en el que una parte básica de la práctica es estar presente con cualquiera que sea nuestro estado. Si reaccionamos a éste, interferimos con éste, o intentamos cambiarlo, entonces podremos verlo objetivamente, pero únicamente a través de la pantalla de nuestras proyecciones. Si no vemos nuestra condición o la situación en su estado natural, seguiremos creyendo en nuestras proyecciones sobre ella y no seremos capaces de penetrar en su verdadera naturaleza. Si no vemos su verdadera naturaleza, no se desplegará y mostrará a sí misma como la Santa Verdad que lo constituye todo. Algo fundamental para nuestra comprensión es que mientras podemos tener inicialmente proyecciones sobre lo que estamos experimentando, si no interferimos con ello, la tendencia del universo es mostrar su propia naturaleza a través de nuestra experiencia. Lo que, por supuesto, requiere confianza básica.

El Enfoque del Diamante no es el único enfoque espiritual basado en la Santa Verdad. Otro es la práctica Dzogchen del budismo vajrayana, la autoliberación, analizada con anterioridad. En este caso, la comprensión es que si estamos presentes con un objeto de percepción sin interferencia, se liberara naturalmente a si mismo, lo que quiere decir que revelará de un modo espontáneo su naturaleza verdadera; o, utilizando el lenguaje del Eneagrama, se mostrará a si mismo como algo no distinto a la Santa Verdad. La diferencia entre el Dzogchen y el Enfoque del Diamante es que nosotros vemos que dicha revelación de la verdadera naturaleza no suele suceder de un modo espontáneo e instantáneo. Por el contrario, existe un proceso de despliegue que implica distintos estados y dimensiones antes de que lleguemos a la unidad definitiva de la Santa Verdad. Por consiguiente otra base conceptual del Enfoque del Diamante es el Trabajo Santo, la Idea Santa del eneatipo Siete, que constituye el hecho de que se produce un proceso natural de despliegue y de que existen muchas dimensiones en dicho despliegue. El Dzogchen es, en cierto sentido, una práctica más pura, pero más difícil, puesto que supone que sólo existe un estado verdadero, que es la Santa Verdad. Básicamente, el Dzogchen es una práctica para budas. Si somos un principio de buda, podemos practicar el Dzogchen; si no es así, será muy difícil hacerlo, como lo es para la mayoría de las personas.

El Enfoque del Diamante, por consiguiente, no es una práctica tan directa o tan pura, pero toma en consideración el hecho del despliegue, empezando con la percepción de que la mayoría de las personas están muy lejos de experimentarse a si mismas como la Santa Verdad. En nuestro trabajo, vemos que si estamos con la ira, ésta revelará de un modo espontáneo la herida que la subyace; y si permanecemos con el dolor, nos revelará el vacío que le subyace; y si permanecemos con el vacío, nacerá un aspecto del Ser; y si permanecemos con ello, nos llevará a través de dimensiones cada vez más profundas de la

realidad. Si permanecemos con este proceso y comprendemos todo lo que se presenta, con el tiempo nos daremos cuenta de que todo es la Santa Verdad.

Por lo tanto, mientras muchos enfoques espirituales son iguales en términos de resultados finales, existen diferencias en términos de metodología, tal como vemos en el caso del Dzogchen en contraste con nuestro trabajo. Otros enfoques utilizan prácticas especiales, como técnicas de respiración y visualizaciones, diseñadas para llevarnos a ciertos estados de consciencia. Aunque dichas prácticas no son tan sutiles o refinadas como el Dzogchen o el Enfoque del Diamante, su ventaja es que son sencillas y casi todo el mundo puede llevarlas a cabo. Por el contrario, nuestro trabajo, en principio no es fácil, y es muy difícil hacerlo por nuestra cuenta, puesto que normalmente es difícil que aprendamos a permitir la comprensión espontánea y el despliegue, o cuanto menos es algo difícil de permitir en un principio.

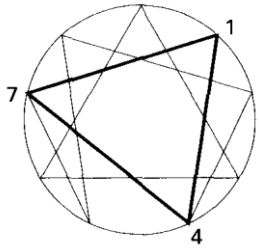
Utilizando la comprensión de la Santa Voluntad, nuestro método en el Enfoque del Diamante es acoger todo lo que pase y cualquier cosa que experimentemos. Hemos de estar presentes con ello y sentir curiosidad, deseando comprenderlo de un modo vivencial, por amor a la verdad. La orientación no es hacia cierto estado, puesto que en el instante que orientamos nuestra práctica hacia cierto estado, hemos abandonado la Santa Libertad. Incluso si el estado que estamos tratando de cultivar es la Santa Libertad o la Santa Verdad, si no es lo que se está desplegando en nuestra experiencia, estamos imponiendo nuestra voluntad egóica en nuestro proceso, para dirigirlo a la Idea Santa.

Nuestra orientación, por lo tanto, es hacia la libertad: la independencia completa y total de cualquier estado o dimensión. Vemos que cualquier estado está bien si nos entregamos totalmente a él. El estado depende de la Santa Voluntad y no de nuestros deseos. Siempre es así, puesto que este es el hecho objetivo de la Santa Voluntad. Por lo que en mayor medida nos acercamos de este modo a nuestro proceso, más nos desplazaremos naturalmente a las dimensiones infinitas y, finalmente, a la Santa Verdad. Lo que se producirá por si mismo, puesto que es consustancial con la naturaleza de la realidad revelarse a si misma de un modo progresivo, acercándonos cada vez más a su naturaleza definitiva, por lo que no es necesario dirigir nuestro proceso hacia ella. Si intentamos forzar nuestro proceso en alguna dirección, simplemente nos interponemos en el camino.

Practicar utilizando el Enfoque del Diamante significa estar presente con lo que está sucediendo sin juzgar si es algo bueno o malo, sin apegarnos a ello o desembarazarnos de ello. Estamos con ello, abiertos y sintiendo curiosidad, amando su verdad a medida que se nos revela. Constituye realmente una expresión de amor por la Santa Verdad a medida que ésta se despliega en sus distintas manifestaciones. Se trata de la verdadera libertad, que forma la base de la libertad no convencional del Enfoque del Diamante.

Si no comprendemos lo que es la Santa Libertad, intentaremos vivir nuestra vida manipulando nuestra experiencia exterior con el fin de ir a nuestro aire; o, si somos un buscador espiritual, intentaremos manipular, de un modo u otro, nuestra experiencia exterior, en lugar de rendirnos al universo. De cualquier modo, acabamos con el sufrimiento específico del ego: atrapados en el combate interior de una parte de nosotros mismos contra otra. Sólo tras ir una y otra vez de un estado a otro, hasta el punto de darnos realmente cuenta de que no podemos dictar lo que sucede, sólo en este caso, el profundo anhelo por el fin del sufrimiento aporta la auténtica entrega a lo que hay.

CAPÍTULO CATORCE



Punto Uno: SANTA PERFECCIÓN

> La consciencia de que la Realidad es un proceso, que tiene dirección y propósito. En el seno de dicho movimiento cada momento está conectado por el proceso de la propia meta, y por lo tanto es perfecto.
>
> -Ichazo, 1972

Tal como hemos visto, cada Idea Santa constituye una visión de la realidad desde una perspectiva sin ego. Desde el punto de vista de la Santa Perfección, si experimentamos la realidad tal como es, percibimos su perfección intrínseca. No podemos añadir ni quitar nada para hacer que esta realidad sea más perfecta; no hay que hacer nada con ella. De la Santa Verdad, aprendemos que la realidad es no dual, que todo lo que existe es una verdad indivisible. La Santa Perfección nos enseña que dicha realidad no es sólo un ahora indivisible, sino también absolutamente perfecta. La Santa Perfección es otro modo de ver la Santa Verdad, tal como lo es el Santo Amor. Por lo tanto la Santa Verdad, el Santo Amor y la Santa Perfección son tres modos de ver la totalidad de la existencia. Son todas ellas verdad al mismo tiempo.

La Santa Perfección se relaciona con el concepto de "sabiduría semejante al espejo" en el sistema de los Budas Dhyani de la rama del Budismo Vajrayana. La perfección de la realidad sólo puede contemplarse si nuestra consciencia es como un claro espejo que lo refleja todo tal como es, sin proyecciones o distorsiones. Cuando percibimos con esta claridad, reconocemos que la realidad contiene un sentido de pureza y limpieza, una cualidad sin mácula y una belleza inherentes a ella. La experiencia es, exterior e interiormente, perfecta y luminosa. No estamos viendo la realidad mediante el filtro de nuestras propias ideas, y por lo tanto su perfección no se basa en una opinión, un punto de vista, una preferencia o una valoración.

La corrección de lo que es

Cuando nuestra perfección es como un espejo claro, sin juicios subjetivos, descubrimos que la realidad está simplemente bien. Si nuestro espejo crea cualquier distorsión, si nuestra percepción de la realidad contiene cualquier preferencia o idea subjetiva, entonces estamos viendo la realidad desde un punto de vista ilusorio y nos perderemos su inherente perfección. Lo que hace muy evidente nuestro trabajo: descubrir que es lo que nos impide ver la realidad tal cual es; descubrir cuales son nuestros puntos oscuros donde se engaña nuestra percepción.

El modo en que solemos ver el mundo no es el modo en que realmente es, puesto que lo vemos desde la perspectiva de nuestros juicios y preferencias, nuestros gustos y aversiones, nuestros miedos e ideas de cómo deberían ser las cosas. Por lo tanto para ver las cosas tal como son, lo que significa verlas objetivamente, hemos de poner todo esto a un lado; dicho de otro modo, hemos de abandonar nuestras mentes. Ver las cosas objetivamente significa que no tiene importancia el hecho de pensar que lo que estamos viendo sea bueno o malo, significa sólo verlo tal cual es. Si un científico está llevando a cabo un experimento, no dice: "Esto no me gusta, por lo tanto lo ignoro." No le preocupan personalmente los resultados aunque no confirmen su teoría, pues la ciencia pura significa ver las cosas tal como son. Si dice que no va a hacer caso del experimento porque no le gusta el resultado, esto no es ciencia. Pero, este es el modo en que la mayoría de nosotros tratamos a la realidad, interna y externamente.

Ver la realidad desde la perspectiva de la Santa Perfección significa ver que dicha realidad está bien tal como está; no precisa de cambios o correcciones. Se trata de una noción muy radical. Si realmente lo consideráramos seriamente dejaríamos de hacer la mayoría de las cosas que hacemos. En el momento en que vemos que todo, en cada instante, es perfecto, vemos que nuestro esfuerzo por mejorar las cosas es inútil. Vemos que lo que realmente hay que hacer es observar nuestra mente, nuestra consciencia, con el fin de comprobar porqué está nublada, porqué no ve las cosas con claridad y qué es lo que empaña tanto nuestro espejo.

Comprender esta Idea Santa puede entonces reorientar profundamente nuestras ideas sobre el propósito del trabajo espiritual. Si la realidad es inherentemente perfecta, y nosotros formamos parte de esta realidad, el propósito de trabajar con nosotros mismos no puede ser el tratar de mejorar o hacer que nuestra vida vaya mejor. La Santa Perfección, que esclarece la condición objetiva de la realidad, nos dice que la realidad es, y ha sido siempre, perfecta, por lo tanto si pensamos que nuestra perfección es algo a conseguir, ello significa que creemos que la perfección existe en algún futuro y no ahora. En ese caso estamos tomando la perfección como una meta a realizar, en lugar de aceptar cómo son las cosas, lo que sólo puede constituir la perspectiva del ego.

La perfección, tal como la entiende el ego, se determina midiendo la realidad, dentro y fuera, oponiéndola a algún ideal o estándar de cómo se supone deberían ser las cosas. El criterio para este juicio puede variar de persona a persona, pero para todo el mundo, esta búsqueda de la perfección es la causa de gran parte de nuestro desasosiego interno. No se trata de perfección sino, por el contrario, de perfeccionismo. La perfección de la que hablamos nosotros es independiente de estas ideas, es algo cierto para todo lo que existe por el mero hecho de su existencia.

Es difícil definir con exactitud la Santa Perfección, puesto que como todas las Ideas Santas se trata de un concepto universal, una Forma platónica. Como tal, la perfección que estamos discutiendo no puede analizarse o reducirse a elementos más simples, se trata de una forma de manifestación pura. Desde la perspectiva de la Santa Perfección, todo está bien, da la sensación de que todo es perfecto y completo, cada acto es correcto y elegante. Vemos que todo lo que pasa es la perfección de la Santa Verdad, que lo es todo. Lo sabemos con certeza, sin necesidad de saber que es lo que hace que todo sea perfecto.

Esta sensación de corrección intrínseca de la realidad que hay dentro y fuera de todos es una sensación, un reconocimiento, un acto de inteligencia. No contiene conceptualizaciones sobre la perfección. La Santa Perfección refleja la cualidad intacta, la plenitud y la gloria de lo que es. Constituye la percepción de la perfección de todos los fenómenos desde todos los ángulos, en todos los niveles y en todo momento. Es lo que hace santa, objetiva y sin ego a la Santa Perfección. Si viéramos algo como perfecto, pero no así otra cosa, o si viéramos algo perfecto ahora y más tarde ya no, no sería la Santa Perfección, sino, por el contrario, la sensación de la perfección que tiene el ego basada en juicios subjetivos.

Si experimentamos las cosas en el instante, sin pensar en términos de pasado y de futuro, simplemente ahí en el ahora, y viéramos la esencia de lo que hay, reconoceríamos la perfección de la que estamos hablando. No observaríamos lo que hay mediante el filtro de nuestras ideas, que son el fruto de lo que hemos visto u oído en el pasado o de lo que creemos va a pasar en el futuro. La Santa Perfección es la perfección de lo que hay, y la realidad sólo existe ahora, únicamente en este instante; sin el concepto de tiempo, sin nuestras ideas sobre lo que va a pasar o no va a pasar mañana, sin nuestras ideas sobre lo que debería o no suceder, sin juicios de bueno o malo; simplemente la experiencia de la esencia del ahora. Si vemos la realidad tal como es ahora, vemos que todo lo que percibimos es concomitante con el Ser, todo esta hecho de Esencia. Todo -nuestro cuerpo, nuestra mente, nuestras sensaciones, nuestros pensamientos, los objetos físicos -todo está hecho de este ser puro de presencia. Esta es la experiencia de la Santa Perfección.

Cuando experimentamos plenamente un estado esencial, podemos reconocer que posee la cualidad de la perfección. No cabe decir que necesite algo o que le falte algo. Si experimentamos amor o compasión, por ejemplo, los percibimos como puros y completos, tal como son. La Santa Perfección nos dice que todas las cosas poseen la cualidad de la adecuación, y no sólo ciertos estados esenciales. Desde la perspectiva de la Santa Verdad

vemos que todo es uno, un todo indiviso. Nuestro cuerpo, nuestra esencia, el mundo y Dios, no son cosas separadas; son una cosa, y esta cosa, que no es una cosa, es la presencia de la esencia. Puesto que todas las cosas son en última instancia esenciales, a ello le sigue que todo es inherentemente perfecto.

Normalmente no vemos la realidad de este modo puesto que estamos muy ocupados viéndola desde la perspectiva de nuestra propia ilusión. La Santa Perfección no puede percibirse desde el punto de vista del ego, puesto que el ego desea cambiar la realidad para que case con lo que éste cree debería ser. La Santa Perfección constituye trascender este punto de vista. El realizar la Santa Perfección no es un asunto de afirmar de un modo intelectual que todo es perfecto, que puede hacer que nos volvamos vagos e irresponsables. Experimentar la Santa Perfección es existir realmente es un estado sin ego y ver objetivamente la naturaleza interna de todas las cosas. Lo que cambia es nuestro modo de percibir, por lo que la realidad se ve sin distorsiones.

La Santa perfección revela que el modo en que son las cosas, y el modo en que se mueven es perfecto. Ver la perfección de como son las cosas es ver la perfección de la Santa Verdad. Ver la perfección de cómo se mueven las cosas es ver la perfección de la Santa Voluntad que, tal como hemos comprobado, tiene que ver con el cambio y con la transformación. La Santa Verdad y la Santa Voluntad son algo relativamente aceptable para la gente, pero la Santa Perfección es una de las Ideas Santas con relación a la que muchas personas tienen dificultades. Si aceptamos realmente lo que nos dice la Santa Perfección sobre el estado objetivo de las cosas, no podemos quejarnos de cómo es ninguna cosa, así como de nada de lo que ocurra.

La naturaleza fundamental de las cosas

Si, por ejemplo, se produce un terremoto en algún lugar, en este caso se trata de la acción de la Santa Voluntad. A muchos, si mueren cientos de personas, nos cuesta ver la perfección de ello. Pero la perfección no existe al nivel de discurso; no existe en el nivel de alguien que muere bajo una roca que ha caído en el terremoto. La Santa Perfección reconoce que no hay una roca separada ni persona golpeada por ella. Lo que llamamos "roca" y "persona" no son más que manifestaciones de la esencia de Dios. Por lo tanto, desde la perspectiva de la Santa Perfección, un trozo inseparable de la esencia de Dios cae sobre otro trozo inseparable de la esencia de Dios, y se trata de algo muy elegante, porque todo es el movimiento de la esencia de Dios.

El punto de vista egóico es el de que hay rocas que caen sobre la cabeza de la gente y esto es terrible. Y esto es terrible desde este punto de vista. Pero la Santa Perfección no es un asunto de ver lo que pasa desde el punto de vista egóico y después tratar de cambiarlo para hacer que case con lo que pensamos que es correcto. Si hiciéramos esto, tendríamos que controlar a la naturaleza y tendríamos que reformar a toda la humanidad hasta que todo el mundo se comportara de un modo correcto y perfecto según lo que creemos está bien.

El percibir la Santa Perfección significa ver más allá de este nivel. Significa ver la realidad desde un punto de vista trascendente, que supone verla desde una condición iluminada sin ego. Desde esta perspectiva no podemos hablar de un acto imperfecto; la Santa Perfección se considera algo inherente a todo lo que pasa. En el momento que decimos que lo que pasa no está bien, estamos diciendo que no forma parte de la Santa Voluntad, o de que la Santa Voluntad está actuando de un modo imperfecto, lo que es imposible.

Lo que no significa que tengamos licencia para hacer lo que nos plazca, justificándolo al decir que "todo acto es perfecto". Sólo quien se asienta en la Santa Perfección, y la percibe de continuo, puede actuar de un modo totalmente espontáneo. Dicho acto será, de un modo natural, una expresión de la bondad y del amor fundamentales. Dicha acción es espontáneamente responsable, puesto que la Santa Perfección incluye a la inteligencia intrínseca de la Santa Voluntad.

Podemos objetar a este punto de vista diciendo que la muerte es algo terrible, por lo que todo lo que pasa no puede ser perfecto. Desde la perspectiva del ego, de acuerdo, es terrible. Pero desde la perspectiva del estado iluminado, no vemos caer los edificios ni morir a la gente. Vemos la naturaleza fundamental de estas cosas. Por ejemplo, ya sea en un momento

particular la naturaleza del H_2O, agua o hielo, es algo que no cambia su naturaleza fundamental. La muerte es simplemente una forma que se transforma en otra.

La Santa Perfección supone, por consiguiente, que no percibimos sólo la superficie de las cosas, sino por el contrario, su nivel fundamental. Cuando nos quedamos en el nivel de la diferenciación, los detalles y la discriminación, nos liamos con preferencias y juicios, lo que nos da una posición. Cuando observamos desde dicha posición, no vemos la dimensión plena de la realidad.

La Santa Verdad, tal como hemos visto, nos dice que la realidad existe en el ahora, como el ahora. Por "ahora" no me estoy referiendo a parte de una secuencia en el tiempo. Si permanecemos en el presente, y nuestra consciencia está realmente presente en este momento, no vagando al pasado o al futuro, reconocemos que el ahora no es tiempo; no se trata de un punto entre el pasado y el futuro. El ahora es este libro, la silla en la que estamos sentados, es nosotros. Todo ello está creado por el ahora, es el ahora, es el presente. Es la presencia y es el Ser. Cuando vemos la esencia -la esencia de todas las cosas- reconocemos la perfección y la adecuación intrínseca de todo. En el momento en que nuestra mente vaga al pasado y al futuro, no estamos centrados en la realidad intrínseca de las cosas. Nuestra mente se centra en el cambio de las formas, y lo que creemos suponen dichos cambios. Entonces perdemos la percepción de lo que realmente existe en este preciso instante.

Por consiguiente la Santa Perfección es ver la Santa Verdad de cierto modo. Es ver que la Santa Verdad significa que todas las cosas en todo lugar están bien en cualquier punto del espacio. Cuando lo reconocemos, se convierte en una importante base para nuestro trabajo. En ese caso podemos ver que trabajar con nosotros mismos no es una cuestión de intentar ir a cierto lugar donde nos sentimos perfectos; por el contrario es un asunto de descubrir la perfección que ya existe, intrínseca a nosotros y a todas las cosas. Es una cuestión de ver con consciencia y comprensión a través de nuestros dilemas, más que de hacer que pasen las cosas.

Simplemente estar con lo que estamos viviendo es suficiente para experimentar su inherente perfección. Esta aceptación de lo que hay, no es la versión de la aceptación del ego, que es lo opuesto al rechazo. Si decimos: "Ahora acepto esto", estamos haciendo un juicio de que ahora esto está bien y hemos decidido aceptarlo. Pero ¿has decidido que vas aceptar el sol? La existencia del sol es un hecho. Por lo que la aceptación que conduce a la Santa Perfección no es ni decir no ni decir si.

Si realmente nos permitimos estar en este momento, descubriremos que todo empieza a brillar. Todo es radiante, luminoso, claro y transparente. Esta brillante consciencia luminosa contiene toda clase de cualidades maravillosas: amor, armonía, belleza y gracia. Y podemos ver que hay una sensación de perfección, una adecuación de cómo son las cosas. Se trata de la condición real de todo, pero nuestro foco de perfección no está normalmente focalizado, por lo que no vemos las cosas como son. A causa de que nuestro lente está fuera de foco durante gran parte de nuestras vidas, hemos llegado a creer que nuestra percepción distorsionada constituye el modo en que son las cosas.

Por consiguiente, para ver el mundo desde la perspectiva de la Santa Perfección, hemos de estar en el momento, en contacto con nuestra presencia, nuestra esencia. Nuestra consciencia debe estar con lo que existe en el momento; lo que estamos experimentando en nuestros cuerpos, los sonidos que oímos, la temperatura del ambiente. Más presentes estamos en el ahora, más reconocemos que el ahora no tiene nada que ver con el tiempo y que el ahora lo es todo. Cuando lo comprobamos, existe una certeza, un conocimiento innato, de que así son las cosas. Cuando nuestras lentes de percepción finalmente se corrigen de este modo, de forma innata sabemos que estamos viendo realmente con claridad, y se nos hace evidente lo mal focalizadas que han estado nuestras lentes. Sabemos, entonces, que no estamos interfiriendo con la realidad; simplemente estamos viendo las cosas como son.

Juicio comparativo

Hemos analizado lo que significa la Santa Perfección. Ahora queremos explorar qué sucede cuando la perfección intrínseca de la existencia no se percibe. Como hemos visto, una *ilusión específica* surge como resultado directo de la ausencia perceptual de cada Idea Santa. Dicha

ilusión subyace a un modo particular de experimentar y acercarse a la realidad, y forma el centro del núcleo de cada fijación. La ilusión surge consecuentemente con la pérdida de la Idea y con la pérdida de la sensación de verse "arropado" en la temprana infancia. La Santa Perfección, como hemos visto, significa que todo es perfecto y está bien. Si no existe dicha perfección, se produce el convencimiento de que algunas cosas son menos perfectas que otras, o que algunas cosas son perfectas y otras no lo son. Existe la sensación de que en algún lugar hay algo mal. Nace la creencia de que existe real y absolutamente algo bueno y malo, correcto e incorrecto, que algunas cosas son intrínsecamente mejores que otras, y que podemos hacer juicios comparativos sobre lo que existe. Para poder hacer una comparación debe haber por lo menos dos cosas, lo que constituye la ilusión de la dualidad del Punto Ocho. Donde no sólo comparamos cosas y decimos que una es pequeña y la otra grande, sino que consideramos que la más grande es mejor. Por lo que no sólo se produce una comparación de por lo menos dos entidades diferenciadas, sino que también se produce un juicio de valor.

La ilusión del Punto Uno, por lo tanto, constituye el convencimiento de que los juicios comparativos son definitivos y decisivos. Evidentemente, las cosas pueden compararse en la superficie, pero creer que dicha comparación refleja su naturaleza fundamental es una ilusión del ego. Los juicios comparativos sobre el nivel relativo en ocasiones son útiles, pero cuando hablamos sobre las Ideas Santas, hablamos sobre un modo de experimentar las cosas que es trascendente en relación al nivel relativo. Por lo que no estamos diciendo que debido a que todo es perfecto, tengamos que comer comida podrida. Tampoco estamos diciendo que cuando estemos enfermos no tengamos que acudir al médico. Evidentemente, si queremos gozar de salud, hemos de cuidarnos de nosotros, lo que implica juicios comparativos. La Santa Perfección no niega este nivel de las cosas, pero cuando hablamos de nuestra esencia, nuestra existencia innata, estamos analizando un nivel de realidad que está más allá del hecho concreto de que nuestro cuerpo goce o no de salud, o incluso de si estamos o no estamos vivos. Desde esta perspectiva, incluso el cáncer que nos mata forma parte de la perfección de todo lo que hay. En última instancia, tal como hemos visto, incluso nuestra muerte forma simplemente parte de nuestra naturaleza fundamental así como parte de todo lo que existe, que simplemente va cambiando de una forma a otra.

Solemos sumarnos al punto de vista egóico de la realidad, puesto que creemos que este es el modo en que sobreviviremos. Pero cuando percibimos desde el punto de vista objetivo, reconocemos que este punto de vista no sólo nos ayudará a sobrevivir, sino que también nos ayudará a sobrevivir con armonía. El punto de vista objetivo no elimina el punto de vista egóico; lo subyace y lo contiene. El cuerpo, por ejemplo, posee un sistema circulatorio y un sistema inmunológico; estos rasgos internos no son aparentes en la superficie, y si no los tomamos en consideración, no somos objetivos en relación a nuestro cuerpo, por lo que nuestras probabilidades de supervivencia serán bajas. Por consiguiente, tener en cuenta el punto de vista objetivo no elimina la superficie -si, existe un rostro, piel y pies- pero añade mucho más a la situación.

Como ya hemos visto, la pérdida de la Idea Santa de cada eneatipo conduce a su *ilusión específica*. La perdida del entorno de apoyo conduce a la *dificultad específica* y la pérdida de confianza básica conduce a la *reacción específica*. La ilusión es lo que determina las características tanto de la dificultad como de la reacción.

Equivocado

En el caso del eneatipo Uno, la *dificultad específica* es la sensación o convicción de que algo anda mal en nosotros, de que somos imperfectos de un modo intrínseco y de que fundamentalmente fallamos de base. No se trata de que hayamos hecho algo mal y nos sintamos culpables, como en el Punto Ocho, sino, más bien, de que hay algo inherentemente equivocado u erróneo en quién y qué somos.

Desde el inicio del nacimiento del ego, la deficiencia del entorno de apoyo se experimenta a través del filtro de los juicios comparativos. Experimentamos algo doloroso en relación al apoyo -no ser cuidados de un modo adecuado o no sentirnos sostenidos- y lo experimentamos como un error, un defecto. A causa de que no comprendemos o percibimos la Idea Santa de Perfección, interpretamos la ausencia de apoyo considerando que significa que

algo anda mal en nosotros. Más tarde, intentamos descubrir qué falla. Por regla general examinamos nuestro cuerpo o mente, encontrando una u otra cosa que no marcha, y creemos que esta es la causa de que no nos quisieran nuestros padres o no nos cuidaran del modo que precisábamos. Pero por debajo de esto existe la convicción profunda de que falla algo mucho más intrínseco, de que en nuestro ser en sí mismo hay algo malo.

El convencimiento de que hay algo fundamentalmente equivocado en nosotros no se limita a aquellos de nosotros cuyo eneatipo es el Punto Uno. Es común a todos los egos. Del mismo modo que todos los niños crecen con el convencimiento propio del Punto Ocho de que han hecho algo malo, todos los niños crecen creyendo que hay algo inherentemente malo en ellos. Es algo universal, concomitante a la naturaleza del ego, y solemos estar muy ocupados intentando descubrir que hay de malo en nosotros con el fin de poder corregirlo. Como en el caso de cualquier otro punto del Eneagrama, dicho convencimiento no puede remediarse mediante la experiencia de un estado esencial, puesto que no se debe a la pérdida de un aspecto esencial o cualidad del Ser, como el gozo o el amor. No se trata de un agujero. Cuando no está presente la Idea Santa de la Perfección, no importa que aspecto diferenciado del Ser estemos experimentando; se produce la ilusión de que algunas cosas son perfectas y otras no, y se mantiene la sensación o convicción de que somos inherentemente imperfectos. Se trata de un convencimiento de nuestra alma que está determinado por la ilusión de comparación. Es una creencia cristalizada o idea sobre uno mismo que gira al alma en una dirección concreta. Es algo que únicamente el comprender y encarnar la Idea Santa puede cambiar.

La Idea Santa es que todo es perfecto. Si todo es perfecto, no puede haber en nosotros nada fundamentalmente malo, puesto que formamos parte del todo. La pérdida de esta perspectiva significa que percibimos que algo anda mal en algún lugar, y, como hemos comprobado, nos dirigimos a nosotros mismos y nos sentimos imperfectos en comparación a algo o alguien. Esta comparación de nosotros con la idea acerca de cómo podríamos ser se inicia en la infancia en forma de la discriminación entre como nos sentíamos cuando había apoyo y cómo nos sentíamos cuando carecíamos de éste, entre lo que se experimentaba como perfecto y lo que se experimentaba como imperfecto. Por lo que en última instancia, la comparación es entre nuestras propias experiencias en distintos momentos, y no entre nosotros y algún otro. Nos sentimos mal, imperfectos, o no lo suficientemente perfectos en relación a una imagen de perfección. Simplemente el hecho de que creamos que hay algo equivocado en nosotros nos indica la creencia de que existe algo como la perfección, que ni encarnamos ni poseemos.

Este juicio sobre lo que en nosotros no es correcto se basa en comparaciones según un estándar subjetivo. Dicho estándar es elaborado posteriormente por el superego, nuestro entorno social o nuestros valores espirituales. Varía según lo que hagamos y con aquello que nos influencia más profundamente, y se produce una suerte de rectitud que nos conduce a apegarnos a ello.

Automejora

Tal como hemos visto, cada punto tiene una *reacción específica* -una actividad en la que, en respuesta a la *dificultad específica* nos comprometemos- que es el resultado de la pérdida de confianza básica mediante la ilusión. En el caso del eneatipo Uno, la pérdida de confianza básica se contempla mediante los lentes de los juicios comparativos, y el resultado es la reacción de intentar mejorarnos. Creemos que algo anda mal en nosotros, y por lo tanto intentamos arreglarlo. Se produce una actitud resentida de comparar, juzgar y criticarnos a nosotros mismos, una actividad obsesiva y compulsiva para cambiarnos o modificarnos a nosotros mismos o a nuestra experiencia.

La presencia de la *dificultad específica* siempre nos sitúa en la búsqueda de imperfecciones. Nos observamos a nosotros mismos, rastreando cualquier imperfección o error para poder corregirla. Si nos comprometemos en el trabajo espiritual, la autoobservación, que normalmente forma parte de éste, se ve captada por el ego para poder descubrir cual es el problema y cambiarlo. Examinamos nuestro nivel de comprensión y desarrollo, y lo comparamos con los de otros inmersos en el Trabajo. Comparamos nuestro

estado actual con el que teníamos cuando creíamos estar más iluminados. Nos medimos con nuestro estándar de cómo se supone debe ser una persona realmente iluminada, y donde deberíamos estar en este momento de nuestro desarrollo espiritual. Existe una actividad mental incesante. No podemos dejarnos solos. Estamos constantemente examinándonos, creyendo que si fuéramos distintos, podríamos descansar. Pero de este modo no podremos descansar nunca, puesto que no hay nada fundamentalmente mal en nosotros.

¿Hemos comprobado que incluso cuando nos estamos divirtiendo no nos dejamos solos? Incluso cuando parece que las cosas van bien, seguimos examinado, para ver si se supone que esto es lo que debería estar pasando. "¿Es correcto sentir? ¿Si estuviéramos iluminados, sería correcto sentir placer? Tal vez deberíamos sentir algo distinto." Siempre encontramos un modo de trastocarlo todo.

Esta actividad del ego es básicamente de resentimiento, en el sentido de que estamos negando nuestra experiencia de un modo agresivo y mediante juicios. En el resentimiento existe rechazo, conformado por la ira y la negación de nuestra experiencia. Esencialmente estamos diciéndole a nuestra experiencia: "No deseo esto". El resentimiento no siempre se siente, pero está implícito en la actividad del ego. Cuando intentamos mejorarnos y ello no funciona, podemos ser conscientes de sentirnos resentidos, pero simplemente estamos experimentando el resentimiento que ya existía. Este resentimiento es omnipresente en la mayoría de las experiencias de las personas, minuto a minuto, ya sea que lo percibamos o no conscientemente, y forma una gran parte del contenido de nuestro sufrimiento.

La mayoría de nosotros nos acercamos al trabajo espiritual con la creencia de que si trabajamos con nosotros mismos lo suficientemente a fondo, finalmente daremos con el estado correcto, y podremos dejarnos en paz. Creemos que nos pasará algo -nos caerá un rayo y seremos transformados- y que ya no tendremos que mejorarnos más. Intentar encontrar el estado adecuado o el truco adecuado para alcanzar la iluminación no funciona puesto que desde el estado iluminado vemos que todas las cosas, incluyéndonos nosotros mismos, ya son perfectas y no precisan de cambio alguno. La iluminación es nuestra naturaleza innata, no tenemos que ser golpeados por nada y podemos dejarnos en paz ya.

Lo que realmente tenemos que hacer es ver a través de la *reacción específica* para identificar la *dificultad específica* en nosotros, luego la *ilusión específica* y luego la Idea Santa. Es lo único que puede detener nuestra tendencia obsesiva a mejorarnos. Entonces seremos capaces de ver que nuestra perfección no depende del estado en que nos encontremos. Se trata de la verdad objetiva en cualquier estado y en cualquier momento.

Esta actividad de intentar mejorarnos constituye un reflejo del hecho de no tener confianza en que la realidad es fundamentalmente perfecta tal cual es, y que ésta se desplegará de un modo perfecto. Esta desconfianza se experimenta mediante el filtro de la ilusión, por lo que los juicios de bueno y malo se consideran intrínsecos y definitivos.

Otro modo en que la actividad de la reacción específica puede manifestarse es en forma de la tendencia obsesiva a probarnos a nosotros mismos y a los demás que no nos pasa nada malo, que cumplimos los patrones correctos y que estamos bien. Algunas personas, por ejemplo, siempre tienen que tener razón, sea cual sea la situación. Esta actitud de demostrarnos siempre a nosotros mismos o a los demás que somos perfectos y tenemos razón es un modo de ocultar la creencia o sentimiento de que algo anda mal en nosotros. Se trata de una reacción de formación, hacer precisamente lo contrario de lo que consciente o inconscientemente creemos sobre nosotros mismos. Si realmente tenemos la sensación de que estamos bien ¿por qué habría que demostrarlo? ¿Por qué necesitamos demostrar de un modo compulsivo que tenemos razón? Si realmente nos sentimos bien, que necesidad hay de confirmarlo.

La actividad de la *reacción específica*, por consiguiente, puede variar entre intentar siempre mejorarnos e intentar constantemente demostrar que somos buenos y tenemos razón. La gente difiere en términos de cual de estos comportamientos predominan, pero subyaciendo a ambos estilos de comportamiento está el convencimiento de que algo anda mal. Dicho de otro modo, se trata de una *reacción específica* a la creencia o sensación de que algo anda mal en nosotros.

Ahora podemos ver toda la constelación: siempre estamos ocupados examinándonos a nosotros mismos, comparándonos y juzgándonos. No vemos simplemente el estado que experimentamos tal como es. Hemos de compararlo a algo: otro estado, o un estado similar que experimentamos en otra ocasión, o con alguna idea en nuestra mente. No estamos simplemente con nuestra experiencia. La vemos siempre desde otra perspectiva, desde otro lugar, de un modo comparativo, en lugar de sólo verla por lo que es y tal como es. Si observamos de este modo nuestra experiencia o a alguien o algo en el mundo, y comparamos aquello que es bueno o mejor, o peor, que algo, lo hacemos porque queremos mejorarlo. Lo que significa que creemos que hay algo equivocado y también que no vemos la Santa Perfección.

Es importante comprender que si pensamos que necesitamos mirarnos a nosotros mismos y a nuestras experiencias mediante juicios comparativos, nuestra motivación no es la de comprender, y nuestra actividad no será la del Ser. Se tratará de la actividad del ego. La actividad real no es una cuestión de comparar o juzgar; es una cuestión de experimentar las cosas tal como son y responder desde la inteligencia dinámica del Ser. La motivación de fondo es la de sentir curiosidad por saber acerca de lo que estamos observando, porque nos gusta experimentar la realidad. Se trata de una actitud muy distinta a la de observar las cosas mediante la creencia soterrada de que necesitan mejorarse.

Para alguien que funciona objetivamente, todo lo que se presenta está bien. Ni siquiera dice: "Oh, esto es lo que debería estar pasando." Lo que se presenta es como es, y posee un sabor de perfección. No existe una actividad con la intención de pretender que surja un estado sublime. Si lo que se presenta se experimenta como sublime, o no, es simplemente una cuestión de detalle; su perfección es algo mucho más profundo que esto. Si no funcionamos desde la perspectiva de la objetividad, estamos obligados a funcionar desde la perspectiva del ego, y nuestra experiencia invariablemente incluirá resentimiento, juicio y comparación. No hay alternativa. Cuanto mejor comprendemos la Santa Perfección, en mayor medida decrecerán estas actividades del ego; pero es importante comprender que seguirán presentes hasta que se realice plenamente la perspectiva de la Santa Perfección.

El Ser funciona sin la guía de la mente. Es algo que podemos ver claramente cuando observamos desde la perspectiva de las Ideas Santas. Cuando vivimos en la visión de la Santa Perfección, no nos experimentamos comparando o actuando. Simplemente percibimos el mundo y a todo el universo transformándose. No existe discriminación sobre quien hace que. Todo el universo actúa como un solo cuerpo, fluyendo de este u otro modo según sus propias leyes naturales, sin siquiera la discriminación de que esto es lo que está sucediendo. Pero puesto que solemos funcionar desde la posición de creer que estamos separados y de que existen entidades discretas, da la sensación de que hacemos que las cosas sucedan y tenemos también la sensación de que las comparaciones son reales. Por consiguiente, si operamos según juicios comparativos, esto significa que creemos que somos una entidad separada con nuestro propio mundo independiente, y que la dualidad es real. Pero se trata únicamente de ilusiones.

Cuando dejamos de funcionar bajo la ilusión del eneatipo Uno, lo que significa que no nos dedicamos a hacer juicios comparativos, nos damos cuenta de que no somos un individuo separado y de que no poseemos un mundo separado (la ilusión del eneatipo Cinco) y de que no existe dualidad en el universo (la ilusión del eneatipo Ocho). Por lo tanto, desde el instante en que nos liberamos de una ilusión, somos libres de todas ellas, puesto que cada una implica a la otra. Las Ideas Santas están todas conectadas, así como lo están todas las ilusiones. Son facetas del mismo ego, y todas las Ideas Santas son facetas de la misma realidad. Por consiguiente no es posible poseer la Santa Perfección y al mismo tiempo creer que somos una entidad separada, puesto que la Santa Perfección significa que todo es perfecto, y dicha perfección incluye la Santa Verdad de que todo es uno.

Hemos visto que la idea de la Santa Perfección, como todas las Ideas Santas, no es fácil de comprender o de atrapar. Lo que es cierto a causa de que las Ideas Santas son lo contrario de lo que solemos creer, y lo que solemos creer se basa en las ilusiones que constituyen la expresión directa de la ausencia de dichas percepciones. Lo que hace muy difícil comprender y apreciar realmente aquello a lo que hacen referencia las Ideas Santas. En particular, las

Ideas Santas de los eneatipos Ocho, Nueve y Uno son clarificaciones de la realidad en general, por lo que constituyen realmente intentos de expresar el mismísimo misterio del Ser. Comprender dichas Ideas es poseer una fuerte sensación -ya sea mediante la experiencia o la intuición- de lo que queremos decir por "naturaleza intrínseca". Comprender realmente las Ideas Santas, por lo tanto, significa abandonar nuestro punto de vista familiar, soltarlo y ver a través de él de un modo básico y fundamental. No se trata de un cambio pequeño, sino de una gran convulsión.

Perfección relativa

Para apreciar de un modo más profundo la Idea de la Santa Perfección, podemos explorar más a fondo la diferencia entre su perfección absoluta y fundamental, y la relativa perfección de nuestro punto de vista habitual. Para hacerlo, utilizaremos la metáfora del oro. A partir de oro puro de veinticuatro quilates podemos hacer todo tipo de cosas, como joyas o instrumentos científicos. Imaginémonos que no sabemos que el oro es precioso y que no podemos apreciar la diferencia entre algo hecho de latón o de oro. Un anillo de oro puede estar hecho de un modo perfecto o imperfecto, puede irte bien o no. Si te va bien y te gusta el modo en que está hecho, puedes pensar que es perfecto. Si no te va bien o no está muy bien hecho, puedes pensar que es imperfecto. Se trata de un ejemplo de la observación de su relativa perfección.

Pero desde la perspectiva de la Santa Perfección, todo lo que hagamos con el oro sigue siendo oro. El hecho de que sea oro no cambia si la joya está bien hecha o no, o si nos gusta o no, o por el hecho de que distingamos o no su preciosidad. Adopte la forma que adopte no tiene nada que ver con el hecho de que fundamentalmente sigue siendo oro. Por lo que apreciar el oro y ver que el oro es perfecto, puro y luminoso es semejante a ver la perfección de la realidad.

Todo lo que existe es oro. El oro es Ser, y toda la realidad es Ser. Las formas que adopta la realidad, como tener el aspecto de un anillo o el de un brazalete son secundarias. Pero el ego se identifica a si mismo con la forma que ha adoptado el oro y dice: "Soy yo: soy un anillo." Luego decide si el anillo es bueno o malo, feo o bonito, etc. Al decir que somos el anillo, nos olvidamos del hecho de que somos oro. Cuando nos olvidamos del hecho de que somos oro, perdemos la sensación de nuestra absoluta perfección, y sentimos que algo anda mal. Evidentemente, algo parece ir mal, porque no estamos contemplando la verdadera perfección de lo que somos.

Cuando sentimos que algo va mal, intentamos comprender que hay de malo en el anillo ¿Es demasiado grande o demasiado pequeño? Tal vez tenía que haber sido diseñado de un modo más moderno, o quizás de un modo más clásico. Intentamos mejorarlo un poco. Pero hagamos lo que hagamos, siempre hay algo que no cuadra del todo. Nunca nos parecerá bien hasta que nos demos cuenta de que el anillo es realmente oro. Mientras no veamos el oro y su preciosidad, siempre tendremos la sensación de que hay algo mal, y siempre intentaremos manipularlo para mejorarlo.

Ver el oro no quiere decir que no veamos el anillo. No elimina el nivel de la forma, el nivel relativo. Simplemente porque realicemos que es oro y es precioso y perfecto, ello no significa que si el anillo es demasiado pequeño para ti, te sientas cómodo. No lo estarás. El juicio relativo simplemente no desaparece. Está ahí por motivos prácticos. Pero en el trasfondo hay algo mucho más fundamental que es que este anillo es precioso independientemente de que nos vaya bien o no. Lo que es precioso no es como nos va, sino el hecho de que es oro.

Se trata de la percepción que estamos intentando penetrar: ver la cualidad de oro de las cosas en lugar de la cualidad de anillo de las cosas, en la que el ego se focaliza. El ego está siempre viendo anillos, y decidiendo si son o no perfectos, lo que se ha convertido en un habito. Nos hemos centrado tanto en la forma del anillo que dejamos de ver de qué está hecho. Vemos su forma en lugar de su naturaleza. Y nos definimos por dicha forma. Luego, independientemente de lo bella que sea esta forma, siempre sentimos que algo va mal, falta algo, porque no estamos experimentando la cualidad real de nuestra verdadera naturaleza. Mientras no estemos en contacto con nuestra naturaleza intrínseca, que es la naturaleza de todas las cosas, tendremos la persistente sensación de que algo anda mal. Esta sensación

persistente es la semilla de la fijación del eneatipo Uno. Sentimos que hay algo imperfecto porque buscamos otra cosa y no vemos nuestra perfección. A ello le sigue la cualidad de la comparación, el juicio, así como intentar hacer que nosotros y nuestra situación mejoren para sentirnos perfectos. Pero nunca nos sentiremos bien, hasta que simplemente nos relajemos y descubramos cual es realmente nuestra situación.

La perspectiva de las Ideas Santas es la de que la totalidad del universo y todo lo que existe es oro. Tal vez el oro esté tapado y haya distintos tipos de encubrimientos, pero sin embargo, todo está realmente hecho de oro. Esta es la causa de que haya Santa Perfección por doquier.

Por consiguiente, básicamente, el estado de existencia objetiva -Nirvana, iluminación o unidad- es ver la cualidad de oro de toda existencia. Es ver que todo siempre es oro; nunca cambia. Solemos observar las formas secundarias y los cambios de dichas formas, que no son fundamentales para su realidad. Por lo tanto, si creemos que somos un anillo, evidentemente, perder nuestra forma constituye un cataclismo. Convertirnos en un charco de oro sería algo terrible. Es lo que llamamos muerte. Pero si sabemos que somos oro ¿qué es la muerte? Sabemos que nos convertiremos en algo la próxima vez.

Hemos analizado la experiencia de la Santa Perfección y hemos explorado en nosotros mismos que es lo que surge en su ausencia: los juicios comparativos y la rencorosa actividad del ego; así como el consiguiente intento de mejorarnos o perfeccionarnos. Ahora queremos explorar más a fondo el elemento pendiente: la *dificultad específica*, la sensación o convencimiento de que algo anda mal en nosotros. Como hemos analizado anteriormente, este es el modo en que experimentamos la falta de sostén y la falta de la Santa Perfección. Esta honda creencia de que algo anda mal en nosotros la mayoría de las veces se proyecta al exterior, por lo que vemos algo equivocado en algún lugar e intentamos mejorarlo.

Trabajar con el núcleo de la fijación

Como hemos comprobado, nuestra respuesta habitual a la creencia de que algo anda mal en nosotros es tratar de descubrir que es para poder corregirlo. Podemos pensar que lo malo es nuestro pelo, por lo que vamos al peluquero a cambiarlo. Lo que no lo arregla y decidimos que estamos demasiado gordos y tenemos que hacer dieta. Luego pensamos que lo que no está bien son nuestros rasgos, por lo que pensamos que necesitamos cirugía estética. Luego nos parece que lo que falla es que necesitamos más dinero. Lo que está mal cambia constantemente y, hagamos los cambios que hagamos, nunca eliminamos la sensación de que algo anda mal. Hemos de darnos cuenta de que siempre estamos tratando de enfrentarnos a la sensación de que algo anda mal. En realidad no hay nada que ande mal, existe sólo la sensación de que algo anda mal. Lo que hemos de hacer es estar en contacto con la creencia o la sensación de que algo anda mal en nosotros y ver lo que sentimos. Queremos identificarnos y explorar este estado carencial del alma que nos impulsa constantemente a mejorarnos.

La experiencia de carencia puede variar ligeramente para distintos puntos del Eneagrama. Pero mientras tengamos un ego, tenemos esta sensación de que algo anda mal. Mientras tengamos el convencimiento de que nuestra alma es imperfecta, no importa lo perfecto que sea nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestra vida. No sirve. Siempre tenemos la sensación de que algo anda mal. No se trata de que seamos un anillo imperfecto; se trata de que fundamentalmente no somos un anillo. Creemos que nuestra naturaleza real es imperfecta porque no vemos que es oro. Probablemente creemos que es estaño. Si hubiéramos visto que era oro, hubiéramos comprobado que no es imperfecta y que, de un modo intrínseco, es perfecta. A medida que penetramos en la sensación de inadecuación y reconocemos que sólo es una sensación que no tiene nada que ver con la realidad, nos podemos convertir en un canal que revele nuestra perfección real.

Mientras creamos que podemos encontrar algo malo en nosotros, nos odiaremos por ello. Si investigamos la actividad del ego de juzgar y de comparar, reconoceremos el odio que contiene. Pero si exploramos la sensación real de inadecuación, descubriremos que realmente no podemos encontrar nada que señalar como erróneo. Lo erróneo va cambiando. Se trata de una creencia que es fruto de no tener una cierta percepción de nosotros. Si vemos realmente que simplemente es una creencia, así como el sentimiento de inadecuación o de algo malo que

acompaña a esta creencia, reconoceremos que se basa en una perspectiva mental, una ilusión, y entonces será posible soltarlo. La actividad de intentar descubrir lo que hay de malo en nosotros y mejorarlo se vuelve superflua cuando reconocemos dicha ilusión por lo que es. Reconocemos que está actividad es una pérdida de tiempo porque no sirve para nada, puesto que de cualquier modo no hay nada que corregir. Por consiguiente perdemos la motivación que hay tras esta rencorosa actividad del ego.

Mientras creamos que algo anda mal, nos sentiremos motivados a proseguir dicha actividad, dicha búsqueda. Pero al reconocer que tenemos una creencia que nos hace ignorar la verdadera naturaleza de las cosas, vemos que se trata simplemente de ignorancia, no de equivocación. Esto es lo que constituye una ilusión: creer algo sobre la realidad que no es verdad. Se trata de una alucinación.

El profundo convencimiento de que algo anda mal en nosotros marca la ilusión, el juicio comparativo. Hemos de experimentar totalmente la *dificultad específica* de sentirnos equivocados, o sentirnos mal, si hemos de discernir la ilusión implícita en ello.

Cuando experimentamos realmente la sensación de inadecuación y reconocemos que está basada en la ilusión de que algo anda mal en algún lugar, entonces es posible ver la Santa Perfección. Cuando la realidad se ve en su objetividad, no sólo existe el sentido luminoso de perfección y de plenitud, sino que también hay un cese, o un descenso, de la actividad del examen y de la comparación, así como de la de intentar cambiar nuestro estado. Empezamos a permitirnos ir más a nuestro aire y, en cierto momento, dejamos incluso de pensar si lo que experimentamos es bueno o malo. Se produce una sensación de acomodo, ligereza o suavidad. Una sensación de apoyo y confianza manifiesta que las cosas están bien y estarán bien de un modo intrínseco, que el universo está bien y funciona de un modo inteligente.

Por consiguiente, percibir la Santa Perfección permite que nazca la confianza básica. Si todo es perfecto, podemos confiar en ello. Podemos confiar en su funcionamiento y en sus cambios, puesto que nos damos cuenta, de un modo intrínseco, de que todo está bien. La confianza básica significa confianza en lo fundamental, en la naturaleza intrínseca de las cosas, en la realidad última.

Como ya hemos comprobado, la sabiduría de cada Idea Santa nos ayuda a clarificar nuestra orientación hacia el trabajo de desarrollo espiritual. Desde la perspectiva de la Santa Perfección, hacer el Trabajo se convierte en una cuestión de no llevarlo a cabo desde la perspectiva del juicio, sino desde una actitud de entrega a la realidad tal como es y del modo en que se despliega. Se trata de confiar en que soltarnos a la realidad es el Trabajo, y dicha comprensión significa tanto ver la ilusión que nos impide entregarnos como el proceso de despliegue en sí mismo. Nuestra práctica se convierte entonces simplemente en dejar que todo sea; en estar simplemente presentes con todo lo que se presente, sin juicios ni comparaciones. Consiste en interesarnos, en ser curiosos y estar abiertos al despliegue perfecto de la verdad que hay en nuestro interior.

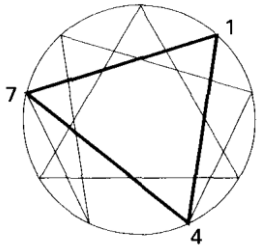
Estar presentes, sea cual sea nuestra experiencia, significa no estar comparando nuestra experiencia con la de algún otro. No estamos comparando nuestra experiencia actual con la de ayer. No estamos comparando nuestra experiencia con ciertos modelos estándar. Estamos presentes con ella porque tenemos curiosidad y queremos saber de qué va. Si nos constituimos en jueces de nuestra experiencia, decidiendo lo que es bueno o malo, o lo que es suficientemente bueno o no suficientemente bueno, entonces dejamos de estar abiertos a ello de un modo que nos permita verlo y comprenderlo objetivamente.

La tendencia a hacer juicios comparativos e intentar cambiar las cosas interfiere con la experiencia, por lo que no podemos verla tal cual es. Si no podemos verla tal como es, estamos interfiriendo con el modo en que la realidad se revela a si misma, e impedimos que nos muestre la verdad que contiene. Hacemos imposible que nos muestre que estamos equivocados, que estamos trabados aquí y allá, así como también impedimos que revele su naturaleza que, al revelarse a si misma, vemos que es perfecta. Los juicios comparativos nos impiden ver la perfección de la realidad inherente, y nuestra interferencia hace imposible que ésta revele su perfección cada vez más. El hacer juicios y comparaciones bloquea el flujo de la realidad, por lo que la energía y la consciencia se estancan. Es preciso que nos rindamos al despliegue de la realidad, lo que significa no seguir nuestros juicios y comparaciones. La

entrega, por consiguiente, consiste en permitir que la comprensión haga su trabajo en lugar de intentar que las cosas vayan de cierto modo para que podamos convertirnos en una persona mejor.

Si no tenemos una actitud de comparar nuestra experiencia, si somos semejantes a un espejo, con el tiempo, la comprensión se convierte en el proceso de despliegue en si mismo a medida que la realidad se va desplegando en nuestra consciencia. Por lo que la comprensión se convierte en una intuición espontánea sobre nuestra situación del momento, independientemente de que estemos experimentando una ilusión o la presencia real de la Esencia; la vemos y la comprendemos. En este caso la comprensión se convierte simplemente en la revelación de la perfección de la realidad en su esencia y en su despliegue.

CAPÍTULO QUINCE



Punto Siete: SABIDURÍA SANTA, TRABAJO SANTO, PLAN SANTO

> La consciencia de que la Realidad existe como sucesión de momentos, cada uno de ellos experimentado como `el presente', y que sólo existiendo en el presente podemos experimentar el constante despliegue del Cosmos. Sólo trabajando en el presente podemos llevar a cabo el trabajo real y conseguir resultados reales.
>
> -Ichazo, 1972

La Idea Santa del Punto Siete es la Sabiduría Santa, el Trabajo Santo o Plan Santo. La Sabiduría Santa es, al igual que otras Ideas Santas, cierto modo de experimentarnos a nosotros mismos y a la realidad como un todo. Si poseemos la confianza básica y estamos presentes, nos damos cuenta de que existe una evolución, de que se produce una transformación, y de que hay un diseño específico de esta evolución y transformación.

El diseño que se despliega

La evolución se produce según cierto diseño; un diseño que es válido para todos los seres humanos. Este diseño se denomina el Plan Santo o el Trabajo Santo. Se trata de un Plan Santo en el sentido de que existe un diseño universal específico, que equivale al proceso del cosmos o el macrocosmos replicándose a si mismo en el microcosmos. El Trabajo Santo es la evolución misma, la transformación real; significa comprobar que no hay una transformación real que progrese paso a paso, de una fase a otra, y que siga cierta dirección.

Percibir este diseño y este proceso de transformación constituye la Sabiduría Santa, que significa percibir el Trabajo Santo o el Plan Santo. Por lo que, de nuevo, tiene que ver con funcionar; funcionar desde la perspectiva de un diseño. Si poseemos dicha perspectiva, evidentemente gozaremos de confianza básica. Al saber que las cosas se despliegan según cierto diseño, no necesitamos tener nuestros propios planes. No tenemos la necesidad de crearnos fantasías de cómo deberían ser las cosas. Por lo que podemos apreciar el modo en que la pérdida o ausencia de esta Idea nos conduce a crearnos fantasías de cómo deberían ser las cosas, de cómo vamos a ser, así como de hacer planes o planificar el futuro.

Es evidente que la fijación tiene que ver con un punto ciego que no nos permite ver el hecho de que existe un plan universal, de que existe una evolución que posee su propio impulso, su propia dirección y su propio plan; no tenemos que entrometernos. Si podemos darnos cuenta de esto -simplemente permitirnos confiar y estar en el presente- hagamos lo que hagamos, ello constituye el Trabajo Santo. Hagamos el trabajo que hagamos constituye el Trabajo Santo puesto que representa la evolución y el despliegue espontáneo del universo. Se trata del Trabajo Santo que transcurre según el Plan Santo. No hace falta que veamos todo el plan, simplemente hace falta que veamos que se despliega y funciona según un diseño. De vez en cuando tenemos esta intuición cuando trabajamos con nosotros mismos; nos damos cuenta de que el proceso universal posee su propia inteligencia, sigue su camino. Es cuando esto nos falta cuando sentimos la necesidad de hacer nuestros propios planes.

Por lo que podemos definir el Trabajo Santo como trabajo que se hace totalmente en el presente. Cuando estamos en el presente, de instante en instante, cualquier trabajo que hagamos es Trabajo Santo. Ello se debe a que si estamos realmente en el presente, no estamos

en nuestra mente planificadora, por lo que las cosas son espontáneas; van a suceder, más que de un modo fortuito, según el Plan Santo, el diseño natural. Esta es la causa de que hacer el trabajo con nosotros sea hacer el Trabajo Santo. ¿Qué estamos haciendo? El Trabajo Santo no es más que sumergirse en el Plan mismo; abandonando nuestros propios planes y nuestra propia manipulación, haciendo el Trabajo en el proceso y fluyendo con él.

La confianza básica significa que si nos permitimos estar presentes y existe una continuidad del Ser, se produce un despliegue de nuestros recursos naturales, incluyendo todos los aspectos esenciales, inteligencias y percepciones, así como el hecho de comprender lo que se debe hacer. Por lo que si, por ejemplo, nos sentimos cansados, podemos empezar a planear unas vacaciones. Lo que es distinto a la persona que hace regularmente vacaciones cada verano en Agosto. Pero si trabajamos intensamente y nos damos cuenta de que estamos quemados, empezamos a pensar: "¿Cuándo empezaré a necesitar un descanso?" Por lo que planeamos nuestras vacaciones con dos o tres meses de adelanto. De este modo, somos sensibles a lo que está realmente pasando, no sólo a nuestro plan de lo que se supone pasará. No estamos diciendo que la planificación regular esté en contradicción con el plan universal. Pero si la planificación está desconectada de lo que realmente sucede, del sentido de Ser, el sentido de la realidad, entonces se convierte en una fijación del eneatipo Siete. Lo básico de esta fijación es planificar, no sólo vacaciones, sino planificar como vamos a estar. Se trata de planificar para nuestra identidad, para nuestra vida, para el universo, para todo. Es algo mucho más básico.

He intentado proporcionar el sabor o la visión de lo que es la realidad cuando el ego no constituye su centro, de lo que significa la percepción objetiva de la existencia, de lo que hay realmente presente en caso de que miremos a través de los lentes de nuestras ilusiones. Por lo tanto, aunque estemos estudiando el Eneagrama de las Ideas Santas, no se trata realmente de un estudio del Eneagrama. Estamos utilizando el Eneagrama de las Ideas Santas como mapa organizador, pero con lo que estamos comunicando es con una realidad a la que el Eneagrama únicamente señala.

Aunque presento la percepción objetiva en términos de las nueve Ideas Santas, se trata de la misma realidad vista a través de nueve lentes, o desde nueve direcciones distintas. Comprender la realidad objetiva desde cada una de estas direcciones muestra de un modo implícito los principios inherentes de la existencia y el funcionamiento de la vida del ego, y por ello el Eneagrama constituye un buen mapa de dichas ilusiones.

Para clarificar la Idea Santa del Punto Siete -Plan Santo, Sabiduría Santa o Trabajo Santo- utilizaremos el lenguaje de otra enseñanza, la de los chamanes yaqui, tal como la introdujo el enigmático autor Carlos Castaneda en diversos libros. La naturaleza fundamental de la realidad, que llamamos el Absoluto, se conoce en esta tradición como "puro espíritu". El Absoluto o el puro espíritu no es algo manifiesto, en el sentido de que no puede ser experimentado o discernido mediante la percepción o los procesos ordinarios. Se trata de la naturaleza fundamental de todas las cosas, y es, en definitiva, lo único que existe. Pero si no es manifiesto ¿qué es lo que percibimos todo el rato? Desde la perspectiva yaqui percibimos lo que se denomina "emanaciones del espíritu", de las que existen un número infinito. Dichas emanaciones no son más que las manifestaciones del potencial infinito del puro espíritu mediante diferenciación y discriminación. Por lo que todo lo que puede ser visto, experimentado y conocido constituye una emanación del puro espíritu. Lo que incluye no sólo las dimensiones físicas, sino también lo que denominamos aspectos y dimensiones esenciales.

Mientras que las emanaciones del espíritu aparecen en muchas dimensiones, formas y sutilezas, nuestra consciencia ordinaria se limita a una gama restringida, a aquellas que realmente percibimos. La gama que percibimos está determinada por nuestro centro de atención, que, en la tradición yaqui, según Castaneda, se conoce por "punto de anclaje". Cuando dicho punto está presente en cierta emanación o dimensión de la realidad, ilumina dicha dimensión y la vemos. Lo que entra en el foco es entonces lo que vemos y experimentamos, y si un conjunto particular de emanaciones es constantemente iluminado de este modo, consideraremos que esta franja es la realidad. Por lo que el punto de anclaje es el punto de presencia que, utilizando cierto grupo de emanaciones, colecciona o crea una cosmovisión particular sobre la realidad y el sí mismo.

La mayoría de las personas han adoptado la cosmovisión que es fruto de fijar el punto de anclaje en la franja de emanaciones del mundo físico, acompañado de su mente egóica. El término yaqui para esta franja es el "lugar de razón", que considero significa el lugar del pensamiento: se trata de la realidad determinada por nuestros pensamientos, y nuestros pensamientos están básicamente condicionados por la realidad física. Poseemos el potencial de experimentar la totalidad de las gamas y emanaciones, pero estamos atrapados en un lugar restringido y relativamente pequeño, y a este lugar de pensamiento lo llamamos "realidad". Esta franja es real, forma parte de las emanaciones, pero se trata de una franja muy pequeña; y puesto que es todo lo que vemos, nuestra percepción global y nuestra comprensión de lo que somos se ve limitada y distorsionada. A causa de ello, acabamos no accediendo a las otras franjas de la realidad, que contienen posibilidades mucho mayores para la percepción, la experiencia y la acción.

El objetivo del Trabajo es acceder a la totalidad de nuestro potencial, para que nuestro mundo incluya toda la gama y todas las emanaciones; en lugar de centrarnos, vernos determinados y restringidos, en un segmento muy limitado de la realidad. El Trabajo, por lo tanto, es básicamente liberar nuestro punto de anclaje para que pueda moverse de una franja a otra, permitiéndonos acceder al resto de nuestro potencial como seres humanos.

Liberar el punto de anclaje

En el Enfoque del Diamante, existen tres fases en el proceso de liberar el punto de anclaje. En la primera fase, el maestro mueve nuestro punto de anclaje puesto que nosotros no sabemos como hacerlo. No podemos moverlo porque no hemos conseguido la energía, la consciencia o la comprensión para moverlo, o porque ni siquiera sabemos que pueda moverse. En esta fase inicial del Trabajo, creemos que la realidad es tal como la experimentamos, lo que significa, en la mayoría de los casos, el modo en que nuestro padre y nuestra madre nos dijeron que era. Cada vez que nuestro maestro trabaja con nosotros, está intentando mover nuestro punto de anclaje, abrir nuestro ámbito de experiencia. Por lo que, pasado un tiempo, empezamos a experimentar otras realidades: experimentamos la Esencia en sus distintos aspectos y dimensiones, y tenemos percepciones radicalmente distintas de nosotros. Cada nueva percepción de un aspecto o dimensión aporta una perspectiva totalmente nueva, y empezamos a mirarnos a nosotros mismos, a nuestra vida y al mundo de un modo distinto. Cuando esto sucede, nuestro punto de anclaje ha cambiado y pasado a otra franja. Por lo que el trabajo en los aspectos y las dimensiones constituye un trabajo muy directo de desplazamiento del punto de anclaje, y de este modo nos familiarizamos con las otras franjas y emanaciones, lo que va soltando la fijación de nuestro punto de anclaje.

En la segunda fase del Trabajo, aprendemos a como mover nuestro propio punto de anclaje. Lo que significa que mediante nuestro trabajo, somos capaces de trasladar nuestro punto de anclaje a una franja o emanación distinta, y, de este modo, tenemos a nuestra disposición un mayor potencial sin que nadie tenga que hacerlo por nosotros. Por ejemplo, podemos aprender a ser abiertos y curiosos cuando sentimos una emoción particular. Podemos, mediante nuestra prácticas de autorecuerdo e investigación, aprender a estar presentes y no huir interna o externamente cuando tenemos miedo. Por el contrario, hacemos un esfuerzo para sentirnos a nosotros mismos y para comprender el miedo. Lo que producirá el efecto de trasladar nuestro punto de anclaje desde cualquier identidad y cosmovisión que este provocando el miedo a un estado de más espaciosidad o de cierta cualidad de presencia.

La tercera fase no consiste ni en el hecho de que nuestro maestro mueva el punto de anclaje ni en hacerlo nosotros. Se trata de liberar totalmente el movimiento del punto de anclaje. Liberar nuestro punto de anclaje exige poseer la confianza de entregarnos de modo que el espíritu mueva nuestro punto de anclaje. De este modo, no entorpecemos al espíritu ni lo dirigimos, sino que dejamos que mueva nuestra consciencia. Cuando esto sucede, no tenemos que hacer nada, simplemente relajarnos, entregarnos y ser, y el espíritu nos mueve. Esta libertad del punto de anclaje significa que nuestra percepción de la realidad deja de estar determinada por nuestra fijación en una franja particular. Significa liberarse de la fijación en el espacio del pensamiento, el espacio del ego. En otras tradiciones, a esta libertad se la conoce como "muerte del ego". La muerte del ego, en este contexto, significa que no estamos

fijados en ninguna franja concreta, sino que nuestro punto de anclaje es movido de un modo espontáneo por el espíritu.

Este trabajo de liberar el punto de anclaje no depende de ningún aspecto o dimensión particular. Si se integra esta perspectiva y comprensión, comprobaremos que realmente no necesitamos hacer nada excepto soltar y permitir movernos. La Santa Libertad, recordemos, significa rendirse a la Santa Voluntad, y la Santa Voluntad no es nada más que la voluntad del espíritu. Evidentemente, el proceso del Trabajo no puede dividirse limpiamente en ninguno de estos tres estadios. Por regla general, todas las fases de mover y liberar el punto de anclaje se producen de un modo simultáneo, predominando una de ellas. Sin embargo, como estudiante principiante, no necesitas experimentar a tu maestro moviendo tu punto de anclaje. Se trata de un señalar hacia otras franjas de la realidad que nos da poder para comunicar con dichas franjas. Después de esto, desarrollamos el acceso a nuestra propia voluntad, nuestra propia fuerza, nuestro propio poder y nuestra propia autonomía; lo que significa que somos capaces de mover nuestro propio punto de anclaje. Pero en última instancia, necesitamos ir más allá de nosotros mismos como actores de nuestro proceso, para conseguir la libertad del despliegue en el que todo lo que sucede constituye un surgir espontáneo y natural que nos conduce de una experiencia a otra, de una dimensión a otra, sin existir una persona que lo determine.

A medida que estudiemos la Idea Santa del Punto Siete, lo que queremos decir con libertad del punto de anclaje -que es la libertad que todas las tradiciones espirituales intentan enseñarnos- se hará muy claro.

Ichazo define la Sabiduría Santa como: "La consciencia de que la Realidad existe como sucesión de momentos, cada uno de ellos experimentado como 'el presente', y que sólo existiendo en el presente podemos experimentar el constante despliegue del Cosmos. Sólo trabajando en el presente podemos llevar a cabo el trabajo real y conseguir resultados reales."

Según mi opinión, a diferencia de alguna de las otras definiciones de las Ideas Santas, ésta es muy lúcida. La Sabiduría Santa es la sabiduría del vivir sin ego. Se trata de la sabiduría de cómo ser, cómo vivir y cómo trabajar; por lo que esta sabiduría no es exactamente conocimiento. Se trata de un modo de ver la realidad en relación al paso del tiempo, puesto que vivir incluye el concepto del tiempo. Cuando hablamos acerca de vivir, no nos estamos referiendo sólo a este momento y aquel momento. La comprensión de la Sabiduría Santa nos dice cómo podemos ser libres en el seno del proceso de vivir. Dicha comprensión nos proporciona la orientación correcta para la práctica espiritual, la cual, una vez perfeccionada, se convierte con el tiempo en vida libre. El apreciar esta Idea Santa es crucial para comprender los métodos espirituales en general, pero aquí nos centraremos en la importancia que tiene en el Enfoque del Diamante.

La Sabiduría Santa nace de percibir y comprender el Plan Santo y el Trabajo Santo. El vivir de acuerdo a la comprensión totalmente digerida del verdadero significado del Plan Santo y el Trabajo Santo es Sabiduría Santa. Para entenderlo, empezaremos con un análisis del Trabajo Santo.

La percepción del Trabajo Santo es la experiencia del cosmos como despliegue constante de la existencia o apariencia. En esta afirmación están en juego varias intuiciones profundas. La primera es que la realidad es pura existencia, puro Ser, pura presencia. Esta intuición incluye tanto la Santa Omnisciencia como la Santa Verdad: la Santa Verdad aclara la verdad de que la realidad existe como pura presencia, y que lo es todo y está por doquier; la Santa Omnisciencia se refiere a las distinciones, detalles y formas que comprende dicha Unicidad. Para saber lo que significa la existencia, la presencia o el Ser, hemos de experimentar la Esencia; no hay otro modo. No la podemos conocer mediante el razonamiento o el análisis; no hay modo de saber lo que es, excepto experimentándola.

El despliegue del ahora

La intuición profunda más fundamental es la de la Verdad Santa: que la totalidad del cosmos es pura existencia, puro Ser. Lo que significa no sólo reconocer que dicha presencia es Esencia en nuestro interior, sino reconocer también que todo es presencia. Es lo que queremos decir cuando afirmamos que la realidad es existencia, es Ser, es presencia. La presencia es directamente vivencial; esta presencia en el presente, en el ahora, es el significado del Ser.

Dicha presencia en el ahora no constituye la unión entre el pasado y el futuro; el momento presente constituye la entrada en la presencia del Ser, pero no es tiempo. La presencia existe únicamente en el instante y no en el pasado o en el futuro. Incluso la realidad física es presencia, pero no solemos percibirlo porque sólo miramos a su superficie sin ver el resto de sus niveles. Es como percibir únicamente la piel de una cebolla y eliminar el resto, por lo que consideramos a la cebolla como algo duro y rígido que no posee una parte blanda y jugosa.

Es interesante que la presencia o Ser se experimente como ahora, pero que dicho ahora no constituya un instante de tiempo. El ahora es más que un medio, más que la presencia real, la consciencia real, la substancia real, el Ser. Cuando nos damos cuenta de que es todo lo que existe, vemos que incluye todo el tiempo. De hecho, vemos que está más allá del tiempo y que el tiempo es simplemente un concepto que existe en su seno.

La segunda intuición profunda contenida en la definición del Trabajo Santo es la de que dicha presencia existe como una sucesión de instantes, cada uno de ellos experimentado como el ahora, la presencia eterna o la presencia de la eternidad. En este caso eternidad no significa "que dura siempre", puesto que algo que dura siempre está relacionado con el tiempo. La eternidad está fuera del tiempo; se trata de infinidad de presencia. Es como si todo el tiempo estuviera concentrado en el ahora, no en términos de acontecimientos, sino de sensación. Por lo que en el ahora no hay concepto de tiempo lineal o medido. Por consiguiente, hablar sobre despliegue es hablar sobre la realidad experimentada en forma de momentos sucesivos del ahora, donde dichos momentos no están desconectados sino que son siempre ahora.

Otra forma de expresarlo es que cuando experimentamos el Ser, es puro ahora; no estamos pensando sobre el presente, el futuro o el pasado. Cuando permanecemos en el Ser, empezamos a darnos cuenta de que las cosas cambian. Pero dichos cambios no significan detener el Ser; por el contrario, son un continuo de instantes, cada uno de ellos experimentado como el ahora.

La tercera intuición profunda que contiene nuestra definición del Trabajo Santo es que la continuidad del Ser, la sucesión de momentos de existencia, el fluir del ahora, se experimenta como el despliegue de presencia, el cual constituye el despliegue del cosmos. El despliegue, por tanto, es un modo de experimentar el Ser fluyendo, cambiando. No es algo estático; siempre hay Ser, pero se trata de un flujo. Todo el universo es como una fuente, siempre desplegándose, siempre poniendo en juego distintas formas, pero siendo siempre agua, o sea, siendo siempre Ser o presencia. Esta es la comprensión del despliegue en forma de despliegue del Ser. Este despliegue del Ser, este flujo de presencia, es algo denominado "tiempo real", como opuesto al tiempo lineal o de reloj.

La cuarta intuición profunda es la de que dicho despliegue es el Trabajo Santo de Dios, del Ser o del espíritu. Este Trabajo es lo que se denomina "creación" -o a veces "nueva creación"- en el sentido de que el mundo se crea minuto a minuto, como la fuente de agua en nuestra metáfora. El agua que fluye de la fuente en un instante no es la misma agua que fluye en el siguiente. La creación es nueva en el sentido que se renueva cada segundo. Este instante no es el producto del último instante, sino totalmente nuevo y lozano. Por lo que se produce un emergente fluir del Ser, el nacimiento de una manifestación del Ser. Este fluir no es más que la propia transformación y evolución del universo, incluyendo todo lo que contiene.

Este Trabajo Santo sólo puede percibirse y comprenderse cuando estamos en el presente, experimentándolo directamente. Para percibir el Trabajo Santo hemos de percibir la presencia. Sucede continuamente, pero normalmente no lo vemos como el Trabajo Santo. Cuando no vemos el universo como un despliegue de la presencia, lo percibimos como si estuviera gobernado por la causa y el efecto, como un asunto de física y química. Cuando estamos totalmente en el ahora, y sabemos que formamos parte de él, vemos el universo como un despliegue del ahora, de la presencia, de la pura realidad. La Santa Voluntad, la Idea Santa del Punto Dos, es la fuerza implícita en este despliegue, mientras que el Trabajo Santo constituye el acto del propio despliegue.

Leyes cósmicas

Todas las intuiciones que acabamos de clarificar explican la afirmación de que: "el Trabajo Santo constituye la experiencia del cosmos como un despliegue constante de la existencia."

¿Qué es entonces el Plan Santo? El Plan Santo constituye la percepción de que este despliegue no es caótico, accidental o fortuito. Se produce según sus propias leyes; existe un patrón significativo de este despliegue. Este patrón de despliegue es el Plan Santo, aunque aquí la palabra *plan* no se utiliza en el sentido habitual. No es como si existiera un plan predeterminado, y el universo se desplegara de acuerdo a él; en nuestro caso, la palabra plan simplemente significa el reconocimiento de que el despliegue posee un patrón. El patrón es armonioso e inherentemente significativo. Este patrón, con su sentido y armonía, se explica siempre mediante la ciencia dominante de cada época. Por lo tanto, ha sido explicado como causado por los espíritus, como función de la gravedad y como consecuencia de acontecimientos fortuitos. Pero cuando vemos la manifestación a través de la perspectiva del Trabajo Santo -o sea del Ser que fluye constantemente- lo vemos como armonía, como belleza, como despliegue ordenado. Es la forma con la que reconocemos la presencia de leyes en el universo. Las leyes son simplemente las formas con las que describimos ciertos patrones que manifiesta el universo. Por ejemplo, cuando las nubes se oscurecen de un modo particular y alcanzan cierta temperatura, llueve. Se trata de un patrón. Las leyes científicas lo explican mediante la evaporación, la condensación, la humedad, etc. Podemos observar el fenómeno de la lluvia como una consecuencia de un conjunto de leyes, o desde la perspectiva del Trabajo Santo; lo podemos ver simplemente como un despliegue armonioso que posee un patrón, al que llamamos Plan Santo.

Cuando digo que el despliegue posee un significado, no quiero decir que tenga un significado concreto. Más bien existe una sensación de que el despliegue no es accidental o caótico. Las cosas funcionan, se desarrollan y evolucionan como parte de este despliegue. La inteligencia evoluciona, la vida orgánica evoluciona y vemos dicha evolución como una pauta. Podemos leer significados concretos y propósitos en este patrón, pero cuando utilizo la palabra *significado*, quiero decir una sensación de que dicho despliegue tiene su propio fluir, su propio movimiento en una dirección particular y que está determinado por su propia inteligencia. El prisma a través del que se mueve el Ser mientras pasa por sus transformaciones constituye la dimensión que llamamos Logos. Da pautas a los movimientos y proporciona al despliegue sus diferenciaciones y variaciones.

Hemos visto que la pauta de despliegue que representa el Plan Santo no constituye un plan determinado, sino más bien que el universo se despliega según leyes naturales inherentes. Esta ausencia de premeditación indica que el universo es inteligente. Su inteligencia le impide ser totalmente predecible y mecánico; si no fuera así, podríamos descubrir todas sus leyes y determinar su movimiento, tal como intenta hacer la ciencia. Pero no podemos hacerlo porque el Ser es inteligencia, y por lo tanto sensible, y esta sensibilidad es totalmente espontánea. Podemos comprender esta cualidad de la inteligencia cuando consideramos al Ser como un organismo que se manifiesta y se expande. Esta manifestación y expansión de la vida posee un patrón, una ley y una armonía que expresan la inteligencia del Ser. De hecho, cuando experimentamos el Ser, da la sensación de que rebosa de inteligencia y de que sus movimientos poseen una sabiduría espontánea.

Para comprender esta idea de ley, observemos unas pocas muestras. Si, por ejemplo, nos identificamos con nuestra imagen, nos experimentaremos como una cáscara vacía. Esta es una ley natural. Si fijamos nuestro punto de anclaje, sólo veremos la realidad de un modo particular. Esta es una ley natural. Dichas leyes serían difíciles de medir mediante instrumentos u operaciones científicas, pero sabemos por experiencia propia y por nuestra comprensión de la experiencia interna que son consistentes y verdaderas. Dichas leyes, por lo tanto, son patrones que adopta la vida.

El siguiente poema del místico indio Sri Aurobindo, llamado "El Plan Oculto", expresa la idea del Plan Santo:

> Por largas que sean las horas de la Noche, no soñaré
> Que el pequeño ego y la mascara de la persona
> Son todo lo que Dios revela en nuestro esquema de la vida,
> El resultado definitivo de la tarea cósmica de la Naturaleza.
> Una gran Presencia teje su florecer;
> Prepara largamente su lejana epifanía:

Incluso en la piedra y la bestia se oculta la divinidad,
Una brillante imagen de eternidad.
Rebasará el limite trazado por la Mente
Y será testigo del profético corazón;
Incluso en esta inerte ceguera se revelará
La Naturaleza, largo tiempo oculta en cada parte inconsciente,
Satisfaciendo el magnífico plan oculto,
El universal e inmortal espíritu en el hombre.
(Aurobindo, 1952, pág. 4)

Aurobindo está expresando básicamente lo que significa el Plan, y vemos que no está diciendo que Dios tenga un plano de cómo deben suceder las cosas. El universo es tan inteligente que no necesita un plano; su inteligencia se autorevela de un modo espontáneo, expresando mediante su despliegue el puro espíritu. A esto lo llamamos el Plan Santo.

Podríamos decir que el propósito del universo es revelar su espíritu oculto, pero dicha formula supone una meta hacia la que se dirige la realidad. Lo que es teleológico, y así no funciona la realidad. La realidad funciona manifestándose en el instante. Es cierto que si observamos su despliegue a lo largo del tiempo, da la sensación de perseguir dicho propósito, pero la realidad no tiene este propósito en mente. Por su propia naturaleza, se revela a si misma. El Plan Santo es el patrón armonioso de este despliegue, un patrón del que sólo podemos atisbar fragmentos de vez en cuando. Cuando analicemos la Ley Santa veremos que se refiere a la armonía en el despliegue, mientras que la presente Idea del Plan Santo acentúa el hecho del patrón mismo.

El diseño del despliegue del alma

Hemos analizado lo que significan el Trabajo Santo y el Plan Santo desde la perspectiva de las Ideas Santas, que es la comprensión de la realidad objetiva en términos de tiempo. Dicho de otro modo, cuando concebimos la realidad objetiva en términos de cambio, de transformación o movimiento, la estamos considerando desde la perspectiva del Trabajo Santo y del Plan Santo. Desde la perspectiva del individuo humano que, como vimos en la Santa Transparencia, es parte inseparable de la unicidad del Ser, vemos que forma parte inseparable de este despliegue. Lo que significa que su alma es una expresión del Trabajo Santo y del Plan Santo. Lo que, a su vez, supone lo siguiente:

1. El alma constituye una presencia en el ahora, parte de la estructura del ahora.
2. Nuestra vida constituye una sucesión de instantes de esta presencia. Se trata de una continuidad de esta presencia.
3. Esta continuidad de presencia constituye el despliegue del alma. Puesto que es una sucesión de instantes de presencia en el presente, este despliegue sólo puede experimentarse y comprenderse en el presente estando presentes en el ahora. Se trata del "tiempo real" del individuo, de la vida real. Cualquier otro tiempo, cuando uno no está presente, es una pérdida en términos vitales, porque en él no hay presencia. La pérdida de tiempo se produce cuando no hay despliegue, cuando estamos fijos y atrapados, existiendo en un tiempo lineal; básicamente caminamos sin movernos de sitio, no yendo a ninguna parte en términos de desarrollo del alma. El tiempo que uno ha pasado en tiempo real indica nuestra verdadera edad, puesto que determina el desarrollo y madurez del alma. La mayoría de las personas han pasado un año o dos de sus vidas viviendo completamente en el presente, por lo que esta es la edad que realmente tienen desde la perspectiva del alma.
4. Este despliegue del alma posee un patrón, puesto que su desarrollo forma parte del Plan Santo. Se trata de un despliegue ordenado e inteligente, que constituye el crecimiento, el desarrollo y la maduración del alma. El Plan Santo del alma es como el Plan Santo para cualquier organismo vivo, en el sentido de que es intrínseco al potencial y la naturaleza del alma. Lo que significa que existe un patrón específico para el desarrollo del alma

humana que es distinto del patrón que, por ejemplo, los árboles siguen en su desarrollo. Mientras que en los seres humanos hay variantes, existe un patrón global del despliegue del alma.

5. El Trabajo Santo del alma es, sin duda, sencillamente este despliegue ordenado, convirtiéndose en lo que puede ser y madurando hasta su pleno potencial.

6. El método de Trabajo real debe orientarse hacia la realización de este despliegue y de esta maduración. Puesto que esto sólo puede llevarse a cabo en tiempo real, el elemento básico debe ser la presencia. El Trabajo Santo sólo puede llevarse a cabo en el presente. Por consiguiente no puede tener que ver con intentar realizar algo que tengamos en mente. (Volveremos a este punto al analizar la Santa Sabiduría.)

La Santa Sabiduría, por lo tanto, es vivir y trabajar sobre uno mismo basándose en la comprensión del Trabajo Santo y del Plan Santo. Podemos utilizar la analogía de un mandala para describir dicha comprensión: el mandala como universo. Nuestra consciencia, nuestra alma, constituye el centro de este mandala, y el resto del universo es el entorno que le rodea. La totalidad del mandala se despliega según un patrón inteligente; se trata de un mandala dinámico. El despliegue del centro del mandala forma, por lo tanto, parte del despliegue de todo el mandala, y también podemos decir que es el resultado de la interacción entre la naturaleza interior y potencial del centro con la totalidad del mandala. Dicho de otro modo, no estamos separados del resto del mundo. Formamos parte del universo, y por lo tanto estamos siempre influenciados por el resto del entorno, y a su vez nosotros lo influenciamos. Este mandala constituye la totalidad de nuestra experiencia y de nuestra percepción; esto es realmente lo que significa "mandala". El mandala es un símbolo para nuestra experiencia, del que somos el centro. El centro del mandala es un punto, y el punto es el centro del alma.

La sabiduría es vivir de acuerdo a esta comprensión. El Trabajo es practicar de acuerdo a ello. La parte central de esta sabiduría es la consciencia y la comprensión del Trabajo Santo según el Plan Santo. Por lo que la sabiduría significa vivir y trabajar con la comprensión de que todo es Ser y nosotros formamos parte de este Ser; que todo se despliega como el Trabajo Santo y nosotros formamos parte de este despliegue; y que nuestra maduración es nuestro propio despliegue, el cual forma parte del despliegue de la totalidad.

Nuestro despliegue, por consiguiente, es el resultado de nuestra naturaleza interior en interacción con las distintas influencias del entorno. Si el entorno es de apoyo y nos sostiene, tendremos la tendencia a desplegarnos con mayor comodidad. Si el entorno es inadecuado y nos proporciona poco apoyo, nuestro despliegue tenderá a detenerse y a distorsionarse. Darnos cuenta de esto nos aporta la sabiduría para poder ver que no podemos escoger totalmente nuestra experiencia, puesto que nuestra experiencia es el resultado de la interacción entre el lugar en que nos encontramos y lo que está sucediendo en el universo. No existe algo parecido a ser independientes del universo, puesto que formamos parte de él. Le influenciamos y nos influye. El tener en cuenta esta perspectiva constituye la sabiduría.

Si el universo se despliega y formamos parte de este despliegue, está claro lo que hay que hacer: fluyamos con él. Ramana Maharshi cuenta una historia interesante sobre por qué la gente no se entrega a su experiencia. A un hombre acostumbrado a viajar a pie, que lleva su maletín vaya donde vaya, se le proporciona un billete y se le mete en un tren. En el tren, sigue llevando su maletín, puesto que no confía en que si lo pone en el suelo el tren lo seguirá llevando. Así es la mayoría de la gente: siempre está llevando su equipaje, incluso cuando se les dice que se relajen y suelten; no confían en que el tren los llevará a ellos y a su maleta a donde tengan que ir. No solemos ver la vida desde la perspectiva del Trabajo Santo, que significa que las cosas se despliegan por si mismas y podemos relajarnos.

En nuestra propia experiencia la percepción del Plan Santo puede adoptar la forma de observarnos a nosotros mismos durante toda la semana, y al final de la semana tener una intuición de cómo las cosas que han sucedido estaban de algún modo conectadas, y luego comprobar que dicha intuición se relaciona con una que tuvimos la semana anterior, y luego comprobar como ello casa en un megapatrón total que ha estado funcionando a lo largo de

nuestra vida, etc. Se trata de la percepción de un proceso de conjunto que está produciéndose. Cuando hablamos de nuestro proceso, hemos de hablar en términos de tiempo, pero desde la perspectiva del Trabajo Santo, no hubo semana pasada, sólo existió el despliegue de nuestra experiencia. Es un asunto de percibir toda nuestra vida como un fluir y reconocer sus contornos y sus patrones.

La Santa Sabiduría, por consiguiente, es el vivir práctico, el ser y trabajar real que integra la comprensión del Trabajo Santo y del Plan Santo. Hemos visto que el Trabajo Santo constituye la verdad de que la realidad es una presencia que se desborda, despliega y florece constantemente. Hemos visto también que el Plan Santo constituye el patrón armónico de dicho despliegue. Desde la perspectiva del alma humana, formamos parte de una realidad mayor y por lo tanto nuestro despliegue es parte de su despliegue. En concreto, hemos visto como el alma funciona como centro del mandala, y el universo es el entorno del mandala, así como el modo en que nuestro despliegue como centro pertenece a nuestro propio potencial interno en interacción con la presencia total del entorno del mandala.

La Sabiduría Santa es vivir de acuerdo a esta comprensión. El supuesto básico de esta perspectiva es el de que la vida real es presencia en el presente, y que dicha realidad se despliega de acuerdo a sus propias leyes internas y su armonía. Si encarnamos esta presencia a medida que se despliega según el Plan Santo estamos realmente viviendo, sabiendo que somos una parte integral del universo y de su despliegue. Por lo tanto la verdadera vida significa estar en unidad con el despliegue: somos el despliegue. El Trabajo Santo es permitir este despliegue y cooperar con él.

Por lo que nuestro trabajo, básicamente, es un modo de ver el despliegue, entender el despliegue, facilitar el despliegue y rendirse al despliegue. Facilitar el despliegue implica las dos primeras fases de la liberación del punto de anclaje; el maestro moviéndolo inicialmente y luego aprendiendo a moverlo por nosotros mismos. Rendirse al despliegue constituye la libertad de movimientos del punto de anclaje, la tercera fase. Aquí vemos que la libertad es una cuestión de rendirse al espíritu que nos mueve. Cuando esto sucede, reconocemos que cuando el maestro mueve nuestro punto de anclaje, no es el maestro el que lo hace, es el espíritu; y cuando desplazamos nuestro punto de anclaje, no lo estamos haciendo nosotros, sino el espíritu. Siempre fue y es el espíritu el que lo desplaza; el Trabajo Santo lo hace. Esta comprensión nos aporta la perspectiva de la libertad.

Desde esta perspectiva, vemos que cada momento será la creación del Trabajo Santo, que se manifestará según el Plan Santo mediante la Santa Voluntad de la Santa Verdad. Esto no sólo supone que no podemos escoger lo que va a suceder, sino también que no podemos predecir la dirección exacta que tomará. Es lo que queremos decir cuando afirmamos que el despliegue se produce según sus propias leyes naturales e inteligencia. Este principio es más fácil de entender en términos de nuestra propia experiencia interna. Lo que le va a suceder en el siguiente instante a una mesa, por ejemplo, es relativamente predecible, pero no es lo mismo en el caso de nuestra experiencia interna. No sabemos la dirección exacta que va a tomar puesto que es un nacimiento que se produce de instante en instante.

No podemos, por ejemplo, decir que ahora vamos a experimentarnos como la Esencia Personal y en el instante siguiente como Fuerza. Si hacemos esto, estamos superponiendo nuestra propia idea de lo que debe suceder -nuestro propio plan- sobre el despliegue, y tal vez no sea a donde vaya. Aunque es verdad que existe un patrón del desarrollo del alma humana, es muy general y no puede utilizarse para predecir realmente lo que debe o debería suceder luego. El patrón es análogo, por ejemplo, al del desarrollo de un árbol. Sabemos que va a desarrollar un tronco con ramas que crecen sobre el suelo y un sistema de raíces que crece bajo el suelo, pero no sabemos donde aparecerá cada hoja. Como en el caso del alma, sólo podemos predecir el despliegue de un modo general; no podemos saber que se manifestará concretamente de un instante a otro.

Si nos permitimos desplegarnos, lo único que podemos hacer es estar completamente donde estamos, estar presentes exactamente en el lugar que se manifiesta en el instante; y si estamos realmente presentes, se desplegará el siguiente movimiento y sabremos cual es. Por consiguiente, el Plan Santo sólo puede revelarse pasando por él; no podemos dirigir nuestro despliegue. Dicho de otro modo, para permitir que nuestra alma se despliegue, nuestra

orientación debe consistir en estar presentes en el ahora y descubrir el movimiento del despliegue de la presencia *siendo* ella. Este es el Trabajo Santo. Sólo podemos descubrir nuestro lugar en el Plan Santo viviéndolo, en el presente, de instante en instante.

Solemos pensar que conseguimos un sentido de la orientación sabiendo qué hacer, qué dirección tomar. Lo que supone que sabemos a dónde vamos. La verdadera orientación, desde la perspectiva del Ser, sin embargo, es simplemente la presencia. El ahora es orientación; la única orientación real es la presencia en el ahora. No podemos orientarnos en el futuro porque no sabemos a donde va a ir nuestra experiencia. Si estamos presentes en el momento, dicha presencia se desplegará de instante en instante, creando por lo tanto su propia dirección.

Cuando estamos en el instante, siendo la presencia que se despliega, este despliegue determina nuestros actos, y nuestros actos nos proporcionaran una sensación adecuada, exacta, puesto que no estamos separados de nuestro Ser y nuestros actos están totalmente unificados con la presencia misma. Nuestros actos no son entonces otra cosa que el despliegue del Ser. Puesto que la presencia es todo y nosotros al completo, no es como si moviéramos nuestra mano de aquí a allá; la presencia se está desplegando en este instante, este instante y este instante. La presencia se ha desplegado como fotogramas sucesivos de una película. Cuando este es nuestro estado, sentimos que no fallamos, sabiendo lo que estamos haciendo y a dónde vamos. Lo que sucede en nuestro interior y a causa de nuestros actos se produce de un modo espontáneo, natural, sin esfuerzo, puesto que no estamos separados de quienes somos. En el instante en que decimos: "No quiero ir así", o "sería mejor así", nos estamos separando de la presencia que se despliega. Al hacer esto, nuestros actos no poseen una sensación de exactitud o de adecuación; no nos sentimos "allí".

Dirigir nuestra propia experiencia

La *ilusión específica* del Punto Siete es la creencia de que podemos dirigir el despliegue. Esta actitud se describe muy bien en la siguiente cita de Don Juan Matias de *The Power of Silence* de Carlos Castaneda:

> Me sugirió que me acostumbrara a la idea de ataques recurrentes del mismo tipo de ansiedad, puesto que mi punto de anclaje iba a moverse. "Cualquier movimiento del punto de anclaje es como morir", dijo. "Todo lo que hay en nosotros se desconecta, y luego vuelve a conectarse con una fuente que posee un poder muy superior. Esta amplificación de energía se siente como una ansiedad que nos mata." "¿Qué he de hacer cuándo esto pase?" pregunté. "Nada," contestó. "Simplemente espera. La irrupción de energía pasará. Lo peligroso es no saber lo que está pasando. Una vez lo sabemos no hay peligro real." Luego me habló sobre los hombres antiguos. Me dijo que los hombres antiguos sabían, del modo más directo, qué hacer y cómo hacerlo mejor. Pero, como lo hacían tan bien, empezaron a desarrollar una sensación de egoísmo, que les proporcionó el sentimiento de que podían predecir y planificar los actos que solían hacer. De ahí nació la idea de un "sí mismo" individual; un sí mismo individual que empezó a dictar la naturaleza y la gama de los actos humanos. (Castaneda, 1987, pág. 149).

Cuando la Idea de Sabiduría Santa, que incluye el Plan Santo y el Trabajo Santo, se pierde en la consciencia, nace el convencimiento ilusorio de que podemos crear nuestra propia orientación del flujo de nuestra vida en el tiempo; o sea, que podemos planificar nuestra vida. Lo que significa que podemos saber lo que se supone va a suceder posteriormente con el fin de que podamos desplegarnos en nuestro potencial. Es algo distinto de la ilusión del Punto Dos, que constituye la ilusión de nuestra propia voluntad separada; en este caso, se trata de la creencia de que conocemos la dirección en la que dicha voluntad debe ser aplicada. Concretamente, se trata de la convicción de que podemos saber qué dirección tomar en términos de nuestra propia experiencia interna; de que podemos programar el despliegue de nuestra experiencia y que podemos dirigirla en términos de un instante cada vez.

El Trabajo Santo se producirá lo sepamos o no. Pero parte del patrón consiste en que cuando una persona es consciente de no dirigir el despliegue -de que el Trabajo Santo va a su aire- la vida de esta persona se transforma. Sin darnos cuenta de ello, no podemos transformar nuestra vida y pocos cambios pueden producirse. El punto de anclaje sólo hace pequeños cambios aquí y allá, alrededor del mismo punto, aunque podemos tener la ilusión de que nos estamos moviendo.

El Trabajo Santo constituye la transformación de todo lo que existe, el movimiento, los cambios en toda clase de existencia -una persona que camina por la calle, otra a la que atropella un coche, alguien dando a luz, alguien agonizando, gente juntándose, gente separándose- todo forma parte de la transformación del despliegue del universo. Sólo tenemos la sensación de que hacemos que sucedan estas cosas porque no las vemos desde la perspectiva más profunda de la realidad objetiva.

En el caso de este eneatipo, la *dificultad específica*, la experiencia de ausencia de apoyo vista a través del filtro de la *ilusión específica*, constituye la pérdida de la capacidad de saber qué hacer. Se produce una sensación de desorientación y de estar perdido, la sensación de que: "no se qué hacer," o "no se hacia donde ir". Saber que hacer supone que sabemos a donde ir, que a su vez implica que sabemos lo que se supone va a suceder a continuación. En ausencia de la sensación de apoyo, nace un estado de deficiencia en el que creemos que seremos capaces de saber qué hacer, basándonos en la ilusión de que podemos dirigir nuestro propio proceso, pero que no sabemos hacerlo porque algo nos falta.

La sensación de estar perdidos o desorientados se presenta cuando perdemos nuestro sentido de identidad, la sensación de quien somos. Cada vez que nuestro punto de anclaje se desplaza desde su lugar acostumbrado, estamos soltando lo que habíamos pensado que éramos. Como dice Don Juan, va acompañado de una sensación de dificultad y de ansiedad, y existen muchos modos en los que esto se experimenta. En el caso del Punto Siete, se experimenta como la sensación de que: "Me he perdido. No se qué hacer. No se hacia donde ir. No se qué dirección tomar y me siento desorientado." La orientación significa estar en contacto con el fluir de la experiencia. En la desorientación, lo que realmente se pierde es la sensación de presencia, de ser quienes somos; pero el modo en que se experimenta esta pérdida -puesto que se filtra a través de la ilusión- es que lo que se pierde es saber que hemos de hacer y que dirección debemos tomar. Sin la comprensión de la Sabiduría Santa, nace la ilusión, creemos en ella, y esto, junto a la pérdida de apoyo del Ser, conduce a esta sensación de desorientación.

Puede ser difícil aplicar esta comprensión a los actos prácticos en el mundo, tal como vimos en el caso de la Santa Libertad, puesto que el nivel en el que se ve mejor esta perspectiva es el nivel de experiencia interna. Saber lo que se supone va a pasar en una situación concreta, como necesitar una cierta cantidad de ingresos para cubrir nuestros gastos mensuales y hacer lo necesario para conseguirlos, parece algo evidente. Pero cuando tratamos con el despliegue de nuestra alma y nuestra evolución espiritual, necesitamos recordar la respuesta de Don Juan a la pregunta: "Qué debo hacer?" Respondió: "Nada." Hemos de comprender el significado de la intuición profunda de que no tenemos que hacer nada para facilitar nuestro despliegue, lo que nos ayuda también a entender la metodología del Enfoque del Diamante.

Hemos visto que la *reacción específica* de cada eneatipo es la expresión de la falta de confianza básica tal como se filtra mediante la *ilusión específica* de dicho tipo. En esta caso, la desconfianza resultante se filtra a través del hecho de no percibir el Plan Santo y la ilusión de que uno puede saber que dirección tomar. La reacción es intentar crear una orientación. Se trata de la *reacción específica* de planificar. Planificar no es nada más que crear dirección para nuestros futuros actos. Lo que supone la ausencia de confianza en el hecho de que ya existe un plan inherente que se orienta hacia la realización de nuestro potencial. Este plan ya está presente en nuestra naturaleza inherente, y todo lo que tenemos que hacer para que se despliegue es estar en el presente. No necesitamos, en realidad no podemos, planear nuestra iluminación. Sólo tenemos que ser como somos en el instante, y nuestro despliegue se producirá por si mismo.

Pero en lugar de entregarnos al Plan Santo, creamos nuestro propio plan y nos embarcamos en la actividad del ego en lugar de entregarnos al Trabajo Santo. Planificar supone que tenemos una idea en nuestra mente de cómo debemos ser y de cómo debemos vivir así como de lo que sucederá con nosotros y con nuestras vidas. Lo que significa que nuestra orientación proviene de nuestra mente y de que está determinada por una meta que intentamos alcanzar en el futuro. Proviene de nuestro centro intelectual inferior, en lugar de nuestro centro intelectual superior, que constituye la fuente de las Ideas Santas. Nuestro plan está obligado a basarse en nuestras experiencias pasadas y por lo tanto no puede tener la frescura que nace de la inteligencia orgánica del Ser, que, como hemos comprobado, es una creación siempre nueva. Un plan no puede ser creativo de un modo esencial. Esta obligado a basarse en juicios comparativos sobre nuestra experiencia y, por lo tanto, no puede poseer la perfección inherente a la realidad del Ser.

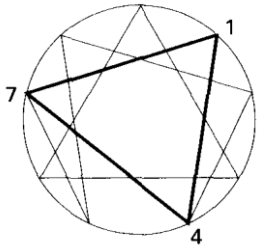
Planificar nuestro desarrollo es semejante a un niño que planificara su desarrollo hacia la edad adulta. Del mismo modo que un niño no sabe -y no necesita saber- qué es ser adulto, no podemos saber que es poseer un alma que crece. ¿Cómo podemos planificar entonces nuestro despliegue? Puesto que el niño no puede saber qué significa tener cuarenta años, el niño no puede planificar su propio crecimiento; tendrá que producirse por si mismo. De igual forma, si confiamos en el proceso y no interferimos en él, nos convertiremos en adultos.

Podríamos decir, por consiguiente, que la *reacción específica* es el resultado de no comprender el Plan Santo, y la *dificultad específica* es el resultado de no comprender el Trabajo Santo. Si no comprendemos el Plan Santo, tendremos que tener nuestro propio plan. Esta es la causa de que este tipo se denomine a menudo "plan del ego". Si no comprendemos el Trabajo Santo, creemos que podemos saber qué hacer y que determinamos nuestro trabajo por nosotros mismos, en lugar de ver que es un despliegue espontáneo. Comprender los principios del Plan Santo y del Trabajo Santo pone al descubierto la ilusión del eneatipo Siete, que constituye uno de los principios comunes a todas las estructuras del ego. En el instante en que intentamos dirigir nuestro proceso interno -"no debería sentir de este modo, debería sentir de este modo; quiero sentir esto en lugar de aquello"- estamos actuando bajo nuestra creencia de que sabemos lo que se supone debemos experimentar en el momento siguiente. Toda actividad del ego presupone este principio.

Por ejemplo, podemos sentir nuestra experiencia interna y darnos cuenta de que nos sentimos irritados. En el momento en que nos decimos a nosotros mismos: "He de dejar esto para poder sentirme tranquilo," actuamos con un plan basado en la creencia de que nos debemos sentir tranquilos. Siempre que intentemos cambiar lo que estamos experimentando, asumimos que sabemos lo que debería suceder, lo que indica que en nuestra mente tenemos un plan. Este plan no es necesariamente consciente, sino una parte implícita de nuestra actividad interna, ya sea que manipulemos, juzguemos o critiquemos lo que estamos experimentando. Incluso cuando nos decimos a nosotros mismos que debemos relajarnos, tenemos un plan. En el caso de la mayoría de la gente, esta planificación interna es incesante, compulsiva y obsesiva. Cuando reconocemos este componente de planificación de nuestra actividad interna, queda al descubierto la ilusión de que sabemos lo que pasará. Si en lugar de intentar manipular nuestra experiencia estamos presentes con ella e intentamos comprenderla de un modo vivencial, podrá desplegarse nuestro proceso. Utilizando nuestro ejemplo, si nos decimos a nosotros mismos: "Oh, estoy irritado, esto es interesante. ¿Qué me irrita en este momento? Oh, ya entiendo, la irritación tiene que ver con esto", etc. Esto no es planificar hacia donde se dirigirá nuestro proceso; simplemente estamos observándolo y experimentándolo, y el despliegue se produce por si sólo.

La Sabiduría Santa significa comprender que no sabemos que va a pasar luego, y por lo tanto lo único que podemos hacer es relajarnos. Nos damos cuenta de que si nos relajamos, somos. Nos convertimos en la presencia, y cuando somos la presencia estamos en el presente. Cuando estamos en el presente, puede producirse el trabajo real, y este trabajo real es el despliegue. Lo que no es trabajar del modo que suele entenderse, que constituye la actividad del ego; el trabajo real es el despliegue del alma que, como hemos visto, no requiere dicha actividad. Si podemos permitir que se produzca este despliegue, el resultado es la libertad, puesto que nuestro punto de anclaje se mueve según el despliegue. El despliegue es

simplemente el espíritu moviendo nuestro punto de anclaje de una franja a otra, revelando nuestro potencial.



Punto Cuatro: ORIGEN SANTO

> La consciencia de que todos los individuos han nacido a resultas de leyes naturales y objetivas y de que dichas leyes siguen operando a lo largo de sus vidas. Puesto que todas estas leyes están interconectadas, cada individuo tiene siempre una íntima conexión física con la Totalidad de la Realidad: el Cosmos. A partir de ahí surge la verdadera originalidad.
>
> -Ichazo, 1972

La Idea Santa para el Punto Cuatro es el Origen Santo. Además de la anterior definición, Ichazo da también una definición más corta: "Todo empieza en Sí Mismo, en Dios, y todo volverá a Él Mismo." Ambas definiciones dicen lo mismo, una desde la perspectiva de las leyes naturales, en relación al cuerpo, y la otra con un modo más místico de ver la Idea.

¿Qué significa? Cada Idea Santa, como hemos visto, presenta una verdad particular implícita sobre la realidad, cierta faceta de cómo es la realidad y de cómo aparece. Si percibimos la realidad tal cual es, sin filtro alguno, veremos estas nueve Ideas como distintas manifestaciones de ella. Son inseparables, puesto que son nueve aspectos, expresiones o elementos distintos de la misma experiencia. La faceta de la realidad que ilumina el Santo Origen constituye la percepción y comprensión de que toda apariencia (lo que significa todo lo que pueda experimentarse y percibirse -ya sea interno o externo) no es más que la manifestación del Ser, la Santa Verdad.

Inseparabilidad de la fuente

Todo constituye el despliegue del Ser y, por lo tanto, todo está siempre íntimamente conectado con el Ser. En realidad, los distintos fenómenos que percibimos constituyen el despliegue del Ser. Se trata de una percepción profunda y radical, aunque sutil: vemos que todas las cosas que experimentamos no son más que el Ser mismo que aparece en distintas formas. En el capítulo anterior hemos explorado la Idea del Trabajo Santo, donde vimos que la realidad está siempre desplegándose. El Ser se está siempre transformando de una forma a otra. Al igual que una película, la realidad sigue rodando, y con la percepción del Origen Santo, comprobamos que lo que aparece en dicho despliegue nunca está desconectado del Ser, puesto que es Ser. El hecho de que la realidad aparezca en este momento como nuestro cuerpo, nuestros pensamientos o nuestro entorno no significa que dichas cosas estén desconectadas del Ser. Todo, por consiguiente, está íntima e inextricablemente conectado con el Ser. El Ser es el Origen Santo, y todas las cosas están conectadas a, y son completamente inseparables de, dicho Origen.

Por lo tanto, el trabajo acentúa el hecho de que siempre existe un despliegue, y el Origen Santo acentúa que dicho despliegue es siempre el despliegue del Ser. Por lo tanto, a medida que las apariencias se manifiestan, nunca abandonan al Ser, lo que significa que nunca abandonamos el Ser. La interconexión de todas las cosas, incluyéndonos a nosotros mismos, se produce en virtud del hecho de que todo posee, como su propia naturaleza, la realidad del Ser. Del mismo modo que el cuerpo es inseparable de sus átomos, las apariencias son inseparables del Ser. No existe tal cosa como un cuerpo separado de sus átomos; de igual forma, no hay mundo, ni existencia, ni manifestación, ni apariencia separada del Ser.

Esta inseparabilidad de las apariencias de su Origen constituye la percepción esclarecida por el Origen Santo. Se trata de una comprensión muy profunda que no es fácil de atrapar. Sin ella, podemos tener experiencias de nuestra naturaleza esencial que en realidad se experimentan como separadas de quienes somos. Por ejemplo, podemos tener una profunda experiencia de la presencia de compasión infinita o de fuerza indestructible, pero realmente sentimos que estamos teniendo una experiencia de algo distinto a quien y qué somos. La esencia puede experimentarse como algo que va y viene, en lugar de darnos cuenta de que nuestra *percepción* de nuestra naturaleza interna es lo que va y viene, porque esta percepción no es clara. El Origen Santo constituye el conocimiento de que nosotros y nuestra esencia no son dos cosas distintas. La esencia es la naturaleza del alma. Podemos creer que lo Divino, o Dios, es algo exterior a nosotros, que está en algún lugar, con el que estamos o no estamos conectados. El creer que podemos estar conectados o desconectados de Dios significa no comprender la Idea del Origen Santo.

La Idea del Origen Santo puede formularse de muchos modos, dependiendo del nivel o sutilidad de la realización. Hemos analizado lo que significa de un modo general, y ahora describiremos alguno de los distintos niveles de su realización. El primer nivel es percibirlo desde la perspectiva física, reconociendo que estamos conectados a la realidad porque las leyes naturales que operan en y a través de nuestros cuerpos siempre nos conectan con ella.

El siguiente nivel profundo lo constituye la percepción de que todo, incluidos nosotros mismos, se origina en el Ser y regresa al Ser, de que el Ser es la base desde la cual todas las cosas se manifiestan. Se trata de la experiencia de ver que existe una Fuente de la que provenimos y a la que regresaremos, y de que toda la realidad proviene y retorna a esta misma Fuente. Es semejante a percibir que la ola nace del océano y vuelve a él.

Así es la realidad, lo percibamos o no. Cuando no percibimos esta verdad, estamos dormidos. Cuando decimos que las Ideas Santas son puntos de vista sobre la realidad objetiva, queremos decir que dicha realidad no depende de nuestra mente o de nuestra experiencia de ella. Es la realidad tal cual es, independientemente de nuestra percepción de ella. Por lo que incluso si no la percibimos de este modo no significa que no sea así, del mismo modo que la verdad objetiva de que nuestro corazón bombea sangre a través de nuestro cuerpo no depende en modo alguno de nuestra percepción de este hecho.

En este nivel, la percepción es la de que la realidad está en un proceso constante de creación y de disolución, surgiendo de la Fuente y regresando a Ella. Percibimos el despliegue de las manifestaciones como una emergencia, un manantial de formas que surgen de esta Fuente. Aunque el Ser se considera en este caso como la base desde la que todas las cosas se manifiestan, todavía no se produce la sensación de coemergencia. Existe la apariencia y existe la Fuente de ella, por lo que se produce una ligera sensación de separación. El *Logos*, la infinita dimensión de la manifestación, se considera en este caso como algo que surge del Ser en lugar de estar en él.

El tercer nivel de percepción del Origen Santo es comprobar que todas las cosas no son más que el mismo Ser diferenciándose, discriminando y articulándose a si mismo en el fenómeno particular de la experiencia. Por lo que no hay separación entre apariencia y Fuente, y tampoco hay conexión entre ellas, puesto que no son dos cosas que puedan desconectarse. Este tercer nivel, el de la coemergencia, en el que reconocemos que todo es siempre la Fuente apareciendo de distintas formas, es el modo más profundo posible de considerar el Origen Santo.

Niveles de la fuente

Lo que percibimos como la Fuente, de la que todo emana, en el segundo nivel de la comprensión del Origen Santo, y con lo que todas las cosas son coemergentes en el tercer nivel, pasa por sucesivos refinamientos. Dicho de otro modo, nuestro sentido de lo que es esta Fuente se hace más profundo. Esta comprensión -que el Ser puede percibirse de modos cada vez más sutiles- es muy específica del Enfoque del Diamante. Denominamos *dimensiones ilimitadas* a las experiencias cada vez más hondas del Ser. Comprobamos que a medida que nuestra experiencia de él se hace más profunda, el Ser se percibe cada vez con menos cualidades, hasta que, finalmente, se vuelve algo totalmente sin cualidades. Muchas

enseñanzas espirituales no nos hablan de la sucesión de cualidades o estructuras del Ser, ni de la progresión de la experiencia del Ser hasta sus últimas consecuencias. El budismo, por ejemplo, considera al Ser como vacío o como la unión de vacío y consciencia (según sea la escuela), y afirma que es la realidad definitiva a la que estamos, o no, conectados. En nuestro trabajo, decimos que se trata de una percepción del Ser, pero existen otros niveles en los que puede experimentarse.

La Idea del Origen Santo, por consiguiente, no describe un nivel particular del Ser, sino más bien una relación de la apariencia con el Ser. Por lo que nuestra percepción del Origen Santo puede variar según que nivel del Ser estemos experimentando. En el segundo y tercer nivel de comprensión de la Idea, por ejemplo, podemos experimentar todo el universo en forma de amor y todo lo que aparece como formas de este amor. O podemos experimentar todas las cosas en forma de pura presencia sin cualidad alguna, viendo que todas las cosas no son otra cosa que diferenciaciones de esta pura presencia. La percepción más profunda es contemplar el Absoluto como Fuente, y todas las cosas como emanaciones indistinguibles de ella. Sólo en el tercer nivel de comprensión del Origen Santo podemos percibir que todo es el Absoluto; es lo que denomino la dimensión quintaesencial. En este caso todas las cosas se ven como coemergentes con la Fuente definitiva.

Para comprender más fácilmente esta idea, la podemos relacionar con la Santa Verdad y la Santa Omnisciencia. La Santa Verdad, como hemos comprobado, constituye la percepción de que sólo existe una realidad indivisible, por lo que no hay dualidad. La Santa Omnisciencia constituye la misma verdad, pero vista en términos de unicidad de las apariencias, percibiendo la multiplicidad como una característica de la unidad. Por lo que desde la perspectiva de la Santa Verdad, sólo existe una cosa; y desde la perspectiva de la Santa Omnisciencia, esta cosa está hecha de una multiplicidad de objetos. Solemos creer que todo y cada uno de nosotros está separado y es discreto, lo que significa que no forma parte de algo mayor, que sería lo mismo que creer que todo el universo puede desaparecer, pero la Tierra permanecer. Por lo que la Santa Omnisciencia describe la misma verdad que la Santa Verdad, pero vista desde el punto de vista de las diferenciaciones. El Santo Origen describe también la misma verdad, pero en lugar de describirla en términos de la ausencia de limites definitivos entre los distintos fenómenos, esta Idea la describe en términos de la ausencia de límites de separación entre dichas apariencias y el Ser. La Santa Omnisciencia hace referencia a la unicidad horizontal, y el Santo Origen se refiere a la unicidad vertical. La Santa Omnisciencia elimina el sentido de límites o separación entre las cosas, y el Santo Origen elimina la sensación de separación entre las cosas y su fuente, que es el Ser.

En términos de nuestra propia experiencia, la Santa Omnisciencia significa que no estamos separados de los demás o del entorno, mientras que el Origen Santo significa que no estamos separados del Ser, nuestra fuente y esencia. Por lo tanto, la Santa Omnisciencia es la ausencia de desconexión en el mismo nivel, mientras que el Origen Santo es la ausencia de desconexión entre niveles. Lo primero observa la superficie y lo otro a las profundidades. La Santa Omnisciencia nos dice que todas las olas de la superficie del océano están conectadas, mientras que el Origen Santo nos dice que las olas forman parte del océano. Y el océano, olas incluidas, es la Santa Verdad. Se describe la misma realidad variando el énfasis.

Otro modo de plantearlo es decir que la Santa Omnisciencia se refiere a la conexión de todas las almas, las unas con las otras, mientras que el Origen Santo se refiere a la conexión del alma con su fuente. Nuestra experiencia de esta fuente o centro, como hemos dicho, varia según la dimensión que estamos experimentando. En la dimensión individual, este centro es el Punto, el Sí Mismo Esencial. Luego se convierte en Amor Universal, más tarde en lo Supremo, que es Puro Ser, posteriormente en el Innombrable, que es el Ser noconceptual, y finalmente en el Absoluto, que es el Ser absoluto. En el lenguaje utilizado al analizar la Santa Sabiduría, podemos decir que el centro de nuestro mandala, que empieza como identidad del ego que es un constructo mental, es remplazado con un centro progresivamente más profundo que es real.

A veces nuestra sensación de dicho centro será la Esencia, que constituye la verdadera naturaleza del alma; otras veces serán otras dimensiones del Ser, percepciones más profundas de la verdadera naturaleza de la realidad de las que el alma constituye una parte. Cada una de

dichas percepciones constituye una comprensión del Origen Santo, en la que la superficie y el centro se ven como una unidad, del mismo modo que cada circulo y esfera posee un centro. Es algo que el ego no comprende, creyendo que la Esencia, el Ser o Dios existen en algún lugar y que tenemos que buscarlo. Esta creencia se debe a la falta de comprensión del Origen Santo. En realidad, el centro de todas las cosas es siempre el Absoluto, pero consideramos que es cualquier cosa que el Absoluto manifieste Él mismo en este instante. Podemos considerar al centro como nuestro cuerpo, que es la forma en que el Absoluto se está manifestando en el instante, o, por ejemplo, podemos considerar al centro como puro Ser. Lo que consideramos que es el centro depende de nuestro nivel de percepción.

Por lo tanto, cuando decimos "Yo", siempre es el Absoluto quien lo dice. Nunca nadie dice "Yo" no siendo el Absoluto quien lo diga. El "Yo" siempre lo pronuncia el Origen. Nadie puede decir "Yo" excepto el Origen, por el mero hecho de que sólo existe una cosa. Si entendemos realmente la Santa Verdad, comprendemos que no hay dos, que la dualidad es una ilusión de la mente egóica. Podemos no ser conscientes de que somos el Origen al pronunciar la palabra "Yo", pero sólo el Origen puede decir "Yo". Cuando consideramos al "Yo" algo que nuestra mente define como nosotros, se trata de un caso de identidad errónea. Cuando la mente define que es el "Yo", tenemos un centro falso, un centro superficial, un centro fabricado, al que nos referimos como el *guisante*. Se trata de la identidad normal, la identidad de la personalidad, que funciona como centro de nuestras vidas, nuestros actos y nuestra experiencia.

Podemos tener la sensación de ser el centro de nuestra experiencia pero, en el caso de la mayoría de las personas, este centro es la identidad del ego. Cuando vemos a través de ello, nos damos cuenta inicialmente de que nuestro centro es el Punto, el Sí mismo Esencial. (Véase Almaas, 1996). Luego vemos que este Punto no es más que el reflejo del Ser en el mandala de la apariencia. Dicho de otro modo, el Sí mismo Esencial no es más que la apariencia del Ser tal como lo vemos en la vida cotidiana. Al ser conscientes de esto, despertamos en mayor medida a la naturaleza del Ser, y paulatinamente abandonamos nuestros sutiles conceptos hasta que realizamos la naturaleza absoluta del Ser. Entonces sabemos que no estamos *conectados* al Origen; *somos* el Origen.

En última instancia, el Origen es el Absoluto, pero cada uno de nosotros está en un lugar distinto, en términos de lo que somos capaces de percibir y experimentar, y por lo tanto también estoy describiendo el Origen Santo desde estos otros niveles. En el último capítulo vimos que llevar a cabo el Trabajo Santo significa permitirnos ser lo que somos. Lo que quiere decir permitirnos ser cualquier cosa a la que el despliegue nos conduzca y percibir y estar en contacto con cualquier cosa que el despliegue nos depare -o manifieste en nosotrosacerca de quienes somos. En última instancia, esto es el Absoluto, pero nuestra percepción tal vez no sea todavía tan profunda. Muchas enseñanzas espirituales se refieren a una dimensión de la realidad como la única verdadera, y si no experimentamos dicha dimensión la tendencia es a invalidar nuestra experiencia e intentar llegar al nivel que la enseñanza está postulando. Esto nos desconecta del lugar donde estamos y bloquea el despliegue. Si aceptamos que hay muchos niveles de verdad, entonces tomamos en consideración que existe un despliegue que se hace cada vez más hondo, y en ese caso podemos permitirnos estar donde estamos y dejar que el momento del despliegue nos lleve a mayor profundidad. Por consiguiente, puesto que el Origen Santo significa que somos el Absoluto, lo podemos experimentar estemos donde estemos; y estando donde estamos, permitimos que el espíritu nos lleve a este Origen.

El funcionamiento como auto-nacimiento

El Origen Santo está en la esquina de funcionamiento del Eneagrama que está formada por los Puntos Dos, Tres y Cuatro, puesto que clarifica una verdad sobre el funcionamiento. La esquina superior formada por los Puntos Ocho, Nueve y Uno habla sobre la verdad del cosmos, mientras que la esquina formada por los Puntos Cinco, Seis y Siete analiza al ser humano en relación al cosmos. La esquina del funcionamiento analiza el hacer o el funcionamiento de la transformación. Hemos visto que la Santa Voluntad crea el Trabajo Santo, que constituye el despliegue del universo. El Origen Santo nos muestra que dicho

funcionamiento constituye una manifestación y una articulación del Ser en sus distintas formas. Por lo que vemos que el funcionamiento, en este caso, no es más que una presencia articulada del Ser. Dicho de otro modo, el Ser se presenta a si mismo de un modo diferenciado y discriminado sin dejar de ser el Ser en su pureza.

Un buen modo de expresarlo es utilizar la expresión "auto-nacimiento", un término que se utiliza en la literatura espiritual y que significa que todas las cosas constituyen un nacimiento que está íntimamente conectado con el origen de dicho nacimiento. El Absoluto en su plenitud es conocido como la "verdad del no-nacimiento", puesto que no se origina en lugar alguno y es constante y sin cambios. Por lo tanto, la manifestación es un nacimiento del Absoluto que aparece en forma de todas las cosas sin dejar de ser nunca el Absoluto. Por consiguiente, en realidad, la verdad del Origen Santo es que hay simultáneamente nacer y no-nacer. Cuando nos centramos en la naciente cualidad de la transformación, decimos que hay funcionamiento y esto es la apariencia; cuando somos conscientes del hecho de que en ello no hay cambios, que el Absoluto está siempre presente, lo llamamos no-nacido. Hablar de nacer del Absoluto es una contradicción, puesto que Éste no cambia y nunca nace; este es el misterio.

Decimos que Dios, o la Verdad, nunca cambia y siempre es igual, cuando en realidad Dios cambia constantemente puesto que es todo lo que vemos. ¿Qué percepción es la verdad? Ambas lo son, y se trata de algo que realmente no podemos entender. Cuando estamos frente a este misterio, la mente alcanza su limite y tiene que abandonar. El esclarecimiento conceptual no puede llegar más lejos y, en última instancia, nos damos de bruces con paradojas. Aunque se produce esta imposibilidad conceptual, vivencialmente tiene mucho sentido. Del mismo modo que los átomos del cuerpo son siempre átomos y siempre están igual, aunque el cuerpo cambia constantemente, el Absoluto no cambia nunca, mientras que constantemente se produce el nacimiento de manifestaciones a partir de él. Ver que ambos fenómenos se producen simultáneamente es ver el Origen Santo. Estamos observando las dos caras de lo mismo. Si vemos los dos procesos separados, estamos observando una desconexión que constituye la ausencia del Origen Santo.

Como he dicho, el Origen Santo puede experimentarse de muchas formas. El modo convencional es sentirse en contacto con uno mismo. La sensación de que estoy conectado conmigo mismo -me siento a mi mismo, estoy íntimamente en contacto conmigo mismo, se que estoy aquí- constituye una forma de ver el Origen Santo. Lo que cambia es nuestra experiencia de lo que es este sí mismo; como hemos visto, lo que sabemos se hace cada vez más profundo. Al principio podemos estar en contacto con nuestro cuerpo, luego estamos en contacto con nuestras emociones, luego en contacto con nuestra esencia, luego en contacto con nuestro Sí mismo Esencial, más tarde estamos en contacto con las dimensiones ilimitadas; hasta que, en cierto momento, nos damos cuenta de que para estar en contacto con nosotros mismos, hemos de estar en contacto con el Absoluto al habernos reconocido como tal. A medida que nuestro sentido de identidad se hace más profundo, cuando la sensación de nosotros mismos se sitúa en niveles por encima de lo que considerábamos ser, nos sentimos desconectados. Una vez nos hemos reconocido como la Esencia, por ejemplo, al estar en contacto con nuestras emociones nos da la sensación de no estar totalmente en contacto con nosotros. Sin embargo, al principio, si somos alguien que ha estado desconectado de las emociones, el sentirlas se experimenta como una gran revelación y el hecho de estar realmente en contacto con nosotros. Es el inicio del acto de experimentar el Origen Santo.

La mayoría de las personas, experimenta el hecho de estar en contacto consigo mismo como un alejamiento radical de su experiencia ordinaria, y como una profunda sensación de conexión con algo más profundo. Aunque este es el modo en que el Origen Santo se manifiesta en la superficie, cuanto más profundizamos, más se amplia nuestra sensación de dicha conexión. Comprobamos también que en el momento en que utilizamos una imagen como nuestro centro, ésta se convierte en la identidad del ego que nos desconecta de la sensación del origen en dicho instante. El profundizar en la experiencia de lo que es nuestro origen, es como si nuestras imágenes y conceptos fueran disminuyendo o volviéndose más transparentes o fueran siendo progresivamente abandonados.

Aunque hablamos de una progresión de la realización del Origen, en realidad, tal como hemos visto, nunca lo dejamos. Sin embargo, percibirlo realmente constituye una realización

muy profunda. Es más fácil ver que somos una extensión de la Fuente, que darnos cuenta de que no sólo somos una extensión de ella sino que nunca la abandonamos. Cuando la mayoría de las personas experimenta el Absoluto, lo siguen viendo como la fuente de la que vienen y a la que vuelven. Ver que es todas las cosas -que incluso la materia física es el Absoluto- constituye una experiencia mucho más radical y una mayor integración de la realidad. Aunque es objetivamente la verdad, puesto que el Absoluto y las apariencias son uno, durante mucho tiempo vemos todas las cosas como si nacieran del Ser o del Absoluto, o que el Absoluto es la base que subyace a todas las cosas. Reconocer que incluso las mismas formas y también nuestras imágenes están hechas de ello es difícil de percibir y de experimentar, al no haber realizado plenamente la Idea del Origen Santo.

Cuando alcanzamos este nivel de experiencia, incluso deja de tener sentido el concepto de un origen. Cuando experimentamos la coemergencia en este tercer nivel de realización del Origen Santo, hasta las metáforas espaciales cesan de tener importancia. En este nivel, percibimos que no hay lugar que *sea* el Origen mientras otro lugar está separado de él. Ni siquiera podemos hablar aquí de conexión, puesto que sólo hay Uno: las apariencias y el Ser son inseparables.

En este nivel, no es como si desaparecieran las formas; más bien cambia nuestra comprensión de ellas. Solemos considerar la realidad física como materia sólida, en forma de objetos que existen por si mismos. En términos de realidad objetiva, no existe algo así, lo que no significa que no haya nada. Las formas existen, pero de una forma distinta a la que habíamos pensado. Existen como articulaciones que constituyen expresiones de la creatividad del Ser. Dicha creatividad es lo que contemplamos como el mundo. Por lo que no se trata de si la realidad física definitivamente existe o no; la cuestión es: ¿Cuál es la naturaleza de lo que estamos percibiendo?

Si consideramos nuestra mano y los átomos que la constituyen, no podemos preguntar cual es definitivamente real, puesto que se trata de dos elementos de la misma cosa. Si observamos nuestra mano bajo el microscopio, sólo veremos átomos, ¿pero significa que la mano ha dejado de existir? Es algo análogo a la idea de la muerte del ego: no es que muera nuestra personalidad, sino que nos estamos experimentando a nosotros mismos a un nivel más profundo. Todo lo que ha cesado es la idea de que nuestra identidad del ego es todo lo que somos. Nada muere; simplemente estamos viendo las cosas a un nivel distinto. La Idea del Origen Santo significa que estamos viendo ambos niveles al mismo tiempo, estamos mirando nuestras manos con dos lentes: una ve la mano y una ve átomos, pero al mismo tiempo.

Identidad separada

Hemos explorado la libertad desde la perspectiva del Origen Santo. Ahora volveremos a los patrones del ego trabado que se derivan de la carencia de esta perspectiva. Está bien resumido en la siguiente cita de Don Juan en la que consideramos que el "conocimiento silencioso" significa Origen, tal como lo hemos definido:

> A medida que la sensación de sí mismo individual se hace más honda, el hombre pierde su conexión natural con el conocimiento silencioso. El hombre moderno, siendo heredero de este desarrollo, se encuentra por lo tanto tan desesperadamente alejado del origen de todo que lo único que puede hacer es expresar su desesperación mediante actos violentos y cínicos de autodestrucción. Don Juan afirmaba que la razón del cinismo y de la desesperación del hombre es el fragmento de conocimiento silencioso que le queda y que consigue dos cosas: por un lado, le da al hombre una pista de su antigua conexión con el origen de todas las cosas y por otro lado hace que el hombre tenga la sensación de que sin dicha conexión carece de esperanza, de paz, de satisfacción y de logro. (Castaneda, 1987, págs. 149-150).

Esta cita expresa adecuadamente lo que sucede cuando en nuestra consciencia perdemos la Idea del Santo Origen, lo que equivale al nacimiento de la *ilusión específica* del Punto Cuatro. (La pérdida de la Idea Santa y el nacimiento de la ilusión son, tal como hemos visto,

simultáneas y no causales). Para clarificar conceptualmente la ilusión del Punto Cuatro, lo compararé con el Punto Cinco. Puesto que la Santa Transparencia constituye la percepción de que en la realidad no existen límites definitivos, de modo que no es posible existir como una unidad separada, la pérdida de la Santa Transparencia conduce al concepto de los límites del ego que separan al sí mismo individual de los demás. A partir de los conocimientos de la psicología del desarrollo y de la teoría de relaciones de objeto, esta sensación de limites que separan al ego, que se basa en los límites del cuerpo, constituye una de las dos estructuras primarias que definen el sí mismo individual. La otra estructura es la que nace a resultas de la pérdida del Origen Santo. El Origen Santo, tal como hemos visto, tiene que ver con la conexión con nuestras profundidades, con la Fuente, que constituye el centro de nuestra consciencia, por lo que su pérdida da pie a la ilusión de una identidad separada. Esta identidad del ego, que nosotros llamamos el *guisante*, no nos separa a unos de otros (como en el Punto Cinco), sino de nuestro centro.

Dicho de otro modo, la *ilusión específica* del Punto Cuatro constituye la creencia en el concepto de identidad separada, de que nuestro "Yo" es en última instancia algo separado, independiente, diferente y único. Se trata del elemento del ego que tiene que ver con la sensación de identidad, el sentido de sí mismo, como opuesto a las fronteras definitorias que constituyen el ámbito del Punto Cinco. Se trata de la sensación de que nuestra identidad existe por si misma, separada e independiente del resto de la gente y de las otras cosas. Aquellos que pertenecen al eneatipo Cuatro, en realidad, típicamente se enorgullecen mucho de tener un sí mismo original, único e independiente. El Origen Santo nos dice que esto es una ilusión, puesto que nuestra verdadera identidad es el Absoluto mismo, que constituye el centro de todas las cosas. Si creemos que poseemos una fuente separada e independiente, entonces todo el mundo debería tener su propio Absoluto, lo que, evidentemente, es imposible.

El Origen Santo me muestra que estoy conectado con el Origen Santo, lo mismo que todos y todas las cosas. Aunque todos y todas las cosas son una expresión de la misma Fuente, cada uno constituye una expresión única de esta Fuente. Ninguna ola es igual que otra ola; ninguna nube es exactamente igual que otra nube. Cuando comprendemos la singularidad desde esta perspectiva, nos damos cuenta de que esta singularidad no es una particularidad, no se basa en la separación. Lo que significa que aunque creamos que somos originales, estamos expresando la identidad del ego. Lo que la mayoría de la gente denomina originalidad es esta expresión, y la mayoría de las personas creen que se están expresando a sí mismas y siendo únicas y originales cuando, en realidad, están expresando su identidad egóica.

Por consiguiente, una característica de la ilusión del Punto Cuatro la constituye una obsesión sobre la originalidad y la singularidad, que matizará incluso nuestra comprensión de la experiencia de autorealización: el Sí mismo Esencial, el Punto. En realidad, el Punto es un reflejo del Origen, la Fuente definitiva. Por lo que si seguimos teniendo la ilusión de un sí mismo separado, incluso el hecho de experimentar el Punto no alterará nuestro convencimiento de que poseemos una identidad separada, independiente y definitiva. Es como si estuviéramos fuera un día de luna llena con una taza de agua observando el reflejo de la luna en el agua, creyendo que tenemos nuestra propia luna; todo el mundo cree que posee una identidad separada del resto. Quedaremos atrapados en la ilusión de que el Punto indica separación de otras identidades, en lugar de verlo como expresión de la Santa Verdad. De hecho se trata de la transición del mandala de la propia vida a su base y fuente, que es lo que comunica el alma con la Fuente de todas las cosas, lo que Don Juan llama "conocimiento silencioso."

En un rosal ¿son las rosas definitivamente únicas y están separadas las unas de la otras? Desde la perspectiva egóica, tendemos a centrarnos en las rosas separadas, en lugar de en como forman parte del mismo rosal. Por lo tanto cuando una persona experimenta el Punto y piensa que tiene una identidad independiente, en realidad se trata de la identidad del ego -el *guisante*- creyendo que posee una identidad independiente. A pesar de esta profunda experiencia de realización, si no hemos integrado el Origen Santo, la identidad de nuestro ego simplemente se perpetuará a ella misma al creer en su identidad separada. El Punto no es realmente más que lo que conecta al alma con el Absoluto. Esta es una de las razones por las que le llamamos el Punto; se trata de un punto de conexión entre el alma y su Origen.

Es algo similar al modo en que la falta de integración de la Santa Transparencia afecta a nuestra experiencia de la Esencia Personal, la Perla. Si nuestra percepción se ve nublada por la ilusión de un sí mismo separado, la presencia de la identidad del ego nos hará creer que no sólo somos una expresión personal de la Esencia, sino también que poseemos una esencia separada. En ese caso experimentaremos la Esencia Personal mediante el filtro de los límites del ego. Por consiguiente, la ilusión del Punto Cinco proporciona la experiencia de los límites de la Perla, y la ilusión del Punto Cuatro proporciona la experiencia de la separación del Punto. A pesar de repetidas y profundas experiencias de estos aspectos esenciales, estas sutiles diferenciaciones persistirán durante mucho tiempo, hasta que veamos a través de las ilusiones que oscurecen nuestra percepción.

Por consiguiente, del mismo modo que los límites del ego proporcionan la ilusión de que la autonomía de la Perla significa estar separados de los demás, la identidad del ego nos proporciona la ilusión de que la singularidad del Punto significa no sólo ser distintos de los demás sino también, y más importante, estar separados de la base del Ser. Aunque es cierto que los que pertenecen al eneatipo Cuatro son propensos a esta ilusión, no debemos olvidar que las ilusiones son principios del ego válidos para todos los tipos de ego. Por consiguiente todo el mundo posee la ilusión de que su naturaleza interior, su sentido de sí mismos o sentido de identidad, es distinto y separado, discreto e independiente.

Se trata del convencimiento de que poseo un sí mismo independiente, separado, así como una identidad separada. La ilusión del Punto Cinco es como creer que somos un globo y que sus límites nos definen, y la ilusión del Punto Cuatro es como creer que el aire que hay en el interior de nuestro globo es independiente, separado y distinto del aire que hay dentro del globo de otras personas. Mi aire huele y parece distinto. Este convencimiento nos separa en este momento de una sensación de presencia, que constituye nuestro verdadero centro. Creer que constituimos un sí mismo separado con una identidad separada hace que el alma se experimente a si misma como si estuviera desconectada, separada de la Fuente.

La carencia de la Idea del Origen Santo se manifiesta como *ilusión específica*, y esta ilusión acompaña la pérdida de apoyo del entorno y la pérdida de confianza básica. El experimentar la ilusión como si formara parte de la experiencia del entorno de apoyo es lo que denomino la *dificultad específica* de este punto en el Eneagrama. El hecho de vivir la ilusión desde la perspectiva de la pérdida de confianza básica se experimentará como la *reacción específica* a este punto.

Por consiguiente, desde la perspectiva del Punto Cuatro, la pérdida de apoyo se experimentará desde el punto de vista de la ilusión de que existe una identidad separada y un centro. La *dificultad específica*, por lo tanto, constituye el estado vivencial de sentirse desconectado, extraño, alineado, expulsado y abandonado. Este sentimiento es distinto a la sensación de aislamiento, que constituye la *dificultad específica* del Punto Cinco. En este caso la sensación es la de una desconexión de uno mismo, de la realidad, de la Fuente. Es lo que proporciona a las personas de este eneatipo la sensación de melancolía, desesperación y tristeza, puesto que la desconexión es en definitiva desconexión del Amado, de la Fuente definitiva. Por consiguiente, el estado de desconexión constituye una condición dolorosa en la que no sólo no nos sentimos apoyados, sino también *alejados* de la fuente del sostén. Se trata de la dificultad narcisística, pero que se experimenta específicamente en forma de estar separado, de ser inalcanzable o sintiendo que la fuente de apoyo lo es. Por lo que en este caso vemos el modo particular en que la pérdida de apoyo se experimenta cuando se refleja mediante la faceta de esta ilusión concreta, en contraste con el sentido de conexión en el que uno se siente como en casa, en paz con uno mismo y en intimidad con el Amado.

Esta sensación de desconexión producida por la pérdida de sostén hace inaccesible la Idea del Origen Santo. Se acompaña de la creencia de que poseemos una identidad separada, puesto que con esta sensación de separación ¿cómo podríamos estar conectados? Por lo que inherente al sentimiento de desconexión y alejamiento está la ilusión de que somos un sí mismo separado con una identidad separada. Esta sensación de desconexión puede experimentarse en cualquier nivel, iniciándose con la sensación de haber perdido el contacto con uno mismo o de estar en cierto modo desconectados, alienados o alejados. Puede hacerse más hondo y más específico, manifestándose como la sensación de que hemos sido

expulsados del Cielo y de que lo deseable es inaccesible e inalcanzable; de que estamos solos y abandonados, perdidos, sin posibilidad de ponernos en contacto con lo que es real, con la sensación de desconexión de nuestra verdadera naturaleza, desconectados de lo que en nosotros es real.

El esfuerzo de control

La ausencia de la Idea Santa se manifiesta también como la ausencia de confianza puesto que se ha perdido el apoyo, lo que conduce a la ausencia de confianza básica. Por lo tanto, la reacción específica resultante en este caso constituye la expresión de desconfianza filtrada a través de la creencia en una identidad separada. Se trata de la actividad de control del ego; el intento de controlar nuestra experiencia para no experimentar la sensación de desconexión. Esta actividad de control sostiene básicamente la identificación con el ego, que crea un centro falso, para eludir experimentar la ausencia de un centro real.

En este caso descubrimos que no podemos separar el guisante de la actividad de control, o para expresarlo de otro modo, no podemos separar la identidad del ego de la actividad de control. Por consiguiente la pérdida de control significaría la perdida del sí mismo, que revelaría la subyacente ausencia del sí mismo real que, como hemos visto, constituye la conexión auténtica con la Fuente de todas las cosas. El control de nuestras experiencias internas y externas constituye un intento, en cierto modo, de sentirnos conectados. Físicamente, la actividad de control se caracteriza por una contracción de la región del perineo. Mediante el adiestramiento en el uso del lavabo, aprendemos pronto a controlarnos a nosotros mismos mediante la contracción del ano, y siempre que controlamos algo como adultos, también contraemos esta región del cuerpo. Dicha contracción crea una sensación de centro en uno mismo, que, como hemos visto, se pierde si nos identificamos con el ego. De este modo la actividad de control nos proporciona una falsa sensación de centro, que oculta la ausencia de conexión con nuestro centro real. Dicha reacción de control se generaliza en todas las situaciones estresantes o experiencias, y no se limita a la experiencia de desconexión. Siempre que en la vida se produzca una dificultad, nuestra tendencia es intentar controlarnos a nosotros mismos y a nuestro entorno.

Por lo que en lugar de conectarnos, el intento de control finaliza sosteniendo únicamente nuestra sensación de ser un ego, alguien separado de lo que es real. Este control de la experiencia está en agudo contraste con la sensación de total libertad de la Fuente. Esta libertad constituye una apertura total y un fluir, puesto que en el centro de quienes somos, no hay rastro de control.

Volvemos al mismo punto, la observación de la actividad del ego, tal como hicimos cuando exploramos la *reacción específica* del Punto Siete, pero lo estamos considerando desde una perspectiva distinta. Ahí vimos que existe planificación inherente a la actividad del ego, mientras que en este caso, lo vemos como un intento de control.

Por consiguiente la *dificultad específica* de desconexión y la *reacción específica* de control se convierten en el núcleo de este eneatipo, formado alrededor de la semilla de la ilusión. Enfrentarse con este núcleo suele ser algo doloroso o un proceso que da miedo, pero si hemos de ver a través de él para que este núcleo pueda disolverse y podamos volver a comunicarnos con la Idea Santa implicada, hemos de pasar por él. El control es una expresión de desconfianza, por lo que si nos permitimos perder el control, la desconfianza se hará patente. Esta desconfianza, por lo tanto, debe ser explorada, puesto que su ausencia nos hace sentirnos temerosos y por consiguiente con la necesidad de controlar. Si lo experimentamos y lo exploramos, podemos tomar contacto con la *dificultad específica*, y en última instancia con la ilusión que forma el meollo de ambas. Por tanto, como estamos viendo, cada vez que exploramos el núcleo de un eneatipo, estamos tratando con toda una constelación, con todo un complejo.

El control constituye uno de los nueve mecanismos que perpetúan la existencia del ego; las nueve *reacciones específicas* de cada punto en el Eneagrama. Con el tiempo, comprobamos que todas las reacciones, en realidad, forman parte de la misma actividad del ego. A veces una de ellas predomina más en nuestra consciencia, pero todas están presentes en la actividad egóica, del mismo modo que cada una de las Ideas Santas está presente cuando

vemos objetivamente la realidad. Cuando observamos todas estas actividades, que constituyen las expresiones de desconfianza, vemos los nueve pilares que sostienen la existencia egóica y constituyen la estructura de nuestra trabazón. Estamos estudiando los matices del ego de forma minuciosa, y a medida que progresamos a través de los nueve puntos del Eneagrama, estamos considerando una faceta tras otra. Cuanto más nos permitimos explorar y cuestionar los nueve hilos que sostienen de este modo al ego, más éste se nos revela.

Al explorar la cuestión del Santo Origen y las consecuencias de su ausencia, nos enfrentamos con uno de los dilemas de ser un ser humano. Los seres humanos poseen dos opciones: estar en contacto con la Fuente, o estar en un estado desconectado de ella. Estar desconectados de la Fuente no constituye la pérdida de un lujo, o de algo extra: dicha pérdida está en el verdadero corazón del sufrimiento humano puesto que dicha Fuente constituye nuestra naturaleza más real, el verdadero centro de quienes somos. Sin ella, la vida está muerta en todos sus aspectos y carece de sentido. No perdemos simplemente una sensación de paz o de contento, o la intimidad de sentirnos a gusto con nosotros mismos, sino que también perdemos la fuente de todas las capacidades reales que necesitamos para afrontar nuestras vidas y vivirlas de un modo pleno y correcto. Por lo que no constituye una pérdida baladí o simplemente filosófica, sino que se trata de una muy práctica e inmediata. El trabajar por recuperar el Origen Santo -realizar nuestra unidad con la Fuente- no es algo accesorio, algo que hacer cuando todo va bien. Es básico y fundamental. No hacerlo es como intentar vivir nuestras vidas sin nuestro interior, sin nuestros órganos corporales ¿qué tipo de vida podemos vivir? Sin la conexión con nuestra Fuente, en la que nuestra vida se vive como una continuidad del Ser, la vida se convierte en una prolongación de lo que es estéril.

Desconexión de la Fuente

Por consiguiente la pérdida y la sensación de sentirnos desconectados, que constituye la *dificultad específica* para este punto, es una clase muy dolorosa de distanciamiento. Para tener realmente una sensación de ello, imaginémonos un niño de dos o tres años que ha estado más o menos continuamente con su madre y luego se le separa total y repentinamente de ella. ¿Cómo se sentirá este niño? ¿En que condición estará? Incluso si el niño sobrevive, la vida pierde su sabor y se vuelve vana. No sólo hay vacío, sino también duelo y depresión. Por lo que la sensación de desconexión que estamos analizando constituye un estado muy infeliz, en el que se tiene la sensación de que quien más amas es inalcanzable e inaccesible.

Todos los esfuerzos humanos son en última instancia intentos de recuperar dicha conexión, intentos de volver a casa, de regresar a donde nos sentimos contentos y sin preocupaciones, donde experimentamos que las cosas simplemente son como deben ser. Todos trabajamos en la misma tarea de regresar a casa, sean cuales sean nuestros proyectos y empresas. Pero intentar regresar a casa es una cosa muy engañosa y sutil, puesto que estamos distanciados por el modo en que nos vemos. No es semejante a haber sido expulsados del paraíso como castigo por haber hecho algo malo; no es un asunto de hacer algunos ejercicios o pasar por algunas dificultades para recuperar el contacto con el Origen. Recuperar el Origen es, en cierto sentido, el proceso de aniquilarnos a nosotros mismos, puesto que el modo en que pensamos y el modo en que nos percibimos a nosotros mismos es lo que nos desconecta. Como hemos visto, lo que nos desconecta es la ilusión de que constituimos un sí mismo con una identidad separada, por lo que no importa lo que aprendamos, lo que alcancemos, lo lejos que vayamos; dichas cosas no nos volverán a conectar. Incluso hablar sobre conectar constituye una formulación lingüística poco adecuada, puesto que la misma desconexión es una ilusión.

Aunque la desconexión que sentimos no es en última instancia real, la experimentamos psicológicamente como real, puesto que la realidad es tal que nuestras creencias determinan nuestra experiencia. Si creemos que somos entidades independientes, nos experimentamos a nosotros mismos como entidades independientes y, por lo tanto, desconectadas. Por lo que la vuelta a casa, a nuestra Fuente, es una cuestión de educación; es una cuestión de ver a través de ciertas creencias. Pero al abandonarlas, estamos abandonando la verdadera estructura de lo que creemos ser, por lo que el proceso es muy difícil, muy sutil y muy radical.

Podemos luchar y quejarnos o dar patadas y gritar como forma de protesta sobre nuestros apuros, pero todo ello es simplemente la expresión de la creencia en una identidad separada y no sirven para cambiar la situación. Incluso si tenemos una experiencia de gracia o dicha, es temporal y no disuelve la creencia de que somos alguien que está desconectado, puesto que estamos ocupados defendiendo la creencia de que somos alguien que está separado. Puesto que Dios es misericordioso, nos deja creer lo que queremos creer; no va a eliminar de nosotros algo que apreciamos.

Por lo que es evidente que estamos ante un dilema. Hemos de volvernos, en cierto modo, hacia dentro para poder ver la realidad de un modo completamente distinto al modo en que solemos verla. No es tan fácil como cambiar las lentes mediante las que estamos viendo la realidad; es más como si tuviéramos que desembarazarnos de todo lo que llevamos, lo que significa desembarazarnos de nuestro auténtico sentido de nosotros mismos ¿Cómo hacerlo?

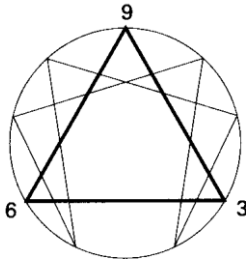
Estamos intentando entender la sutileza de la situación; el modo en que creemos en nuestra identidad separada, la forma en que esta creencia es constante, está cristalizada, enraizada y constituye un profundo convencimiento que hemos tomado por la realidad objetiva, así como el modo en que esta convicción es realmente equivalente a la desconexión de nuestra Fuente. Como hemos comprobado, esta desconexión no es real; el Origen Santo revela que todas las apariencias son siempre parte y parcela de la Fuente, de un modo universal, en todo momento y situación. Por lo que la desconexión en si misma no es una experiencia objetiva sino subjetiva que está determinada por tener imágenes y creencias concretas en nuestra mente con las que nuestra atención queda fascinada. Al percibir la ilusión y trabajar con las emociones dolorosas conectadas con dicha ilusión, damos a nuestra atención la posibilidad de estar menos centrada en la ilusión. De este modo, nuestra percepción se libera para ver las cosas tal como son.

Podemos tener experiencias de conectar, acercarnos o alejarnos de la Fuente, como si existiera por un lado el Amado y por el otro nosotros y se produjera un acercamiento. Mucha gente tiene estas experiencias, pero forman parte de la ilusión; porque aunque nos acercan a nosotros mismos y nuestros corazones pueden abrirse algo, siguen basándose en una falta de percepción de la situación objetiva. La situación objetiva es que el Amado no constituye un objeto al que podemos aproximarnos o alejarnos. La Fuente no es algo que sea otra cosa. La Fuente no es un objeto de percepción, no es un concepto. La Fuente o el Origen constituye la auténtica naturaleza de lo que somos y de todo lo que hay. No sólo lo impregna todo y es omnipresente, es totalmente, al cien por cien coemergente con, e indistinguible de, todos y de cualquier cosa. Esta percepción es a la vez difícil de alcanzar y también difícil de mantener a causa de nuestra continua creencia, sostenida por toda clase de cosas a lo largo de nuestras vidas, de que somos entidades independientes y de que realmente nuestra verdadera naturaleza es algo que podemos ganar o perder.

La solución completa de este dilema no podrá darse hasta que investiguemos por nosotros mismos real, autentica y sinceramente la situación en su complejidad, en su sutileza y su profundidad, y descubramos por nosotros mismos lo que es la verdad objetiva. No es algo que suceda mediante una experiencia, puesto que como hemos visto, experimentar el Santo Origen no es suficiente. La ilusión debe considerarse una ilusión, lo que exige una profunda investigación y estudio del contenido de nuestra consciencia y del contenido de nuestro sistema de creencias.

La Idea del Origen Santo está implícita en la actitud que tiene el Enfoque del Diamante hacia la verdad. En el Enfoque del Diamante, el método es una cuestión de ver, comprender y realizar la verdad. La verdad es en última instancia la Santa Verdad, y su esencia es el Santo Origen. Al llevar a cabo el Trabajo Santo, que consiste en estar presentes donde estamos, nuestro punto de anclaje se desplaza de un aspecto a otro, y luego de una dimensión a otra, hasta que uno realiza el Punto, seguido por el Ser en sus cada vez mayores sofisticaciones. Amar la verdad es en última instancia amar el Origen, nuestra fuente y centro. La comprensión viva revela la verdad de que nunca estamos desconectados del Origen.

CAPÍTULO DIECISIETE



Punto Nueve: AMOR SANTO

> La consciencia que piensa que las leyes que gobiernan la realidad son objetivas y de que no son frías, puesto que dichas leyes cósmicas conducen inevitablemente a la creación de vida orgánica, y la Vida misma, como cualquier fenómeno natural, satisface un propósito cósmico. Tan pronto como se destruye el mecanismo de palabras de la mente, aparece el amor, la condición natural de la mente. El Amor empieza en el instante en que un hombre contempla la Creación y dice: "Gracias, Dios." Todos los hombres experimentan esto de algún modo, ningún animal puede sentirlo. Sólo el hombre puede saber que todo proviene de Dios.
>
> -Ichazo, 1972

Cada Idea Santa constituye cierta forma en que la *realidad objetiva* se presenta a sí misma a nuestra experiencia. Estamos utilizando el termino realidad objetiva en contraste con la *realidad subjetiva*, que constituye la realidad vista a través de nuestros propios filtros mentales que están conformados por nuestro condicionamiento pasado. La realidad objetiva es el modo en que las cosas realmente son. Aunque es posible percibir objetivamente, no podemos tomar la totalidad de la realidad y decir algo sobre ella; sólo podemos señalar a alguna de sus características. Por consiguiente siempre que exploremos la realidad de alguna forma específica, hemos de dejar algo fuera. Por ejemplo, cuando describimos una naranja, no podemos decir nada sobre su totalidad. Hemos de hablar sobre su color, su sabor o su forma. Si queremos que nuestra descripción abarque la totalidad -su color, forma y gusto en conjunto- sólo podemos decir "naranja". Sucede lo mismo con la realidad objetiva. Si queremos decir algo sobre ella, tenemos que centrarnos en sus características específicas. Una forma de hacerlo, utilizando el sistema del Eneagrama, es hablar sobre las Ideas Santas. Utilizando nuestra analogía, el color de la naranja sería una de las Ideas Santas, su forma sería otra, y su sabor sería otra. Las Ideas Santas, por consiguiente, no están realmente separadas, sino que son facetas de la misma percepción. Se trata de presentaciones específicas de la realidad tal como realmente es. Por lo tanto las Ideas Santas, en el sistema que estamos utilizando, son las cualidades objetivas de la realidad. Estamos explorando la totalidad de la realidad objetiva observando las nueve características específicas de ella.

Por el contrario, los aspectos y dimensiones esenciales pueden experimentarse de forma separada. Se trata de manifestaciones particulares del Ser, más que características del Ser mismo, por lo que son más parecidas a las naranjas y manzanas que lo forman. El punto de vista del sistema del Eneagrama surge de una cosmovisión distinta que aquella de la que nacen los aspectos y dimensiones. Estamos estableciendo la conexión entre estos dos canales de enseñanza, pero es importante recordar que son distintos modos de observar la realidad. Puesto que las Ideas Santas son características de una cosa, no podemos tener una sin las otras, pero evidentemente las debemos analizar una a una. El Eneagrama constituye un mapa objetivo en el sentido de que la realidad puede considerarse incluida dentro de las nueve Ideas, y la pérdida de cada una de ellas conduce a un tipo de ego específico, y por lo tanto vemos que el ego objetivamente posee nueve tipos.

El corazón de la verdad

La Idea del Amor Santo es, en cierto sentido, la Idea más fundamental. Las otras Ideas no pueden establecerse sin establecer el Amor Santo. De la misma forma, el núcleo de cada

eneatipo no puede resolverse sin resolver el núcleo del Punto Nueve. Por consiguiente el Punto Nueve forma el centro desde el que nacen o se diferencian el resto de puntos del Eneagrama, representando tanto a las Ideas Santas como a los eneatipos.

El Amor Santo está en el centro de las tres Ideas en la esquina superior del Eneagrama. Estas tres Ideas pertenecen a las características intrínsecas de la verdad cósmica, el Cosmos vivo, o Ser Universal. Los Puntos Ocho, Nueve y Uno son, como hemos visto, elaboraciones de lo que es esta realidad cósmica, de cuales son sus características, y de cómo las percibimos en términos de su existencia, su verdad y su experiencia.

Hemos empezado nuestro estudio de las Ideas Santas con el Punto Ocho, la Santa Verdad: el hecho de que la realidad es una presencia cósmica indiferenciada de la que nada está separado, revelando que no existen objetos diferenciados. La verdad es presencia que está por doquier y en todas las cosas. Se trata de la comprensión de la no-dualidad o unidad, tanto vertical como horizontalmente, la unidad de todas las dimensiones y objetos. Luego hemos explorado la realidad desde la perspectiva del Punto Uno, la Santa Perfección, que nos dice que la realidad es simplemente del modo que se supone debe ser, que todo es inherentemente perfecto. Dicha Idea se refiere a la corrección intrínseca, la plenitud, el sentido e inteligencia orgánica implícita en esta existencia universal.

La Santa Verdad es como la existencia de la verdad como un solo cuerpo. La Santa Perfección nos muestra que este cuerpo posee una inteligencia que le hace aparecer de tal modo que su funcionamiento es siempre perfecto y correcto. El Amor Santo sería entonces como el corazón de la verdad. En este caso cuando utilizamos la palabra *verdad*, queremos decir la verdad más abarcadora, la verdad de la totalidad del conjunto de toda existencia como uno. Este nivel de verdad, la Santa Verdad, es, evidentemente, la verdad definitiva que se persigue en cualquier búsqueda espiritual y en cualquier tradición espiritual.

Ichazo describe el Amor Santo del modo siguiente: "La consciencia que piensa que las leyes que gobiernan la realidad son objetivas y de que no son frías, puesto que dichas leyes cósmicas conducen inevitablemente a la creación de vida orgánica, y la Vida misma, como cualquier fenómeno natural, satisface un propósito cósmico. Tan pronto como se destruye el mecanismo de palabras de la mente, aparece el amor, la condición natural de la mente... Su definición supone que la realidad posee corazón, que en el modo en que funciona la realidad existe algo cálido. Esta sensación del corazón no es algo que realmente *tenga* la realidad, como un corazón físico o un atributo concreto. Esta cualidad del corazón es, más bien, una cualidad inherente e implícita en la existencia de la verdad. Por lo que cuando, en este caso, nos referimos al corazón de la verdad, o al corazón del universo, nos estamos refiriendo a cierto modo en que el universo puede experimentarse como corazón.

Esta sensación del corazón de la verdad no puede separarse de la mente de la verdad o del cuerpo de la verdad, puesto que todas las Ideas Santas son inseparables, una u otra pueden ser más dominantes en nuestra experiencia, debido a la sintonía propia de cada uno. Lo que no significa que las otras no estén ahí; simplemente están en el trasfondo.

El cuerpo de la verdad constituye la verdadera existencia de la realidad; el hecho de esta existencia, su presencia y su auténtica realidad. La mente de la verdad constituye la inteligencia intrínseca, implícita en su perfección, tanto de la presencia como del despliegue. El corazón de la verdad, por lo tanto, constituye un modo estético o admirativo que es siempre una cualidad intrínseca e inseparable de la percepción y del conocimiento de la verdad.

Positividad no-conceptual

El Amor Santo no es la sensación de amor, ni el aspecto esencial del amor. El Amor Santo constituye una cualidad de la existencia que hace dicha existencia amorosa. Esta cualidad es la que genera en nuestros corazones sentimientos de amor, aprecio, valor, disfrute, placer, etc. Por lo que estamos hablando sobre la cualidad de amor de la realidad cuando se contempla sin distorsión, en lugar de verse mediante el filtro del ego. Dicho de otro modo, el Amor Santo constituye el hecho de que la realidad objetiva posee la cualidad intrínseca de ser maravillosa y placentera; la cualidad intrínseca de amor. El Amor Santo es cualquier cosa amorosa y gozosa, cualquier cosa que no nos quepa más que admirar.

Cuando la realidad se percibe totalmente, no podemos más que disfrutarla y apreciarla. Cuando atrapamos totalmente la Santa Verdad, únicamente nos queda responder con asombro, y cuando se realiza la Santa Perfección sólo nos queda maravillarnos. Del mismo modo que cuando contemplamos el Amor Santo, no podemos más que derretirnos con pasmosa dulzura. El Amor Santo nos aporta la experiencia del amor, pero no es el amor en sí mismo; es algo mucho más amplio. Se trata de una cualidad de la realidad como totalidad, y realmente es muy difícil definirla. Podríamos decir que el Amor Santo constituye la cualidad intrínseca de la realidad del Ser que representa la positividad no-conceptual. Se trata de una dicha pura y perfecta. Se trata de la cualidad de la verdad rebosante de valores. Es pura bondad, la Bondad de Platón.

Cuando decimos que el Amor Santo constituye la "positividad no-conceptual" de la realidad, no queremos decir que sea positiva a causa de que nuestras mentes objetivas responden a ella positivamente. Queremos decir que se trata de la realidad tal como es, independientemente de cómo nos sintamos en relación a ella. Lo que normalmente describimos como positivo es algo que nos gusta, y lo que describimos como negativo es algo que no nos gusta. Sin embargo, el punto sobre el Amor Santo es que cuando atrapamos de un modo objetivo la realidad, cuando experimentamos y vemos la Santa Verdad, no nos queda más remedio que sentirnos positivos hacia ella. En dicha experiencia no existen categorías negativas o positivas con las que nuestra mente ha dividido las cosas. No hay polaridad; esta positividad no-conceptual está más allá de toda polaridad. La naturaleza de la realidad, por consiguiente, es tal que más alcanza nuestro corazón, más feliz y pleno se siente éste, independientemente de nuestros juicios mentales de bueno o malo.

Esta comprensión de la positividad no-conceptual constituye una idea muy poco común, puesto que por regla general, cuando empezamos a trabajar con nosotros mismos, creemos que hay cosas buenas y cosas malas. A medida que progresamos, nos damos cuenta de que esta discriminación es únicamente subjetiva, de que dividir las cosas entre bueno y malo es algo arbitrario. El Amor Santo se refiere al hecho de que cuando realmente suspendemos cualquier comparación, juicios y opiniones, experimentamos la realidad como un valor absolutamente positivo mediante todas las modalidades de los sentidos. Es pura bondad, y su expresión es siempre bondadosa.

Debido a que el lenguaje es inherentemente conceptual, y por lo tanto comparativo, dualista y crítico, es difícil transmitir esta positividad no-conceptual. Es difícil describir la cualidad de experiencia más allá de todo concepto mental; es "buena" de un modo que no es crítico o constituye una opinión. Dicha positividad no es el resultado de la comparación; es la propia característica de la realidad que no puede separarse de su propia existencia.

Los juicios y la comparación bloquean o distorsionan este modo no-conceptual de presenciar la realidad, y puesto que la mayoría de las personas no lo creen, es muy importante entender el Amor Santo. La mayoría de nosotros creemos que la realidad puede dividirse en bueno y malo, positivo y negativo, doloroso y agradable. El Amor Santo dice no; afirma que si abandonamos nuestras mentes creadoras de dicotomías y experimentamos las cosas tal como son -sin nuestros filtros subjetivos- reconoceremos la pura positividad de la realidad, su pura dicha. Esta característica de la realidad normalmente se conoce como la cualidad extática y dichosa del Ser, o cualidad amorosa y compasiva.

En el hinduismo, a la verdadera realidad se le llama *satchitananda*. *Sat* hace referencia a su verdad o existencia, *chit* es su consciencia o inteligencia, y *ananda* es dicha, gozo o amor. *Ananda* se refiere a esta positividad intrínseca de la realidad. Se trata de la belleza intrínseca de Dios. Su cualidad embriagadora. Su bondad o positividad constantes; el puro valor, la pura bondad, la pura belleza. Dicha cualidad es intrínseca en el sentido de que forma parte inseparable de la realidad, una cualidad que es inseparable del hecho de su existencia.

La positividad no-conceptual que constituye el Amor Santo no es sólo una sensación. Es el aspecto de la realidad, el modo en que se siente, cómo huele, qué sensación da tocarla. En términos de visión, es belleza. En términos de audición, es armonía. En términos de gusto, es dulzura. En términos de olfato, posee la cualidad del perfume. En términos de sensación, es afecto positivo. Es lo que pone verdaderamente en marcha todos nuestros sentidos, lo que para ellos es estimulante y puro placer, y nos hace sentir felices y amorosos. Por lo que el

Amor Santo trae a la mente definiciones como positivo, dichoso, extático, placentero, que eleva el espíritu, maravilloso, delicioso, agradable, cálido, exquisito, etc.

Para comprender que significa el Amor Santo y no restringirlo a una u otra cualidad conceptual, nos será útil ver cómo se manifiesta en algunos aspectos esenciales; o, dicho de otro modo, ver que representa en ellos el Amor Santo. El Amor Santo constituye una cualidad clara y distinta de la auténtica substancia y consciencia de cada aspecto esencial. El Amor Santo se contempla en el afecto y el efecto positivo, elevador del espíritu y dichoso de cada aspecto. Se trata de la dulzura y suavidad que existen en el Amor. Se trata de la ligereza y alegría que existen en el gozo. Se trata de la preciosidad y exquisitez de la Inteligencia y la Brillantez. Se trata de la pureza y confianza de la Voluntad. Es la viveza, emoción y glamour del aspecto Rojo o de Fuerza. Se trata del misterio y suavidad del aspecto Negro o de paz. Se trata de la totalidad e integridad en la Perla o Esencia Personal. Se trata de la lozanía y la frescura del Espacio. Se trata de la profundidad, de la cálida profundidad y de la satisfactoria realidad de la Verdad.

Con estos ejemplos podemos ver que cuando utilizamos la palabra *positividad*, no estamos hablando de ninguna cualidad particular, sino más bien de la naturaleza positiva que todas las manifestaciones de la realidad -todos los aspectos y dimensiones- comparten, y que se expresa de modo distinto en cada una de ellas. Si experimentamos el aspecto claro, por ejemplo, posee una frescura, una transparencia y una claridad; y esto no sólo nos clarifica, sino que además en esta sensación de claridad existe una cualidad intrínsecamente placentera. Esta positividad inherente en todos los aspectos del Ser es lo que imposibilita que cualquiera de ellos no sea bueno. Esta bondad, nos dice el Amor Santo, no es sólo una cualidad intrínseca de las diversas manifestaciones del Ser que denominamos los aspectos esenciales, sino que es una característica de la realidad en su conjunto, de toda la existencia en el seno de todo el universo.

Nuestras descripciones de las distintas cualidades positivas de algunos aspectos esenciales de ningún modo agotan las características del Amor Santo en cada una de ellas. Podemos hablar durante horas sobre la bondad en cada aspecto, y no agotarlo. La amabilidad del aspecto Verde, por ejemplo, no es sólo cálida y suave sino que es también ligera, fulgurante y pura. El Amor Santo constituye una cualidad inseparable de los aspectos esenciales, por lo que cuando se experimenta total, plena y puramente la Esencia, ello posee el impacto de elevar el alma, y produce una sensación de valor, significado, aspecto positivo y expansión del espíritu, así como da un sabor de conjunto agradecido a la experiencia. Lo que nos hace amarnos y disfrutar de nosotros, de los demás y de la vida en general; hace que amemos y disfrutemos de la verdad y de toda la existencia. Entender el Amor Santo es estar en contacto con la gozosa belleza de la existencia que es bondad intrínseca. Cuando los sufíes se refieren a Dios como amor, hacen referencia al Amor Santo más que al afecto del amor o cualquiera de las formas de amor en el nivel esencial. Por lo que cuando el gran místico sufí, Rumi, describe toda la realidad como bondad, que posee una amorosa y cariñosa cualidad, está hablando de Amor Santo.

Esta bondad intrínseca de la realidad forma parte de su Ser y de su funcionamiento. Por lo que comprender el Amor Santo significa estar sintonizado, ser consciente, estar en contacto con el hecho de que la realidad posee una bondad intrínseca, una belleza inherente, un gozo, un júbilo y un éxtasis que es totalmente inseparable de su existencia y de su despliegue. El Amor Santo es de una forma tan inseparable una cualidad de la existencia que si verdaderamente experimentamos la existencia estamos obligados a experimentar su bondad intrínseca. Si experimentamos la existencia pero no sentimos el Amor Santo de ésta, ello es una indicación de que nuestra experiencia de la existencia está filtrada mediante nuestra subjetividad y por lo tanto es incompleta. O sea que, cuando nuestra experiencia de la realidad carezca de esta sensación de bondad, de esta belleza, de este valor, de esta cualidad de elevación del espíritu, de este gozo, sabremos que la estamos experimentando a través del filtro del ego.

Si la realidad nos parece dolorosa o la experimentamos negativamente, esta forma de percibir la está nublando, es extrínseca a ella, circunstancial y, por lo tanto, transitoria en lugar de perdurable. Se trata de los velos de resistencia, del modo en que nuestra mente

distorsiona lo que ve y experimenta. El sufrimiento, por consiguiente, no es más que la realidad experimentada mediante nuestra subjetividad. Cuando alguien no percibe las Ideas Santas, está experimentando algún grado de sufrimiento. Desde la perspectiva de alguien que ve objetivamente, este sufrimiento sólo está en la mente de la persona, pero en lo que concierne a dicha persona, el sufrimiento es muy real. Por lo que aquel que ve de un modo objetivo tendrá, de forma natural, compasión y el deseo de ayudar, no mediante el alivio del sufrimiento, sino ayudando al otro a ver correctamente; porque cuando vemos correctamente, nuestro sufrimiento desaparece. Si percibimos el Amor Santo, incluso el dolor físico se hace menos doloroso, lo que significa estar en una condición de gozo, puesto que el sufrimiento psicológico, que contribuye en tal medida al dolor, ha desaparecido. Es posible alcanzar el Amor Santo de un modo tan pleno que nada pueda hacerlo desaparecer.

Bondad absoluta

El modo en que observamos la realidad determina como la experimentamos. Si la observamos desde un punto de vista subjetivo, un constructo mental, parecerá oscura y, en gran medida, la experimentaremos como dolorosa. Si la observamos con una mente fresca y un corazón lozano, vemos que está bien y nos sentimos de maravilla. Esta sensación de bondad es más real y fundamental puesto que su existencia no depende de nuestro punto de vista. Sólo cuando no tenemos un punto de vista percibimos la realidad de este modo. Esta es la causa de que la bondad inherente de la realidad se considere perdurable y más real que ninguna perspectiva. La sensación de una realidad llena de dolor y sufrimiento, por otra parte, depende de nuestras creencias, y aunque éstas existen como parte de la realidad, son secundarias. Por lo que estamos diferenciando entre lo que es fundamental y lo que es secundario para la naturaleza de la realidad. La perspectiva del Amor Santo es la de que si no intentamos ver la realidad de un modo u otro, descubriremos que es maravillosa, y se convertirá realmente en maravillosa. No hemos de hacer nada para que sea así; es así por si misma. Sólo tenemos que relajarnos. Si nos ponemos tensos y nos asustamos, las cosas tienen un aspecto negativo y se vuelven dolorosas. Así funciona la realidad. Finalmente, aprendemos que es más útil ver la realidad tal cual es porque hacerlo así nos hace la vida más llevadera.

La realidad posee siempre la cualidad de la bondad; la bondad es su naturaleza. No se le puede quitar, del mismo modo que no podemos eliminar la cualidad de redondez de una naranja. El Amor Santo, como el resto de las Ideas Santas constituye una cualidad de la realidad objetiva, por lo que no puede estar unas veces si y unas veces no, o en una parte de la realidad y no en otra.

La sensación de bondad que estamos describiendo no es la bondad en el sentido ético o moral. Trasciende los conceptos morales. La realidad es buena en el sentido de cómo la sentimos y de cómo nos afecta, acariciándonos con su naturaleza gozosa y extática. Este gozo no es más que placer no-conceptual, bondad no-conceptual y positividad no conceptual. Aunque es fácil ver esta cualidad en los aspectos esenciales -la dicha de la Paz o de la Compasión, por ejemplo- que es la causa de que los hayamos utilizado anteriormente como ejemplos, el Amor Santo nos dice que esta cualidad dichosa es inherente a todas las cosas.

Evidentemente, no podemos saberlo hasta que lo experimentemos. Cuando tenemos la experiencia del Amor Santo, nos damos cuenta de que la realidad es siempre así, y que nuestra *experiencia* de la realidad había sido incompleta. Solemos tener la sensación de: "¡Oh, siempre es así y no me había dado cuenta!" se trata de una intuición profunda sobre la naturaleza de la realidad, y es distinta a una experiencia que eleva el espíritu. Por ejemplo, podemos experimentar la Esencia y sentirnos de maravilla, sin ver realmente que es nuestra propia naturaleza. La Esencia se experimenta como un estado pasajero, la nube concreta que flota por nuestra consciencia en ese instante, en particular cuando se experimenta las primeras veces. Más adelante nos damos cuenta de que hemos estado experimentando la Esencia mediante filtros subjetivos, que la hacen aparecer como un estado emocional. Vemos que la Esencia no es sólo maravillosa, sino también que somos ella, y esta intuición profunda tiene un poder transformador. La percepción de la Esencia es un paso necesario, pero hay que dar el siguiente -ver que constituye la naturaleza de quienes somos- para que dichas experiencias

transformen nuestra identidad. La percepción que no se acompaña de visión interior no cambia de un modo fundamental nuestro sentido de la realidad; interna o externa.

La Esencia es *nuestra* esencia, la naturaleza de nuestra alma. Con el tiempo, cuanto más honda se hace nuestra comprensión y nuestra experiencia de ella, reconocemos que no es sólo nuestra esencia, sino la esencia de todas las cosas. Cuando profundizamos más, vemos que no es sólo la esencia de todas las cosas, sino que la Esencia es la única cosa que hay realmente presente; expresándolo de otro modo, no hay más que Esencia. Entonces reconocemos que las Ideas Santas son en última instancia cualidades de la Esencia o Ser.

Tal como hemos visto, cada Idea Santa constituye una característica de la realidad en todo lugar, momento y nivel. La Santa Verdad explica esta comprensión. Lo que estamos diciendo es que no sólo la realidad es únicamente una presencia real e ilimitada, sino que también es positiva, dichosa y maravillosa. Por lo que no sólo Dios es uno, sino que también es maravilloso y está hecho de amor. La verdad por consiguiente, es amorosa y cariñosa, siendo esta la causa de que en el Enfoque del Diamante decimos que hay que amar la verdad por sí misma. Si nuestra orientación es la de amar la verdad porque puede cambiarnos y hacernos una persona más feliz, nuestra orientación está fuera de sintonía con el modo en que las cosas son objetivamente; si vemos la realidad tal cual es, no podemos hacer otra cosa que amarla.

La consecuencia de ello es que objetivamente no hay mal. Sólo vemos el mal cuando percibimos la realidad a través de filtros. Una persona que se comporta con lo que consideramos maldad es una persona que actúa mediante una distorsión. En el trabajo espiritual, los conceptos de mal, de fuerzas oscuras, de cierta maldad que existe por sí misma fuera de la bondad de la realidad se consideran manifestaciones de la ignorancia, tanto en términos de creer en dichos conceptos como en términos de manifestaciones atribuidas a dichas fuerzas. Todo trabajo espiritual carecería de sentido si existiera algo como el mal definitivo.

Amor localizado

El comprender la cualidad de bondad intrínseca y positividad de la realidad no es suficiente para afrontar la ilusión del Punto Nueve. Hemos de afrontar dicha positividad en su universalidad. El Amor Santo significa que dicha cualidad no sólo existe, sino que también constituye una cualidad inseparable de toda existencia, de todas las cosas, en todo lugar y en todo momento. Es la cualidad nuclear de la Santa Verdad, una cualidad innata del Ser, tanto de su presencia como de su manifestación, su existencia y su despliegue. Podemos llamar a la presencia del Ser amor y a su despliegue la acción amorosa del Ser. El hecho de que esta cualidad amorosa sea característica de todas las cosas en todos los puntos del tiempo y del espacio significa que no es localizable. En el instante en que la localizamos en un lugar, una persona o un momento, la restringimos, dejamos de verla como cualidad intrínseca de la existencia y empezamos a creer que depende de ciertas condiciones y circunstancias. Si la podemos localizar en el espacio y el tiempo, no la estamos viendo como la cualidad inherente de la realidad, por lo que comprender su no-localización constituye una parte esencial de la comprensión del Amor Santo. En el momento que la vemos presente en esta persona y no en aquella, o en esta persona hoy pero no ayer, no estamos viendo el Amor Santo. El no percibirla en cualquier lugar en todo momento, nos indica que estamos desconectados de su percepción y que estamos contemplando la realidad a través de nuestro filtro subjetivo.

El Amor Santo constituye el corazón de la existencia, y el hecho de experimentar realmente la totalidad de la existencia como corazón implica no guardar nada en nuestro corazón. Si existe una emoción particular que no nos permitimos sentir, ya sea amor u odio, o cualquier otra emoción, dicha represión actuará como barrera a la hora de percibir el Amor Santo en el universo. Es difícil percibir o incluso aceptar la Idea del Amor Santo si existe cualquier resquicio, cualquier creencia en la dualidad bueno y malo en nuestro interior. En términos de Amor Santo, dicha dicotomía no existe. Lo que llamamos bueno y malo constituyen discriminaciones de superficie; la naturaleza interna de todas las cosas es buena.

Por consiguiente, es evidente que el Amor Santo trasciende cualquier discriminación racial. Ya sea la piel de una persona blanca o negra, el o ella están hechas del mismo

protoplasma humano que los demás. La superficie puede parecer marrón, negra o... pero el ver que en realidad todo el mundo está hecho del mismo protoplasma incoloro constituye el Amor Santo.

El experimentar el amor y la belleza de la existencia es tan central para la capacidad del alma de valorar, que incluso si experimentan las Ideas Santas sin experimentar el Amor Santo, la mayoría de las personas no se preocupan por ellas. La actitud es: "¿Qué importa que todo sea uno si no nos sentimos bien?" o, "¿Qué importa que las cosas estén siempre desplegándose por si mismas si no hay amor en ello?" Esta es la causa de que la comprensión del Amor Santo sea necesaria para integrar las otras Ideas. Es una base, sin la que una persona no puede realmente elaborar sus *dificultades específicas*.

Las distintas tradiciones espirituales no se centran necesariamente en este modo de experimentar la realidad. Algunas tradiciones afirman que lo que es intrínseco y omnipresente en la realidad es el hecho del Ser. Otras dicen que si realmente vemos objetivamente la realidad, lo que es más importante y lo que resolverá nuestro sufrimiento es la percepción de que la realidad es vacío. Aunque el hecho del Ser o el vacío inherente de la realidad son en última instancia verdad, observan la realidad desde perspectivas distintas que cuando la percepción está constituida por la positividad no-conceptual de la realidad. La positividad no conceptual es algo que afecta al alma directamente, independientemente de lo que nuestra mente piense de ello, y nuestro corazón responde sintiéndose feliz, liberado y espiritualmente elevado. A la perspectiva percibida desde el Amor Santo la podemos llamar amor -la sensación de belleza amorosa- o ternura; la sensación de que el universo posee una cualidad amorosa.

Si no percibimos esta positividad no-conceptual, o si lo hacemos, pero no creemos en ella o no la tomamos en serio -o sea cuando se pierde a nuestra percepción o no comprendemos el Amor Santo- el resultado es la *ilusión específica* del Punto Nueve. Esta ilusión no constituye la creencia de que no exista esta ternura en la existencia -los seres humanos pueden sobrevivir sin algún sentido de amor- sino más bien, que esta ternura es un fenómeno local, que se produce en puntos concretos del tiempo y del espacio. Esta ilusión desemboca en la creencia de que el amor es condicional, lo que explica porque lo percibimos en un lugar y un tiempo pero no en otros. En la superficie, sentimos estos maravillosos y bellos sentimientos en algunos momentos pero no en otros; alguna gente lo posee, otra no; está presente en algunas partes del universo pero no está presente en otras. El núcleo real de la ilusión es creer que el amor es condicional.

El complejo de inferioridad

Por consiguiente la creencia de que el amor es condicional y de que la sensación de éste está localizada, son dos caras de la misma percepción ilusoria de la realidad. Esta ilusión forma la semilla a partir de la que crece y se desarrolla el eneatipo Nueve. El núcleo de cada eneatipo es, como hemos visto, un complejo formado por la *ilusión específica*, la *dificultad específica* y la *reacción específica*, así como la interacción dinámica entre ellas. Esta noción del núcleo como complejo es particularmente relevante para el Punto Nueve puesto que su núcleo es lo que se denomina, en terminología psicológica, el "complejo de inferioridad". La pérdida de la Idea del Amor Santo y las dificultades de apoyo están coloreadas en este caso por la ilusión de la localización del amor, que produce el estado subjetivo de sentirse inferior. Dicho de otro modo, cuando el sostén amoroso del entorno se pierde o es inadecuado, surge la creencia de que el amor y lo amoroso son condicionales. Cuando no nos sentimos sostenidos, tenemos la sensación de que no somos amados porque no poseemos lo que es amoroso. Evidentemente, no sentirse amado implica la ilusión de que el amor puede ser un fenómeno local, que no está en nuestro interior, y que debe estar localizado en otro lugar.

Si hemos retenido el sentido de Amor Santo desde la infancia, no podemos creer que no podemos ser queridos, porque seguimos percibiendo que la naturaleza de todas las cosas es intrínsecamente buena, incluyéndonos a nosotros. Esta es la causa de que la comprensión del Amor Santo sea el antídoto específico para la creencia de que no somos queridos. Cuando no nos sentimos queridos creemos que dentro de nosotros no poseemos nada maravilloso, bello, querido, gozoso o valioso; el alma se siente disminuida, minimizada, despojada de sus buenas

cualidades y acaba sintiéndose como un alma inferior, que carece de lo que hace buena al alma. Esta sensación de déficit constituye una sensación de que intrínsecamente carecemos de las cualidades que poseen otros.

Puesto que cada ilusión constituye una propiedad intrínseca de la naturaleza del ego, el ego no puede ser un ego sin creer que es inferior. En cierto sentido, esta sensación de inferioridad es verdadera, puesto que cuando el alma está formada por el ego, no experimenta todas las cualidades del Ser como parte de sí misma. Esta sensación de déficit no es una sensación de vacío, la sensación de que hemos perdido una cualidad particular del Ser. Es más bien una sensación de deficiencia, tono o afecto que da forma al alma en su conjunto. Este tono deficiente está constituido por una sensación de falta de valor, de no ser lo suficientemente buenos, acompañada de la sensación de que algo anda mal y de una pérdida consecuente de autoestima. De un modo más concreto, se trata de una sensación de que somos intrínsecamente inferiores, independientemente de lo que tengamos, lo que hagamos, sepamos, desarrollemos o de qué o quienes seamos. Una de las asociaciones que la gente suele tener frecuentemente con esta sensación es la de ser un ciudadano de segunda clase, de ser de clase baja o de ser un campesino, y por lo tanto está directamente relacionada con la discriminación social. Es una sensación menguada de quienes somos, como si nuestro ser, nuestra alma, fuera menos de lo que debería ser, la sensación de que poseemos una existencia de segunda categoría.

Este convencimiento de ser inferiores es mucho más sutil y amplio que la sensación de que nos falta cierta capacidad, como la Voluntad o la Fuerza. No puede adjudicarse a ninguna deficiencia concreta, y por consiguiente no puede eliminarse reconociendo en nosotros mismos ningún aspecto esencial conectado con las capacidades. Además, experimentar la Esencia no elimina necesariamente esta sensación de inferioridad. Podemos llenar todos nuestros huecos y seguir sintiéndonos inferiores, puesto que la substancia real del alma -aquello que experimenta los huecos- se siente despojada de su cualidad positiva.

El ego se siente intrínsecamente inferior. No importa lo que posea, lo que atesore, lo que haga o lo que pueda hacer, seguirá sintiéndose inferior. Mientras demos pie a la posibilidad de que la bondad intrínseca pueda localizarse en un lugar y no en otro, damos paso a la posibilidad de que pueda localizarse en otro lado. Si nos identificamos con el ego y algo va mal, asumimos de inmediato que ha sucedido porque lo que es bueno no está dentro de nosotros. La mínima crítica, la mínima negatividad, e inmediatamente creemos que lo bueno está localizado en algún lugar que no está en nuestro interior. Esta es la causa de que todos los niños cuando se identifican con el ego empiecen a creer que hay algo malo en ellos.

Si esta dificultad no se comprende o se elabora, seguirá ahí incluso aunque experimentemos la Esencia. No podemos ver o sentir plenamente la belleza, la importancia, el valor y la ternura de nuestra propia naturaleza, que es la Esencia o el Ser, de nuestro funcionamiento o creatividad, y de nuestra existencia o vida. Aquí no se trata de la desconexión del Ser -o sea, la *dificultad específica* del Punto Cuatro- se trata, más bien, de no estar en contacto con su dicha aunque la experimentemos. Podemos estar en contacto con el Ser, pero no sentir o ver su amor, como si la presencia esencial estuviera cubierta por una membrana o velo que sombreara su extático brillo.

Esta es la causa de que cuando mucha gente experimenta la Esencia o el Ser, su reacción es parecida a: "Está bien, pero ¿para que sirve? ¿Me servirá en el trabajo? ¿será mejor el sexo a partir de ahora?" Dichas respuestas indican que no estamos percibiendo su belleza real. Lo que se debe a que el sentido de inferioridad actúa como una barrera ante la posibilidad de ver que el Ser somos nosotros. A menudo la gente tiene experiencias esenciales, pero al no ver que son ellos mismos lo que están percibiendo, creen que su maestro está transmitiéndoles el estado, o que Dios les está visitando, puesto que tienen la sensación de que su propia naturaleza es pecaminosa o de que no es santa. En dichos casos, están proyectando su verdadera naturaleza fuera de ellos. En ocasiones, aunque veamos que el Ser que estamos experimentando somos nosotros, la falta de integración del Amor Santo nos impide experimentar dicha revelación como maravillosa, como preciosa.

Mientras no entendamos el Amor Santo, no podemos conocerlo como la naturaleza de nosotros mismos y de todo lo que existe. En lugar de sentir amor por nosotros mismos y

disfrutar de nuestras vidas, nos sentimos con poco espíritu o aburridos de nosotros mismos. Tenemos la sensación de que no somos lo suficientemente buenos. Cuando sentimos profunda y claramente dicho estado, experimentamos un sentido de inferioridad que se experimenta como si nuestra alma fuera inherentemente fea o estuviera deformada. Como si se tratara de una criatura que se suele ver en la mitología. Incluso podemos sentirnos como un animal contrahecho que vive bajo tierra -como un troll o como un Gollum del Señor de los anillos de J.R.R. Tolkien- que carece de toda cualidad redentora. Del mismo modo que la inferioridad está siempre asociada con la fealdad y la deformidad, la belleza y la sensación de ser amado van siempre de la mano.

Esta sensación de inferioridad no es la sensación de haber sido puro y haberse contaminado, la de ser inherentemente buenos y de que nos ha pasado algo. Es, por el contrario, la sensación de que estábamos deformados desde un principio, de que Dios nos creó con un fallo. Debido a que la identidad del ego nace originalmente de la identificación con el cuerpo, en el sentido de ser lo que somos, y puesto que al inicio de nuestro trabajo con nosotros mismos no reconocemos que somos un alma, solemos decidir que lo que anda mal en nosotros es el cuerpo. Cuando las personas tienen la sensación de ser inferiores, piensan que se debe a que el color de la piel es equivocado, su nariz es demasiado grande, el cuerpo demasiado gordo etc. Algo particularmente cierto durante los años de adolescencia cuando nuestra sensación de inferioridad está totalmente centrada en el cuerpo y en la imagen física. Posteriormente, los adultos suelen cambiar su foco: no se trata de nuestro cuerpo, se trata de nuestra mente; si no se trata de la mente, es nuestro corazón: esto es lo que falla. Pero no es nada de esto; no tiene nada que ver con ello. Simplemente utilizamos dichas cosas para explicar la sensación de inferioridad.

Todo el mundo posee está sensación de inferioridad, pero la mayoría de las personas se lo callan, al verse todo ello acompañado por una sensación de mucha vergüenza. Nos sentimos muy avergonzados de nosotros mismos puesto que realmente creemos que pasa algo fundamentalmente malo con nosotros y no queremos que los demás lo sepan. Si lo hicieran, se darían cuenta de que realmente no merecemos amor. Por lo que todo el mundo guarda el secreto y sufre en privado. De nuevo, los adolescentes sufren particularmente con esta sensación de inferioridad y están siempre comparándose con los demás, dándose cuenta de lo inferiores que son y sintiéndose profundamente avergonzados, pero no comentándolo.

La sensación de inferioridad del Punto Nueve es distinta de la sensación de inferioridad del Punto Uno de que hay algo malo en nosotros. La sensación de falta de adecuación en el Punto Uno es un juicio sobre uno mismo que no es necesariamente global; aunque la sensación es de que algo anda mal, existen también cosas que van bien. En el caso del Punto Nueve, la inferioridad es global, como si algo se hubiera arrastrado por nuestra alma, eliminando todas las cualidades buenas, y que lo que hubiera quedado estuviera desprovisto de valor alguno, o como si a cada átomo de nuestro protoplasma le hubieran quitado un electrón. Las dificultades de los tres puntos en la parte superior del Eneagrama son distintas caras de lo mismo, lo pecaminoso del Punto Ocho, la inferioridad del Punto Nueve y la equivocación del Punto Uno.

Esta honda sensación de insuficiencia e inferioridad no sólo afecta a nuestros sentimientos sobre nosotros mismos, posee también una gran influencia en nuestra actitud hacia nuestro trabajo y creatividad. Nos desconecta de la posibilidad de ver nuestro propio valor, preciosidad y utilidad, y nos hace creer que hay algo malo en lo que hacemos y producimos, alguna imperfección que está sujeta a juicios y comparaciones. Si no creemos que somos intrínsecamente dignos de amor, no nos permitiremos reconocer nuestras capacidades y atributos, lo que no sólo nos desconecta de nuestros logros, sino de la Esencia, que conduce a la *reacción específica* del Punto Nueve.

Caer dormidos ante la realidad

La *reacción específica* en este caso es la expresión de desconfianza filtrada mediante la ilusión de que ser amados, y por lo tanto el amor, son algo condicional. El alma se vuelve inconsciente o "se duerme" a su verdadera realidad y a la realidad de la existencia. Este caer dormido a nuestra propia naturaleza es verdadero para todos los egos: podemos sentir esta

cualidad en todo aquel cuya alma no está despierta. Se trata de un estado particular del alma que se siente confusa, con poca consciencia de lo que sucede, pesada, espesa y torpe. El caer dormido es básicamente un abandonar, un resignarse, el hecho de olvidar y volverse inconsciente. Incluso si ayer tuvimos una experiencia esencial, hoy no la recordamos; da la sensación de que no haya creado impresión alguna en nuestra alma. No nos despierta ni nos transforma. Por lo que independientemente de las experiencias que tengamos, nuestra alma sigue dormida, sin estar despierta a la realidad objetiva de las cosas.

El alma informada por el ego está dormida. Por esto a la iluminación se le llama *despertar*: nuestra alma despierta a lo que realmente hay. Muchas personas creen que este despertar se produce de un modo automático en el instante en que tenemos una experiencia del Ser. Algunas partes de nuestra alma pueden despertar, pero el alma se ve muy marcada por la sensación egóica de inferioridad, y estas profundidades del alma no despiertan de un modo rápido y fácil. Cuando nuestro despertar no se acerca a este nivel, a lo primero que despertamos es a la sensación de inferioridad.

La manifestación más evidente de un alma dormida es nuestra convicción inamovible en la realidad convencional o consensuada, y en el contenido de nuestro condicionamiento social global. Independientemente de cualquier profunda experiencia del Ser que hayamos tenido y de cuan objetivamente hayamos visto la realidad, cuando nos levantamos de nuestro cojín de meditación o abandonamos una entrevista con nuestro maestro, actuamos, sentimos y nos comportamos como si la realidad estuviera constituida por el mundo que nos enseñaron nuestras madres. Al hacer esto, estamos expresando el adormecimiento de nuestra alma. Incluso cuando han tenido la experiencia de que todo es amor, la mayoría de las personas siguen actuando como si no fuera verdad. Podemos hablar sobre la Esencia y el ámbito del Ser, pero para la mayoría de nosotros, cuando lo examinamos a fondo, no es la realidad. La realidad es nuestra experiencia del mundo filtrada a través de nuestro condicionamiento; nuestra base es la realidad consensuada. Esta convicción de que la perspectiva egóica constituye el modo en que las cosas son en realidad es a lo que se refieren los sufíes cuando dicen que el hombre está dormido. Quieren decir que tomamos la realidad convencional, que es únicamente la capa más superficial, por la verdad definitiva. No ver lo que es real o no creer que constituye la realidad, y por consiguiente aceptar el status quo de la realidad convencional, nos revela una vagancia del alma en relación a la verdad y a la realidad.

En estados avanzados del Trabajo, cuando tenemos una amplia comprensión del Ser, está reacción de estar dormidos se manifiesta en forma de no reconocerse como el mismo Ser. Seguimos pensando y creyendo que no estamos realizados; ya sabemos quienes somos realmente, pero seguimos comportándonos como si no lo supiéramos. Es como si no fuéramos los que estamos teniendo todas estas experiencias de realización y comprensión. Identificarse con la ilusión del Punto Nueve se manifiesta al no ver, realizar o creer que somos lo que somos; de que no somos realmente la Esencia o el Ser, o incluso un alma. Seguimos creyendo que la realidad es lo que dice el consenso social: la vida, el mundo y la personalidad del ego.

Por consiguiente, la negación inconsciente del Ser o de su valor, que es característica del Punto Nueve, permanecerá, independientemente de nuestra experiencia y comprensión. Cuando seguimos pensando, sintiendo y comportándonos como si el Ser no estuviera constantemente presente, estamos expresando nuestra desconfiada creencia de que el amor no es nuestra auténtica naturaleza y la naturaleza de todas las cosas. Si no hay amor dentro o fuera ¿por qué estar despiertos a la realidad? Por consiguiente la resignación, la apatía, la indiferencia, la vagancia acerca de enfrentarnos a la verdad (en especial a nuestra verdad interna), surgen en respuesta a la percepción de la falta de amor, a la falta de consciencia de la belleza, la maravilla, gozo y cualidad amorosa de la realidad, tanto interna como externa. Cuando no valoramos nuestra existencia, nuestra vida se convierte en un asunto de mera supervivencia y subsistencia. La vida, entonces, está muerta, es superficial, mecánica y aburrida al no estar presente la magia de la verdad.

Los pertenecientes al eneatipo Nueve se describen como "vagos acerca la Esencia", pero dicha vagancia no significa que prestar atención al Ser sea un gran problema. Se trata más bien de un descuido de nuestro Ser fruto de no creer que merece ser amado. Si hay algo valioso y bueno, estará fuera de nosotros ¿por qué mirar adentro? Por consiguiente, a

diferencia del resto de eneatipos que pueden responder a su desconexión del Ser con ira o tristeza, los Nueve responden con apatía, resignación, vagancia, inercia y con una sensación de estar trabados. Los Nueve no son necesariamente gente vaga -pueden ser muy enérgicos y activos en el mundo de la realidad convencional- pero olvidan lo que es básico: el Ser. Esta negligencia no está limitada a la gente de este eneatipo, es algo cierto para todos los egos y constituye una característica de la vida egóica. El alma que se toma a sí misma por la personalidad es descuidada y vaga acerca de la realización de la verdad así como a la hora de hacer lo preciso para despertar. Como trasfondo está el temor de que si despertamos y descubrimos quienes somos realmente, podremos descubrir que somos más feos de lo que imaginábamos, por lo que es mejor no mirar. Dicho de otro modo, al creer que somos un alma inferior, nuestra inferioridad es todo lo que esperamos encontrar cuando buscamos la verdad, entonces ¿porqué preocuparse?

Sin embargo, en el momento en que nos demos cuenta de que la naturaleza verdadera constituye tal belleza y preciosidad, haremos lo que sea por ella. Ningún sacrificio será demasiado grande con el fin de realizar la belleza y la brillante y radiante preciosidad. Es difícil comunicar verbalmente la sensación de esta preciosidad, esta belleza, su magia y su maravilla. La belleza física es un reflejo muy pálido de la belleza del Ser, que constituye la naturaleza de nuestra alma. Si realmente reconociéramos que la verdad de lo que somos es tan bella, tan preciosa, tan valiosa y tan magnífica, dedicaríamos la totalidad de nuestra vida a ella. Todo el universo, de cabo a rabo, es como polvo comparado a esta magnificencia, y cada acto y situación son prescindibles frente a dicha preciosidad.

En resumen, hemos visto que el Amor Santo constituye el reconocimiento de esta intrínseca bondad gozosa e inherente a la existencia. Se trata de la belleza y de la maravilla que hacen adorable y cariñosa a la realidad, la amorosa cualidad de la existencia, la experiencia de la existencia como corazón. No se trata de lo que normalmente queremos expresar con la palabra *amor*, pero es lo que hace posible el amor. Se trata de la bella y deliciosa preciosidad del Ser. Cuando vemos la realidad sin nuestra subjetividad, sin la parcialidad del ego, reconocemos que intrínsecamente a ello poseemos esta maravillosa, gozosa y amorosa cualidad. Dicha cualidad no forma parte de la realidad, sino que es, más bien, la naturaleza de ella, del mismo modo que la humedad es una cualidad inherente al agua. No podemos separar el Amor Santo del Ser, del mismo modo que no podemos separar la humedad del agua.

Hemos visto como la *ilusión específica* de este eneatipo aparece en la *dificultad específica* de la inferioridad, así como ello conduce a la reacción específica de dormirse, de volverse inconsciente. Otro modo de describir la reacción es que representa el olvidar quienes somos y olvidar la realidad objetiva. Esta es la causa de que la práctica necesaria para despertar sea la del autorecuerdo.

La vida superficial

Ahora exploraremos más a fondo la *dificultad específica*. La convicción profunda de no ser amados es lo contrario, en cierto sentido, de la cualidad del Amor Santo. El Amor Santo constituye una cualidad de belleza, magnificencia, preciosidad y una completa, intrínseca, radiante pura e inmaculada ternura, mientras que el estado de inferioridad es una sensación de fealdad y contracción; la sensación de que somos un alma deficiente y pobre. No se trata de lo que se conoce como "pobreza mística", que constituye un estado de sentir un vacío que permite a Dios descender hasta nosotros. Aunque esta sensación de pobreza del alma -en contraste con su verdadera riqueza- es el tema básico del eneatipo Nueve, la comparten todos los egos.

Con el ego cristalizado alrededor de la inferioridad, el hecho de creer que nuestra alma no posee esta riqueza y preciosidad, hace que a ello le siga de forma natural que no veamos el sentido de trabajar con nosotros mismos, lo que crea la profunda inercia con la que nos enfrentamos hasta fases avanzadas del camino. Para la consciencia egóica la superficie se convierte en la totalidad de la vida y nos perdemos en los detalles y actividades de la vida cotidiana como si tuvieran un valor intrínseco en si mismo. Si en nuestra vida cotidiana perdemos la cualidad del Amor Santo, nuestras actividades están vacías. Pero para la persona

que está convencida de esta inferioridad, la actitud es: "Bueno, por lo menos sobrevivo." Algún tipo de consuelo, un poco de emoción, algún estimulo, tenemos aquí y allá. Fundamentalmente, estos placeres superficiales son distracciones al hecho de estar presentes y tener alguna sensación, y dan la impresión de ser una mejor alternativa que sentirnos como si fuéramos un alma maldita. Por consiguiente, distraernos con lo exterior es una característica central y omnipresente del ego.

Por lo que el estado de inferioridad es un blanco para el linchamiento; si no lo trabajamos, es difícil integrar la percepción y la comprensión del Amor Santo y, en consecuencia, si no entendemos verdaderamente el Amor Santo la inferioridad no puede disolverse. Si realmente comprendemos el Amor Santo, si lo vemos como un hecho, no podemos creer que nosotros ni nadie pueda ser inferior. El conocimiento de que la cualidad intrínseca de quienes somos sea amor, maravilla y preciosidad elimina la inferioridad. Incluso si percibimos la belleza del Amor Santo pero no hemos trabajado con la inferioridad, seguimos identificados con este sentimiento inferior y desestimaremos nuestra percepción del Amor Santo como si no fuera con nosotros, o como si se tratara de algo secundario. Por lo que si no trabajamos con la inferioridad, nuestra comprensión del Amor Santo será parcial y estará distorsionada.

El Amor Santo no constituye sólo una percepción; impregna toda nuestra experiencia con dulzura, dicha, ligereza, gozo y éxtasis. Esta cualidad de la consciencia es algo de lo que la mayoría de la gente no considera siquiera pueda ser una posibilidad. La experiencia que tienen de sí mismas la mayoría de las personas es turbia, matizada por la intensidad de la oscuridad del sueño de la inconsciencia, del que ni siquiera son conscientes. No se dan cuenta de lo dura que es su piel, lo primitivo, subdesarrollado y poco refinado que está su sistema nervioso. A causa de ello, no es posible comprender cómo la sensación puede ser tan fina, tan delicada, tan exquisita, lozana y limpia, tan elevadora del ánimo, como si se produjeran salidas y puestas de sol en cada uno de nuestros átomos.

La mayoría de las veces, la sensación del ego que tiene el alma es parecida a los grises y fríos días de invierno. Posee una cualidad depresiva, puesto que la consciencia de sí mismo está deprimida o enmudecida. Esta cualidad depresiva, o torpeza, constituye el antídoto del alma despierta y, como he dicho, la mayoría de nosotros no podemos imaginar la sensación que produce el despertar. Incluso cuando tenemos una experiencia de él, no nos permitimos darnos cuenta de que constituye realmente el estado natural de un ser humano y de que podemos vivir en él la mayor parte del tiempo, cuando no siempre. La exquisitez, el refinamiento, la belleza, el calor y la viveza de la consciencia constituye la cualidad del Amor Santo de nuestra verdadera naturaleza. En el instante en que nos permitimos saber que dicha cualidad de la consciencia es posible y que, de hecho, constituye nuestro estado natural ¿qué sentido tiene luchar por otras cosas? ¿Qué significa llevar una "buena vida" si no estamos trabajando para permitir que esta maravillosa exquisitez de forma a nuestra consciencia? Se trata de la esencia de la búsqueda espiritual: llevar esta cualidad a nuestra consciencia. Y la *reacción específica* del dormir, la apatía y la vagancia tienen que ver con esta tarea. Con dicha *reacción*, ver un partido de fútbol se convierte en más importante que trabajar en uno mismo. Parece más emocionante observar cómo una persona pega a otra; es un modo de hacernos sentir *algo* a través de la dura piel de nuestra consciencia. O tal vez deseemos ir a las montañas rusas con el fin de conseguir algo de viveza, o implicarnos en toda clase de actividades y entretenimientos para distraernos de sentir lo que suponemos es nuestra inferioridad y nuestras mortecinas experiencias. Realmente no hay que hacer nada externo para sentirnos vivos; todo lo que tenemos que hacer es alejarnos de dichas distracciones y comprometernos con nuestra verdadera naturaleza, adorándola plenamente.

Cuando somos capaces de ver la cualidad de Amor Santo que posee la naturaleza del Ser, contemplamos su preciosidad. Su radiante gloria se experimenta como un amanecer. La inferioridad es la negación de dicha gloria, y la *reacción específica* constituye un intento de alejarnos de este magro sentido del sí mismo. Lo que hemos de hacer es afrontar esta parte de nuestra psique en lugar de alejarnos de ella, de modo que no temamos despertar a nosotros mismos.

A medida que lo vayamos comprendiendo, el sentimiento de inferioridad se desarrolla no porque seamos un niño o porque tengamos algún defecto corporal o alguna carencia social en nuestro entorno. Su origen se remonta al hecho de no reconocer esta preciosa cualidad de nuestro Ser, y esta falta de reconocimiento es universal, con pocas excepciones. Incluso si nos sentimos queridos por nuestros padres, por ejemplo, no nos quieren necesariamente por el hecho de que puedan ver la preciosidad; nos aman por lo que hacemos, por el modo en que nos comportamos, porque somos listos o guapos, etc. Debido a que la preciosidad de nuestra naturaleza en sí misma no ha sido vista ni amada, seguiremos sintiéndonos inferiores.

Evidentemente, existen razones más traumáticas por las que los niños crecen con un sentimiento de inferioridad más allá del hecho de que su preciosidad no fuera vista ni sostenida. Algunos niños son maltratados, no queridos, descuidados, etc. Cualquier falta de apoyo -físico, emocional o espiritual- afectará de tal forma al niño que engendrará una sensación de inferioridad. El niño no ve que su alma posee la cualidad innata, intrínseca y fundamental de ser la cosa más preciosa y maravillosa del universo. El niño pierde su sentido de sí mismo, y parte del sueño resultante es fruto de identificarse con la realidad consensuada en la que viven los padres. Posteriormente, explicamos los sentimientos de inferioridad de cualquier modo, ya sea por la apariencia física, el comportamiento, la inteligencia, las capacidades, etc, acentuando distintas cosas, según sea el niño.

Mientras busquemos causas y soluciones a un nivel superficial, no podremos resolver nuestro complejo de inferioridad. Una sensación de dominio y logro no resolverán la cuestión. Pueden hacer que mengue, pero sólo se trata de una compensación. No es un asunto sin salida. La resolución se basa en una sensación de preciosidad y de belleza interior, y cuando conectamos con ella tiene tal poderío y brillo que hace que el resto no tenga importancia.

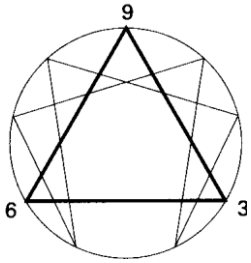
Como hemos mencionado con anterioridad, el fenómeno de la discriminación social está estrechamente conectado con esta *dificultad específica* de la inferioridad. Cuando discriminamos a alguien, estamos compensando nuestra propia sensación de inferioridad; se trata evidentemente del rechazo de otra persona. La discriminación se basa en juicios de valor sobre la inferioridad y la superioridad, y es epidémica en nuestra sociedad. Existen muchas clases de discriminación, como la racial y la cultural, en la que un color de piel o un grupo étnico se cree superior a otro. La gente de color, por ejemplo, ha sido discriminada en nuestro país, y también en muchos otros. Algunas culturas escogen un chivo expiatorio, basándose en la religión, la raza o la cultura; o existe también la discriminación de clase, como en India, en la que la casta de los intocables se supone inferior a las clases superiores y puede contaminar a los que los tocan. La discriminación de género, en la que las mujeres se suelen considerar inferiores a los hombres es omnipresente. Los niños también sufren a veces discriminación, en el sentido de no ser tomados en serio por no ser adultos. Discriminar a alguien es infligirle un gran sufrimiento, puesto que hurga la herida de inferioridad que todo el mundo posee. Producirá una gran falta de autoestima, así como un profundo sentido de vergüenza acerca de esta dolorosa herida interna. Cualquier clase de discriminación -relacionarnos con otro como si fuera menos que nosotros- constituye una proyección de nuestro sentido de inferioridad.

Muchos de nosotros tenemos sentimientos de inferioridad sobre una u otra cosa. "Mis padres eran pobres y no tuve tantos juguetes como los otros niños, por lo que me siento inferior. No fui a las escuelas adecuadas, por lo que hay algo inferior en mi. Nunca fui popular, algo debe andar mal en mi." Existen multitud de causas por las que la gente explica su sentimiento de inferioridad, causas que, desde fuera, no tienen mucho sentido. Lo que indica una predisposición a sentirnos inferiores. Para realmente ver la ilusión del eneatipo Nueve, hemos de observar a través de todas estas causas mediante las que nuestras mentes se traban, y ver el sentido de inferioridad en sí mismo: la sensación de que carecemos de bondad intrínseca.

Sólo cuando experimentamos esta desnuda sensación de mengua es posible ver que se basa en la falsa creencia de que hay algunos lugares en el universo que posen bondad intrínseca y otros no. Sin ver esto, estamos funcionando con la creencia inconsciente de que somos inferiores y estamos tomando está creencia por la realidad. En este caso, no tiene sentido volverse más consciente, por lo que distraernos es lo único sensible que nos queda. Sólo cuando experimentamos nuestra sensación de inferioridad en su total crudeza podemos

empezar a apreciar nuestra falta de comprensión del Amor Santo y podremos comenzar a ir más allá de este error.

CAPÍTULO DIECIOCHO



Punto Seis: SANTA FUERZA, SANTA FE

> La consciencia de que el Cosmos es un mecanismo que se autoregula, que existe en un estado de equilibrio, y que mientras las leyes objetivas que gobiernan este equilibrio sean respetadas, un individuo puede estar en un estado de armonía con la Realidad, yendo hacia su propia plenitud personal. La Fe es una Idea Santa, no una creencia. Se trata de la certeza de que cada uno de nosotros posee una Esencia y que dicha Esencia, que proviene de Dios, pertenece a Dios.
>
> -Ichazo, 1972

Mientras que el Amor Santo explica la visión objetiva de la existencia en el triángulo de las Ideas Santas formado por los eneatipos Nueve, Seis y Tres, la Santa Fe o Santa Fuerza se refiere a la experiencia del alma, o la visión del hombre, en relación a este punto de vista objetivo. Hemos visto que las Ideas Santas de la esquina superior del Eneagrama describen la verdad de toda existencia, que las Ideas Santas de la esquina Seis se centran en lo que es un ser humano, en relación a dicha existencia, y de que las Ideas Santas de la esquina Tres se refieren al modo en que se producen el funcionamiento y el cambio.

Desde la perspectiva del eneatipo Cinco, la visión del hombre es la de que su alma es inseparable del resto de la existencia; esto constituye la Santa Omnisciencia y la Santa Transparencia. Por lo que si percibimos la realidad de un modo objetivo, vemos que los seres humanos son inseparables del resto de la existencia y nunca pueden ser disociados de ella. La percepción de la Santa Transparencia nos muestra que la sensación de estar separados y aislados, la sensación de una entidad definitiva, constituye una ilusión.

Desde la perspectiva del eneatipo Siete, vimos que la visión del hombre se refleja en lo que llamamos Trabajo Santo: el desarrollo y despliegue del alma es inseparable del despliegue y desarrollo de la totalidad de la existencia. Por lo que no sólo el ser humano es inseparable del resto de la creación, sino que su evolución -tanto personal como colectiva- también es inseparable de ella. El despliegue del alma, por consiguiente, forma parte del despliegue de la totalidad del universo.

La esencia del alma

Una parecida intuición profunda se refleja en el eneatipo Seis: la Santa Fe constituye la realización vivencial de que el ser es la realidad interna y la verdad interior de cada ser humano. Dicha comprensión también subyace a la de los que pertenecen al eneatipo Cuatro, el Origen Santo, con el que a veces se confunde. El Origen Santo constituye la visión objetiva de que nunca estamos desconectados de nuestro centro, que es la Esencia, en cualquier nivel de operación; que este Origen es la Fuente del alma y su hogar definitivo; y que dicho Origen se caracteriza por las Ideas de verdad, perfección y bondad intrínseca, las Ideas Santas de la parte superior del Eneagrama. Por lo que estas tres cualidades caracterizan el Origen del que el alma nunca está separado. La Santa Fe, por el contrario, no es un asunto de sentirse conectado a esta Fuente, sino más bien una cuestión de darse cuenta de que dicho Origen realmente existe y de que constituye nuestra verdadera naturaleza. Independientemente de que nos sintamos o no conectados con nuestro origen esencial, sabemos por experiencia que realmente existe. Se trata de la Santa Fe. El Santo Origen depende de la realización de la

Santa Fe, puesto que no puede haber duda sobre la conexión o falta de ella, si no sabemos que existe dicha realidad a la que conectarse. Por lo que la intuición profunda principal de la Santa Fuerza y de la Santa Fe es la de que la Esencia existe y de que es realmente nuestra verdadera naturaleza. El reconocimiento es el de que poseemos una esencia.

A partir de ahí podemos comprobar que el Origen Santo constituye una extensión de la Santa Fe; no se trata sólo de un asunto de darnos cuenta de que existe esta verdad perfecta, sino de darse cuenta de que somos una expresión de ella y por lo tanto, no podemos desconectarnos de ella. Aunque el Santo Origen incluye la Santa Fe, se percibe desde un ángulo algo distinto; no se trata del reconocimiento de que existe un Origen, sino de que nunca hemos estado separados de él, por lo que el reconocimiento de dicho Origen -la intuición profunda de la Santa Fe- está implícito. Dicho de otro modo, la Santa Fe constituye el reconocimiento vivencial de que existe en nuestra alma una verdad que es perfecta e intrínsecamente buena y adorable. Podemos experimentar la Esencia pero no reconocerla como nuestra naturaleza fundamental. Por lo que reconocer la Esencia como nuestra esencia no es lo mismo que simplemente experimentarla.

Expresado de un modo más simple, la Santa Fe es fruto del reconocimiento de la Esencia. Por reconocimiento, queremos decir la experiencia directa de la Esencia como nuestra verdadera existencia (Santa Verdad), como existencia perfecta (Santa Perfección), así como existencia intrínsecamente buena y amorosa (Amor Santo). Reconocer totalmente la Esencia significa reconocer las tres cualidades de *satchitananda*; que es una presencia real, que es intrínsecamente buena y que es simplemente el modo en que las cosas se supone deben ser. Podemos referirnos a esta realización de la Esencia como Santa Fuerza, que quiere decir que la fuerza del alma estriba en su naturaleza como Esencia. Percibir esta verdad es ver nuestra propia naturaleza a través de esta Idea Santa. El hecho de que la Esencia sea la naturaleza fundamental del alma constituye la fuerza objetiva, y es lo que proporciona al alma su sensación de fuerza. Percibir dicha verdad es conocer nuestra propia realidad a través de las lentes de la Santa Fuerza. La Santa Fe, por lo tanto, es el efecto de esta realización o reconocimiento sobre el alma.

Otra forma de expresar esta intuición profunda es que la Santa Fuerza constituye la percepción de que la naturaleza interna del ser humano es Esencia y que a resultas de esta percepción, la transformación que se produce en el alma es lo que denominamos Santa Fe. Por lo tanto estamos diferenciando entre el reconocimiento de la Esencia como verdad interior del alma y el efecto de esta experiencia en el alma. La Santa Fe es una suerte de conocimiento, un convencimiento y una certeza. Este uso de la palabra fe es distinto al convencional, que se refiere a una creencia mental que no se basa en nuestra experiencia directa, sino por el contrario, en lo que alguien nos ha dicho. Por consiguiente la Santa Fe no es una cuestión de leer la Biblia y a raíz de ello tener fe en Cristo; la Santa fe significa que hemos tenido la experiencia real de contactar con Cristo, por lo que nuestra fe en la existencia de Cristo es fruto de nuestra propia experiencia. Sin embargo, es posible que alguien posea un reconocimiento directo de la Esencia como naturaleza interior de uno sin necesidad de desarrollar la fe. La profundidad de la fe generada depende de la persona y de la hondura y plenitud de la experiencia.

La distinción entre la Fuerza Santa y la Fe Santa es semejante a la distinción que hemos hecho sobre el Amor Santo; entre el reconocimiento de la bondad y belleza intrínseca del Ser y la respuesta del alma a la amorosa realidad. La única diferencia estriba en que en este caso estamos utilizando para el eneatipo Seis dos nombres distintos para estas dos caras de la Idea Santa. Encontraremos una situación similar cuando lleguemos a la Santa Esperanza. Por consiguiente, todas las Ideas Santas del triángulo central del Eneagrama (Puntos Nueve, Seis y Tres) son únicas en el sentido de que se refieren tanto a una percepción particular de la realidad como también al efecto de dicha percepción en el alma. Las Ideas Santas que quedan se refieren únicamente a las percepciones de la realidad objetiva.

Fe Esencial

El reconocimiento de la Esencia no constituye todavía fe, pero es un elemento necesario para ésta. La fe constituye, más que una creencia mental, una experiencia objetiva, tal como he

explicado, y se refiere a la transformación del alma. Cuando la fe está presente, la consciencia se transforma de un modo fundamental; se transforma en su verdadera substancia. Por lo que no se trata de una creencia mental basada en una experiencia interior; no se trata de tener una experiencia de la Esencia, y por lo tanto de saber en nuestra mente que la Esencia realmente existe. Se trata en realidad de una transformación que tiene lugar en el alma, en la que la Esencia, como nuestra naturaleza, se convierte en una certeza, algo dado, y no en algo que necesitemos rememorar o de lo que haga falta acordarse. Este conocimiento se ha integrado y ha transformado nuestra consciencia. Mientras nuestra fe sólo sea mental, permite que pueda instalarse la duda, y puesto que la duda en sí misma es mental, algo que sólo sea un recuerdo es un blanco fácil para ella. Cuando está presente la fe real, se ha producido una transformación y no hay vuelta atrás. Pueden surgir cosas que debiliten o desafíen a nuestra fe, pero está ahí, independientemente de lo que pase.

Para realizar la Santa Fe son necesarias dos importantes intuiciones profundas. La primera es la experiencia de que hay una verdad que existe de un modo fundamental y genuino, una verdad que no está construida a partir de creencias o ideales. Dicho reconocimiento debe incluir las intuiciones profundas de la Verdad Santa, el Amor Santo y la Perfección Santa, cuanto menos en algún grado rudimentario. La segunda intuición profunda la constituye el reconocimiento de que esta verdad de la Esencia constituye la realidad interna del alma, incluyendo *nuestra* alma, y no simplemente algo que existe en algún lugar. En este caso estamos estableciendo la distinción entre una experiencia de la Esencia que no sentimos como nuestra, que se siente como algo ajeno, o algo que se nos impone, o está inducido o es transmitido por alguien, y la experiencia de la Esencia como nuestra propia realidad interna. Se trata de una diferencia enorme. Muchas personas experimentan la Esencia y creen que simplemente están experimentando a su maestro espiritual o que han sido hipnotizados, lo que implica no reconocer la Esencia como su naturaleza.

Para que el alma se transforme en la condición de la fe ambas intuiciones profundas son necesarias. Por consiguiente, la fe incluye la certeza de la existencia de la Esencia así como el efecto de reconocer que constituye la naturaleza de nuestra propia alma. Cuando la fe está presente, sentimos confianza, seguridad, una sensación de apoyo, relajación y valor. Estas son las cualidades del alma que posee fe. Tenemos la sensación de que incluso aunque no estemos en contacto con ella en este preciso instante, cuando observemos profundamente en nosotros mismos, encontraremos la Esencia. Lo que nos proporciona confianza y valor.

Todas ellas son características implícitas de lo que llamamos "fe", pero no comunican realmente el sentimiento de ella. Se trata de una sensación real, un estado particular del alma. Es semejante a la sensación que tenemos cuando decimos a alguien de un modo genuino: "Tengo fe en ti," o "creo en ti," pero en este caso, lo estamos experimentando en términos de nuestra realidad interna. Cuando decimos a alguien que creemos en él, no estamos diciendo que creemos que son *esto*, o que creemos *aquello* sobre él; estamos diciendo que tenemos confianza de que esta persona será capaz de ser correcta o hacer lo que corresponde. Tener fe en dicha persona significa que poseemos una certeza implícita de que podemos confiar en ella. Podemos tener dicha fe en una persona, en una situación, en una enseñanza o en un maestro, pero con la Santa Fe estamos hablando sobre la fe realmente interior en sí misma. Se trata de la certeza que nace de la experiencia directa de que hay una existencia verdadera que es bella y amorosa; la sensación de seguridad y apoyo que nace a causa del reconocimiento de ello como nuestra realidad interna; y la confianza en esto que nace del reconocimiento de sus cualidades.

La realización de la Santa Fe constituye una transformación de la experiencia de quien somos. No se basa en una creencia o en una convicción; no es un recuerdo. Se trata de saber que hay Esencia y que es nuestra propia naturaleza interna, que damos por hecho como algo dado. Esta fe constituye una enorme ayuda en el camino puesto que cuando las cosas se ponen difíciles y estamos asustados o somos infelices, cuando no estamos experimentando la Esencia y no hay nadie que nos ayude a conectar con ella ¿qué es lo que nos mantiene sino la fe? Sin fe es muy difícil continuar. La fe ha de ser real, puesto que cuando estamos atemorizados, nos sentimos desintegrados o profundamente heridos, una creencia mental no nos será de ayuda para seguir adelante. La verdadera transformación que llamamos fe

proporciona al alma un valor que la hace perseverar, puesto que posee la certeza sin discusión de que existe una verdadera realidad y un verdadero apoyo aunque no sea explícitamente obvio en el instante. El místico cristiano castellano San Juan de la Cruz, analiza esta fe en sus escritos sobre la "noche oscura del alma." Cuando no sabemos lo que pasa y no experimentamos apoyo alguno, es únicamente esta fe la que nos hace seguir adelante; intentar recordar lo que dijo nuestro maestro o lo que experimentamos ayer no lo hará.

Esta fe constituye un saber en el corazón más que un conocimiento mental. Se trata de uno de los desarrollos del corazón representado por las Ideas Santas del triángulo central, que se conocen como las "tres virtudes teologales." Dicha fe hace posible perseverar y no perder el corazón cuando se produce un desengaño, y asegura que la desesperación no pueda dominarnos totalmente. Se presenta en grados, según sea la duración y la amplitud de nuestra experiencia directa y reconocimiento de la Esencia. Nuestras experiencias de la Esencia son distintas, varían en el grado, la profundidad y el alcance de su plenitud. Más experimentamos la Esencia, más *plenamente* la vivimos; y más reconocemos sus distintas cualidades y perfecciones, más crece nuestra fe y más honda se hace. La fe, por lo tanto, es algo que puede desarrollarse, hacerse más profunda y amplia. Cuando experimentamos la Esencia desde la perspectiva de la Santa Verdad, o sea, desde un nivel más universal y cósmico, la fe resultante es también más universal y cósmica.

A la hora de experimentar la fe existen tres niveles. El primer nivel es el resultado de experimentar la Esencia como nuestra naturaleza interior; se trata del nivel individual de fe. El segundo es el nivel infinito, en el que reconocemos la Esencia como la naturaleza de todas las cosas. En este nivel, tenemos fe en Dios o en la realidad. El tercer nivel es desde la perspectiva de la realidad, desde el nivel de las Ideas Santas. En este caso, experimentamos y comprendemos la realidad directa y objetivamente, percibiendo y comprendiendo su dinámica: cómo es y cómo funciona. La fe de este nivel es la más completa y total, puesto que surge de experimentar la realidad en su totalidad. Podemos decir, entonces, que la comprensión de las distintas Ideas Santas contribuye al desarrollo de la fe, pero el elemento básico e indispensable en el nacimiento y desarrollo de la fe lo constituye el reconocimiento de la Esencia como nuestra propia esencia.

Hablar sobre fe es hablar de un importante desarrollo de la vía, puesto que es la expresión de una profunda transformación en nuestra alma. En el inicio del Trabajo, podemos hablar de que la meta es la realización de la verdad, el hecho de comprender qué es la realidad. La vía es el proceso por el que el alma se armoniza con esta realidad, y la fe es un producto secundario de dicha armonización. Cuando el alma está en total armonía con la realidad, la experiencia está más allá de la fe; entonces es simplemente la experiencia directa de la fuerza de la Esencia, lo que llamamos Santa Fuerza.

En la Santa Fe, el corazón está totalmente convencido y posee la certeza de la Esencia mediante un contacto directo con ella. Esta apertura particular del corazón es lo que queremos decir cuando hablamos de la fe que representa una transformación del alma. Ésta se transforma en respuesta a muchos factores a medida que realiza su verdadera naturaleza, y parte de dicha transformación constituye el desarrollo de lo que llamamos Santa Fe. La auténtica substancia del alma se purifica, desarrolla y madura hasta su completa cristalización, en la que el alma es totalmente transparente a, y está en armonía con, la realidad objetiva. La fe, entonces, se vuelve implícita.

A diferencia de la fe que podamos tener en otra persona, en una situación, en una enseñanza particular, etc., la Santa Fe es duradera puesto que se basa en el reconocimiento de nuestra naturaleza autoexistente y eterna. Nuestra fe en alguien puede cambiar, por ejemplo, si dicha persona empieza a comportarse de un modo distinto. La Esencia, por otro lado, siempre se comporta del mismo modo. Por lo que a medida que la reconocemos como aquello que realmente somos, nuestra alma se transforma de un modo permanente. Es como si la estructura molecular de nuestra alma se transformara y adoptara otra forma. Por lo que reflejando la inmutabilidad de la Esencia, la fe que se desarrolla no constituye un estado pasajero, aunque puede hacerse más profunda, desplegarse y madurar.

Si poseemos una creencia, ya sea consciente o inconsciente, opuesta a la fe, ésta debe ser expuesta y comprendida; la experiencia de la Esencia en sí misma tal vez no la disuelva

totalmente. Si, por ejemplo, un día tenemos una experiencia de la Esencia, y al día siguiente nos decimos a nosotros mismos: "No fue realmente el que soy, en realidad soy una persona terrible," ¿Qué significa? Nos muestra que poseemos una convicción de fondo sobre quienes somos, y de aquello a lo que nos parecemos, que va a contracorriente de la experiencia de la Esencia; por lo que para desarrollar la fe, debemos investigar esto. Por otro lado, simplemente ver en la ilusión en sí misma -reconocer que no creemos en la Esencia y no la reconocemos como nuestra verdadera naturaleza- no es suficiente. Es necesaria la experiencia real de la Esencia. Con el fin de desarrollar fe hemos de tener la experiencia de la Esencia y hemos de trabajar con las barreras que nos impiden alcanzarla.

Podemos comprobar que la Santa Fe es semejante a la confianza básica y a la sensación de apoyo real. Cuando perseguimos y exploramos a fondo cualquiera de las Ideas Santas, esto siempre nos conduce a la confianza básica y a la sensación de apoyo, puesto que las tres son un reflejo de lo mismo. La ausencia de las Ideas Santas nos conduce a la *ilusión específica*; la falta de adecuación del entorno de apoyo se refleja en la *dificultad específica* y la ausencia de confianza básica se refleja en la *reacción específica*. Por lo que cuando se pierde la tríada de la Idea Santa, la confianza básica y el apoyo, ésta se ve remplazada por la tríada egóica que conforma el núcleo de cada eneatipo.

Cinismo

En el caso del eneatipo Seis, cuando se pierde la Santa Fe, deja de haber fe, conocimiento o certeza de que nuestra naturaleza interna, la de los demás, y la del universo; es una esencia que constituye una existencia verdadera, perfecta e intrínsecamente buena. Esta carencia de fe no es exactamente la ausencia de la creencia en Dios, como mucha gente cree, puesto que podemos ser ateos y seguir creyendo en la bondad intrínseca de la humanidad. La ausencia de la Santa Fe se refleja más en la falta de fe en la naturaleza humana o en la naturaleza del universo. Lo que significa que no creemos ni confiamos en la naturaleza humana, incluida la nuestra. Lo que se manifiesta en la creencia de que el modo en que la gente es y actúa, en origen, es puramente electro-químico, que somos sólo entidades físicas, y que no existe una naturaleza esencial intrínseca e inteligente que puede estar presente y en funcionamiento. También se manifiesta en la creencia de que cualquier bondad que manifieste el ser humano es sólo el resultado de una adaptación para asegurar la supervivencia. Aunque puede ser algo adaptativo, creer que ello es el origen de la bondad refleja la carencia de Santa Fe.

Esta carencia puede manifestarse en tres niveles: podemos creer que no existe algo como la Esencia; podemos creer que aunque exista algo de bondad, en última instancia no es nuestra naturaleza o la naturaleza humana, puesto que el hombre es básicamente corrupto, y la bondad o la Esencia existe en alguna entidad de corte divino en otro lado; o podemos creer que aunque la Esencia constituye nuestra naturaleza interna, va y viene al azar. Por lo tanto, del mismo modo que existen tres facetas de la fe -que la Esencia existe, que constituye nuestra naturaleza interior y que podemos confiar en ella- existen tres variedades de la carencia de ésta.

En última instancia, esta falta de fe se basa en la creencia de que los seres humanos no poseen una realidad interior que sea verdadera, buena, amorosa y perfecta, y por lo tanto somos intrínsecamente egoístas, interesados y egocéntricos. Si no poseemos la Santa Fe, poseemos esta otra clase de fe: el convencimiento de que los seres humanos están hechos totalmente de ego. La vida se convierte entonces en una lucha por la supervivencia, y si mostramos alguna bondad hacia los demás, es puramente por interés. Este cinismo constituye la ilusión específica del eneatipo Seis. El diccionario define a una persona cínica como alguien que cree que todo el mundo está totalmente motivado en todos sus actos por el egoísmo, y una actitud cínica refleja un desdeñoso descreimiento acerca de la bondad y de la sinceridad humanas. Por consiguiente, la ausencia de fe se manifiesta en forma de cinismo, ya esté relacionado con los seres humanos o con el cosmos. Se manifiesta en forma de la duda y el cuestionamiento de nosotros mismos, nuestra propia naturaleza y la naturaleza humana, la Esencia, la verdad, Dios, o el universo en general. Se trata de una sospecha que refleja una actitud cínica de fondo, la ausencia de Santa Fe, así como la consiguiente falta de esperanza, desesperación y frustración. Dudar de las propias motivaciones o de las de los demás puede

ser algo implícito o explícito: ¿son bondadosos porque expresan una bondad interior, o existe otro motivo? Este cuestionarse continuamente indica la falta de fe en la naturaleza humana. No creemos que sea posible que alguien haga algo por bondad de corazón, o que el universo nos presente algo bello; no creemos en la gracia. Si pasa algo bueno, el cínico que hay en nosotros se pregunta: "¿Se trata de una prueba? ¿Qué pasará si disfruto de ello? ¿Me van a engañar?"

El cinismo está más allá de la duda. Podemos experimentar dudas o escepticismo a causa de no haber experimentado algo y por lo tanto no conocerlo, y esta clase de duda puede ser útil y saludable, y puede motivarnos a descubrir que hay de verdad en algo o alguien. El cinismo, por otro lado, constituye una duda basada en una conclusión a priori. Por ejemplo, dudamos de alguien al tener la presunción de que carece de bondad y de que no nos conviene. El cinismo se presenta en distintos grados y niveles. Puede adoptar la forma de no creer que exista algo como la Esencia, o creer que, si existe, no forma parte de nosotros. O puede ser parte de nosotros pero es voluble y de poca confianza. Cualquiera que sea la forma que adopte, desvaloriza nuestra propia experiencia, incluso de la Esencia. "¿He sido yo? ¿Ha sucedido realmente o lo he creado yo? ¿Ha sido mi experiencia, o alguien me lo ha hecho creer así? ¿Me han hipnotizado o soy víctima de una sugestión?" Ésta no constituye una actitud de exploración de la propia experiencia con el fin de descubrir la verdad, sino una expresión del hecho de haber preparado nuestra mente acerca de lo que nos vamos a encontrar. No se trata de una interrogación abierta que invita a explorar para descubrir la verdad por uno mismo, sino una actitud de descrédito, de interrogarse sobre algo para eliminarlo, arrancarlo y alejarlo.

Inseguridad y sospecha

Este cinismo, por lo tanto, es la ilusión específica que conforma el núcleo y más tarde se desarrolla en un eneatipo completo. La *dificultad específica* del eneatipo Seis la constituye la experiencia de falta de adecuación del entorno de apoyo tal como se refleja mediante el filtro del cinismo. Dicho de otro modo, es la forma en que experimentamos la falta de apoyo desde la perspectiva del cinismo. Esta falta de sensación de apoyo, o de que el sostén es negativo o de que es de algún modo inadecuado, sumada a la falta de fe en que existe una bondad real en nosotros mismos y en el entorno, conduce a la falta de confianza de que la realidad proporciona apoyo. Por consiguiente, la sensación de no ser sostenido de un modo adecuado, vista desde la perspectiva del cinismo, nos hace sentir que no es posible ser apoyados de un modo apropiado. Nadie va a estar ahí para nosotros de forma bondadosa y desinteresada, y no son posibles ni el verdadero amor ni el verdadero sostén y alimento. Por lo que no sólo sentimos que el apoyo nos falta, sino que también llegamos a creer que no podemos obtenerlo.

La pérdida de la Idea Santa, la pérdida de apoyo y el desarrollo de la desconfianza son componentes del mismo proceso y se producen de modo simultáneo, aproximadamente a lo largo de los primeros cinco años de vida. El sentido puede ser que mi madre me cuida sólo a causa de que es mi madre y se trata de su deber y responsabilidad; no porque me quiera. O el cinismo puede ser mayor: que no está nunca. En cualquier caso, el sentimiento que se crea, la *dificultad específica*, constituye una clase de inseguridad temerosa. Nos sentimos inseguros y asustados al mismo tiempo. Al no sentirnos apoyados existe un tipo de inseguridad intrínseco, de fondo, que está siempre presente, y puesto que tenemos la sensación de que no estaremos apoyados nunca, nos sentimos siempre inquietos y asustados. Esta temerosa inseguridad refleja la creencia y la sensación de que el mundo es un lugar peligroso habitado por personas interesadas y de que no existe esencia interior que pueda apoyarnos y guiarnos en este terrible mundo. Nuestra alma se siente insegura puesto que el mundo aparece como una peligrosa jungla y no tenemos fuerza interior para enfrentarnos a él.

Se trata de un lugar muy sensible y delicado del alma en el que nos sentimos vulnerables, asustados, paranoicos, solos, faltos de apoyo, abandonados e indefensos. Se trata de un estado emocional muy difícil de tolerar, y por lo tanto enseguida actuamos a la defensiva (interna, externa o ambas) para evadirnos de él. Por un lado, nos sentimos solos y sin apoyo externo, y por otro lado, tenemos la sensación de que carecemos de fuerza o de sostén interior. Por lo que no tenemos fe en que lo que necesitemos estará presente simplemente si nos relajamos.

Esto es lo que da pie al miedo que forma parte de la *dificultad específica*. Sin embargo este estado doloroso y difícil es algo más que miedo, puesto que podemos sentir miedo sin sentirnos necesariamente inseguros, y podemos sentirnos inseguros sin estar necesariamente asustados. En este caso, el miedo y la inseguridad juntas forman un estado y crean un espacio interior muy vulnerable y temible. Al tratarse de un espacio tan vulnerable, cuando lo afrontamos en nosotros mismos o en los demás, hemos de estar muy en sintonía, ser empáticos y sensibles.

La *reacción específica* del eneatipo Seis constituye una expresión de desconfianza, tal como se refleja en el espejo del cinismo. No tenemos confianza básica en nosotros o en el entorno, creemos que la naturaleza humana no es intrínsecamente buena, alentadora o fiable, y al mismo tiempo nos sentimos temerosos e inseguros en un mundo peligroso que carece de naturaleza interior o de un Dios sustentador y amoroso. Lo que se manifiesta en la *reacción específica* de la suspicacia defensiva hacia el mundo.

Al igual que la *dificultad específica*, esta *reacción específica* no constituye únicamente un sentimiento particular, sino un complejo que constituye nuestro estado interior. Esta suspicacia defensiva contiene en su seno miedo y paranoia, así como agresividad y hostilidad. Sospechamos de los demás, ponemos en entredicho sus motivos e intenciones; estamos alerta de un modo paranoico; y al mismo tiempo, estamos inquietos, a la defensiva, hostiles y prestos a golpear en defensa propia. Debemos sentirnos así, solos y asustados, en una jungla, puesto que así parece el mundo. Se trata de un estado emocional muy específico y a la vez muy complejo.

La *reacción específica* del eneatipo Seis se caracteriza por un tipo de suspicacia alerta y paranoica, siempre oteando el peligro. Si estamos cerca de alguien que tiene este tipo de reacción, nos hará todo tipo de preguntas, y podremos comprobar que su actitud de fondo es la de temor, suspicacia, ira y agresividad; como si estuviera esperando desvelar algún motivo egoísta en nosotros de cuya existencia está seguro. Podemos sentir el miedo y la inseguridad de dicha persona, así como sus intentos de protegerse a sí misma; no sabe si puede confiar y sospecha de ti.

Esta reacción es una defensa frente a un entorno que parece hostil y amenazador, pero constituye también la defensa principal frente a la sensación interna de temerosa inseguridad. Somos constantemente suspicaces y estamos a la defensiva, puesto que la relajación y la confianza nos darían unas expectativas de peligro externo, acompañado de la sensación de inseguridad y vulnerabilidad frente a éste.

Esta actitud o estilo de comportamiento es distinto del estilo contrafóbico de algunos eneatipos Seis, que consiste en negar la *dificultad específica*. Este estilo es una forma de decir: "No, no tengo miedo; el mundo es un lugar seguro y lo probaré escalando una montaña. Ves no me ha pasado nada." Dichas personas se arriesgan y se ponen en situaciones de peligro para comprobar que no tienen miedo o están inseguras. Por lo tanto, a pesar de los estilos opuestos, tanto los Seis fóbicos como los contrafóbicos poseen la de la suspicacia defensiva.

La suspicacia defensiva puede dirigirse no sólo hacia fuera, sino también hacia el interior. Puede adoptar la forma de sospechar de nuestras propias motivaciones o de no dejarnos profundizar más en nosotros mismos, puesto que tenemos miedo de lo que podamos encontrar y sospechamos que no será bueno.

Cuando nos identificamos con esta suspicacia defensiva y agresiva, normalmente no somos conscientes de esta vulnerable y temerosa inseguridad. Aunque puede haber ansiedad, normalmente nos sentimos enfadados y hostiles, dudando y sospechando de los demás y de sus motivos. La cualidad agresiva y de ataque de dicha reacción puede expresarse de un modo abierto, en distinta medida, o puede ser sólo una postura interna, que no expresamos, pero interiormente sentimos.

Es básico recordar que cada ego posee los nueve complejos internos, y que cada uno de nosotros debe afrontar su cinismo, su temerosa inseguridad y su suspicacia defensiva. Necesitamos experimentar esta constelación que forma la barrera nuclear frente a la Santa Fe, puesto que si permanece inconsciente, bloqueará el desarrollo de la fe, sean cuales sean nuestras experiencias esenciales. Al estar presente en el inconsciente esta constelación, debe ser expuesta y disuelta, y para ello, debemos experimentar la *reacción específica* y la

dificultad específica, y posteriormente comprobar como ambas se basan en la ilusión específica del cinismo. De este modo podemos difuminar el núcleo y despejar el camino para que nuestras experiencias esenciales den paso a la fe.

Barreras a la Fe Esencial

La suspicacia defensiva no sólo se manifiesta en los individuos, sino también en la sociedad en su conjunto, y el dialogo entre cinismo y fe se produce en muchos ámbitos: en nuestras relaciones íntimas y de amistad, así como en nuestra relación con nosotros mismos, con nuestros maestros y también en los asuntos sociales en general. Un ejemplo de lo último lo constituye el debate actual sobre que hacer con los criminales: ¿Hemos de castigarlos o educarlos? Si somos básicamente cínicos, creemos que no pueden rehabilitarse y simplemente deben ser encerrados lejos de la sociedad. Si poseemos más fe en la naturaleza humana, creemos que es erróneo abandonar a una persona puesto que puede poseer una chispa de humanidad que podría encenderse mediante la educación.

Nuestra suspicacia defensiva se manifiesta al sospechar de los motivos de aquellos con los que nos relacionamos: nuestros amigos, amantes, esposas, jefes, colegas o incluso maestros. Sospechamos de las razones por las que nuestro maestro parece estar pendiente de nosotros, o podemos poner en cuestión si él o ella tienen la capacidad de estar ahí. La suspicacia defensiva se basa en el cinismo; la creencia en que o no hay nada esencial en una persona o, si lo hay, ésta no está a nuestra disposición. No se trata de un escepticismo saludable, en el que no sabemos algo y tratamos de descubrir la verdad. El escepticismo saludable constituye una apertura, no el tipo de cualidad negativa dudosa, enojada y agresiva, propia de esta clase de reacción.

Lo que en última instancia debe producirse es que cada uno de nosotros desarrolle fe en sí mismo, que significa tener fe en la naturaleza humana. Cuando la tenemos, sólo podemos tener fe en todos los seres humanos. Lo que no significa fe ciega. Significa saber a ciencia cierta que todo ser humano posee una naturaleza esencial, aunque esté enterrada y la persona esté actuando desde el cinismo y la ignorancia. Significa dar al otro una oportunidad, creer en la posibilidad de que sea amable y altruista, aunque no siempre actúe de este modo. Significa que sabemos que dicha cualidad existe en dicha persona y también en nosotros.

El combate real no es con los demás sino dentro de nosotros mismos. No tenemos tanta necesidad de confiar en los demás como de confiar en nosotros mismos. El significado de la fe constituye la certeza de que nuestra naturaleza innata es buena y alentadora; no supone confiar en otros o incluso en nosotros todo el tiempo. Significa que sabemos que existe una cualidad dentro de nosotros en la que básicamente podemos confiar. La fe nos ayudará a perseverar en el Trabajo de modo que podamos hacer dicha cualidad más accesible y más permanente.

Mucha gente cree que no merece amor. Se trata de una expresión de cinismo, puesto que están diciendo que no hay nada en ellos que merezca amor. Cuando profundizamos, vemos que todas las ilusiones están conectadas y son simplemente distintas expresiones de la desconexión básica del Ser.

El cinismo es una ilusión; no es algo intrínseco a nuestra consciencia. Es el producto de una ignorancia particular, y la visión interior profunda que lo resolverá es la percepción que denominamos Santa Fuerza y Santa Fe. Mucha gente adopta el cinismo como filosofía y basa su aproximación a la vida en éste; lo que prevalece particularmente en períodos de catástrofe física, social o económica. Si, por ejemplo, hemos nacido durante la guerra, es muy fácil ser cínicos puesto que nuestra alma se ha desarrollado en una atmósfera de peligro y estaba rodeada de gente básicamente motivada por sus instintos de supervivencia.

Una persona que es realmente cínica ha abandonado la humanidad. Tener fe significa que no hemos abandonado la posibilidad de que nosotros y los demás poseamos humanidad. Es comprensible que si hemos crecido en un ambiente inapropiado o, peor aún, de abusos, tengamos la tendencia a ser más cínicos, puesto que nuestra experiencia fue la de que los seres humanos son peligrosos. Sin embargo, la dificultad real fruto del cinismo, no sólo surge de la creencia de que nuestros padres o el entorno no sean humanos, sino de creer que

nosotros mismos no poseemos las cualidades humanas de bondad, fuerza e inteligencia intrínsecas.

Estamos analizando estos estados dolorosos y difíciles en el núcleo de las fijaciones, puesto que todos las poseemos, y hemos de ser conscientes de ellas con el fin de liberarnos de éstas. Como he dicho, si no afrontamos este núcleo, la fe no se desarrollará aunque tengamos experiencias esenciales, o si empieza a desarrollarse, el núcleo saldrá a la superficie y tendremos que afrontarlo entonces.

La importancia de la visión de la realidad

Una parte importante del Trabajo se centra en comprender la visión de la realidad objetiva. Dicha comprensión se produce por medio del análisis de ella y mediante nuestras propias investigaciones, nuestra propia exploración y experiencia. La visión no es, en cierto sentido, una experiencia, sino aquello que unifica toda experiencia. Se trata del marco global que hace inteligible y significativa toda experiencia. En mayor medida comprendamos la visión de la realidad objetiva, mejor sabremos en qué punto de nuestro viaje estamos. Mejor comprendemos la visión, más sabremos en que grado nuestra experiencia es objetiva o está distorsionada. Por consiguiente, comprender la visión es una guía valiosa y una orientación importante. En su momento, a medida que nuestro proceso de realización progresa y se hace más profundo, nuestra experiencia se ajusta más a la visión. Cuando la experiencia sintoniza armoniosamente con la visión, a esto lo llamamos realización total o iluminación.

La visión, más que la teoría o perspectiva de alguien sobre el particular, es un esclarecimiento de cómo son las cosas, de cual es nuestra naturaleza y de cual es la naturaleza de todas las cosas. Los puntos de vista sobre la realidad varían a causa de que están conformados por el camino particular que cogemos para llegar a dicho punto de vista, pero la realidad objetiva es la realidad objetiva. No tiene nada que ver con las ideas de nadie sobre ella. Distintas personas pueden verla desde distintos ángulos, pero ello no significa que estén viendo una realidad distinta. Es como es; es lo que hace de ella la realidad objetiva. Estamos intentando comprender esta visión trabajando con las Ideas Santas, que, como he dicho anteriormente, no constituye el único modo de realizar la visión de la realidad objetiva.

Hemos explorado la Santa Fuerza, que constituye el reconocimiento directo y vivencial de la Esencia y de su verdad, su amor y su perfección; el reconocimiento de que es *nuestra* esencia, *nuestra* naturaleza innata. Ya hemos visto cómo la Santa Fe constituye la transformación que se produce en el alma a resultas de experimentar la Santa Fuerza. Cuando el alma reconoce la Esencia, comprobamos que esto es lo que nos da fuerza y valor, lo que transforma el alma mediante la acción de lo que llamamos Santa Fe; no la fe en una persona o en alguna cosa concreta, sino la fe en la realidad, en la Esencia. Dicha fe es una certeza profundamente sentida, el convencimiento sin discusión de que la Esencia es nuestra naturaleza innata. junto a este conocimiento existe la percepción de que es constante y fiable, y de que nosotros -no ella- vamos y venimos. Si realmente sabemos que la Esencia es nuestra naturaleza, decir que va y viene no tiene mayor sentido que decir que los átomos de nuestro cuerpo van y vienen. Nuestra percepción de ella puede ir y venir, pero esto no significa que nuestra naturaleza interior vaya y venga, como a menudo solemos experimentar en los inicios del Trabajo.

La presencia de la Esencia con su verdad, su dicha intrínseca y su inteligencia, está siempre ahí, no puede irse. Si la Esencia desaparece, estamos muertos. Sin Esencia no podemos ser conscientes. Por consiguiente cuando percibimos que la Esencia va y viene, estamos diciendo que es limitada, indicando que estamos proyectando una relación pasada sobre ella, relacionándonos con ella como si fuera nuestra madre. Lo que también significa que no hemos entendido plenamente que la Esencia es *nuestra* esencia, tan fundamental para nosotros como lo son los átomos para el cuerpo físico. No es algo que pueda desgajarse del alma y que pueda ir y venir. Se trata de la substancia real del alma. Cuando no lo sabemos con certeza, significa que nuestra experiencia es incompleta y que debemos seguir investigando en aquello que está limitando nuestra esperanza. Hemos de preguntarnos a nosotros mismos: "¿Por qué creo que la Esencia es algo que va y viene? ¿de dónde viene esta idea? ¿A qué se parece esta experiencia?" Si la visión que estamos analizando es correcta, si la Santa Verdad

es la naturaleza de toda realidad ¿Qué da pie a la experiencia de que ésta va y viene? ¿De dónde puede venir y a dónde puede ir?

Por consiguiente, si tenemos una comprensión de cómo son realmente las cosas -si conocemos la visión de la realidad objetiva- entonces cada vez que experimentemos la Esencia como un ir y venir, en lugar de creer en esta relación pasada que estamos proyectando, podemos decirnos a nosotros mismos: "¡Un momento! No es así, pero lo estoy experimentando de este modo ¿qué significa?" Tenemos alguna guía, cierta orientación hacia nuestra experiencia. Reconocemos una distorsión, incluso cuando se experimenta como real; y más seamos conscientes de nuestras distorsiones, más fe tendremos en la Esencia.

Las Ideas Santas del triángulo central del Eneagrama -fe, esperanza y caridad- son lo que en el cristianismo se denominan las tres "virtudes teologales" primarias. Dichas Ideas Santas forman un grupo distinto de las demás, en el sentido de que aunque todas las Ideas Santas constituyen perspectivas que nacen de experiencias directas y específicas de la realidad objetiva, aquellas que pertenecen al triángulo también describen los efectos transformadores de dichas experiencias en el alma. Al discutir el resto de las Ideas Santas, exploramos la visión de la realidad desde cada uno de estos puntos de vista sin un gran análisis de cómo esta visión afecta y transforma el alma. Cada una de las virtudes teologales, por el contrario, incluye una experiencia distinta y específica de la realidad objetiva, así como una comprensión del efecto transformador de dicha experiencia en el alma.

Tal como analizábamos al principio de este libro, las Ideas Santas son visiones de la realidad que se perciben cuando los sentidos intelectuales superiores están abiertos, cuando la mente experimenta la realidad sin los velos del ego. Son las "ideas" del centro de la *vía*, el centro de la cabeza, y por lo tanto son "ideas reales" o Ideas Santas. La confianza básica, como hemos visto, constituye una integración de la confianza en un nivel pre-verbal y no-conceptual. No se trata de una idea o de una sensación, sino de un conocimiento vivo, implícito en el modo en que funcionamos, y por lo tanto está relacionado con el centro del estómago, el *kath*. Las tres virtudes teologales tienen que ver con el centro del corazón, el *oth*. Se trata de actitudes y sentimientos engendrados por la percepción de las Ideas Santas.

El efecto transformador de las Ideas

Estas tres Ideas Santas se distinguen también de las demás en el hecho de que constituyen cualidades específicamente necesarias para recorrer el camino, mientras que las otras Ideas son más concretamente los frutos del camino; la realización en sí misma, puesto que son facetas de la visión de la realidad objetiva. La fe, la esperanza y la caridad, por consiguiente, son los elementos que precisa el alma para llevar a cabo su viaje a casa. El amor a la verdad motiva al alma para que anhele ponerse en marcha en el camino; la fe nos sostiene y nos da apoyo a lo largo de éste; y la esperanza le proporciona el optimismo de que las cosas se desarrollaran de un modo adecuado. El amor objetivo refleja el reconocimiento de la intrínseca bondad del Ser; la fe objetiva refleja el reconocimiento de que el Ser es nuestra propia verdad interior y también nuestro apoyo, fuerza y fundamento; la esperanza objetiva refleja el reconocimiento de la máxima confianza en su dinámica, lo que analizaremos en el capítulo de la Santa Fe. Cada una de estas Ideas Santas constituye un reflejo de cierta faceta de la visión. Realmente no están separadas; son una única realidad. Son como instantáneas de la realidad tomadas desde tres direcciones distintas.

La fe, la esperanza y la caridad, o amor, pueden desarrollarse y hacerse más profundas al ser cualidades del alma que se transforma, y la transformación constituye no sólo una experiencia sino un proceso dinámico. La fe ayuda al alma a profundizar más en la experiencia, a medida que el alma se da cuenta de que posee verdad, bondad y naturaleza inteligente o Esencia, de que su interioridad es Esencia. En los inicios del despertar, el alma puede sentirse apoyada por el hecho de que en su seno existe verdadera Esencia, la cual nos mantiene en marcha. A niveles más profundos, a medida que el alma se desarrolla y experimenta dimensiones más profundas, en particular las ilimitadas dimensiones del Ser, ya no podemos hablar propiamente de la Esencia como la naturaleza interior del alma. Ello se debe, a que al nivel ilimitado, experimentamos la naturaleza interior de todas las cosas y experimentamos toda la realidad como una sola cosa. En este nivel -la Esencia- la naturaleza

del alma se ve sustituida por el Ser, o sea la naturaleza de toda la realidad. El Ser se experimenta entonces como el fundamento del alma lo que hace que se sienta sostenida y apoyada. Esta base que da nacimiento al alma es vista también como la base de todas las cosas, la naturaleza de todo. La fe, entonces, constituye el reflejo de la certeza de que existe una base real en la que puede morar el alma y experimentar su realidad y su vida. Es evidente que nuestra fe aumenta cuando reconocemos a la Esencia en sus dimensiones ilimitadas, puesto que comprobamos que no es sólo la naturaleza de nuestra alma, sino la naturaleza de todas las cosas; lo que nos permite tener fe en toda la naturaleza, toda la realidad y toda la existencia.

Hemos empezado a explorar el núcleo interno del eneatipo Seis, que constituye el reflejo de la *ilusión específica* del cinismo causada por la ausencia de Santa Fe. Con el fin de comprender realmente, y de este modo ir más allá de ella, la identificación con nuestra estructura del ego y su perspectiva sobre la realidad, hemos de ver cómo este principio es básico para la estructura del ego que opera en nuestra consciencia. Decimos que las ilusiones son principios del ego porque apoyan la presencia del ego. Más vemos a través de las ilusiones, en mayor medida se disuelve nuestra sensación de ego. Sin las ilusiones, el ego no puede mantenerse a sí mismo; la presencia del ego y de las ilusiones son, en cierto sentido, lo mismo. A medida que nos permitimos ver a través de la *reacción específica* y de la *dificultad específica* la *ilusión específica* implícita en ellas, ésta última se vuelve consciente y no puede ser mantenida. A medida que la *ilusión específica* se disuelve, nace el estado de Santa Fuerza, que constituye el reconocimiento de nuestra naturaleza esencial y nuestra fe en ella.

La posibilidad de experimentar un apoyo real nace a medida que la *dificultad específica* se disuelve, puesto que es el resultado de los fallos de apoyo en la temprana infancia. El apoyo que nace es el apoyo natural que siempre está presente, y que aporta confianza básica, la cual disuelve la confianza del ego. A medida que esto sucede, nace la Santa Fe; la sensación de confianza y de soltura.

Hemos visto como esta ilusión del cinismo subyace a la *reacción específica* de suspicacia defensiva, y también necesitamos ver claramente como el doloroso estado de temerosa inseguridad que constituye la *reacción específica* del eneatipo Seis conforma el reflejo de un apoyo inadecuado en el espejo del cinismo. Este estado de temerosa inseguridad es doloroso, no en el sentido de que duela, sino doloroso en el sentido de que es difícil de tolerar. Es un temible estado de falta de base en el que puede ser muy difícil estar presentes, pero estar con él es necesario si la visión egóica ha de disolverse. Más podemos experimentar e investigar en este espacio interior movedizo de temor, más puede transformarse en un pilar de fuerza y de fe en nuestro interior. Mientras nos identifiquemos con el ego, no tenemos más remedio que sentirnos inseguros; el ego carece de base, puesto que es un artefacto mental que estructura la espaciosidad de la Esencia y divide la realidad única en partes. Si tomamos el ego por lo que somos, inevitablemente nos sentiremos inseguros al no percibir que existe una base: la base del Ser.

A medida que soltamos la estructura del ego, vemos que su naturaleza es vacío, puesto que en realidad es conceptual y en última instancia no es real. Es cuando experimentamos el vacío; la sensación de vacío es en realidad simplemente la revelación de la inmaterialidad de las estructuras. A medida que permanecemos con el vacío, éste se revela a sí mismo como espaciosidad. Luego la espaciosidad proporciona la plenitud inherente a ella, que es totalmente sustentadora, amorosa y suave. Puede dar la sensación de que hemos pasado de un lugar a otro, pero no es esto lo que ha sucedido. Si nos experimentamos a nosotros mismos como nuestra presencia real, simplemente vemos como una cosa se disuelve en la otra en medio de nuestra presencia. Si estamos identificados con la estructura, nos dará la sensación de que nos estamos desintegrando, luego se produce el vacío y más tarde nace la presencia. Esta impresión se debe únicamente a que nuestra atención está centrada en cierta parte de nosotros, y de este modo no estamos experimentando nuestra totalidad. No nos desintegramos o desaparecemos, aunque si nuestro ego es la parte con la que nos identificamos nos da esta sensación.

La gente que trabaja consigo misma desarrolla su visión interior de modo que puede percibir su naturaleza esencial. Lo que es semejante a observar a la materia en un

microscopio. Si observamos a través del microscopio, veremos la estructura molecular del material; si no observamos, no veremos de que está hecho. En mayor medida la persona ve la naturaleza esencial de la que está hecha, en mayor medida los actos de su vida se ven clarificados por dicha percepción. Si no percibimos nuestra esencia, ello no nos afecta mucho ni a nosotros ni a nuestras vidas. Se precisa de mucho trabajo para poder clarificar nuestra percepción de modo que seamos capaces de ser conscientes de la Esencia, y aún más para ser conscientes de ella como la esencia de la propia consciencia. Al tratarse de una percepción muy sutil, la mayoría de las personas no poseen la sensibilidad de verla o de comprender su naturaleza. Aquellos que la perciben suelen creer que la experiencia constituye un fragmento de gracia que Dios nos lanza de vez en cuando, como una dicha que nos alcanza en alguna ocasión.

Concebir de este modo la Esencia no es ver de un modo objetivo. La visión objetiva que explican la Ideas Santas es la de que la Esencia es en realidad la naturaleza de nuestra consciencia y la naturaleza de todas las cosas. Más somos conscientes de ello, más fe podemos desarrollar. Este es el trabajo de la autorealización, ser conscientes de, estar seguros de, y estar continuamente en contacto con, el hecho de que la Esencia constituye nuestra naturaleza intrínseca. Se trata de un trabajo difícil, pero este es el Trabajo.

Cuando digo que la Esencia es la esencia del alma, estoy describiendo la experiencia inicial de ella. En un principio, da la sensación de que hay un alma y de que dentro de ella está la Esencia, como si fueran un recipiente y su contenido. Esta no es realmente la situación, pero en un principio da esta sensación a causa de las limitaciones impuestas por nuestras identificaciones con nuestra experiencia. Si nuestras mentes no se identifican con nada, vemos que la Esencia es totalmente concomitante con el alma, del mismo modo que las moléculas son concomitantes con nuestro cuerpo. La Esencia es inseparable del alma; es parte y parcela de ella. Cualquier sensación de separación se debe a una ilusión mental, en concreto aquella que es fruto de la ausencia del Origen Santo.

La cualidad del Divino Amanecer, que nace cuando integramos la Santa Fuerza, es una cualidad de pureza y de apoyo. Existe una sensación de fuerza y de confianza. La sensación de apoyo se experimenta como una sensación de sostén y de seguridad que es suave y amorosa. Experimentar la Santa Fuerza es experimentar el apoyo, la fuerza, la confianza, la relajación y la soltura que son producto de reconocer que la Esencia es aquello de lo que estamos hechos; es lo que nos sostiene y apoya, y no está fuera de nosotros, sino que es algo fundamental para lo que somos.

La Santa Fe constituye un estado o condición específica, un desarrollo específico de esta sensación de pureza y de confianza implícita. Es necesaria para embarcarse y seguir viajando en la vía, puesto que a medida que viajamos, no tenemos un conocimiento completo de la realidad. No tenemos un acceso completo a esta visión y por lo tanto, durante gran parte del camino, no sabemos lo que está pasando. No sabemos donde estamos o hacia donde vamos, si exceptuamos ciertos atisbos de tanto en tanto. La fe es muy importante a causa de esta inevitable ignorancia; en realidad, es necesario seguir caminando aunque no podamos ver el camino claramente. Cuando poseemos una comprensión y una percepción total de la realidad, la fe deja de ser necesaria. Pero mientras pasemos por lo que San Juan de la Cruz llamaba la "noche oscura" o no veamos claramente la realidad, necesitamos fe. A veces, el camino es fácil, a veces difícil, y en ocasiones parece imposible; en su mayor parte, sin saber porqué, no entendemos lo que nos está pasando. Frente a esta falta de saber, nuestra fe nos mantiene en marcha; y cuando hay fe, no tenemos que saber a dónde vamos o cómo sentirnos seguros. Si supiéramos exactamente a dónde nos dirigimos, no existiría descubrimiento, ni aventura, ni magia. La Santa Fe nos sostiene en nuestro viaje a lo desconocido.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Punto Tres: SANTA ARMONÍA, SANTA LEY, SANTA ESPERANZA

> La consciencia de que no hay excepciones a las leyes naturales que gobiernan el Cosmos y de que dichas leyes son totalmente objetivas y de que operan como una unidad intercomunicada. La ley superior es la totalidad de la Realidad misma. La certeza en la objetividad y la total pertinencia de dichas leyes es la verdadera esperanza.
>
> -Ichazo, 1972

Comprender lo que hemos estado llamando la "visión de la realidad" puede establecer, y normalmente lo hace, la diferencia entre quedar empantanados en algún lugar del viaje o abrirse y progresar continuamente. Esta visión se convierte en una importante base para nuestro trabajo y si no tenemos una buena aprehensión de éste, podemos quedar atrapados en uno u otro lugar sin siquiera ser conscientes de ello. Debido a que esta visión no está relacionada con una experiencia específica, espiritual o de otro orden, y no depende de experimentar un aspecto esencial particular o dimensión del Ser, trasciende toda dimensión y constituye una formulación de lo que es objetivamente verdadero sobre cualquier experiencia o cualquier dimensión. Se trata de una comprensión del modo en que es la realidad y de como funciona, independientemente del estado de consciencia que estemos experimentando. Por lo que el acento en este estudio no se pone en el contenido específico de la experiencia, ya sea la experiencia del ego sí mismo, de las emociones, del vacío, del sí mismo esencial, del cuerpo, o incluso de oír música celestial, tener una visión de ángeles o ser curado. Dicha visión no se ve influida por estos detalles y se aplica a todos ellos. Cuando atrapamos el contenido de nuestra experiencia desde la perspectiva de esta visión trascendente, comprobamos que todas nuestras experiencias forman parte de una realidad mayor iluminada por esta visión.

Sin dicha perspectiva, nuestra experiencia estaría enraizada en la visión egóica, independientemente de lo exaltado, sublime o sutil que sea dicho estado. Por consiguiente si ignoramos la visión objetiva de la realidad, podemos quedar atrapados en una u otra dimensión, y no saber nunca lo que significa estar libres del ego. La Idea Santa del eneatipo Tres, que estamos a punto de explorar, guarda particularmente relación con este asunto de quedarse bloqueado frente al despliegue continuo y a la realización.

La visión de la realidad que estamos clarificando, por lo tanto, elucida si nuestra experiencia -sea cual sea su contenido- se percibe desde la visión egóica o desde la visión objetiva. Comprender la visión objetiva significa comprender la experiencia cuando no está conformada por el ego. Nos muestra cómo se percibiría cualquier experiencia o dimensión de la realidad si la viéramos objetivamente, en contraste a cómo se percibiría al ser vista mediante el filtro del ego formado por las nueve ilusiones. Por ejemplo, podemos tener una experiencia muy profunda de amor divino y percibirla como algo particular a un lugar o a una persona, y sin embargo no a otra -lo que representa la visión egóica- o lo podemos percibir como la naturaleza de todas las cosas, lo que constituye la visión objetiva.

La visión objetiva de la realidad facilita el despliegue progresivo abriendo continuamente nuestra experiencia, mientras que la visión egóica tiende a aferrarse a ella y fijarla. Mediante la comprensión del modo en que funciona la realidad, desarrollamos la confianza básica en la naturaleza del Ser. Confiar en la realidad del Ser es de importancia primordial a la hora de facilitar que nuestra experiencia se despliegue y madure.

No importa si nos gusta o no la visión de la realidad. Las cosas son así. Si nos gusta o no nos gusta es nuestro problema, no es asunto de la realidad. Si no nos gusta como son las cosas, lo mejor que podemos hacer es saber porqué, para poder empezar a armonizarnos con ello. De otro modo sufriremos. Lo que no significa que la realidad nos esté castigando. Simplemente significa que si nos armonizamos con la realidad, experimentaremos una sensación de paz y de libertad, y si no, experimentaremos discordia.

Existen tres modos de entender la Idea Santa del eneatipo Tres, por lo que tiene tres nombres: Santa Armonía, Santa Ley y Santa Esperanza. Como veremos, todos estos aspectos

de la Idea Santa están interrelacionados. Veamos de nuevo la definición de Ichazo: "La consciencia de que no hay excepciones a las leyes naturales que gobiernan el Cosmos y de que dichas leyes son totalmente objetivas y de que operan como una unidad intercomunicada. La ley superior es la totalidad de la Realidad misma. La certeza en la objetividad y la total pertinencia de dichas leyes es la verdadera esperanza."

Para comprender lo que esto significa, hemos de ver que esta Idea Santa trata del funcionamiento, lo que quiere decir que trata de la actividad, los acontecimientos, los cambios, transformaciones, movimientos, procesos, el paso del tiempo, etc. Dicho de otro modo, esta es la Idea fundamental del Eneagrama que puede ayudarnos a entender cómo se producen realmente los cambios y el movimiento. El resto de Ideas que tratan de la percepción de los cambios y de la transformación son la Santa Voluntad, el Santo Origen y el Trabajo Santo; pero todas ellas, como veremos, dependen de, y son elaboraciones de, la Idea de la Ley Santa.

La Santa Esperanza constituye una de las tres virtudes teologales del cristianismo, que están representadas por las Ideas Santas de los eneatipos Nueve, Seis y Tres. Como hemos comprobado, cada una de estas Ideas no sólo clarifica una experiencia concreta de la realidad objetiva, sino que también describe el efecto transformador de esta experiencia en el alma. La Santa Esperanza constituye la transformación específica del alma que es consecuencia de la Ley Santa y de la Armonía Santa. Es algo similar a lo que vimos en nuestro estudio del eneatipo Seis en el que la Santa Fe constituía la transformación del alma que se producía como consecuencia de la comprensión de la Santa Fuerza.

Por lo que para comprender la virtud teológica de la Santa Esperanza, hemos de comprender lo que significan la Ley Santa y la Santa Armonía. La Ley Santa es la total percepción sin ego y la comprensión del funcionamiento y de la actividad, lo que representa las características dinámicas del Ser. A grosso modo corresponde a la Quinta Consciencia o Buda en el sistema budista Vajrayana de los cinco budas: la "sabiduría que todo lo logra," que está relacionada con el acto de la compasión.

La Unidad Dinámica

Comprender el elemento energético, dinámico y creativo del Ser es de vital importancia a medida que viajamos por la vía, puesto que a mucha gente le asusta experimentar la presencia, y se da cuenta de que implica no-hacer, un estado de profundo descanso. Nos preocupa quien se hará cargo de las cosas y como haremos las cosas si la verdad de quienes somos es este no-hacer ¿Cómo pagaremos el alquiler? ¿Cómo haremos la colada? ¿Quién irá de compras y quién preparará la comida? Si no comprendemos cómo se produce realmente el funcionamiento objetivamente, podemos creer que, si moramos en esta presencia, nada sucederá. No tendremos confianza en que las cosas se hagan. Cuando las personas reconocen por primera vez la profunda paz que se manifiesta al estar profundamente presentes, y les asusta si se harán las cosas, intentan utilizar su experiencia para apuntalar su visión egóica del funcionamiento. Se preguntan: "¿Qué utilidad tendrá esto para mi vida cotidiana?" Es parecido a alguien que tuviera una visión de Jesucristo, y luego le preguntara a su sacerdote: "¿Cómo puedo aplicar esto a mi vida?" Estas preocupaciones indican una falta de comprensión acerca del funcionamiento objetivo.

La Ley Santa muestra la unidad de la existencia cuando se contempla en su modalidad dinámica y de funcionamiento. Dicha Idea es una formulación de la dimensión que en el Enfoque del Diamante denominamos el *Logos*, que constituye el elemento dinámico y creativo inherente a la realidad del Ser. Hemos explorado la Idea de la unidad de la existencia en la Santa Verdad y la Santa Omnisciencia, viendo que toda la realidad constituye una unidad, que todo conforma una presencia ilimitada e infinita. Esta es la percepción espiritual básica: la unidad y unicidad de la existencia. Esta unicidad adopta la forma de una multiplicidad de apariencia y experiencia, como en la percepción ordinaria, pero no existe verdadera separación entre una cosa y la otra. En realidad, no hay dualidad, no hay limites que aíslan ni existen particiones. La separación de distintos fenómenos es sólo aparente, y la discriminación sólo diferencia, más que producir particiones. Cuando vemos dicha unidad en

proceso a lo largo del curso del tiempo y comprendemos como se mueve y cambia, entonces comprendemos la Ley Santa.

Desde esta perspectiva, lo que vemos es muy distinto a la percepción ordinaria del mundo de los objetos habitada por seres vivos que constituyen centros de acción y están llenos de movimientos y transformaciones dictadas por leyes físicas. La visión ordinaria es la de que vivimos en un universo de objetos físicos constituido por materia física que obedece a leyes físicas de distintas clases, como la ley de la gravedad, las leyes químicas y bioquímicas, las leyes electromecánicas, etc. Habitando este universo inanimado existen seres que hacen cosas. Esta perspectiva ignora completamente el hecho de la unicidad y de la unidad de la existencia. Si la realidad es una, si no existen fronteras entre una cosa y la otra, entonces no existen objetos en el sentido habitual de la palabra, ni tampoco hay individuos separados. El creer que los cambios se producen debido a que una cosa actúa sobre otra -como que el sol actúa sobre la tierra y la tierra a su vez actúa sobre la luna, o estamos haciendo algo que afecta a alguien- presupone la creencia en la separación.

Pero si la separación en última instancia no es real ¿cómo suceden las cosas? Explorar esta pregunta puede aportar una comprensión de la Ley Santa. Desde su perspectiva, percibimos un progresivo despliegue de la unidad de la existencia, toda existencia cambiando y transformándose en la unidad, puesto que todo forma una unicidad sin limites. Los cambios no se ven como separados y aislados los unos de otros, o incluso causándose unos a otros. Todo el universo, incluso aquellas partes de éste que consideramos estáticas y sin cambios, está continuamente transformándose desde una condición total y unificada a otra condición total y unificada. Esto es la Ley Santa: la unidad de todo cambio.

Por consiguiente la Ley Santa significa que todo el universo cambia y se transforma como una unidad, como un océano cuya superficie está en un estado constante de cambio y transformación, continuamente rizándose como unidad. No se trata de que las cosas cambien al unísono, sino de que una masa completamente unificada se mueve sin la posibilidad de que haya ninguna parte yendo a su modo o cambiando, independientemente del resto. Si una cosa pudiera cambiar de forma separada, la unidad de la existencia se rompería.

Claramente, esta visión es un cambio radical de nuestro modo habitual de percibir las cosas. Desafía todo tipo de presunciones. Por ejemplo, vemos que la supuesta ley de causa y efecto no existe, puesto que la causalidad significa que una cosa provoca que suceda otra cosa. Según la Santa Ley, no existen objetos o acontecimientos aislados, por lo que experimentar una cosa como causante de otra no es adecuado. Desde esta perspectiva, por ejemplo, la experiencia de que estamos pasando las hojas de este libro no es realmente lo que sucede; no existe un libro separado con un nosotros separado que pasa las hojas. En realidad existe una totalidad, un movimiento total de la realidad en el que pasan las hojas. No podemos caminar de un sitio a otro, puesto que no existe un nosotros separado, y realmente no hay distancias que atravesar. El conjunto de la imagen cambia de un momento al otro. Lo que consideramos caminar de aquí a allá es más parecido a cambiar el conjunto de puntos en una pantalla de televisión; en un momento concreto están dispuestos de modo que estamos ahí, en el siguiente estamos allí, etc. Por lo que no hay distancias reales que cruzar. Si realmente comprendemos la unidad del Ser ¿Cómo podría ser de otro modo? En el instante en que hay un funcionamiento separado en cualquier parte del todo, se rompe la unidad.

La Santa Ley es más difícil de percibir que la unidad. Para percibirla, hemos de experimentar durante algún tiempo la continuidad y unidad del Ser, y entonces podemos empezar a reconocer la Santa Ley. Desde esta perspectiva, nos damos cuenta de que el universo no existe en el tiempo. Está siendo continua e instantáneamente creado segundo a segundo. Lo que no equivale a decir que Dios crea o mueve todas las cosas, lo que constituye el punto de vista tradicional religioso que sitúa a Dios aparte del resto del universo; lo que es una indicación de que no estamos viendo o comprendiendo la unidad de la existencia. La comprensión de la Ley Santa deja sin sentido la creencia religiosa de que el universo fue creado por Dios en algún momento del pasado lejano. El universo al completo es creado de nuevo en cada instante, por lo que no es verdad que un creador creó el universo en algún tiempo y que las cosas empezaron a suceder en su seno. Esta última es una idea que encaja en el marco de la visión del ego. Desde la perspectiva de la Santa Ley no existe algo como el

tiempo tal como solemos considerarlo; no existe un universo hecho de objetos diferenciado, no existe algo como un Dios separado de él.

La perspectiva de la Ley Santa, por lo tanto, ilumina el hecho de que la unidad del Ser no constituye una existencia estática, sino por el contrario, una presencia dinámica que está cambiando continuamente y transformándose como un campo unificado. En este contexto podemos apreciar la viveza del Ser y del universo, su fluir y su energía, así como su vigorosa transformación. Esta Idea Santa pone en entredicho nuestras convicciones más básicas acerca de la realidad, pero si no lo comprendemos, no podemos entender realmente lo que significa el despliegue. Lo que se debe a que el despliegue del alma constituye la Ley Santa operando en un lugar, por lo que cuando lo percibimos, estamos observando en el microcosmos lo que está sucediendo en cualquier lugar en todo momento. La Santa Ley no es algo fácil de aceptar, puesto que en el proceso de percibirla, nosotros -tal como nos hemos conocido- somos tragados.

Percepciones del fluir dinámico

Esta percepción de la unidad y de la inseparabilidad de todo cambio y transformación puede adoptar muchas formas. En primer lugar, puede ser la experiencia de ver toda la existencia como una presencia pautada. Dicha presencia no es estática sino, en su totalidad, unificada en un fluir constante. Este fluir unificado se produce de tal forma que su patrón está constantemente cambiando y evolucionando. Sucede de este modo puesto que en primera instancia, la unidad según la Santa Omnisciencia, tal como hemos visto, contiene pautas, diferenciaciones y diferencias, que, aunque no separen, crean un patrón. Dicho patrón está siempre cambiando a medida que se despliega el fluir. Por consiguiente, el despliegue o fluir del Ser se manifiesta como el cambio de patrón de la unidad, cambiando continuamente las pautas en el modo en que aparecen las cosas. Es parecido a ver todo el universo como un río que cambia constantemente a medida que fluye. No sólo percibimos este cambio como cambios, transformaciones, movimientos y evoluciones en el patrón cósmico, sino que también vemos que dichos cambios y movimientos incluyen lo que solemos percibir como nuestros actos y los actos de otros seres vivos.

Por lo tanto, el Ser no es sólo presencia, sino el flujo de la presencia. Se trata de un flujo del ahora en continua transformación del patrón universal. Este flujo es lo que solemos percibir como el paso del tiempo. Dicho de otro modo, lo que llamamos tiempo constituye un modo limitado de intuir el flujo del Ser. Puesto que de ordinario no percibimos la unidad de la existencia, y por lo tanto no percibimos el cambio como el fluir del Ser, creemos que los cambios se deben al paso del tiempo.

El fluir en si mismo es lo que llamamos *tiempo real*. Cuando percibimos el conjunto de la realidad en un flujo constante, estamos percibiendo el tiempo real; de otro modo, vemos la situación de una forma distorsionada, en forma de cambios separados que se producen en el tiempo. Por consiguiente, el fluir, la experiencia de la Ley Santa, es en cierto sentido el origen de todo tiempo, puesto que el tiempo es un concepto que nace de una percepción distorsionada del Ser o de la totalidad del universo en un constante estado de flujo.

El Ser es muy fluido, haciendo y deshaciendo continuamente los patrones de la apariencia. El maestro budista contemporáneo, Tarthang Tulku, lo describe en su libro, *Time, Space and Knowledge: A New Vision of Reality*, en el q ue llama a este fluir dinámico, "Gran Tiempo." "Cuando se aprecia totalmente, el Gran Tiempo se ve como una suerte de dimensión perfectamente liquida y lúbrica; es por antonomasia 'resbaladiza'." (Tulku, 1977, pág. 161). Cuando experimentamos el fluir, nos damos cuenta de que el Ser no es estático, sino que se mueve constantemente como el mercurio.

Por lo tanto este es un modo de ver la Ley Santa como un flujo del Ser siempre cambiante. Otro modo de verlo es como creación. En contraste con la historia de la creación bíblica, se trata de la idea de la creación continua, del universo que es creado constantemente de instante en instante, siempre nuevo. En dicha percepción el acento no se pone en el hecho del fluir y del proceso de cambio, sino en el hecho de que el fluir no está en el tiempo, no viene del pasado a través del presente y hacia el futuro. La percepción del fluir como creación revela que va de la no-existencia a la existencia; se trata de un fluir que se está renovando

constantemente. Cuando pensamos en el agua fluyendo, solemos pensar en la misma agua moviéndose, pero en este caso, tiene más el sentido de una fuente de agua siempre nueva, que se crea constantemente. Al ver que el fluir está siempre en el ahora, nos damos cuenta de que se trata de una nueva creación. Todo está constantemente manifestándose, como en un espectáculo mágico cuando sale un conejo de un sombrero vacío. Por lo tanto, cuando hablamos sobre la creación, vemos que no es un flujo que va del pasado al futuro, sino por el contrario, un fluir que va de la no-manifestación a la manifestación.

Esta creación continua no esta separada de la presencia del Ser Divino; *es* el Ser manifestándose a través de incontables y variadas formas. Es difícil percibir esta continua renovación, esta creación nueva y constante, mientras sigamos atrapados en la ilusión de la separación. El Ser y lo que es creado son lo mismo. Se trata del Ser desbordándose, creando el modo en que aparece de instante en instante. Esta idea prevalece en el sufismo, y según el filósofo sufí, Ibn Arabi:

> La Creación como "regla del ser" constituye el pre-eterno y continuo movimiento por el que el ser se manifiesta en *cada instante* con un nuevo manto. El *Ser Creativo* es la pre-eterna y post-eterna esencia o substancia que se manifiesta a cada instante en las innumerables formas del ser; cuando Él se oculta en una, Él se manifiesta a Sí Mismo en otra. El *Ser Creado* constituye las formas *manifestadas*, diversificadas, sucesivas y evanescentes, que poseen su substancia no en su autonomía ficticia, sino en el Ser que se manifiesta en ellas y por ellas. (Corbin, 1969, pág. 200).

Lo que significa que todo lo que vemos es una manifestación del Ser, que es completamente inseparable del Ser, puesto que es el Ser mismo manifestándose a sí mismo en las distintas formas en que lo vemos. Por lo tanto Dios no es algo que crea el mundo; Dios es el mundo cuando lo reconocemos en su unidad. Citando de nuevo a Ibn Arabi, éste dice:

> Y Su Creación no nace de la nada, de algo distinto a Él, de un noÉl, de Su ser fundamental, de las potencias y virtualidades latentes en Su propio ser no revelado... La creación es básicamente la revelación del Ser Divino, por si mismo, una luminiscencia que se produce con Él; se trata de una teofanía (*tajalli ilahi*). (Corbin, 1969, pág. 185).

Esta última cita señala al tercer modo de experimentar la Ley Santa. Se trata de la experiencia de que la realidad está inherente y constantemente auto-revelándose. Por consiguiente todo lo que vemos no es más que la revelación del Ser, la verdadera realidad del universo. Esta auto-revelación ilumina la inherente creatividad del Ser, el hecho de que es espontáneamente creativo, y de que dicha creatividad está continuamente revelando su riqueza y sus tesoros. Desde este ángulo, todo movimiento y transformación se considera como la espontánea creatividad auto-revelada del Ser. En este caso el acento se pone en el mágico despliegue y el florecer espontáneo, que es puro aparecer.

De un modo más preciso, la creación o el fluir del Ser es básicamente sustitución: una apariencia unificada es sustituida por otra apariencia unificada. La palabra *creación* nos puede hacer creer que ha sido creado algo nuevo y distinto, pero desde la perspectiva de la auto-revelación, el Ser simplemente se revela a sí mismo mediante las innumerables manifestaciones de objetos, seres y acontecimientos que experimentamos. Por lo que al ver dicho flujo como auto-revelación, comprobamos que no hay distinción entre lo que es creado y aquello que crea.

En este punto, por lo tanto, la continuidad del Ser constituye su auto-revelación, mediante la que somos capaces de percibirlo. Mientras haya percepción del Ser, siempre se percibirá mediante las formas que manifiesta. Cuando percibimos el Ser sin ninguna forma, no existe percepción. Se trata del coma divino, el cese de la experiencia. Las formas mediante las que lo percibimos son las manifestaciones del Ser mismo, por lo que no es como si el Ser se nos manifestara. El Ser se manifiesta a sí mismo, y formamos parte de dicho Ser.

Por lo que hemos visto la Ley Santa como un fluir del Ser, una creatividad, y una auto-revelación. Vivencialmente, existe un sabor distinto para cada una de dichas percepciones, y éstas son progresivamente más sutiles. La auto-revelación tiene una cualidad de carácter más mágico: toda la realidad es Ser, desplegando mágicamente sus cualidades y potencialidades haciéndolas aparecer simplemente así, de la nada. Pero dicha apariencia es el Ser en si mismo, no constituye algo separado.

Esta sensación del fluir como un despliegue mágico se aproxima al cuarto modo de experimentar la Ley Santa, que es incluso más sutil, en la que todas las cosas se experimentan como una manifestación del Ser. Dicha percepción la describe Longchenpa en la cita siguiente:

> Todo esto me tiene a mi -la creatividad universal,
> presencia pura y total -como su raíz.
> El modo en que aparecen las cosas es mi ser.
> El modo en que aparecen las cosas es mi manifestación.
> (Longchenpa, 1978, pág. 37).

"El modo en que aparecen las cosas" señala a la esencia del Ser, y el "como surgen las cosas" señala al despliegue, el fluir, la manifestación. Por consiguiente la Santa Ley en este caso es la manifestación mágica del misterio. Se trata de la espontánea auto-revelación de toda apariencia. Por lo tanto, todo se ve como surgiendo de un modo espontáneo, sin creador ni creación. Lo que surge no es más que la presencia en si misma manifestándose a si misma. Se trata de la coemergencia total del Ser y del funcionamiento. Longchenpa prosigue:

> [Puesto que todos los budas, seres sensibles, apariencias,
> Existencias, entornos y sus habitantes]
> Surgen del estado por excelencia de pura y total presencia,
> Uno está más allá de la dualidad.
> ...
> Puesto que todo fenómeno no existe aparte de mi,
> Uno está más allá de la dualidad. Doy forma a todas las cosas.
> (Longchenpa, 1987, pág. 35)

Cada uno de los modos de percibir la Santa Ley añade una sutileza ligeramente distinta. Juntos, proporcionan una percepción más completa de la Santa Ley. La diferencia entre auto-revelación y manifestación puede parecer mínima al analizarla, pero, vivencialmente, la diferencia es considerable. En la auto-revelación, el Ser revela lo que hay en él, mientras que en la manifestación, el Ser es la manifestación espontánea sin fin. Dicha sutileza tiene vivencialmente un sabor muy distinto.

Un quinto modo de experimentar la Ley Santa lleva la última cita incluso más lejos. Se trata de la percepción de que todo sucede según una voluntad universal. Dicho de otro modo, existe una realidad cuya voluntad se manifiesta a través de todos los acontecimientos, movimientos y cambios. Dicha percepción es lo más próximo a la noción de un Dios creador con una Voluntad Divina. Pero en este caso vemos que dicho Dios no constituye una entidad separada de lo creado, por lo que lo creado y la naturaleza interior de lo creado se experimentan como algo inseparable. Además de esta inseparabilidad, existe la sensación de una voluntad unificada que lo mueve todo: la sensación de que la esencia del Ser se transforma a si misma mediante su propia voluntad.

A través del sexto modo de experimentar la Santa Ley, conseguimos una comprensión más completa de ella. Aquí, experimentamos el Ser como una presencia inherentemente dinámica. El dinamismo es totalmente inseparable del Ser, por lo que no es que haya un Ser que tiene una cualidad creativa. Desde el inicio, el Ser es constantemente dinámico. Por lo que no es sólo pura presencia, sino que dicha presencia, por su propia naturaleza, es dinámica, energética y está en un estado constante de viveza y renovación. Está siempre transformando su apariencia, sin por ello ser una unidad transformada ni transformadora. Por lo que el Ser

constituye una presencia viva, que bulle, es dinámica y energética, y cuyo dinamismo y movimiento nunca se separa de su serenidad. Ver el aspecto de auto-revelación del Ser es apreciar de un modo íntimo la profundidad de consciencia que aparece en forma de manifestaciones; percibir que la Consciencia Divina nunca se abandona cuando aparecen las formas.

En las experiencias de la Santa Ley como la revelación o manifestación del Ser, existe cierta sensación de ser testigos de la experiencia, de percibir el despliegue de las cosas. En la experiencia del dinamismo inherente del Ser, no experimentamos que las cosas se están manifestando; nosotros mismos estamos en constante dinamismo. No existe distinción entre el testigo y la revelación de la manifestación. El testigo en si mismo forma parte del dinamismo. El dinamismo, por lo tanto, es intrínsecamente auto-consciente.

Comprender que la totalidad del universo está constantemente renovándose a si misma radicalmente, transforma nuestra noción de la muerte. La muerte personal es simplemente el Ser manifestándose en un instante mediante una persona concreta como parte de la imagen, y en el momento siguiente sin dicha persona. Desde esta perspectiva, todos los temas sobre la muerte cambian de carácter. La muerte desaparece en el fluir continuo del despliegue y del cambio auto-nacido.

Existen muchos otros modos de experimentar la Santa Ley; aquí sólo mencionamos algunos. Es la Idea más difícil de entender intelectualmente, así como de atrapar vivencialmente, puesto que la totalidad de nuestras vidas se basa en una perspectiva completamente distinta.

Fluir armonioso

La Santa Armonía, el segundo nombre o matiz de esta Idea Santa, apunta a dos visiones profundas y básicas en relación a la Santa Ley. Se refiere a la Santa Ley, pero se centra en ciertas cosas de ella. La primera intuición profunda es que a causa de que todo sucede como una acción, como un fluir unificado, el patrón de este fluir se experimenta como la completa armonía de los distintos acontecimientos contenidos en éste. La percepción de dicha armonía es la de que es belleza, es amor, es gracia, es luminosidad, es abundancia y plenitud. Por lo que todo movimiento, cambio y actos forman un patrón de flujo unificado y armonioso. Dicho fluir es estética y absolutamente atractivo y produce satisfacción, y a un nivel práctico satisface plenamente. No existen incongruencias ni inconsistencias ni contradicciones entre los distintos cambios locales y situaciones, puesto que unos no están separados de los otros. Las contradicciones únicamente pueden producirse desde la perspectiva de un individuo que ve que pasa una cosa y luego ve que sucede otra, lo que considera contradictorio con lo primero. Pero si existe sólo un despliegue unificado ¿cómo pueden existir inconsistencias? A lo que llamamos desarmonías e inconsistencias cuando las vemos desde esta perspectiva más amplia forman parte de la armonía.

Otra intuición profunda que revela la Santa Armonía es la percepción de que este funcionamiento unificado posee una inteligencia inherente que le proporciona *confianza optimizada*. Dicho de otro modo, este fluir dinámico y esta creatividad no es algo fortuito, errático o accidental, sino por el contrario, constituye una armonía que revela una inteligencia intrínseca. Dicha inteligencia se manifiesta en el hecho de que la confianza de este fluir y de esta creatividad se optimiza, en el sentido de que tiende de un modo espontáneo hacia la revelación de esta armonía primordial y auto-existente. Dicho de otro modo, si percibimos el fluir, si percibimos la Ley Santa, también podemos percibir que este fluir posee una inteligencia intrínseca, que puede comprobarse en el hecho de que este fluir se optimiza. Se optimiza en el sentido de que siempre está en movimiento de tal forma que revela su verdad. Por lo que el dinamismo del Ser es como un tirón gravitatorio que siempre tiende a llevar a nuestra percepción hacia la revelación de su verdad, a ver su armonía.

Desde el punto de vista del final del camino, el estado de no-ego, la percepción de la Santa Armonía es la de que el flujo creativo es siempre una armonía, está en armonía y revela armonía. La armonía es auto-existente y siempre está presente. Su existencia no es el resultado causado por el hecho de que alguien avanza en la vía; constituye sólo la percepción de los resultados de su trabajo espiritual. Desde el punto de vista de alguien que viaja por la

Vía, la percepción es la de que el fluir creativo se manifiesta como una confianza optimizada, que nos empuja hacia la armonía. O sea, si dejamos que la realidad se despliegue sin interferir con ella, vemos que nuestra experiencia de ella evoluciona de un modo espontáneo hacia la armonía y la consciencia de la armonía. La confianza optimizada de la realidad desplazará nuestra experiencia de nosotros mismos y del mundo hacia el estado de iluminación, que constituye la percepción de, y el morar en, la realidad objetiva, tal como se revela en las nueve Ideas Santas.

Podemos ver esta Idea de la Armonía Santa ya sea desde la perspectiva del estado iluminado o desde la perspectiva de ir hacia éste. Desde el estado iluminado, nos damos cuenta de que el despliegue de la realidad es siempre armonía; una armonía se ve constantemente remplazada por otra armonía. Desde la perspectiva de la vía, nos damos cuenta de que se produce un despliegue. Si realmente nos sintonizamos con el dinamismo del Ser, en lugar de intentar tomar las cosas en nuestras manos, nos damos cuenta de que el dinamismo del Ser tiene su propia e inherente confianza optimizada que nos conducirá y nos guiará hacia la armonía implícita.

Dicha percepción y comprensión de la Santa Armonía, que se manifiesta como verdad optimizada, puede considerarse una guía interna, la guía del Ser, o como guía divina o inspiración. La realidad, entonces, lleva inherentemente a nuestra consciencia a percibirla tal cual es. Siempre señala a su verdad. Cuando el ego no informa nuestra experiencia, la realidad no sólo está apuntando hacia su verdad, sino que el señalar en sí mismo es la verdad.

Dentro del ego, percibimos el Ser actuando en nuestra consciencia de tal modo que nos lleva hacia ella. Pero cuando los velos de separación desaparecen, vemos que nada está actuando o está guiando nada; todo es el Ser revelándose a sí mismo. Por lo tanto, aunque la perspectiva de la vía constituye un punto de vista limitado de la realidad, este punto de vista limitado forma, también, parte del todo.

Hemos descrito la Ley Santa y la Armonía Santa. La Santa Esperanza posee dos significados. El primero es el de que el hecho del funcionamiento universal y armonioso es la verdadera esperanza. La confianza optimizada inherente a dicho funcionamiento es nuestra esperanza. El hecho de que existe una armonía que siempre nos está acercando a sí misma es la esperanza real. En este caso la esperanza no es un sentimiento, es una percepción de la verdad. La palabra *esperanza* se utiliza como cuando se dice a lo Divino: "Tu eres mi esperanza." El dinamismo del Ser se contempla como nuestra verdadera esperanza. Lo reconozcamos o no este dinamismo constituye la esperanza para todo ser humano que vive en la verdad, en armonía con la realidad objetiva.

Optimismo objetivo

El segundo significado de la Santa Esperanza lo constituye el efecto que produce en el alma el ver y comprender la Santa Ley y la Santa Armonía. Es, entonces, esperanza en el sentido de virtud teológica. Se trata de la realización de que la realidad "es en sí misma" independientemente de nuestra autonomía imaginaria, y que este hacer constituye un fluir armonioso, que, lo que es muy importante, nos guía espontáneamente hacia la armonía de la iluminación. Dicha percepción transforma el alma al hacer impacto del modo específico que denominamos Santa Esperanza.

De nuevo, no se trata de esperanza en el sentido de esperar que las cosas vayan mejor. Se trata de la sensación de que si hemos comprendido la Santa Ley y la Santa Armonía podemos experimentar el ahora. Se trata de un estado de confianza en que todas las cosas irán bien, lo que es ligeramente distinto de la Santa Fe. En este caso, hay una sensación de optimismo, una actitud de gozosa apertura y de confiada receptividad a lo que el despliegue del Ser nos presenta. Una confianza en la dinámica del Ser nos hace sentir optimistas de un modo natural. Si reconocemos que dicho Ser es armonía, que siempre funciona de un modo armónico, y que siempre está optimizando nuestra experiencia cuando no interferimos con ella, nacerá un optimismo sobre la experiencia en general. Tendremos una apertura a todo lo que suceda; cualquier cosa que Dios o el universo nos presente, lo recibiremos alegremente puesto que sabemos que todas las cosas se mueven de forma natural hacia la armonía. No es algo que

conceptualicemos, no tiene nada que ver con lo que suceda en particular. Se trata de un optimismo general y abierto sobre la vida en general.

La diferencia entre la Santa Fe y la Santa Esperanza es que la fe constituye una confianza en el hecho de la presencia del Ser, mientras que la esperanza constituye una confianza en el fluir creativo del funcionamiento de dicha presencia. Por lo tanto la fe nos proporciona la sensación del ser soportado y cuidado por el universo, mientras que la esperanza nos proporciona la sensación de que a medida que las cosas se despliegan, todo está y estará bien. La Santa fe, por tanto, constituye una apertura, una curiosidad, una receptividad y un optimismo acerca de cómo van a revelarse las cosas en sí mismas, puesto que tenemos la certeza de que optimizar la confianza de la realidad lleva hacia la armonía y la plenitud. Incluso expresarlo de este modo hace que la esperanza suene demasiado específica; se trata simplemente de un optimismo abierto acerca de la vida.

Está clara la forma en que este tipo de esperanza es útil y necesario en la vía, puesto que es precisa para permitir el despliegue del alma de modo que progrese sin sentir la necesidad de interferir con éste o dirigirlo. Sabemos que es inherentemente guiado, y este conocimiento no es una idea en nuestras mentes, ni el resultado de razonar, ni tampoco una certeza lógica. Constituye una transformación vivencial del alma que hace abrirse progresivamente al alma y la hace feliz de un modo optimista, confiando en que todo transpirará del modo mejor, más allá de nuestras ideas preconcebidas de lo que creamos es mejor. Como ya hemos dicho, no se trata de una esperanza de algo específico. Si así fuera, sería esperanza egóica basada en juicios y preconcepciones sobre lo que creemos tiene que suceder y por lo tanto un rechazo del presente. Es, más bien, la creciente y cada vez más profunda certeza de que pase lo que pase formará parte de la confianza optimizada de la realidad y de su guía. Se trata de una apertura total al despliegue.

La mayoría de nosotros ha tenido experiencias en las que hemos sentido una sensación de despliegue que se ha producido de un modo natural, sin manipulación, o hemos tenido la sensación de ser guiados. Dichas experiencias pueden ayudarnos a entender esta Idea Santa, en el sentido de que dicha Idea es una versión más amplia y no específica de dichas experiencias. Comprender dicha conexión también será algo que se enfrentará a nuestro punto de vista egóico sobre el funcionamiento y el despliegue, lo que es preciso para sacar a la luz nuestras convicciones basadas en el ego.

A medida que aprendemos acerca de las Ideas Santas, podemos juzgarnos a nosotros mismos con dureza debido a que no las experimentamos. Pero la creencia en que debemos experimentar a partir de estas perspectivas iluminadas se basa en juicios comparativos, lo que no forma parte de las Ideas Santas. Como ya hemos visto, se trata de la ilusión del eneatipo Uno. En las Ideas Santas no hay nada que juzgue si lo estamos experimentando de este modo o no. Desde la perspectiva de la visión de la realidad que describen las Ideas Santas, no hay juicios ni comparaciones. En realidad, puesto que se trata del dinamismo del Ser, la Santa Ley incluye y permite la experiencia egóica. Ésta constituye también el funcionamiento del Ser. No lo estamos creando, aunque pueda parecerlo. El Ser se permite a sí mismo ser experimentado de un modo preciso y se permite ser experimentado de un modo inadecuado, en ambos casos con total compasión.

El actor independiente

La ausencia de la Idea Santa que hemos estado analizando conduce a la *ilusión específica* del eneatipo Tres. Constituye la creencia en un actor independiente o separado. Hemos visto que la ilusión del eneatipo Cinco constituye la creencia en una existencia separada, la ilusión del eneatipo Dos constituye la creencia en una voluntad y elección separadas, y la ilusión del eneatipo Cuatro constituye la creencia en una identidad separada. En este caso, se trata de la creencia en un funcionamiento separado. Se trata del convencimiento de que podemos actuar de un modo independiente del resto del universo, operando como una unidad funcional separada. Se trata de una consecuencia evidente de no percibir la Santa Ley, del hecho de no ver que todas las cosas constituyen el funcionamiento unificado del Ser. Por lo tanto no sólo constituye la ilusión de que las cosas suceden de forma separada y aislada en el universo, sino

específicamente, de que somos un actor separado e independiente, de que podemos funcionar y conseguir las cosas por nosotros mismos.

En la ausencia de la Ley Santa, percibimos las cosas como separadas y funcionando independientemente, y por lo tanto creemos que los acontecimientos se suceden aisladamente. También vemos a los seres humanos como separados y funcionando independientemente, lo que significa que creemos que estamos haciendo las cosas por nosotros mismos, independientemente de todos y de todo. Por lo tanto la ilusión en este caso no es sólo la de que todo funciona separadamente, sino, específicamente, la de que somos un actor independiente; que nosotros, como individuos separados, somos el origen de la acción.

Cuando decimos que no somos un actor independiente, esto no significa que, mediante la visión objetiva, no exista la sensación de un funcionamiento que se produce a través nuestro; no se trata de que no tengamos la sensación de que estamos moviendo nuestros brazos o hablando, no se trata de la sensación de que alguien o algo nos esté moviendo. Se trata de una percepción distinta en la que vemos que todo funcionamiento, todo hacer y toda actividad, sucede como una sola cosa. Lo que estamos haciendo y lo que todo el mundo está haciendo forma parte del mismo movimiento, por lo que no existe un funcionamiento aislado separado de este fluir de actividad único.

Cuando conducimos nuestro coche y vemos a los demás conduciendo sus coches, en lugar de percibir que cada uno de nosotros está comprometido en una actividad separada, desde esta perspectiva, veremos que nosotros y los demás con los que nos cruzamos en el camino son manifestaciones de lo mismo. En este nivel no existen individuos separados. A un nivel todavía más profundo, nos damos cuenta de que no sólo nosotros y los demás somos manifestaciones de la misma realidad, sino que también los coches son manifestaciones de esta realidad, así como la misma carretera. El coche, nosotros y el mismo hecho de conducir son todos ellos el funcionamiento del Ser, y por lo tanto en realidad no hay nadie que conduzca el coche. Entonces nos damos cuenta de que nunca hemos conducido de un lugar a otro, de que la realidad simplemente se ha manifestado de tal modo que da la sensación de que estamos conduciendo un coche en la carretera.

Cuando vemos una película y en ella contemplamos a alguien conduciendo un coche ¿está realmente esta persona conduciendo un coche de un lugar a otro? Si nos olvidamos de que estamos sentados en el cine, observando una imagen en una pantalla, creemos que realmente hay alguien conduciendo. Pero en realidad lo que está sucediendo es que está siendo proyectado en la pantalla un fotograma de la película tras otro, creando la ilusión de que alguien conduce. Nuestra situación es la misma. Nuestra experiencia del tiempo forma parte de esta creencia de que vamos de un lugar a otro, o de que las cosas se mueven de un instante a otro, pero, en realidad, el patrón del universo simplemente se mantiene en movimiento y va cambiando.

Por lo que en nuestra analogía, la ilusión del eneatipo Tres es la de que la película es la realidad y nuestros actos no forman parte de una imagen más amplia que va más allá de la película. Se dice que el eneatipo Tres intenta ocupar la posición de Dios al ser un pequeño dios independiente, que crea sus propias leyes. Lo que se debe a la ilusión que habita en el núcleo de este eneatipo de que Dios no es el único actor. En el antiguo lenguaje teológico, esta creencia de que somos pequeños dioses, que funcionamos según nuestras leyes independientes, se conoce como "pecado de vanidad."

La falta de apoyo o un apoyo inadecuado en la infancia, que se reflejan mediante esta ilusión de la vanidad, conduce a la *dificultad específica* del eneatipo Tres. La *dificultad específica*, como hemos visto en el caso de cada eneatipo, constituye el modo en que el apoyo ambiental inadecuado en la temprana infancia se refleja en nuestra experiencia personal. En este caso, se trata de la creencia de que estamos separados y somos un actor independiente, y al mismo tiempo la experiencia de que el entorno es inadecuado y poco cálido. Nos sentimos abandonados, en lugar de sostenidos y apoyados, y tenemos la sensación de que nadie se ocupa de nosotros de un modo adecuado. Mientras sentimos la deficiencia, la dificultad y el sufrimiento de nuestra experiencia, existe la creciente convicción de que somos un actor, de que podemos actuar. Dicho de otro modo, lo inadecuado del entorno nos separa de la experiencia de que todo está ocurriendo de un modo armonioso sin que tengamos que hacer

nada, mientras que al mismo tiempo, empezamos a creer en nosotros como un actor separado. Tomamos la falta de adecuación del entorno sobre nosotros mismos, creyendo que debemos ser capaces de cuidarnos de nosotros mismos, puesto que a través de la ilusión, nos creemos el centro de la acción. Por lo tanto, en lugar de ver que la falta de adecuación está en el entorno, llegamos a creer que está en nosotros mismos. Al no ser capaces de proveernos y cuidarnos de nosotros, no sólo consideramos que no podemos hacer esto por nosotros mismos, sino que también lo tomamos como un fracaso y nos sentimos incapaces, inadecuados e incompetentes. Si no creemos que somos un actor independiente, carece de sentido creer que somos inadecuados o somos un fracaso.

Impotencia del ego y esfuerzo

Por consiguiente el estado emocional de abandono y aislamiento está compuesto de sentimientos de falta de adecuación, incompetencia, ineptitud y fracaso; todo lo cual cristaliza durante los cinco o seis primeros años de vida. El núcleo de este complejo de dolorosas emociones constituye la *dificultad específica* en sí misma, el duro sentimiento de impotencia y abandono. La sensación de incompetencia y fracaso constituye una impotencia caracterizada por la autocrítica. Sin esta caracterización, la impotencia es simplemente el predicamento existencial fruto de un apoyo inadecuado, filtrado a través de esta ilusión. Sin juicios, no nos sentiremos fracasados, sino simplemente desesperanzados.

Esta sensación de impotencia es distinta a otros estados de impotencia que resultan de no poder hacer algo por la oposición del entorno, que es el caso de cuando queremos hacer algo y no podemos. Esta impotencia no es específica de un incidente, sino que es inherente a la experiencia egóica. Es cierta para cualquier ego, sea o no consciente de ello, y constituye la sensación que tenemos cuando suscribimos la ilusión del actor independiente. Se trata de un hondo sentimiento interior de impotencia que surge no porque la situación no sea correcta, sino al reconocer que no podemos hacer las cosas de un modo mucho más intrínseco y fundamental. Lo que se torna particularmente evidente y grave cuando el entorno no sostiene al individuo, tal como sucede en la temprana infancia. Sin embargo, esta impotencia, si no creemos que somos un actor independiente, carece de sentido.

La pérdida de confianza básica se refleja en el espejo de la vanidad como la *reacción específica* del eneatipo Tres. Nos sentimos abandonados, nadie nos cuida y creemos que todo está en nuestra mano. Al creernos un actor independiente, la reacción específica está constituida por la actividad: la actividad del ego, tanto interna como externa. Dicha actividad es agitada, desesperada, reactiva y también defensiva, puesto que sirve de tapadera de la *dificultad específica* de la impotencia y de sus derivados: la sensación de falta de adecuación, ineptitud y fracaso. Un buen nombre para esta actividad reactiva y agitada es esfuerzo. Se manifiesta como un empeño, un empujar, una constante necesidad compulsiva de estar activo, conseguir logros, actuar y tener éxito.

Dicho esfuerzo constituye una formación de reacción a la sensación de impotencia, y al mismo tiempo, se trata de una imitación del enérgico dinamismo del Ser. En lugar de estar íntimamente conectado con el Ser, sin embargo, es una expresión del profundo sentido de desesperanza y vacío, así como una defensa frente a éste, que se experimenta como falta de adecuación. Por lo tanto el esfuerzo es tanto una expresión de la desconexión del Ser como una actividad que nos separa del Ser. Se trata de la actividad del ego que no confía en que el Ser o Dios lo esté haciendo todo, lo hará todo y, si uno se entrega a Él, su confianza optimizada se nos ofrecerá de un modo espontáneo. Este esfuerzo encarna la esperanza egóica, como algo opuesto al flujo que expresa el optimismo de la Santa Esperanza. La esperanza egóica nos hace reaccionar y desconectarnos de nuestra experiencia, mientras que la Santa Esperanza nos hace relajarnos y abrirnos al despliegue que nos está conduciendo armoniosamente a la plenitud.

El verdadero apoyo proviene de la verdad misma, del Ser. El entorno de apoyo en cierto sentido representa la realidad, ya se manifieste de un modo real, gobernada por la verdad, o de un modo falso, gobernada por la ilusión egóica. Si se manifiesta de un modo real, experimentamos el apoyo. En el curso de nuestro desarrollo, el entorno temprano se proyecta en la totalidad de la existencia, por lo que tendemos a creer que toda existencia se caracteriza

por la falta de apoyo que experimentamos en la infancia. Lo que dificulta que veamos que el Ser, que constituye la totalidad de la existencia, pueda realmente funcionar para apoyarnos.

En mayor medida tenemos la esperanza de ser sostenidos por la realidad, en mayor medida sanaremos la sensación de falta de adecuación. Dichas experiencias generan más confianza y nos ayudan a comprender de un modo más completo que es lo que nos está sosteniendo. En principio, dichas experiencias pueden exponer recuerdos anteriormente inconscientes de un apoyo inadecuado, lo que forma parte del proceso de elaborar y soltar dichos recuerdos. En cierto sentido hemos de volver a experimentar las dificultades del sostén que tuvimos -y sentir su impacto en nosotros- con el fin de soltarlas.

En mayor medida comprendemos la visión de la realidad tal como la vemos a través de las Ideas Santas, en mayor medida nos damos cuenta de que todo el universo nos sostiene. Más nos damos cuenta, más confiaremos, lo que a su vez nos permite soltar mejor nuestra posición de deficiencia. El experimentar realmente la confianza básica fundamental no es algo fácil. Cada uno de nosotros ya posee alguna confianza, por lo que se trata de un asunto de hacerla más honda o más fuerte, que exige afrontar algunas partes difíciles de nosotros.

Como en el caso del conjunto de las nueve reacciones específicas, la *reacción específica* del eneatipo Tres existe para sostener la ilusión. Si dejamos de esforzarnos, hemos de abandonar la ilusión de estar separados y ser un actor independiente. Por consiguiente, para probarnos a nosotros mismos que somos un actor independiente, debemos estar siempre comprometidos en alguna actividad, sin importar cual sea. La mayoría de las personas creen que lo más importante para las personas de este eneatipo es el éxito, pero en realidad, lo más importante es el hacer en sí mismo. Las personas del eneatipo Tres pueden tener éxito al conseguir un propósito y no tener éxito con otro, pero lo que les caracteriza es que siempre se están esforzando. No descansan. Por lo tanto, aunque el éxito es importante, no es tan fundamental como el esfuerzo mismo. Siempre están generando su identidad mediante la actividad. Este esfuerzo es verdadero para todo aquel que vive desde la perspectiva egóica. Adopta la forma de control (eneatipo Cuatro) y voluntad (eneatipo Dos), por ejemplo; pero se ejemplifica con mayor claridad en las personas de este eneatipo.

La actividad del ego siempre tiene una meta, ya sea la actividad interna o externa. En algún momento, vemos que incluso cuando la meta desaparece, el esfuerzo prosigue, encontrando otra meta a la que apegarse. La meta en sí misma, por lo tanto, no es tan importante como la actividad, puesto que comprobamos que las metas cambian mientras que la actividad persiste.

Finalmente, cuando vemos que la metas van cambiando, podemos reconocer que la clave estaba siempre en el esfuerzo, no en la meta. Pero la solución no está en *intentar* detener el esfuerzo, puesto que esto se convierte sencillamente en otra clase de esfuerzo. Para parar de esforzarnos, sólo tenemos que realizar plenamente la verdad de la situación. Lo que significa que de entrada hemos de ver como el esfuerzo se manifiesta constantemente en nuestra vida y luego comprobar la cualidad defensiva y reactiva de ello, el modo en que se trata de una respuesta a nuestra sensación de impotencia.

El dejar de esforzarse es algo que se consigue al aceptar nuestra impotencia. Esta impotencia es existencial porque en realidad, no somos quienes podemos hacer. Se trata de la impotencia innata del ser humano. En la terminología religiosa tradicional, la consciencia de esta impotencia se describe como "humildad", el reconocimiento de que únicamente Dios es todopoderoso. Por lo que reconocer nuestra impotencia es, en cierto modo, reconocer que es Dios quien es todopoderoso y omnipotente. Esta es la causa de que muchas tradiciones espirituales acentúen el reconocimiento, el sentimiento y la aceptación de nuestra pequeñez e impotencia.

Algo que puede ser amenazador o muy confortador. El comprobar que todo se hace independientemente de nosotros y que las cosas suceden de un modo armónico, puede ser un gran consuelo. Si, por otro lado, intentamos preservar nuestro sentido de identidad, en ese caso el pensamiento de abandonar nuestro sentido de nosotros mismos como actor puede ser muy amenazador.

Por consiguiente, aceptar nuestra impotencia constituye una verdadera entrega espiritual. Si realmente la aceptamos, vemos que no es algo que esté en nuestras manos y somos libres.

Pero si creemos que está en nuestras manos, siempre estaremos ocupados haciendo una u otra cosa, y no habrá entrega. Por lo tanto, la comprensión y aceptación de la impotencia objetiva constituyen la puerta de la entrega al Ser.

Nos sintamos o no amenazados por esta visión de la realidad, así son las cosas. Puede causar alarma empezar a atisbar el modo en que realmente son las cosas, pero más alarmante es darnos cuenta de que no estamos viendo la realidad tal como realmente es. Nos damos cuenta de que hemos estado interpretando lo que percibimos mediante distintas creencias y conceptos, y de que en última instancia no son más que ilusiones. Si no interpretamos las cosas mediante el filtro de las ilusiones, reconocemos que el mundo descrito por las Ideas Santas es el mismo mundo, pero ahora sin estos lentes que nos limitan. Cuando nos damos cuenta de que no habíamos tenido la mínima idea de cómo era realmente la realidad, experimentamos lo que se conoce como "temor de Dios". Más allá de este punto, cuando podemos conocer la visión objetiva en funcionamiento y abandonamos lo que habíamos creído ser, dicha visión no sólo nos consuela, sino que a su vez es bella.

Liberarse del Sí mismo separado

Un buen modo de tener un atisbo de la visión del funcionamiento esclarecido por la Santa Ley es observar sus experiencias intermedias o de transición en las que percibimos el funcionamiento de la realidad, pero sin perder totalmente los límites que definen la experiencia en el caso de la mayoría de las personas. Por ejemplo, podemos experimentarlo cuando estamos haciendo algo y comprobamos que no hay esfuerzo; existe una sensación de facilidad, una soltura en la acción parecida a un flujo que se desliza.

La realidad física es lo más difícil de percibir como parte de un patrón de conjunto que se despliega. Solemos pensar en la realidad física como algo estático, objetos que nos golpean y están fuera de nosotros, y también tenemos la sensación de que pasa el tiempo. Cuesta ir más allá de estas percepciones. Pero cuando observamos nuestra experiencia interna, es más fácil comprobar que se está produciendo constantemente un despliegue que no hacemos nosotros. Nuestras sensaciones, pensamientos y sentimientos se despliegan y manifiestan sin cesar. En realidad, se despliegan independientemente de lo que hagamos. ¿Podemos detener nuestros pensamientos? Existe una renovación continua de experiencias internas que se producen constantemente. Es fácil comprobar que no es como si nuestra experiencia interior se produjera dentro del cuerpo mientras el tiempo pasara fuera. En realidad, nuestro cuerpo se siente distinto en cada momento. Cuando somos conscientes de ello, empezamos a percibir el despliegue interior del alma. Incluso podemos experimentar la substancia del alma misma como un flujo dinámico de una gran viveza energética. Lo que se aproxima a la sensación de un despliegue general de la realidad, en la que el flujo no sucede simplemente dentro de nosotros sino por doquier.

Otra experiencia de transición que nos puede llevar hacia una visión más amplia de la realidad es experimentar el alma como un efluvio, un flujo. Cuando lo experimentamos plenamente, podemos comprobar que no podemos separar nuestra alma del cuerpo; son una sola cosa. Al comprobarlo, podemos experimentar todo el cuerpo como un flujo que se renueva continuamente a si mismo. Percibimos entonces que nuestro cuerpo se recrea en cada instante.

A medida que esta clase de experiencias se van haciendo más profundas, y la sensación de límites se va disolviendo, empezamos a ver que lo que hemos experimentado en nuestro interior está sucediendo a nuestro alrededor. Luego reconocemos que no se trata de experiencias, sino de vislumbres y atisbos de lo que está sucediendo constantemente. Poseer esta clase de percepción revela la Santa Esperanza. Cuando mediante nuestra impotencia reconocemos que no somos el actor, que no estamos realmente haciendo que sucedan las cosas, las cosas empiezan a suceder de un modo distinto. Cuando nos damos cuenta de que no tenemos que hacerlo todo, se produce una sensación de liberación y alivio, y podemos permitir que las cosas se desplieguen por sí mismas.

Un alma libre básicamente significa liberarse de un sí mismo separado e individual. Este sí mismo separado e individual, en sus intentos de sostenerse, protegerse y mejorarse a sí mismo, es la base de todo sufrimiento emocional. Constituye una razón importante para

explorar la visión de la realidad objetiva iluminada por las Ideas Santas. Mientras observemos las experiencias espirituales desde la perspectiva de un sí mismo separado, esta libertad se nos escapará puesto que seguiremos identificados con el sí mismo que necesita ser apoyado, protegido y mejorado. Es posible tener todo tipo de experiencias espirituales y realizaciones en nuestro interior y sin embargo no desafiar la perspectiva del sí mismo egóico. La visión de la realidad nos muestra cómo es la realidad cuando no existe un sí mismo egóico; muestra el aspecto que posee la realidad cuando está libre de este egocentrismo.

El darnos cuenta de que este egocentrismo es realmente la causa de todo sufrimiento puede llevarnos un largo período, y podemos seguir creyendo durante mucho tiempo que seríamos más felices si apoyáramos a este sí mismo, lo mejoráramos y lo protegiéramos. Si no nos damos cuenta de que debemos liberarnos de este sí mismo, utilizaremos toda nuestra comprensión y experiencia de los ámbitos espirituales para alimentar a dicho sí mismo, que lo único que hace es crearnos más problemas. Dichos problemas son los problemas del sí mismo. Si no hay sí mismo, no tenemos problemas.

Cada una de las Ideas Santas desafía y expone uno de los principios que constituyen la base de dicho sí mismo; éstas son las *ilusiones específicas*. En este caso estamos desafiando la ilusión de que somos un centro de actividad independiente. El esfuerzo que sostiene dicha identidad es puro sufrimiento; en él no existe paz. Por regla general, no somos conscientes de la dolorosa agitación del esfuerzo mientras estamos ocupados sin tregua en nuestras vidas, creyendo que nos aportará algo bueno. Si realmente viéramos la naturaleza interior de esta actividad agitada y compulsiva, no estaríamos tan convencidos de que nos pueda conducir a ningún tipo de paz, felicidad o plenitud.

Trabajar con la impotencia

Hemos explorado la ilusión de la vanidad y del esfuerzo que constituyen la actividad del ego basada en dicha ilusión, y ahora nos centraremos más profundamente en la *dificultad específica* de la impotencia, que, tal como hemos visto, puede aparecer como una sensación de incapacidad o falta de adecuación acerca de lo que necesitamos. Hemos de comprender que para el ego esta sensación de falta de adecuación es general y universal. No es como si alguna gente fuera inadecuada y otra no lo fuera, no es que a veces seamos inadecuados y en otras ocasiones no. La falta de adecuación no es sólo una sensación: el ego, por su propia naturaleza es inadecuado. Esta falta de adecuación es lo que en otro lugar he denominado *deficiencia del ego*, y hemos comprobado que se origina como una falta de contacto con las capacidades del Ser. (Para un detallado análisis de la deficiencia del ego, véase *The Pearl Beyond Price*.) En el instante en que nos consideramos una entidad separada, nos alejamos de nuestra base, de nuestro apoyo, del mismo Ser. A causa de ello, no tenemos a nuestra disposición la fuerza, el poder, la voluntad, la inteligencia y el resto de capacidades inherentes al Ser. En este sentido, el ego no sólo tiene la sensación de ser inadecuado, sino que realmente es inadecuado.

A un nivel más sutil, vemos que la falta de adecuación se debe a la presencia de los límites del ego. El hecho de que creamos ser una entidad separada nos hace sentir sin apoyo y carecer del sostén del Ser; lo que nos deja con una sensación de falta de adecuación. Durante mucho tiempo, en el trabajo espiritual, cuando alguien nos dice que hemos de examinar nuestra creencia de ser una identidad separada, podemos tener la sensación de que dicha persona está intentando quitarnos nuestra posesión más valiosa. Con el tiempo, comprobamos que es lo contrario, que la persona está actuando de un modo compasivo, intentando liberarnos de nuestro sufrimiento. El creer que nuestra sensación del sí mismo es algo bueno, constituye una ilusión, y afortunadamente nuestro trabajo nos ayudará a comprobarlo.

Por lo tanto hemos visto dos niveles de falta de adecuación o deficiencia del ego: la desconexión del Ser y los límites en si mismos, que nos impiden experimentar el apoyo y el sostén del Ser. Al trabajar con la presente Idea Santa, podemos comprender este fenómeno, de un modo incluso más preciso, como la falta de armonía con la unidad del funcionamiento, lo que es culpa de la vanidad: la convicción de que somos un actor independiente y aislado. Por consiguiente, la creencia de que poseemos una capacidad funcional autónoma separada del resto de la existencia constituye la causa más profunda de la sensación de carencia. El hecho

de que creamos ser actores separados nos sitúa en un estado de impotencia, que se experimenta como falta de adecuación.

Cuando experimentamos plenamente la impotencia, sin resistirnos a ella, podemos tener la sensación de que somos tan impotentes que no podemos levantar un dedo. Dicha experiencia está haciéndonos descender a la verdad de la ilusión. No significa que seamos un individuo que se siente inadecuado cuando podría sentirse adecuado, no se trata de un juicio sobre el hecho de que nos sintamos de este modo. Si experimentamos la impotencia como un fracaso, se debe a que creemos que debemos ser capaces de ser adecuados, y al no serlo, estamos avergonzados y somos autocríticos por sentirnos de este modo. Sin embargo, si comprobamos que la impotencia es simplemente un hecho existencial que forma parte de ser un ser humano egóico ordinario, nos damos cuenta de que no es algo que debamos juzgar o a lo que debamos reaccionar. Por el contrario, es algo que debemos aceptar con humildad y entrega. Constituye una oportunidad para poder finalmente ver nuestra condición de un modo adecuado.

Por consiguiente, experimentar la impotencia sin juicios ni rechazos significa aceptar nuestra situación existencial mientras no estemos en la condición de la iluminación. Constituye aceptar que por el mero hecho de ser un individuo humano somos impotentes. Es semejante a la idea religiosa de que sólo Dios es capaz y omnipotente, y la experiencia es semejante a verse inmerso auténticamente en la oración. Si rezamos realmente, estamos reconociendo que existe una fuerza mucho mayor que nosotros como individuos separados. El aceptar nuestra impotencia tiene el mismo significado de entrega y humildad, y en este sentido es una clase de oración. Aceptar y sentir nuestra impotencia es ver que no podemos liberarnos a nosotros mismos, ni podemos eliminar el sufrimiento de nadie. Mientras nos consideremos un actor separado, hagamos lo que hagamos no cambiará nada y la impotencia constituirá nuestra condición objetiva.

Hasta que sepamos que somos totalmente Ser, objetivamente somos impotentes; adoptar una actitud de plegaria y de reconocimiento de nuestra impotencia frente a la inmensidad del Ser no sólo es útil, también refleja la verdad. La actitud de humildad e impotencia es adecuada mientras quede sí mismo. Desde la perspectiva del puro Ser, la actitud de rezo nos ayuda a exponer el sí mismo egóico y a reconocer su situación real. En ese caso, esta aceptación de la impotencia, sin defensa, sin juicios, sin esfuerzos, se convierte en el punto de entrada al Ser y a su dinamismo.

Si cuando tenemos la urgencia de esforzarnos dejamos de hacer, y simplemente aceptamos la verdadera condición del ego, el Ser actúa de un modo natural mediante su confianza optimizada. Mediante nuestro esfuerzo, prevenimos, bloqueamos y nos oponemos a esta confianza optimizada del Ser. Esforzarse por la felicidad o esforzarse por obtener cualquier otra meta es hacernos cargo de las cosas en lugar de permitir que la confianza optimizada del Ser haga que sucedan las cosas. Por consiguiente, aceptar nuestra impotencia es, en cierto sentido, una invitación a la acción de la confianza optimizada.

Estamos viendo que permitir y comprender esta impotencia es algo de vital importancia para el desarrollo espiritual. Con frecuencia, cuando conectamos inicialmente con nuestra sensación de impotencia, es la impotencia emocional la que resulta de las limitaciones del entorno, pasado, presente e imaginado. Se trata de la sensación de impotencia que tenemos cuando estamos enfermos y no podemos movernos, o cuando queremos tomarnos un día libre y hemos de trabajar. Es también una impotencia regresiva, conformada por los recuerdos de la infancia cuando nuestra capacidad de actuar era limitada y dependiente. Tal como hemos dicho, esta impotencia emocional no es la existencial que se produce meramente por tener una sensación de sí mismo. Mientras podamos encontrar una razón para nuestra impotencia, no se trata de la impotencia fundamental. Cuando finalmente sentimos que nuestra impotencia no está causada por alguien que nos frena o por nuestra falta de fuerza, o por nuestra pequeñez o por cualquier circunstancia específica, experimentaremos la impotencia existencial que está simplemente presente como parte de la situación de ser un ser humano.

La primera vez que la experimentamos, esta impotencia constituye un estado muy doloroso, de profunda vulnerabilidad, fragilidad, falta de adecuación y debilidad. Permitirnos este nivel de vulnerabilidad puede asustarnos, en particular en el duro mundo en el que

vivimos actualmente. Pero aunque la sociedad lo apoye o no, aquellos que estamos trabajando para realizar nuestra verdadera naturaleza no tenemos otra alternativa. Con el tiempo, la sensación de vulnerabilidad es algo que podemos manejar incluso en las situaciones difíciles, pero, al principio, tal vez necesitemos un entorno particular en el que tengamos la sensación de que no vamos a ser atacados por ser impotentes. Por lo tanto, debemos ser inteligentes y no exponer nuestra vulnerabilidad en situaciones que en lugar de ayudarnos puedan herirnos. Esta es la causa de que grupos como los de nuestra Escuela sean importantes. Proporcionan un momento y un lugar en el que podemos sentirnos seguros para profundizar en dichos espacios internos. Cuando estemos solos, debemos encontrar nuestro propio momento y espacio seguro para explorarnos a nosotros mismos. La preocupación por la seguridad también refleja nuestras tempranas experiencias cuando, frente a nuestra impotencia, el entorno no era empático, amable ni de apoyo.

Esta impotencia existencial no tiene sentido excepto que creamos ser un actor independiente, o tengamos la creencia en que se supone que seremos capaces de actuar. A medida que experimentamos esta sensación de impotencia, y la aceptamos, dejamos de intentar sostener la ilusión de que podemos hacer. Si permanecemos con la experiencia, podemos penetrar en dicha ilusión. Puede parecer difícil estar con ella, puesto que en un principio el estado puede estar lleno de dolor y acompañado del miedo de que nadie se va a hacer cargo de nosotros y seremos impotentes. Hemos de acordarnos de no creer totalmente en estos miedos puesto que creer en ellos nos puede hacer reaccionar defendiéndonos frente a la sensación de impotencia. Aunque sea doloroso, en cierto momento comprobamos que experimentar la impotencia posee sinceridad y verdad, al haber dejado de mentirnos a nosotros mismos. Estamos siendo auténticos. Esta realización por si misma puede llevarnos a un estado sin ego sin que tengamos que hacer nada. En ese caso, la impotencia, abre la puerta a la acción del Ser mismo.

La mayoría de nosotros no nos permitimos sentir a fondo esta impotencia al creer que es algo malo; al pensar que significa que algo anda mal personalmente en nosotros. Por lo que la juzgamos, nos avergonzamos de ella, y no nos permitimos sentirla. Pero cuando reconocemos que la impotencia no se refiere a nosotros personalmente, sino que es simplemente la condición humana, y la aceptamos totalmente, se convierte en un estado positivo puesto que nos sitúa en el Ser, y entonces podemos convertirnos en él en cualquier momento que se presente.

Aceptar la impotencia significa que hemos dejado de esforzarnos. Cuando vemos a través del esfuerzo, podemos ser conscientes de lo cansado que está nuestro corazón, lo cansada que está nuestra mente, lo cansado que está nuestro cuerpo, lo cansada que está nuestra alma. Experimentamos un cansancio muy antiguo producido por haber estado tratando de hacer algo que no podemos hacer durante años y años. El esfuerzo ha sido agotador en una medida que antes no nos habíamos permitido reconocer.

Más comunicamos con la impotencia, más podemos ponernos en contacto con un bloqueo físico específico ante ella, que es semejante al aferrarse a la ilusión de la vanidad, del actor separado. Dicho bloqueo constituye un apego específico en la fontanela anterior (en la parte frontal de la cabeza) que bloquea el canal del Vivo Amanecer. Cuando vemos a través de esta ilusión y abandonamos nuestro esfuerzo y nuestra creencia en él, dicho canal se abre. Entonces podemos experimentar el inicio de la bendición como un descenso de luz que es amor. Esta amorosa luz expresa la acción del Ser a medida que deshace las rigideces y fijaciones en el alma.

Cuando esto sucede, comprobamos que la vanidad constituye el bloqueo específico del canal del Vivo Amanecer, puesto que al creernos un actor separado, estamos ocupando el lugar de Dios. Dicho de otro modo, la vanidad y el esfuerzo son reflejos de la posición de que no necesitamos un apoyo real. Tenemos la sensación de que podemos hacerlo por nosotros mismos y por lo tanto no precisamos de sostén; ya sea humano o divino. Significa también que creemos no necesitar la gracia, y por lo tanto la bloqueamos. La gracia constituye el descenso del Vivo Amanecer, en concreto en relación a la disolución de límites, por lo que nos permite ser sostenidos por el universo y confiar en él. Cuando conectamos con este nivel de realidad, el grado de apoyo del entorno deja de ser un problema. El entorno que nos

permite disolvernos es el mismo Ser, y cuando comunicamos con dicha dimensión de la realidad, nos sentimos apoyados no importa cual sea la situación en que nos encontremos.

Esta última Idea Santa es importante en el Enfoque del Diamante por dos razones. En primer lugar, es importante porque nuestro enfoque reconoce, y cree en, la verdad de la confianza optimizada de la realidad. Esta confianza optimizada en nuestro enfoque del trabajo espiritual se considera como la conjunción de la comprensión y el despliegue, que constituye un flujo guiado. A su vez, el optimismo de mentalidad y corazón abierto que constituye la Santa Esperanza se refleja en nuestra actitud de permitir todo aquello que se despliega -dentro y fuera de nosotros- con una actitud de curiosidad. Dicho optimismo está presente en nuestro trabajo cuando permitimos la presencia del dinamismo del Ser, la apertura a todo lo que sucede, mediante una actitud de celebración e investigación. La comprensión, que constituye el método básico de nuestro trabajo, necesita esta abierta aceptación de todo lo que pasa; lo que facilita el despliegue y al mismo tiempo es un producto del despliegue.

Relajarse en el despliegue del Ser

Hemos explorado las nueve *ilusiones específicas* que describen los puntos de vista que subyacen y sostienen la estructura del ego. Lo que puede ayudarnos a comprender si lo que nos motiva proviene de una perspectiva ilusoria o de una visión objetiva de la realidad. Es evidente que la mayoría de nosotros actuamos alineados con las ilusiones, y que éstas, a su vez, generan los nueve estados dolorosos que constituyen las *dificultades específicas* de los nueve puntos. También hemos visto como intentamos de forma característica resolver estos dolorosos estados mediante las *reacciones específicas*, y lo absurdo de ello, al basarse en puntos de vista equivocados sobre la realidad. Solemos creer que al comprometernos e identificarnos con dichas reacciones no sentiremos nuestro sufrimiento. A lo largo de nuestra exploración, hemos visto que estas reacciones defensivas no resuelven las *dificultades específicas*. Su resolución sólo se conseguirá al abandonar las ilusiones que las subyacen. Lo que significa, de entrada, que hemos de reconocer la ilusión desde la que estamos operando, y luego hemos de darnos cuenta de que constituyen la causa real de nuestro sufrimiento. Dicho de otro modo, han de volverse ajenas al ego, y hemos de ver que constituyen y mantienen al ego.

Para nuestro desarrollo espiritual es básico que comprendamos realmente cual es el punto de vista ilusorio del ego, y cual es la visión real tal como clarifican las Ideas Santas. Es importante que no nos engañemos al considerar una forma ilusoria de ver las cosas como algo objetivamente verdadero. Si no comprendemos la visión de la realidad, tomaremos nuestra experiencia como un hecho, como una realidad concreta incuestionable y fija.

Por ejemplo, la mayoría de las personas lo pasan mal al creer que no tienen suficiente dinero, o suficiente amor, o suficiente seguridad o bastante de cualquier cosa. La mayoría de estas preocupaciones no son realistas sino simples apoyos del ego. Cuántos amigos tenemos, cuánta gente nos admira, cuánta seguridad financiera poseemos; este nivel global de preocupación debe ser observado y explorado, en lugar de tomarlo por cierto y actuar en consecuencia. Cuando observamos nuestras vidas desde la perspectiva de la visión objetiva, nos damos cuenta de que todo lo que pasa está guiado por una inteligencia mayor que la nuestra. Mientras sostengamos que queremos que las cosas sucedan de cierto modo, estamos esforzándonos hacia un resultado determinado egóicamente y seguiremos atrapados en el sufrimiento.

Comprender el punto de vista de las Ideas Santas creará una actitud que es más abierta y de mayor aceptación con respecto al despliegue. El apegarnos al punto de vista egóico nos da una actitud cerrada, una actitud estrecha en lugar de una actitud abierta, un mirar hacia dentro más que hacia fuera. El talante de apertura que crea la visión de la realidad no implica un juicio sobre el punto de vista egóico, puesto que en el instante en que nos volvemos críticos y establecemos el rechazo, volvemos a estar trabados en la ilusión.

La actitud que nace al comprender las Ideas Santas está caracterizada por la Santa Esperanza, el optimismo de corazón abierto sobre el modo en que suceden las cosas. En mayor medida desarrollamos dicha actitud, en mayor medida dicha actitud se ve informada y sostenida por dicha visión, y menos preocupados estaremos por intentar cambiar nuestro

estado o fijar esto o aquello dentro o fuera de nosotros. Nos preocuparemos menos de jugar con nuestra mente o nuestro cuerpo, por llevar acabo esta o aquella técnica o método. Existen muchas clases de técnicas y métodos, y no es que no sean útiles, pero cuanto más comprendamos la visión objetiva, menos nos apoyaremos en ellas. Veremos con mayor claridad lo que necesitamos, y nos apoyaremos menos en este o aquel método para abrirnos, divertirnos o cambiar nuestro estado. La gente cuya percepción es cercana a la visión de la realidad no suele hacer muchas cosas. Simplemente se relaja. Lo que no significa que *hagan* algo para relajarse, puesto que en el instante en que hacemos algo con el fin de relajarnos, ello se convierte en esfuerzo. Pero cuanto más simplemente nos relajamos, en mayor medida descubrimos que estamos abiertos a lo que sucede y hacemos menos juicios sobre si es bueno o malo. Con el tiempo, habrá cada vez menos reflexiones de cualquier clase sobre nuestra experiencia.

La actitud que nace a partir de la visión de las Ideas Santas es lo que realmente necesitamos para ser capaces de confiar en el despliegue de nuestra alma, puesto que nos abre al Ser con su confianza optimizada. Es lo que despliega nuestra experiencia y la transforma.

Conclusión

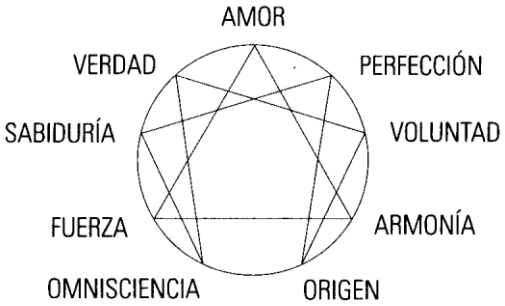
En este capítulo resumiremos la comprensión de las Ideas Santas que hemos explorado a lo largo del libro, observaremos como el Punto Nueve es básico en este proceso y consideraremos como las Ideas Santas apuntan hacia la consciencia del alma de tipo espejo.

Empezaremos con la exploración de la confianza básica; la confianza incondicional y no-conceptual que puede tener el alma en mayor o menor medida. Hemos explorado como tanto el desarrollo como la quiebra de la confianza básica se ven afectadas por el temprano entorno del niño. Al elaborar la exploración de la confianza básica, hemos trabajado con la cualidad del Ser necesaria para que el alma humana confíe. Al experimentar el Vivo Amanecer o la Amorosa Luz, así como la confianza básica que evocan, el alma empieza, de un modo natural, a percibir la unidad del universo manifestándose en una de las nueve formas distintas conocidas como las Ideas Santas. La pérdida o ausencia de esta experiencia entorpece la percepción de la unidad, en concreto la unidad de lo humano y lo divino. Sin dicha percepción, el alma recibe el impacto en formas muy concretas que pueden delinearse para cada uno de los nueve Puntos. Dicho impacto consiste en un complejo nuclear conformado por una *ilusión específica*, una *dificultad específica* y una *reacción específica*, todas ellas relacionadas con una Idea Santa específica. Al observar dichos elementos, hemos definido de un modo muy preciso los temas relacionados con la confianza básica y cada uno de los tipos. Como ya hemos explorado estos cuatro elementos en el contexto de cada Punto, será útil, a la hora de resumir nuestro trabajo, considerarlos como cuatro Eneagramas separados pero estrechamente relacionados.

Tradicionalmente el Punto Nueve se considera el punto seminal del mapa del Eneagrama, en el sentido de que los otros ocho Puntos pueden considerarse como distintas variantes que surgen de la experiencia del Punto Nueve. Dicho de otro modo, el resto de los Puntos conllevan implícitamente la base del Punto Nueve. Ahora que hemos explorado en detalle cada una de las Ideas Santas y los complejos nucleares, ello nos permite ver cómo se manifiesta en estos cuatro Eneagramas esta posición central del Punto Nueve.

La perspectiva del Eneagrama de las Ideas Santas es la perspectiva de la visión de la realidad correcta y objetiva. Hemos analizado cómo se percibe la realidad cuando la percepción no está distorsionada, el modo en cada Idea revela una faceta específica de la perspectiva de conjunto. El Punto Nueve, como Amor Santo, revela la experiencia fundamental del corazón de la unidad de la realidad, la experiencia de que toda la realidad es buena y amorosa, y de que nada puede estar separado de este amor o carecer de él. Dicha percepción evoca el amor en el alma humana, alineándolo por lo tanto con la realidad, motivándolo hacia la realidad y relajándolo en la realidad. Desde dicha perspectiva cada una de las otras Ideas Santas puede considerarse un complemento y una clarificación de dicha Idea. El Punto Uno es la Santa Perfección; el Punto Dos es la Santa Voluntad; el Punto Tres es la Santa Ley, Esperanza y Armonía; el Punto Cuatro es el Santo Origen; el Punto Cinco es la Santa Omnisciencia; el Punto Seis es la Santa Fe y Fuerza; el Punto Siete es la Santa Sabiduría, Trabajo y Planificación; y el Punto Ocho es la Santa Verdad. Cada uno de ellos puede considerarse como una discriminación de la bondad invisible de la realidad de la que el alma constituye un elemento inseparable.

El Eneagrama de las Ideas Santas

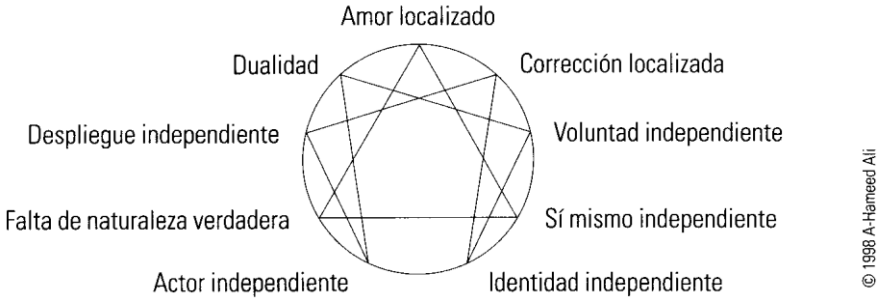


Estas perspectivas objetivas sobre la realidad se contrastan con las nueve perspectivas del ego. Éstas últimas constituyen las *ilusiones específicas*, el modo en que el ego ve y comprende la realidad al haber perdido la percepción de la unidad. Las nueve ilusiones son principios universales del ego, a partir de los cuales surgen las dificultades y las reacciones. Al estudiar las ilusiones de cada Punto, hemos llevado a cabo una profunda exploración de los principios responsables de la existencia, estructura y actividad de la vida egóica.

El Eneagrama de las Ilusiones Específicas está enraizado en la ilusión del Punto Nueve: la de que el amor y la bondad constituyen fenómenos locales. Dicho de otro modo, el resto de las ocho ilusiones pueden verse como basadas en, y surgiendo de, esta ilusión fundamental. Las otras ilusiones son: en el Punto Uno, la realidad está dividida entre bueno y malo; Punto Dos, tengo una voluntad personal independiente; Punto Tres, soy un actor independiente; Punto Cuatro, tengo una identidad independiente; Punto Cinco, soy un sí mismo independiente; Punto Seis, carezco de naturaleza verdadera; Punto Siete, tengo un despliegue personal independiente; Punto Ocho, la realidad es dual y conflictiva. Cada una de estas ilusiones constituye una expresión de la pérdida de la unidad de la bondad.

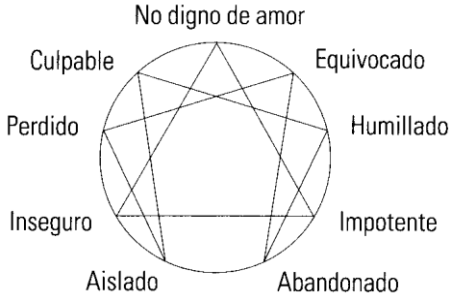
Hemos visto cómo cada ilusión específica, que refleja la pérdida, ausencia o distorsión de la Idea Santa de dicho Punto, se manifiesta en la vida del alma en las experiencias de la *dificultad específica* y de la *reacción específica*. Hemos relacionado la *dificultad específica* con las nueve formas de experimentar la falta de adecuación del entorno de apoyo original. Por consiguiente cada tipo o fijación tenderá a experimentar la falta de adecuación del sostén como una *dificultad específica* frente a la que tendrá una *reacción específica* basada en su propia ilusión. Puesto que la falta de adecuación del apoyo da como resultado el trastorno de la confianza básica, las nueve reacciones que hemos explorado pueden comprenderse como una expresión de desconfianza.

El Eneagrama de las Ilusiones Específicas



En cierto sentido, nuestra *dificultad específica* no puede entenderse o solucionarse completamente hasta que no resolvamos la *dificultad específica* del Punto Nueve: tener una sensación de inferioridad, acompañada de vergüenza de uno mismo, y la sensación de que no somos dignos de amor. Esta es la dificultad básica; si realmente creemos que somos dignos de amor, las *dificultades específicas* de los otros puntos no aparecerán. Por consiguiente, una base específica para todas las *dificultades específicas* lo constituye la creencia, la sensación y el convencimiento de que no somos dignos de amor, de que existe algo inferior o intrínsecamente distorsionado acerca de nuestra alma. El Eneagrama de las Dificultades Específicas no es otra cosa que los sabores particulares que se añaden a esta sensación de inferioridad. El Punto Uno es tener la sensación de que hay algo mal en nosotros; el Punto Dos es sentirse castrado y humillado; el Punto Tres es sentirse impotente; el Punto Cuatro es sentirse abandonado por la realidad o desconectado de ella; el Punto Cinco es experimentar un aislamiento doloroso; el Punto Seis es sentir una inseguridad temible; el Punto Siete es sentir culpa y maldad.

El Eneagrama de las Dificultades Específicas



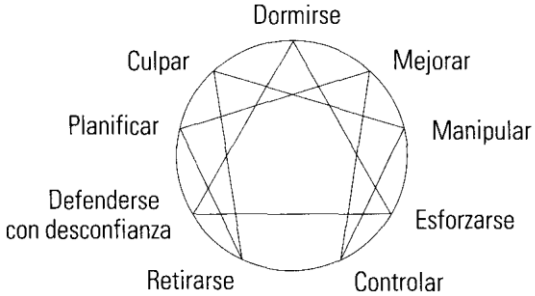
© 1998 A-Hameed Ali

De forma semejante, nuestra *reacción específica* no puede elaborarse plenamente hasta que no resolvamos la reacción del Punto Nueve, que es la de dormirse. Dicha reacción es la base del resto de las nueve reacciones. Recordemos que las *reacciones específicas* son expresiones de desconfianza. La expresión básica de desconfianza es dormirse, no estar presentes con nuestra experiencia. El Eneagrama de las Reacciones Específicas nace de ahí, empezando por el Punto Uno: intentando mejorarnos; Punto Dos: intentando ir a nuestro aire; Punto Tres: esforzándonos; Punto Cuatro: controlando; Punto Cinco: huyendo u ocultándonos; Punto Seis: defendiéndonos de forma sospechosa; Punto Siete: planificando; Punto Ocho: culpando. Estas formas de expresar desconfianza implican dormirse al funcionar de un modo reactivo o defensivo.

Fundamentalmente, la desconfianza hace que el alma no quiera estar despierta a cómo es la realidad. Cuando no confiamos en la realidad, no queremos verla, no deseamos verla de frente. No queremos ver las cosas como son. Queremos ver las cosas de un modo que nos haga sentir seguros. Queremos protegernos a nosotros mismos de los peligros y de los dolores, así como de las distintas dificultades, puesto que no confiamos en que la realidad pueda hacerse cargo de nosotros. No confiamos en que haya amor. Por lo que la inconsciencia y el hecho de caer dormidos constituyen la base principal de toda reacción. La condición del dormir, de la inconsciencia, de la falta de despertar, es algo común a todos los egos. Es algo consustancial al ego. El ego constituye una expresión de la falta de consciencia directa de lo que hay. Es una expresión de no ver las cosas como son.

El proceso de la desconexión del alma de su naturaleza básica sucede muy pronto en la vida, incluso antes de nacer. A medida que se produce la desconexión, el alma pierde su cualidad más básica, primaria y primordial: el conocimiento nítido, la clara consciencia luminosa. Pierde su capacidad de ver claramente. Pierde su transparencia, su claridad y luminosidad, y se vuelve espesa y torpe.

El Eneagrama de las Reacciones Específicas



© 1998 A-Hameed Ali

Esta cualidad básica -la naturaleza más intrínseca y original del alma- es pura claridad, transparencia, luminosidad y consciencia. Por consiguiente, el alma es básicamente un órgano de percepción con la capacidad de ver las cosas tal como son. Podríamos decir que el Ser percibe a través del alma. ¿Cómo ve Dios? A través del alma. ¿Cómo experimenta el Ser? A través del alma.

Esta cualidad básica del alma llamada en ocasiones "consciencia semejante a un espejo", es semejante a un espejo en el sentido de que funciona como lo hace un espejo. Un espejo refleja las cosas tal como son sin distorsiones. Parte del desarrollo normal del ego, en el contexto de la falta de adecuación en el entorno de apoyo, lo constituye la pérdida de la consciencia tipo espejo, una pérdida que es tanto un resultado de la reacción basada en la desconfianza como un factor que causa las reacciones. Esta pérdida constituye la pérdida de la capacidad de objetividad, implica ver las cosas sin los filtros subjetivos.

Esta pérdida es fundamental para el abandono de las Ideas Santas, el hecho de perder la capacidad de percibir la realidad tal cual es. Los fallos del entorno de apoyo distorsionan nuestra percepción de las cosas tal como son. O bien nuestro entorno nos afecta de un modo que deforma nuestra percepción de la realidad, o nos afecta de forma que no queremos ver la realidad. Por consiguiente esta transparencia, esta pura cualidad del alma abierta y relajada, es lo que en mayor medida sufre a lo largo del desarrollo de nuestro ego. Esta pérdida de claridad y transparencia se manifiesta en el alma durmiéndonos. Por lo que todas nuestras *reacciones específicas* son modos de expresar el hecho de estar dormidos, de no estar despiertos. Lo expresan, lo sostienen y lo perpetúan. Por lo que si queremos despertar, hemos de ser conscientes de todas estas reacciones y aprender a desembarazarnos de ellas.

A lo largo del desarrollo espiritual, a medida que el alma empieza a comprender la verdad y a desarrollarse mediante el contacto con la Esencia, ésta se vuelve más clara y pura. Hasta que finalmente puede purificarse totalmente. La noción sufí de Alma Perfecta o Completa simboliza el alma totalmente desarrollada, el alma totalmente purificada. Los Sufíes dicen que el alma totalmente purificada es incolora, completamente transparente y clara. Por consiguiente, el alma ha recuperado su naturaleza esencial de pura luminosidad o de pura consciencia de las cosas tal como son mediante la purificación. A su vez, el alma ha desarrollado mediante la madurez una consciencia muy precisa de la realidad que incluye su naturaleza, su entorno y todo lo demás. El alma puede tener, por consiguiente, una consciencia semejante a un espejo que es trasparente y carece de distorsiones, así como la capacidad para la discriminación y la comprensión.

Por lo que la naturaleza más elemental y simple del alma es la total transparencia sin cualidad alguna, simplemente el hecho de su consciencia, percepción, transparencia y luminosidad. Se trata de la naturaleza más básica del alma. Es también lo que se conoce como "consciencia primordial".

La cualidad de la consciencia semejante a un espejo es lo que permite ver la realidad objetiva. El trabajar con las Ideas Santas, comprenderlas y realizarlas, nos acerca más a esta consciencia semejante a un espejo a medida que la visión de la realidad se amplía para incluirla totalmente, en lugar de orientarnos alrededor de la ilusión de un sentido del sí mismo independiente. La visión de la realidad objetiva de las Ideas Santas hace posible que el alma corrija las distorsiones de la percepción que dominan la visión egóica del sí mismo y del mundo, clarificando por tanto la consciencia del alma, o "puliendo el espejo" del alma. La consciencia clara del alma humana, por consiguiente, percibe la visión objetiva de las pautas de creación mediante una comprensión del lugar del ser humano en dicha creación. Dicha comprensión despierta al alma a su propio despliegue como expresión del Ser, así como a su propia participación en el patrón mayor del despliegue cuya naturaleza es la totalidad, el dinamismo, la inteligencia y la apertura.

Referencias

Aurobindo, Sri, *Last Poems*, Pondicherry: Sri Aurobindo Ashram, 1952. (Hay traducción castellana: *Poemas de Sri Aurobindo*, Fundación Centro SRI Aurobindo, 2001).

Bleibreu, John, comp., *Interviews with Oscar Ichazo*, New York: Arica Institute Press, 1982.

Castaneda, Carlos, *The Power of Silence: Further Lessons of Don Juan*, New York: Pocket Books, 1987. (Hay traducción castellana: *El conocimiento silencioso*, Gaia ediciones, 1994).

Corbin, Henry, *Creative Imagination in the Sufism of Ibn Arabi*, Princeton: Princeton University Press, 1969. (Hay traducción castellana: *La imaginación creadora en el sufismo de Ibn' Arabi*, Ediciones Destino, 1993).

Ichazo Oscar, "The Arica Psycho-Catalyzers/Holy Ideas/Mind Catalyzers," folleto con las definiciones de las Ideas Santas, Dobbs Ferry, NY: Arica Institute, 1972.

Jung, C. G., *The Archetypes and the Collective Unconscious* Princeton: Princeton University Press, Segunda Edición, 1959. (Hay traducción castellana: *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Ediciones Paidós, 1998).

Jung, C. G., *The Basic Writings of C. G. Jung*, comp. Violet Sataub De Laszlo, New York: The Modern Library, 1959.

Lilly, John C., y Joseph E. Hart, "The Arica Training," en Charles T. Tart, *Transpersonal Psychologies*, New York: Harper Colophon Books, 1977. (Hay traducción castellana: *Psicologías transpersonales: las tradiciones espirituales y la psicología contemporánea*, Ediciones Paidós, 1994)

Longchenpa, *You Are the Eyes of the World*, trad. Kennard Lipman y Merrill Peterson, Novato: Lotsawa, 1987.

Mahler, Margaret, Fred Pine y Anni Bergman, *The Psychological Birth of the Human Infant: Symbiosis and Individuation*, New York: Basic Books, Inc., 1975.

Naranjo, Claudio, *Ennea-type Structures: Self-Analysis for the Seeker*, Nevada City: Gateways/IDHHB, Inc., 1990. (Hay traducción castellana: *Autoconocimiento transformador: los eneatipos en la vida, la literatura y la clínica*, Ediciones La Llave, 1998).

Palmer, Helen, *The Enneagram*, San Francisco: Harper & Row, Publishers, 1988. (Hay traducción castellana: *El Eneagrama*, La Liebre de Marzo, 1996.)

Riso, Don Richard, y Russ Hudson, *Personality Types*, Edición revisada, Boston: Hougton Mifflin Company, 1996. (Hay traducción castellana: *La sabiduría del Eneagrama*, Ediciones Urano, 2001).

Schwartz-Salant, Nathan, *Narcissism and Character Transformation*, Toronto, Inner City Books, 1982.

Shabistari, Mahmud, *The Secret Garden*, trad. Johnson Pasha, Londres: Octagon Press, 1969.

Tharthang Tulku, *Time, Space and Knowledge: A New Vision of Reality*, Berkeley: Dharma Publishing, 1977.

Winnicott, D. W, *Maturation Process and the Facilitating Environment: Studies in the Theory of Emotional Development*, Madison: International Universities Press, Inc., 1965.

El Enfoque del Diamante lo imparten maestros Ridhwan, certificados por la Ridhwan Fundation. Los maestros Ridhwan son también ministros ordenados de la Ridhwan Fundation. Se forman en el Instituto DHAT, la sección educativa de la Ridhwan Fundation, mediante un programa intensivo de siete años, que se suma a su trabajo y participación como estudiantes del Enfoque del Diamante. El proceso de certificación asegura que cada persona tenga una elaborada comprensión del Enfoque del Diamante y una capacidad suficiente para enseñarlo antes de ser ordenado y autorizado para ser un maestro Ridhwan.

El Enfoque del Diamante descrito en este libro se imparte en un entorno de grupo y de forma privada en California y Colorado por maestros Ridhwan.

Para información escribir a:

Ridhwan
P.O. Box 10114
Berkeley, California 94709-5114

Ridhwan School
P.O. Box 18166
Boulder, Colorado 80308-8166

Grupos satélites funcionan en otros lugares nacionales e internacionales. Para información sobre dichos grupos, o para explorar la posibilidad de iniciar un grupo en tu zona, dirigido por maestros Ridhwan certificados, escribir a:

Ridhwan
P.O. Box 10114
Berkeley, California 94709-5114

El Enfoque del Diamante es una marca registrada de la Ridhwan Fundation.